

CULTURA

45

••• REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION •••

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

1967



CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION

MINISTRO
LICENCIADO WALTER BENEKE

SUB-SECRETARIA
LICENCIADA ANTONIA PORTILLO DE GALINDO

DIRECTORA DE LA REVISTA
CLAUDIA LARS

Nº 45

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

1967

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Pasaje Contreras Nº 145
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 6 8

H5R004110

INDICE

	PAGINA
Medios pacíficos de solución de conflictos internacionales Dr. Hugo Lindo.	13
El método sociológico en la crítica estilística. (Lo subjetivo y lo objetivo en el arte) Matilde Elena López.	28
Letras de Centro América. El Rabinal Achí..... Luis Gallegos Valdés.	49
La vuelta a los lugares comunes. Fragmentos..... Yolanda Oreamuno.	55
Comparación de las legislaciones sumérica, hitita y hebrea..... Julio Fausto Fernández.	61
Eliot poeta..... Roberto Armijo.	72
¿Desaparecerá Europa como centro de cultura?..... Luis Rivas Cerros.	82
Enrique Gómez Carrillo (1873-1927)..... Edelberto Torres.	85
Charlas de escritorio a escritorio..... Rolando Velásquez.	89
Una interpretación evolutiva de la historia..... Roberto Lara Velado.	99

	PAGINA
La educación referida al campo socio-cultural.....	114
Luis Aparicio.	
Poemas de Alfonso Quijada Urías. Salvadoreño	
Diálogo sobre poesía.....	120
Poesía.....	120
El primer asombro de la mañana.....	121
Paseo.....	121
A la poesía la avicinan malos tiempos.....	121
Fotografía.....	122
Toma de lo inestable.....	122
Poemas de Italo López Vallecillos. Salvadoreño	
Dejadme este rincón.....	123
Un poco de tiempo.....	124
Elemental.....	126
Poemas de José Roberto Cea. Salvadoreño	
Ritual del más abuelo.....	127
Ritual de los padres.....	128
Ritual del que recibe.....	129
Poema de Rafael Góchez Sosa. Salvadoreño	
Canto tridimensional a Rubén Darío	
I El espejo.....	131
II La imagen.....	132
III Realidad.....	133
Breve teoría. Cuentos.....	135
Ricardo Castro Rivas.	
Sí matarás. Cuento.....	139
Claudio Arenas.	
El viaje inútil. Cuento.....	141
Santiago Castellanos h.	
El álbum de cabritilla. Cuento.....	147
Mercedes Durand.	
María Candelaria. Cuento.....	152
Carlos Samayoa Chinchilla.	
San Miguel.....	158
Manlio Argueta.	
Federico Mistral, un poeta de provincia que se hizo universal.....	162
José María Cuéllar.	
Fray José Simeón Cañas: un santo de la libertad.....	164
Eliseo Pérez Cadalso.	
Vida Cultural.....	169
Tinta fresca.....	176

Colaboran en este Número

HUGO LINDO.—Poeta y escritor salvadoreño. Nació en la ciudad de La Unión, en 1917. Se doctoró en Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad de El Salvador. Desempeñó el cargo de Embajador de nuestro país en Santiago de Chile y en Bogotá, Colombia. Fue Ministro de Educación de la República en 1961. Obras publicadas: *Poema Eucarístico y Otros*; *Guaro y Champaña*, relatos; *El divorcio en la legislación salvadoreña*; *Libro de Horas*, 1er. Premio Poesía, Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes de Guatemala; *Antología del Cuento Centroamericano*; *Sinfonía del Límite*; *Varia Poesía*; *Tres Instantes*; *El Anzuelo de Dios*, novela; *Justicia, Señor Gobernador*, novela; *Movimiento Unionista Centroamericano*, conferencias publicadas por la Editorial Universitaria de Santiago de Chile; *Navegante Río*, poema, 1er. Premio Poesía, Juegos Florales Centroamericanos y de Panamá, Quezaltenango, Guatemala, 1962; *Cada Día tiene su Afán*, novela, 2º Premio Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1961; *Maneras de Llover*, poesía, ediciones de Cultura Hispánica.

MATILDE ELENA LOPEZ.—Nació en San Salvador, en 1925. Se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad Central del Ecuador. Autora de las siguientes obras: *Masferrer, alto pensador de Centro América*; *Tres Ensayos sobre poesía ecuatoriana*, tesis doctoral; *Interpretación social del arte*, 1er. Premio en la Rama de Ensayo, Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes, Guatemala, 1962; *Dante, poeta y ciudadano del futuro*, Premio Único en Certamen Centroamericano, celebrado en Guatemala para conmemorar el 7º Centenario del nacimiento de Dante. También ha sido laureada en certámenes de poesía y cuento, nacionales y extranjeros.

LUIS GALLEGOS VALDES.—Prosista. Nació en San Salvador en 1917. Se dedica, especialmente, a crítica literaria y ensayo. Fue catedrático de literatura francesa, española y centroamericana en la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador. También fue Director de Bellas Artes, en esta capital. Ha viajado por varios países de Europa y América. Su libro *Tiro al blanco* reúne juicios sobre obras de varios escritores; *Plaza Mayor* es fino relato de tiempos pasados; *Panorama de la literatura salvadoreña* aparece como importante libro informativo.

JULIO FAUSTO FERNANDEZ.—Prosista salvadoreño. Doctor en Derecho. Nació en una población del Departamento de Usulután, en 1913. Estudió en San Salvador, México y España. Ha desempeñado altos cargos del Gobierno de nuestro país, siendo Cónsul General de El Salvador en Uruguay, Cónsul General en Brasil, Consejero de la Embajada de El Salvador en Chile, Ministro Consejero de la Embajada de El Salvador en España. Fue Subsecretario del Ministerio de Justicia, de 1957 a 1960. Actualmente es Primer Magistrado de la Cámara de lo Penal en Occidente. Obras publicadas: *A propósito de la reforma universitaria*; *El existencialismo, ideología de un mundo en crisis*; *Del materialismo marxista al realismo cristiano*; *Patria y juventud en el mundo de hoy*; *El libre albedrío*, apuntes para una discusión; *Los valores y el Derecho*, 1er. Premio Rama Ensayo, Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1957; *Una conciencia frente al mundo*; *Bolívar, figura ecuménica*; *Charlas sobre el sentido de la historia*; *Radiografía del Dolor*, 1er. Premio, Ensayo, Certamen Nacional de Cultura de esta República, 1963.

ROBERTO ARMIJO.—Joven poeta y escritor salvadoreño. Nació en la ciudad de Chalatenango. Obras: *La noche ciega al corazón que canta*; *Poemas para cantar la primavera*, 1er. Premio en los Juegos Florales de San Salvador, 1959; *Mi poema a la ciudad de Ahuachapán*, 2º Premio en Certamen Literario de la misma ciudad, año 1962; *Francisco Gavidia, la odisea de su genio*, 1er. Premio, Rama de Ensayo, Certamen Nacional de Cultura, 1965. Este libro fue escrito conjuntamente con el doctor José Napoleón Rodríguez Ruiz. En el Certamen "Rubén Darío", que conmemoró en Nicaragua el cincuentenario de la muerte del gran nicaragüense, Armijo obtuvo 1er. Premio, Rama de Ensayo, por su trabajo titulado *T. S. Eliot, el poeta más solitario del mundo contemporáneo*.

LUIS RIVAS CERROS.—Profesor, ensayista y periodista salvadoreño. Nació en la ciudad de San Miguel en 1915. Colabora en revistas nacionales y extranjeras. Vivió varios años en España y allí amplió su cultura. Libro inédito: *La invasión de los complejos psíquicos*, del que hemos publicado algunos capítulos en números anteriores de Cultura.

ROLANDO VELASQUEZ.—Prosista salvadoreño. Nació en 1913. Escribe crónica periodística, cuento, ensayo, novela. Obras publicadas: *Amnesiópolis*, novela; *El bufón escarlata*, cuentos; *Memorias de un viaje sin sentido*, cuentos; *Retorno a Elsinor*; *Entre la selva de neón*, novela; *Reflexiones de un hombre arrodillado*, 2º Premio, Rama de Ensayo, Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1957.

ROBERTO LARA VELADO.—Nació en San Salvador en 1917. Estudios profesionales en la Universidad Nacional. Se doctoró en Jurisprudencia y Ciencias Sociales en 1941. Ha sido Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la

misma Universidad. También ha servido cátedras en diferentes Facultades del Alma Mater. Obras publicadas: *Consideraciones sobre la filosofía de la historia*; *Los ciclos históricos en la evolución humana*; *Comprendamos a América Latina*. Tiene abundante obra inédita y prepara cuatro libros didácticos.

ALFONSO QUIJADA URIAS.—Salvadoreño. Poeta y prosista. Pertenece a la más joven generación de escritores de nuestro país. En 1962 obtuvo segundo premio en el Segundo Certamen Cultural de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador. En 1963 alcanzó primer puesto en los Terceros Juegos Florales de la ciudad de Zacatecoluca. Con José Roberto Cea dividió el primer premio en otros Juegos Florales. Escribe seriamente y prepara libros excelentes en prosa y verso.

LUIS APARICIO.—Licenciado en Ciencias de la Educación y escritor salvadoreño. Nació en la ciudad de Santa Elena, Departamento de Usulután, 1918. Estudió Magisterio en la Escuela Normal de Varones "Alberto Masferrer", de esta capital. Estudios superiores en la Escuela de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional. Estudios especiales en Francia, Alemania, Estados Unidos de Norte América y Puerto Rico. Ha sido Director de la Escuela Normal Superior de nuestro país, Director de la Escuela Normal "Alberto Masferrer", Representante de El Salvador en Organismos Culturales Centroamericanos; Catedrático en diferentes escuelas salvadoreñas. Actualmente es Director de Publicaciones del Ministerio de Educación de la República. Obras (ediciones mimeografiadas): *Didáctica de estudios sociales*; *Didáctica general*; *Historia de la educación*; *Organización escolar*; *Pedagogía*. Libro impreso en la editorial del Ministerio de Educación de la República: *Planeamiento integral de la educación*.

ITALO LOPEZ VALLECILLOS.—Prosista y poeta salvadoreño. Nació en San Salvador en 1932. Viajó a España becado por el Instituto de Cultura Hispánica. Allá estudió periodismo. Su primer libro de versos, *Biografía del hombre triste*, fue publicado en Madrid, en 1954. *Imágenes sobre el otoño* es una colección de poemas en la que se encuentra madurez emocional y seguridad expresiva. Vallecillos ha escrito en prosa: *El periodismo en El Salvador*; *Monografía histórica del Departamento de Ahuachapán*; *Gerardo Barrios y su tiempo*, 2º Premio, Rama de Ensayo, Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1965. Ha merecido otros premios en diferentes torneos literarios. Dirige eficientemente la Editorial Universitaria. Va alcanzando notable puesto como historiador.

JOSE ROBERTO CEA.—Joven poeta y prosista salvadoreño. Ha publicado: *Amoroso poema en golondrinas a la ciudad de Armenia*, 1er. Premio, Juegos Florales de esa ciudad, 1958; *Poetas jóvenes de El Salvador, Antología*, 1960; *Poemas para seguir cantando*, 2º Premio, Juegos Florales de Quezaltenango, Guatemala, 1960; *Los días enemigos*, 1965, Editorial Universitaria; *Eternidad del sueño*, 2º puesto, Teatro, Juegos Florales de Quezaltenango, 1966. Además, ha ganado estos otros premios: 1º Rama Poesía, en Certamen Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes de Guatemala, 1965-1966; 2º Poesía, "Círculo de Escritores y Poetas" de Nueva York, 1966; Premio "Adonai", Poesía, Madrid, España, 1966. El Instituto de Cultura Hispánica publicará muy pronto su hermoso libro de poemas *Todo el Códice*.

RAFAEL GOCHEZ SOSA.—Nació en la ciudad de Santa Tecla o Nueva San Salvador.

Es profesor de educación secundaria. Socio fundador del Liceo Tecléño y de la Agrupación Cultural Tecléña. En unión de José Roberto Cea publicó la primera *Antología de poetas jóvenes de El Salvador*, 1960. Autor del poemario *Luna Nueva*, 1962. Ha alcanzado primeros lugares en Juegos Florales de Santa Tecla, Zacatecoluca y Sonsonate. En 1963 obtuvo 2º Premio en los Juegos Florales Centroamericanos y de Panamá, Quezaltenango, Guatemala. Su fino libro de poemas, *Voces del Silencio*, acaba de salir de los talleres de imprenta de la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación. Otros triunfos en Guatemala.

RICARDO CASTRO RIVAS.—Nació en San Salvador en 1938. Escribe poesía y cuentos. Autodidacta. Su oficio: linotipista. Ganó el premio "Vicente Acosta" (2º lugar Rama Poesía) en los X Juegos Florales de Nueva San Salvador; obtuvo 3er. lugar en la misma Rama, XV Torneo Cultural Centroamericano de la A.E.D. Ha viajado por Centro América, México, Brasil y Europa.

CLAUDIO ARENAS.—Escritor salvadoreño de gran talento. Desea esconder su verdadero nombre en un seudónimo. Pertenece a familia que ha dado a la patria una poetisa de singular valor. Hombre muy culto y con títulos universitarios. Escribe sin deseo de obtener aplausos en el campo de las letras.

SANTIAGO CASTELLANOS.—Joven cuentista salvadoreño. Estudiante de Derecho. Ha obtenido varios triunfos literarios en nuestro país y 2º Premio, Rama Cuento, en los Juegos Florales de Quezaltenango, Guatemala, septiembre de 1967. Tiene abundante obra inédita.

MERCEDES DURAND.—Nació en San Salvador en 1933. Estudió Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Escribe poesía, cuentos, ensayos y artículos periodísticos. Colabora en revistas de México y Centro América. Dirigió el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de El Salvador y publicó, en compañía de otros escritores, la revista *Vida Universitaria*. Obras: *Espacio*, poesía, Editorial Los Presentes, México; *Sonetos Elementales*, plaquette, Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1958; *Poemas del hombre y del alba*, plaquette, San Salvador, 1961. Ha ganado varios premios en torneos literarios y su obra inédita en prosa y verso es abundante.

MANLIO ARGUETA.—Poeta y cuentista salvadoreño. Nació en la ciudad de San Miguel. Apareció en la promoción del Círculo Literario Universitario, 1956. Ese mismo año fue premiada su colección de sonetos *Geografía de la patria*, en el Certamen Centroamericano Universitario, que patrocina la Asociación de Estudiantes de Derecho de la Universidad de El Salvador. Publicó poemas en la *Antología de poetas jóvenes de El Salvador* y en la *Antología Puño y letra*, hecha primorosamente por Oswaldo Escobar Velado. En Certamen Centroamericano de la Asociación de Estudiantes de Derecho, 1964, obtuvo primeros lugares en ramas de cuento y poesía. También ha merecido honores en Concursos Literarios recientes.

JOSE MARIA CUELLAR.—Poeta y cuentista salvadoreño. Nació en Ilobasco, Departamento de Cabañas, 1942. Ha merecido los siguientes lauros: 1er. Premio Poesía, Certamen Literario de Usulután, por *Dos cantos a la patria antigua*; 1er. Premio en la misma Rama, Certamen Literario de la ciudad de San Vicente, por *Bajo un*

sol de naranjas; 1er. Premio en Certamen Literario de San Sebastián, por *Bajo la flor desnuda de la luna*. Ultimamente ha recibido nuevos galardones.

ELISEO PEREZ CADALSO.—Escritor, jurista, político y diplomático hondureño. Ha sido Diputado al Congreso Nacional de su país; Consejero de Estado; Director de Relaciones Públicas de la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA); Director del Departamento de Asuntos Culturales de esa misma Organización; Embajador de Honduras en El Salvador; Delegado de su patria ante Conferencias Internacionales; miembro titular del Consejo Interamericano de Jurisconsultos, Organización de Estados Americanos (OEA); catedrático de Derecho Internacional Público, de Sociología y Criminología, Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Obras publicadas: *Vendimia*, poesía, *Jicaral*, poesía. Ensayos tan notables como *Guillén Zelaya en el neomodernismo de América*; *Poesía y muerte en el camino de Martí*; *Valle, apóstol de América*. Su libro de cuentos *Achiote en la comarca* mereció alabanzas de severos críticos. En cuento y narración ha ofrecido lo mejor de su pluma.

Medios Pacíficos de Solución de Conflictos Internacionales

Por el Dr. Hugo LINDO



HUGO LINDO

El hombre primitivo se caracteriza por su tendencia a las reacciones de tipo estrictamente animal, su entrega a la vida de los instintos, su carencia de reflexión, y, en consecuencia, la falta de ajuste de la conducta a normas racionales.

A medida que se civiliza, los procesos intelectuales van teniendo en él una importancia mayor, y sobreponiéndose a las actitudes impremeditadas del simple automatismo biológico.

No es de extrañar, pues, que ante la ofensa reaccione con la ofensa y a la lesión responda con la lesión.

La venganza se da antes que la justicia —psicológica, jurídica e históricamente— porque la primera es hija de la violencia y la segunda de la reflexión.

Para que llegue a existir siquiera una proporcionalidad entre la injuria y la venganza, es menester que corran muchos siglos y se acumule mucha experiencia en el corazón del hombre. El enunciado de la Ley del Tali3n, viene a constituir, de tal manera, el primer hito en el camino que va de la venganza a la justicia. Ya el Tali3n establece, al menos, una proporcionalidad, limitando el poderio de la fuerza vengadora, a los linderos de la propia fuerza que provoca.

Más tarde, el castigo del ofensor sale de la esfera individual y se traslada a la colectiva. Surgen los tribunales. Se establecen las jurisdicciones. Se determinan a priori los delitos y la manera de purgarlos. Se llega, en suma, a la era de la justicia, en la cual son normas racionales, y no reacciones elementales, las que determinan la relación de causa y efecto.

En la vida de los conglomerados sociales ocurre algo muy semejante. •

Los pueblos primitivos dirimen sus desacuerdos mediante la fuerza bruta. Es ya no el primero, sino el único expediente de su manera de enfrentar el mundo. La violencia brota como un imperativo del carácter. Y a veces no se dirige siquiera contra quien ha ofendido real o presuntamente, sino hasta contra aquel a quien se ve como un enemigo potencial.

Pero la humanidad no podía vivir eternamente sumida en semejante estadio de subdesarrollo cultural.

Las religiones y filosofías tienden a suavizar las costumbres, los juristas a determinar los principios por los cuales han de regirse las relaciones, y los políticos a considerar que se consigue una cuota infinitamente mayor de bien público en las mesas de conferencias que en los campos de batalla.

Este progreso ha sido lento, y no está todavía concluido. Acaso no se concluya mientras haya seres con proclividad al irrespeto de los derechos ajenos. Mas es evidente la diferencia que va de las épocas antiguas, durante las cuales la guerra era la norma y la paz se daba sólo en breves y transitorios períodos, y la época actual, en que se recurre a las armas sólo cuando se han agotado todos los medios de entendimiento pacífico. El mundo entero está de acuerdo en considerar la guerra como una indeseable *ultima ratio*.

En sus relaciones recíprocas, las naciones suelen tener algunos puntos de fricción y desacuerdo. Esto ocurre con frecuencia especial entre los estados fronterizos, pues la indeterminación de las fronteras, sobre todo cuando éstas no son naturales sino artificiales, se convierte en fácil motivo de desavenencia. Si bien, en tales casos, no suele haber disparidad en el entendimiento de los principios jurídicos, sí existe fácilmente sobre los hechos. Toda posibilidad de entendimiento tiene entonces que partir de una justa apreciación de la realidad concreta.

El desarrollo extraordinario de las comunicaciones, la interdependencia económica de los países, el progreso, en suma, al aproximar unos estados a los otros, ha facilitado el aprecio recíproco, por una parte; mas, por otra parte, también ha multiplicado las posibilidades de incomprensión, estimulando rivalidades y provocando un sinnúmero de encontrados intereses, ya de orden político, ya de orden económico, ya de cualquiera otra índole.

Por todo ello, la humanidad se ha visto en la imperativa necesidad de acelerar en lo posible, el perfeccionamiento de los medios de solución pacífica de las controversias internacionales.

Las dos tremendas guerras de este siglo, con su trágica lección y su alto precio en vidas, en integridades, en economías nacionales, en condición humana, estimularon poderosamente a los mejores espíritus para la búsqueda de soluciones cada vez más permanentes y de mayor estabilidad. Soluciones que no han de quedarse de modo exclusivo en el campo de la doctrina, para consumo de eruditos juristas, sino que han de trascender a la vida real y cotidiana de los pueblos, de manera culta, positiva, beneficiosa.

Pueden surgir entre los Estados, desavenencias de diverso carácter. Unas,

serán puramente fácticas: investigada y conocida la realidad de los hechos, las divergencias se allanan de modo consecuente. Otras, serán de índole política, o jurídica, económica, mixta.

Antes de que el conflicto tome cuerpo, los Estados proveen la actividad necesaria para detenerlo *ad portas*.

Esta primera actividad, es la diplomática. Los agentes diplomáticos están investidos de calidad representativa, precisamente para realizar a nombre de sus Gobiernos las negociaciones que fuere menester. Generalmente son dichos agentes, instruidos por sus respectivas Cancillerías, quienes formulan las solicitudes, representaciones o protestas a que cada situación da lugar. Su actuación puede —y suele ser a los comienzos— verbal. La naturaleza y gravedad de cada tema inducirá al tratamiento por medio de notas verbales o formales, o a la asunción de medios más sutiles o más terminantes.

No obstante lo dicho, no siempre los gobiernos confían a sus representantes regulares, las gestiones diplomáticas de un diferendo. Ocurre a veces que ellas demandan la presencia de un personaje de mayor autoridad política, como un Canciller o un Vice-Ministro; a veces exigen la de un técnico muy especializado, como acontece en temas aduaneros, fiscales o económicos, etc., etc. En estos casos, se da una representación especial.

Con el desarrollo moderno de las comunicaciones, la rapidez creciente y el costo decreciente de los transportes aéreos, se han ido tornando cada vez más frecuentes las reuniones de Ministros de determinados ramos, y hasta la de Presidentes y otros Jefes de Estado para, ante la mesa de conferencias, deliberar y tomar resoluciones. Muy a menudo, estas resoluciones tienden más a prevenir conflictos que a terminar con ellos.

Es ésta otra forma de negociación diplomática: el encuentro de varios Estados para dilucidar sus problemas en diálogo cordial.

No se recurre, normalmente, a ninguna otra posibilidad de arreglo pacífico, en tanto no se han agotado los recursos diplomáticos de avenimiento. En una u otra forma, todos los tratados bilaterales o multilaterales sobre la materia, consignan que se someten a arbitraje los conflictos a cuya solución no ha podido llegarse por vía diplomática.

En el tratado de Paz y Amistad que El Salvador celebró con España en 1865, se estableció:

“Que si (lo que Dios no permita) se interrumpiese la buena armonía que debe continuar reinando en lo venidero entre las partes contratantes por falta de inteligencia en los artículos aquí convenidos, o por otro motivo cualquiera de agravio o queja, ninguna de las partes puede autorizar actos de represalia u hostilidad por mar o tierra *sin haber presentado antes a la otra una memoria justificada de los motivos en que funda la injuria o agravio, denegándose la correspondiente satisfacción*”.

En el lenguaje actual, lo anterior es una gestión diplomática. La protesta seguida de una excusa adecuada, pone fin al conflicto en sus inicios. La excusa inadecuada o la falta total de excusa, deja expedito el camino a otras formas de acción. Dentro del tratado con España, directamente al arbitraje.

Casi un siglo después, el Tratado Americano de Soluciones Pacíficas, estampó en el artículo segundo:

“En consecuencia, en caso de que entre dos o más Estados signatarios se

suscite una controversia que, en opinión de las partes, no pueda ser resuelta por negociaciones directas a través de los medios usuales... , etc., etc.”

En medio de los instrumentos citados, se encuentra la Convención para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales, emergente de la Segunda Conferencia Internacional de la Paz (La Haya, 1907). El Art. XXXVIII consigna: “...las Potencias Contratantes reconocen el arbitraje como el medio más eficaz y al mismo tiempo el más equitativo de arreglar *las diferencias que no hayan sido resueltas por las vías diplomáticas*”.

La persistencia del concepto al través del tiempo, de los diversos medios geográficos, de las distintas mentalidades jurídicas y de los diferentes tratados que han considerado el asunto, es elocuente: ella habla de que es una norma natural: pues la gestión es inherente a las funciones que se encomiendan al diplomático. Su condición de regla preventiva, la coloca antes y por encima de las reglas propiamente resolutorias del conflicto.

En el Artículo 3º del Pacto de Bogotá, signado en 1948, se consigna que el orden de los procedimientos pacíficos establecidos en el Tratado no es obligatorio. Las partes pueden recurrir al que en cada caso estimen más oportuno. Tampoco deben seguirlos todos, ni hay prelación entre los medios. Esto es y debe ser así, en virtud de que la infinita variedad de situaciones posibles reclaman del Derecho Internacional una gran capacidad de adaptación. Constreñir ésta equivaldría a tornar ineficaces las medidas, no por malas en sí, sino por su falta de flexibilidad ante los hechos. Así, y todo, nosotros seguimos el orden en que los medios aparecen en el Pacto de Bogotá. Ese orden es científico, pues él corresponde por un lado a la secuencia histórica de su advenimiento y, por otro, a una gradación natural que va *de minus ad magis* y que sigue al conflicto desde su estado larval de simple malentendido hasta sus formas de mayor peligro. He aquí su enunciado:

Buenos oficios y mediación;
Investigación y conciliación;
Procedimiento judicial;
Procedimiento de arbitraje; y
Opiniones consultivas.

En esta oportunidad, por razones que se verán adelante, preferiremos tratar acerca del arbitraje y de la justicia internacional, conjuntamente. Y, por causa de brevedad, omitiremos lo relativo a opiniones consultivas.

Son llamados “buenos oficios” aquellas gestiones que realiza un Estado amigo de los que se hallan en diferendo, interponiendo su influencia para la solución del mismo.

Se trata, pues, de meras intervenciones amistosas, ante una y otra parte. Pueden ser solicitadas, u ofrecidas espontáneamente.

Su diferencia con la mediación, es de matiz. Pero ya en la mediación las gestiones de arreglo no se hacen tratando separadamente con cada una de las partes, sino reuniéndolas, y aun reuniéndose con ellas, y procurando presentar fórmulas de avenimiento.

A veces, en la práctica, resulta difícil distinguir entre ambas modalidades.

Generalmente, ellas preceden a la conciliación y al arbitraje, por simple razón de método. Pero ello no constituye una norma absoluta ni necesaria. Son

las circunstancias de cada caso, las que determinan la oportunidad de cada medio.

El 15 de julio de 1826, en la ciudad de Panamá, se firmó por los gobiernos de los países enunciados en su designación oficial, el *Tratado de unión, liga y confederación perpetua entre las Repúblicas de Colombia, Centroamérica, Perú y Estados Unidos Mexicanos*. Los Plenipotenciarios centroamericanos fueron don Antonio Larrazábal y el Dr. Pedro Molina.

Dicho documento, concluido bajo la directa inspiración de Bolívar, tiene una enorme importancia en el derecho internacional de América y del mundo, no sólo por las circunstancias políticas en que se concertó, las cuales lo erigen en una especie de convención de legítima defensa de la soberanía recién conquistada, y de piedra angular de la unidad del Nuevo Continente —ya preconizada en Centroamérica por José Cecilio del Valle— sino también porque de él emerge una nueva forma de acción pacífica frente a los conflictos. Nos referimos a la conciliación, cuya semilla se encuentra aquí, y cuya perfección teórica viene a lograrse durante la primera Convención de La Haya, en el último año de los mil ochocientos.

En efecto, el Art. 11 de este convenio establece una Asamblea General, compuesta por dos Plenipotenciarios de cada uno de los países firmantes o adherentes, la cual ha de reunirse cada dos años en tiempo de paz, y cada año en tiempo de guerra. En el Art. 13 se indican las funciones principales de dicha Asamblea, con respecto a las potencias comprometidas, y entre ellas se encuentra la de “servirles de conciliador en sus disputas y diferencias”.

Por su trascendencia histórica y jurídica, copiamos íntegramente los Arts. 16 y 17 del Tratado. Rezan así:

“Artículo 16. Las partes contratantes se obligan y comprometen solemnemente a transigir amigablemente entre sí todas las diferencias que en el día existan o puedan existir entre algunas de ellas y en caso de no terminarse (entre las potencias discordes), se llevará con preferencia a toda vía de hecho, para procurar su conciliación, al juicio de la Asamblea, cuya decisión no será obligatoria si dichas potencias no se hubiesen convenido explícitamente en que lo sea.

Artículo 17. Sean cuales fueren las causas de injurias, daños graves u otros motivos que algunas de las partes contratantes puedan producir contra otra u otras, ninguna de ellas podrá declararles la guerra, ni ordenar actos de represalias contra la República que se crea ofensiva, sin llevar antes su causa, apoyada en los documentos y comprobantes necesarios con una exposición circunstanciada del caso, a la decisión conciliatoria de la Asamblea General”.

Casi todos los autores de la materia, mencionan las Comisiones de Investigación, como uno de los instrumentos de acción pacífica para la solución de conflictos. No obstante, no son pocos los que hacen notar que la investigación, por sí misma, no es un medio para tal finalidad, sino sólo el comienzo de un largo proceso que desemboca en la conciliación. Es, podríamos decir, la primera etapa de la misma. Tal como el sumario —etapa en que se recaban las pruebas— sirve, en materia penal, de fundamento a la controversia que se plantea en el plenario, la investigación tiende a determinar los hechos, a fijar, de modo incontrovertible, la situación a la cual han de aplicarse los criterios de solución.

Como la investigación suele tomar un tiempo más o menos prolongado, su ejercicio tiene la virtud de permitir que se aplaquen las pasiones y que, cuando

se llegue al final de todo el proceso, los ánimos se hallen lo suficientemente serenos como para encontrar soluciones adecuadas al conflicto.

Sin ahondar en la materia, cabe decir que los hitos que determinan el procedimiento o el momento procesal de las comisiones de investigación, son los siguientes: Convenciones de La Haya, de 1899 y 1907; los tratados Bryan, el de Argentina, Brasil y Chile (A. B. C.) de 1915; las convenciones de la Liga de las Naciones, la Convención Centroamericana y las Conferencias Panamericanas.

Su nombre lo indica con precisión: las comisiones de investigación son cuerpos conjuntos encargados de indagar la realidad de determinados hechos sobre los cuales asientan, las partes, sus pretensiones y puntos de vista. Ellos concluyen su trabajo con un informe que determina con la mayor claridad tales hechos; pero carece de carácter obligatorio. Está abonado sólo por la autoridad técnica y moral de la Comisión. Es de notarse que las comisiones establecidas en los tratados Bryan, no se limitaban a problemas de hecho: estaban facultadas para enfrentar toda clase de cuestiones.

La investigación, indicábamos, tiende a desembocar en la conciliación, mediante la cual, con base en los hechos conocidos, se propone a los Estados en pugna, una solución que se estima acorde con el Derecho, los principios generales de justicia y hasta la conveniencia de las partes. Esta propuesta tiene sólo el alcance de tal: no es un laudo, y, en consecuencia, no obliga a los Estados interesados en el asunto.

El 3 de mayo de 1923, se firmó en Santiago de Chile el Tratado para evitar o prevenir conflictos entre los Estados Americanos, con motivo de la 5ª Conferencia Internacional Americana. Este tratado es conocido con el nombre de Convención Gondra, en honor del ilustre don Manuel Gondra, jurista paraguayo que lo propuso. Aparece signado por 16 países. Los países centroamericanos que lo signan, son Guatemala, Nicaragua y Honduras. El Salvador adhirió el 19 de julio de 1928, y Costa Rica el 23 de noviembre del mismo año.

Este Tratado declara expresamente que él ni abroga ni restringe convenios de arbitraje preexistentes.

Somete a investigación de Comisión, toda causa de desavenencia existente entre las altas partes contratantes, que no haya podido ser resuelta por la vía diplomática.

Conforme al Art. 2º de la Convención Gondra, la Comisión Investigadora tiene lugar después del fracaso de las gestiones diplomáticas o de aquellas que se han realizado para someter el asunto a un arbitraje, o cuando circunstancias de hecho hagan imposible negociación alguna y sea inminente un conflicto armado.

Se establecen al efecto dos Comisiones Permanentes, la una con sede en Washington y la otra con asiento en Montevideo, constituidas por los tres agentes diplomáticos americanos de mayor antigüedad en cada una de dichas capitales, quienes, en caso de necesidad, reciben el pedido de convocatoria a la Comisión Investigadora, y lo notifican inmediatamente a la otra parte en conflicto. Cada Estado en desacuerdo, al pedir la convocatoria o ser notificada de ella, designa a dos miembros que, por su parte, constituirán la Comisión. El quinto, es electo por los cuatro así nombrados. Se establece un mecanismo a fin de que, como dice el texto de la Convención, "ambos lados en la controversia tengan siempre igual representación".

Hay que distinguir, pues, acá, entre la Comisión Permanente —sea la que

reside en Washington, sea la que reside en Montevideo— y la Comisión Investigadora que aquélla convoca.

No obstante, la Convención General de Conciliación Interamericana que se firmó en Washington el 5 de enero de 1929, de acuerdo con el llamamiento hecho por la 6ª Conferencia Internacional Americana de La Habana, reconoció el Tratado que acabamos de sintetizar, como “una conquista preciosa en las relaciones interamericanas”, y al hacerlo, otorgó a la Comisión de Investigación que este Tratado establece, un carácter de Comisión de Conciliación. Este mismo carácter fue extendido a las Comisiones Permanentes, en tanto no se formaran las de Conciliación, es decir, en el interregno entre la solicitud de un Gobierno, y la integración del grupo investigador. Tal cambio de carácter de las Comisiones, este incremento de las funciones que ellas estaban llamadas a desempeñar, se debe en gran parte al hecho de que conforme a la mencionada Convención General de Conciliación Internacional, las Altas Partes se obligan a someter a conciliación “todas las controversias de cualquier naturaleza que por cualquiera causa hayan surgido o surgieren entre ellas y no haya sido posible resolver por vía diplomática”. Si bien se advierte, la Convención Gondra sometía a investigación toda controversia no resuelta por vía diplomática, es decir, exactamente lo mismo que la Convención General somete a conciliación. Era necesario coordinar ambos instrumentos entre sí, y dar a las comisiones investigativas, calidad de conciliatorias, con lo cual se evitarían dudas jurídicas posteriores. Por otra parte, el Art. 5 de la Convención General, establece que ella misma no es obstáculo para los buenos oficios o la mediación, y se acuerda que esos medios no se emplearán desde que se constituya la Comisión, hasta que ella presente su informe final, a modo de que no pueda haber interferencias entre diversos organismos abocados a la misma cuestión.

Algo parece haber de carácter demasiado general en los enunciados con que suelen comenzar estas convenciones. El mismo 5 de enero de 1929, se firmaba, también en Washington, y por los mismos Plenipotenciarios, el Tratado General de Arbitraje Interamericano, por medio del cual las Partes se obligan a someter a arbitraje, sus diferencias *de carácter jurídico* que no haya sido posible ajustar por vía diplomática. Si este artículo se interpreta en relación al Art. 1º de la Convención General de Conciliación Interamericana, llegaríamos a la conclusión de que esta última no obliga a someter a conciliación “todas las controversias de cualquiera naturaleza que por cualquier causa, etc.”, como dice su texto, hayan surgido entre las Altas Partes, sino sólo aquellas que sean *de hecho* o de carácter político, pues las que son de carácter jurídico quedan, más bien, regidas por el Tratado General de Arbitraje Interamericano. Así y todo, aún cabría hacer alguna excepción, puesto que se declara expresamente en el Tratado General de Arbitraje, que también puede ser objeto del mismo un hecho violatorio de obligación internacional. Acaso la calificación de este hecho, sea jurídica; pero el sujeto mismo, es de naturaleza fáctica.

En Río de Janeiro, el 10 de octubre de 1933, los Plenipotenciarios de Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay, signaron un *Tratado antibélico de no agresión y de conciliación* (Tratado Saavedra Lamas), al que la República de El Salvador adhirió el 18 de mayo de 1934; Nicaragua el 13 de agosto del mismo año, Honduras el 20 de abril de 1936; Guatemala el 30 de marzo de 1936 y Panamá el 27 de abril de 1934. Las adhesiones de El Salvador y Honduras fueron con algunas reservas.

Según este convenio, se sujetan a conciliación las controversias no resueltas por vía diplomática. Una modalidad de peculiar interés se introduce en este cuerpo normativo: aquella Corte de Justicia que, conforme a la legislación interna de los países, tengan facultades para conocer de temas constitucionales e internacionales, tienen preferencia para formar parte del organismo de conciliación.

El arbitraje, definido como el procedimiento mediante el cual se somete a un tercero la decisión de un conflicto entre Estados, es una institución de antiquísima prosapia. La conocieron los pueblos antiguos, y los textos especializados presentan muy numerosos casos de aplicación del método.

A título de mera curiosidad, referiremos que un conflicto de fronteras que se suscitó entre dos comunidades suméricas, fue fallado por el Rey de Kish en Mesopotamia, 3000 años A. de C.; que hubo un Tratado de Arbitraje, en 1292 A. de C. entre Ramsés II y el Rey de Keta; que los griegos aplicaron el procedimiento a toda clase de conflictos: a divergencias sobre interpretación de convenios, a cuestiones territoriales, y hasta a casos de mera prevención de futuras situaciones conflictivas. Algo más puede afirmarse: los griegos conocieron y aplicaron las más diversas formas de arbitraje, ya encomendando las funciones a un ciudadano de altos prestigios, como Tucídides, ya a una ciudad, como Salamina, ya a un cuerpo colegiado, como ocurría con los Congresos Anficiónicos.

Don Manuel J. Sierra nos dice que: “en un lapso de cinco siglos, han podido contarse entre las ciudades que formaban el mundo helénico, 110 arbitrajes”.

Los romanos, en cambio, genios del derecho privado, fiaron a las armas los conflictos. No practicaron el arbitraje.

Se dice que los chinos recurrieron también muchas veces a este medio para dirimir desacuerdos entre las diversas provincias.

El fallo de un Príncipe hindú fue requerido entre los persas cuando Ciro y el Rey de Asiria tuvieron una controversia de índole territorial.

Multitud de casos pormenorizados puede encontrar el curioso, ya en obras generales de Derecho Internacional Público, ya en trabajos especiales sobre el arbitraje: Para nuestros fines basta este recuento.

Durante la Edad Media, se continuó sujetando a conocimiento de árbitros una cantidad de problemas internacionales, ya con el fin de evitar, ya con el fin de prevenir conflictos armados. Los Papas, los Reyes y Príncipes, los grandes señores, fueron electos para desempeñar las funciones arbitrales. A veces, cuerpos colegiados como los Parlamentos antiguos, siguieron la tradición griega de las anficionías.

Podría afirmarse que casi todas las notas teóricas que actualmente conforman esta estructura jurídica, fueron conocidas de los griegos; empero, su sistematización y su regimentación procesal, se han enriquecido notoriamente durante la edad moderna.

El siglo XX ha visto el florecimiento y madurez de la institución. Juristas y políticos de todos los rumbos geográficos, de todas las culturas, tradiciones, técnicas, visiones y sensibilidad, han contribuido, en un perseverante esfuerzo de aproximación y concordancia, a delimitar normas de fondo y forma que ya resultan bastante discernibles. También el siglo XX ha visto surgir los Tribunales de Justicia Internacional, como organismos preconstituidos para el desempeño de la función arbitral.

Dentro de la historia del arbitraje mundial, por una parte, y de la que

corresponde al arbitraje del Continente Americano, por otra, es curioso advertir el excepcional relieve que contienen dos fechas: el año de 1899, y el de 1907.

En esos dos años, respectivamente, se llevaron a término las dos Conferencias de La Haya que dieron por resultado la Convención para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales. En rigor, se trató de dos convenciones casi iguales entre sí. El Salvador parece haber signado y ratificado solamente la segunda, que fue suscrita por 38 países el 18 de octubre de 1907. La ratificación salvadoreña lleva fecha de 7 de mayo del año siguiente. De las Repúblicas del Istmo solamente firmaron el instrumento original Guatemala y Panamá; pero posteriormente adhirió el Gobierno de Nicaragua.

Todo el título 2º de este instrumento está dedicado a los buenos oficios y la mediación, así como el título 3º, compuesto de 28 disposiciones, se contrae a los procedimientos de investigación. Es en el título 4º, dividido en 4 capítulos en donde se trata acerca del arbitraje internacional. Tales capítulos se titulan, respectivamente, *Justicia arbitral y Procedimiento sumario de arbitraje*.

Esta Convención de La Haya, que deroga de manera expresa la que sobre el mismo tema se había firmado el 29 de junio de 1899, con ocasión de la Primera Conferencia Internacional de la Paz, conserva la Corte Permanente que había sido creada en este último instrumento con el propósito de que las potencias en litigio tuvieran fácil acceso a este medio de solución. Empero, se establece, no es obligatorio que las disputas se sometan a la Corte: las partes pueden convenir en la constitución de un Tribunal Especial.

En el mismo año de 1899 en que se celebra en La Haya la Primera Conferencia Internacional de la Paz, nacia en nuestro Continente, con el nombre de Unión Internacional de las Repúblicas Americanas, la estructura jurídica que más tarde había de modificarse para constituir la actual Organización de los Estados Americanos. La Unión Internacional fue el fruto de la Primera Conferencia Internacional de las Repúblicas Americanas, congregada bajo la inspiración del Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. James G. Blaine, quien, en la sesión de clausura, poniendo de relieve el positivo éxito de la conferencia, pronunció un discurso de indiscutible resonancia en las ciencias del derecho y en las prácticas continentales de la política internacional. Dijo, entre otras cosas: "nosotros sostenemos que la nueva Magna Carta, por la cual es abolida la guerra entre las Repúblicas Americanas y sustituida por el arbitraje, es el primero y gran fruto de la Conferencia Internacional Americana".

De ahí en lo sucesivo, las Conferencias Internacionales Americanas habían de constituir jalones históricos en el desarrollo de las instituciones jurídicas de solución de conflictos y, de modo especial, en lo del arbitraje.

Mas decíamos también que el de 1907 fue un año de particular importancia en este desarrollo: además de haberse perfeccionado durante la Segunda Conferencia de La Haya, la Convención a que ya hicimos referencia, el Derecho Internacional del mundo vio nacer el primer Tribunal Internacional de la Historia, constituido en forma estable, con nítidos lineamientos jurisdiccionales y con indiscutible imperio: La Corte Centroamericana de Justicia, cuya trayectoria de 10 años, si bien breve, ha sido lo suficientemente luminosa como para inspirar a todos los pueblos del mundo, una nueva perspectiva de justicia internacional.

Hasta donde se nos alcanza, antes de 1907 El Salvador no había suscrito Convenciones o Tratados Multilaterales sobre estas materias. Todo lo que co-

nocemos al respecto, son arreglos bilaterales, como el concertado con la República Dominicana en 1882, el suscrito con Venezuela, el firmado con Suiza al año siguiente, y el convenido con Ecuador sobre amistad, comercio y navegación en 1890, que tiene una cláusula compromisoria.

Sin embargo, ya la vocación continental de nuestros juristas y su aspiración para llegar a una extensión amplísima de estos métodos jurídicos, se había puesto de relieve en el ya mencionado tratado de 1882 con la República Dominicana, en donde se enunciaba el propósito de que las Altas Partes Contratantes, celebrasen otros convenios similares con los demás países de América.

En 1902, con ocasión de hallarse reunida en México la Segunda Conferencia Internacional Americana, 9 países del Continente firmaron un Tratado Multilateral de Arbitraje que sólo fue ratificado por 6 de ellos, en cuenta El Salvador. La ratificación salvadoreña está fechada el 22 de abril del mencionado año. También en 1902, nosotros firmábamos con España un nuevo Convenio sobre la materia, para sustituir el de 1865, que ya había caducado. Por lo que respecta a España, la materia quedó así regulada por el Tratado de Arbitraje Obligatorio, signado el 28 de enero de 1902, ratificado por El Salvador el 19 de abril y cuyas ratificaciones se canjearon en Guatemala el 27 de septiembre de ese año.

Ya por entonces podía advertirse el enorme progreso logrado por la institución, debido en gran parte a la Primera Conferencia de La Haya, la de 1899. Tanto en el Convenio Bilateral con España cuanto en el multilateral emergente de la Segunda Conferencia Internacional Americana, se establece el arbitraje obligatorio para aquellas controversias que no logren resolverse por la vía diplomática, y se incluye la importante salvedad de que la materia del litigio no afecte ni la independencia ni el honor nacionales. La apreciación de estos extremos, quedaba librada al juicio exclusivo de cualquiera de las naciones interesadas, pese a lo cual, y a fin de evitar dificultades de interpretación sobre esto último, se indicaba como adelante veremos, que determinados casos, frecuentes en la práctica, no se hallaran incluidos en la excepción.

Con mayor penetración en los matices de la materia, de la que habían tenido los tratados anteriores firmados por nosotros, la Convención de La Haya no pasa directamente de las gestiones diplomáticas al arbitraje, pues, en casos graves, se recomienda recurrir a los buenos oficios o a la mediación de potencias amigas.

Es del caso consignar que los buenos oficios y la mediación vienen tratando minuciosamente y con amplitud científica desde el Art. 6 hasta el Art. 12 inclusive, y, en forma semejante, del Art. 13 al 19 se enfoca todo lo relativo a las Comisiones Internacionales de Investigación, para casos de apreciación fáctica.

Muchos son los convenios internacionales y no pocos los juristas de la materia que se refieren conjuntamente al arbitraje y a la justicia internacional. No es esto una confusión.

Efectivamente, hasta el momento, resulta bastante difícil discernir con exactitud hasta dónde la institución de arbitraje persevera en esta categoría, y desde qué instante pasa a convertirse en un tribunal de justicia internacional.

Han procurado los tratadistas encontrar algunas notas diferenciales entre una y otra institución. Ellas vendrían a ser éstas: a) en el arbitraje, el árbitro o el conjunto de árbitros son seleccionados conforme a un mecanismo ad-hoc cuando ya el conflicto se ha presentado y es menester entrar a su conocimiento.

En tanto, en los Tribunales de Justicia Internacional, éstos se encuentran preconstituidos al litigio; b) los árbitros no están obligados a ceñirse a un procedimiento específico de orden jurídico ni sus fallos deben necesariamente adaptarse a los tratados y los principios del derecho internacional: pueden perfectamente fallar en determinadas circunstancias siguiendo procedimientos más o menos sumarios, toda vez que las partes estén de acuerdo en su aplicación, y fallar *ex aequo et bono*, es decir, conforme a la justicia y lo que se considera favorable en un momento dado. Por lo contrario, los Tribunales de Justicia Internacional estarían obligados a sujetarse a procedimientos rígidos preestablecidos. A semejanza de los tribunales de Justicia de orden nacional, se verían en la necesidad de fallar conforme a los tratados y convenciones vigentes y en último término, conforme a los principios teóricos del Derecho Internacional, sin tener acceso a las fuentes del fallo puramente arbitral, es decir, a consideraciones de tipo extrajurídico.

No obstante, estas diferencias que pudieran servir para categorizar de manera muy general una y otra institución, no siempre resultan aplicables. Si analizamos con detenimiento algunos de los tribunales arbitrales, nos daremos cuenta de que se sujetan, como los otros tribunales, como los preconstituidos, a procedimientos y fallos de derecho. Por otra parte, algunos de los llamados tribunales preconstituidos, efectivamente no lo están. El que se establece (y va citado muy al desgaire), en la Convención para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales (La Haya 1907), al conservar la Corte Permanente que se había creado en el Tratado en la misma ciudad de 1899, no hace sino conservar una nómina, una lista de eminentes juristas que pueden ser llamados a integrar la Corte. Esta Corte no tiene, en rigor de rigores, un carácter permanente, se integra cada vez que hay un asunto por atenderse, de tal manera que a pesar de su nombre, a pesar de la permanencia misma incluida en dicho nombre, funciona exactamente como un tribunal de orden arbitral: se constituye para cada asunto específico y, como consecuencia de lo anterior, no está obligado por la jurisprudencia preestablecida.

No obstante, estas diferencias parecen irse perfilando con el tiempo, y si las dos instituciones todavía no tienen las fronteras suficientemente delimitadas, ellas tienden a delimitarse de una manera cada vez más precisa. Esto puede considerarse así, sobre todo si se atiende al hecho de que el arbitraje se torna cada vez más obligatorio, sobre todo en América Latina, a partir de la Primera Conferencia Internacional Americana. En todo caso, en lo que rige a nuestro Continente, puede afirmarse que nuestros tribunales ya están, desde un punto de vista, preconstituidos. Podría recurrirse en caso de necesidad, ya a la Corte Internacional de Justicia, ya al Tribunal establecido en la Carta de Bogotá, ya en el caso de Centroamérica, a la Corte Centroamericana de Justicia a la cual se refieren los Arts. 14, 15 y 16 de la Carta vigente de San Salvador.

Largamente se ha venido hablando del arbitraje obligatorio como una norma de derecho internacional americano. Es curioso advertir que los antecedentes de esta obligatoriedad se dan casi simultáneamente en Europa y en América. En Europa, por la Primera Conferencia Internacional de la Paz, de La Haya, y en América, por virtud de la Primera Conferencia Internacional de Repúblicas Americanas, ambas de 1899. El hecho es que en nuestro Continente este principio ha venido robusteciéndose y reafirmando de conferencia en conferencia

y de convención en convención, y actualmente constituye una norma general del Derecho Internacional Americano. Por cierto, una de las normas básicas.

El eminente tratadista argentino Dr. César Díaz Cisneros escribe sobre la obligatoriedad el siguiente párrafo: “virtualmente el arbitraje en los tiempos modernos y en la actualidad sigue siendo en casi todos los tratados de carácter facultativo o voluntario, no obligatorio. En cuanto a los tratados de arbitraje general, muchos de ellos contienen excepciones que excluyen del arbitraje las cuestiones que afectan el honor, la independencia, los intereses fiscales del Estado. Estas excepciones son de tal magnitud que casi cualquiera cuestión puede calificarse como perteneciente a las excepciones, por manera que el Estado puede eludir el arbitraje, si su voluntad es la de no aceptarlo. El carácter de generalidad de las cuestiones, queda limitadísimo, o si se prefiere, se reduce a una fórmula vacía. El Estado decide si una cuestión pertenece a sus intereses vitales, si afecta su independencia o su honor. Por la misma razón, la obligatoriedad del arbitraje se desvanece, y el procedimiento sigue siendo voluntario o facultativo, puesto que las cuestiones de relevancia pueden ser definidas por el Estado como comprendidas en las excepciones”.

Respetamos mucho el criterio anterior, pero no coincidimos en la idea de que un subterfugio de evasión invalide una norma. Sí, valiéndose de una interpretación un tanto sutil o advenediza, un estado pretende dejar de cumplir su compromiso y logra evadir este cumplimiento, esto no significa nada con relación a la estabilidad de la norma. Ocurre exactamente como en la violación de una ley penal, solamente que, en casos de derecho internacional, resulta sumamente difícil recurrir a una sanción. En todo caso, cuando se comete un asesinato, no por eso deja de existir la norma penal relativa al asesinato que lo caracteriza y lo castiga. Por otra parte, la obligatoriedad deriva precisamente de un acto de voluntad. Siendo los Estados de suyo soberanos, no podría imponérseles ningún arbitraje que estuviese más allá de su propia voluntad. Esta voluntad es la que se manifiesta en la signatura y en la ratificación constitucional de los tratados. Mas acontece que, una vez firmados y ratificados los convenios, éstos entran a tener fuerza de ley internacional y el Estado que voluntariamente ha aceptado o suscrito normas, queda ligado a él, de modo consecuente. No es inoportuno citar aquí el principio recogido bajo la letra c) del Art. 5º de la Carta de la Organización de los Estados Americanos: “la buena fe debe regir las relaciones de los Estados entre sí”. El autor citado hace la referencia a que nos hemos referido, para derivar explicando la existencia de una fórmula argentina que introdujo el Senado de su patria en un tratado de arbitraje con Italia, en 1898. Esta fórmula ya no se refiere a los casos en que se afecta el honor, la independencia o los intereses vitales del Estado, sino que emplea términos mucho más precisos y objetivos: se refiere a “las cuestiones que afectan a los *preceptos constitucionales argentinos*”. Cabe decir que esta fórmula ayuda efectivamente a desvanecer la ambigüedad de los anteriores conceptos. Una locución semejante se contempla en el convenio formado entre El Salvador y España en el año de 1902. Ya en la Segunda Conferencia Internacional Americana en el año de 1902, antes de suscribirse entre algunos países un Tratado Multilateral de Arbitraje, se intentaba superar la dificultad apuntada señalando lo siguiente: “No se considerarán comprometidos ni la independencia ni el honor nacionales en las controversias sobre privilegios diplomáticos, límites, derechos de navegación y validez, inteligencia y cumplimiento de tratados”.

Por todo lo anterior concluimos en que la obligatoriedad existe como una institución de derecho internacional público americano, pero que está determinada por la voluntad soberana de las naciones, por una parte, y, por otra parte, que su existencia jurídica no depende de la buena fe o mala fe con que se acata o se burle la disposición contenida en los convenios.

En el Tratado de Paz que puso fin a la primera Guerra Mundial, y que las potencias aliadas firmaron con Alemania en Versalles, el 28 de junio de 1919, Tratado al cual El Salvador adhirió el 10 de marzo de 1920, se contemplan unidas las nociones de investigación y de arbitraje, como posteriormente había de ocurrir en el Pacto de Bogotá.

Aquí en el Tratado de Versalles, apunta un principio que aún parece estar esperando un desarrollo más minucioso y profundo por parte de los juristas y de los gobiernos: la indivisibilidad del diferendo.

El Art. 13, con relación directa al arbitraje, elevándolo a la categoría de ley de las naciones por virtud de la convención, determina el principio de sometimiento no parcial, no desmembrado, sino íntegro, de la cuestión litigiosa, a la decisión arbitral.

Es notorio que cuando se presenta un litigio entre dos o más naciones, éste asume numerosas facetas y modalidades, y se integra, ya con numerosas cuestiones de hecho, ya con diversas realidades de índole política, ya con abundantes problemas de naturaleza jurídica. Y su fraccionamiento, útil desde un punto de vista metodológico solamente, debe dirigirse hacia la reintegración filosófica que permita, en una mirada de conjunto, la comprensión global de las situaciones y el reclamo único de la justicia perseguida.

Al inicio del presente siglo comenzó para El Salvador a perfilarse un principio de Derecho Internacional Público relativo al arbitraje, que más tarde había de encontrar desarrollo mayor en las conferencias internacionales americanas y, de modo muy particular, en el Pacto de Bogotá. Nos referimos a determinadas normas que tienden a regir la elección de los árbitros o del Tribunal de Justicia Internacional que ha de conocer de un asunto determinado.

En el Tratado de Arbitraje Obligatorio que firmamos con España el 28 de enero de 1902, al establecerse reglas para la designación de uno o varios árbitros, se tomaba en cuenta de modo preferente a los Jefes de Estado de las Repúblicas hispanoamericanas, y, para el caso de que dichas normas fallaran, se recurriría a los procedimientos arbitrales resueltos por la Primera Conferencia de La Haya.

Una somera cavilación sobre este principio nos lleva a concluir que España y El Salvador deseaban someter sus posibles diferendos a sensibilidades y criterios afines a los propios. No es que desconfiaran de la sabiduría y honradez del jurista británico o sueco, alemán o checoslovaco, sino que, formando los Estados Contratantes, parte de una grandiosa unidad espiritual, con sus propios e intransferibles matices, consideraban, lógicamente, que otros miembros de la misma comunidad lograrían penetración mayor en sus conflictos, motivaciones, alegatos y propósitos.

No podemos detenernos en el estudio de la Corte Centroamericana de Justicia, porque su propia importancia demanda mucha documentación, mucha cavilación y mucho tiempo.

El 25 de mayo de 1908 empezó sus trabajos este organismo internacional, paradigma de tribunal de arbitraje obligatorio, con una amplitud jurisdiccional ciertamente ejemplar.

Sin perjuicio de todos los antecedentes políticos que determinaron su creación, bien podemos afirmar que ella se debió, en gran parte, al deseo de los Estados centroamericanos de tener un fiel intérprete de sus aspiraciones y sus principios. Como dijo el Dr. Manuel Castro Ramírez en su libro *Cinco años en la Corte de Justicia Centroamericana*, "Centroamérica recuperó la alta prerrogativa de resolver por sí sus querellas".

Actualmente, la Carta de San Salvador señala, entre los órganos originarios de la Organización de Estados Centroamericanos, la Corte de Justicia Centroamericana. Todo su tratamiento se contiene en tres disposiciones inoperantes. Pero ya se escucha por todos lados el clamor de una reestructura científica que, aprovechando las lecciones de la historia, permita a nuestros pueblos encauzarse por sus propias rutas y fallar sus propios asuntos. Es necesario, es indispensable, volver los ojos a la antigua Corte. Por su carácter permanente, por la amplitud de su jurisdicción, por la independencia política de sus procedimientos y sentencias, por su acogida a los intereses de orden internacional que los particulares puedan tener frente a los Estados.

De esta manera, podrá lograrse la lógica y sensata gradación de jurisdicciones. Para nosotros sería, primero, la jurisdicción centroamericana; en segundo término, la de continental; por último, la de La Haya. Todo ello, sin perjuicio de los tribunales especiales o de los arbitrajes unipersonales, cuando los Estados interesados lo considerasen más oportuno.

Acaso no sea muy gentil ni muy diplomático el decirlo; pero la honradez científica nos obliga a ello: por lo menos en un caso particular en que fue menester la aplicación de principios de Derecho de Asilo, tal como esta institución ha sido desarrollada dentro del Continente americano, la Corte Internacional de Justicia, falló sin la necesaria sensibilidad del problema, viendo las cosas a la distancia, con una notoria deformación de perspectiva.

En la Convención Gondra, signada en Santiago de Chile en 1923, las Comisiones Permanentes establecidas en Washington y Montevideo para integrar las de arbitraje, en caso de ser requeridas para ello, habían de formar estos últimos con los tres agentes diplomáticos americanos, de mayor antigüedad. Esta exigencia de la condición de americanos se debía sin duda a la mayor comprensión de los problemas surgidos en el Continente, que han de tener sus propios hijos frente a los originarios de otras áreas geográficas.

Quizá bajo la influencia del criterio contenido en el Tratado Gondra, la Convención de Arbitraje que firmaron El Salvador y Uruguay en 1924, establecía la siguiente prelación para la escogencia de árbitro o árbitros en caso de conflicto:

- a) El Jefe de Estado de una Nación americana;
- b) El Presidente de una Corte o Tribunal Suprema de una Nación americana; y
- c) Un Tribunal constituido por igual número de jueces y peritos salvadoreños, uruguayos y de algún otro país de nuestro Continente.

Aunque el Tratado General de Arbitraje Interamericano signado en Washington en el 5 de enero de 1929 contempla la participación de algún miembro no americano del Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya para la dilucidación de conflictos entre Estados del nuevo Continente, es de advertirse que

tal posibilidad sólo se franquea muy en última instancia, ya que conforme al Artículo 3º, los árbitros serán de las nacionalidades de los países en conflicto (los cuales son americanos, pues ellos son los Estados firmantes del Tratado) y otro que puede ser de cualquiera otra nacionalidad americana.

El Pacto de Bogotá, firmado el 2 de mayo de 1948, recoge la esencia del principio que venimos de enunciar, al señalar en su Art. 2º que las Altas Partes han de acudir en sus conflictos, a los procedimientos pacíficos *regionales*, antes de llevarlos al Consejo de Seguridad de la ONU; al definir en el Art. 9 como "buenos oficios", la gestión "de uno o más Gobiernos americanos o de uno o más ciudadanos eminentes de cualquier Estado Americano; al establecer en el Art. 18 un Cuadro Permanente de Conciliadores Americanos. Sólo al tratar del Procedimiento Judicial y del Procedimiento de Arbitraje, y por respeto a normas preexistentes dentro de la estructura de las Naciones Unidas, hace inmediata y directa referencia a la Corte Internacional de Justicia.

Por todo lo anterior, puede advertirse que la idea de sujetar los diferendos a tribunales del área geográfica y cultural más afín y restringida, va abriéndose camino en las relaciones de los pueblos. Y sin duda se consagrará más tarde con mayor plenitud.

Centroamérica se encuentra desde hace algunos años, en vías técnicas de integración.

Dentro de este proceso de múltiples vertientes, se ha puesto el énfasis en el orden económico, cuyos frutos ya resultan visibles en el volumen de comercio interamericano.

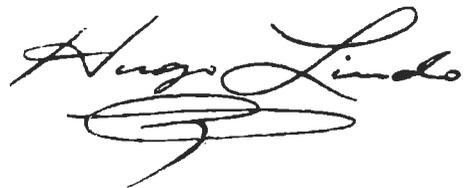
Se ha procurado, también atender algunos otros aspectos de la convivencia humana: el cultural, el estadístico, el laboral y de seguridad social, el turístico.

Y sin duda ello está bien.

Pero no puede haber integración sin la de la justicia. Y ya nuestros pueblos advierten la necesidad impostergable de contar con sus propias estructuras, como las tuvieron ayer, para dirimir toda clase de malentendidos y diferendos, acaso surgidos de la misma aproximación que se suscita.

Cuando, atendidas todas las esferas del hacer humano, reestructurada y trabajando la Corte Centroamericana de Justicia, seamos capaces de resolver nuestros propios problemas, con nuestros propios criterios y conforme a nuestra propia sensibilidad, se habrán hecho carne las proféticas palabras de Bolívar en la inolvidable Carta de Jamaica:

"Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizás una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales con Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!".



El Método Sociológico en la Crítica Estilística

(LO SUBJETIVO Y LO OBJETIVO EN EL ARTE)

Por Matilde Elena LOPEZ

SIN LA PASION CREADORA NO ES POSIBLE LA OBRA DE ARTE. Es como el dínamo que mueve la voluntad del artista y lo empuja hacia la realización de su obra. Goethe hablaba del *daimón*, una fuerza interior que impulsa al creador partiendo de una primera impresión, que como la piedra de una honda, genera nuevas impresiones artísticas. Rilke decía que esa primera impresión, venía de un recuerdo recóndito y que en medio de la noche, podría surgir de ese recuerdo ya transmutado en la propia sangre del artista, en su propio desgarrón interno, la primera palabra de un verso. El arte puro se basa en esa concepción de la obra individual como expresión del demiurgo, del pequeño dios que es el artista.

Sin duda que todo en la historia es obra de los individuos y por lo tanto, el arte es obra individual, expresión creadora. Pero el artista se halla inmer-



MATILDE ELENA LOPEZ

so en la sociedad y de ella toma sus impresiones. El mundo exterior influye en la obra de arte por muchos y complejos caminos. Los individuos se encuentran siempre temporal y especialmente en una situación determinada, y

su comportamiento es el resultado, tanto de sus facultades, como de esta situación histórica.

Ahora bien, para una certera crítica estilística, hay que partir de distintos enfoques y tomar en cuenta los complejos factores que influyen en la obra. Algunas veces **la pista puede ser una** idea filosófica determinada, o una vivencia psíquica del autor, o bien el estallido de problemas sociales profundos. Lo esencial es la comprensión clara de que el arte es expresión de una estructura social determinada, de que los cambios en el arte, parten de contradicciones que emanan de la profunda infraestructura social.

No es posible aplicar un solo método de interpretación y análisis. El virtuosismo del crítico es justamente hallar el núcleo, de donde va a partir la explicación del arte. La pista muchas veces es sólo una intuición imprecisa que debe someterse a comprobaciones rigurosas. Esa intuición es para el crítico, lo que es el don del diagnóstico para el médico. Es la misma intuición que engrana una serie de conocimientos previos que hacen posible una idea embrionaria, pero ya nítida en el científico que se dispone a la investigación.

Esa capacidad de otear una pista y de captarla de pronto, es el don del crítico. Bien puede decirse que el crítico nace, como nace el poeta. Y así como el poeta y el pintor necesitan una larga formación, el dominio de sus medios de expresión y de su técnica, el virtuosismo de su arte; el crítico igualmente necesita el dominio de sus medios y procedimientos de análisis. El conocimiento de las leyes intrínsecas del arte es una condición previa, puesto que no es posible analizar una obra clásica con criterios modernos, ni es posible analizar una obra moderna, el arte moderno en sus distintas direcciones, partiendo de los postulados clásicos. El máximo error de buena parte

de la crítica tradicional, consiste en esto. En la crítica literaria pesa además, una herencia filológica, una crítica textual, una crítica gramatical y retórica, que invalida una penetrante concepción del arte. En la crítica del arte hay un peso agobiador que viene de las concepciones estéticas-individualistas, emanadas de cada tendencia filosófica, igualmente negadora del análisis certero y dialéctico del arte.

Menéndez Pelayo, monumento de la crítica literaria española, sólo pudo entender el romanticismo después de estudiar la dialéctica de Hegel, la estética dialéctica hegeliana. Y aceptó por fin, lo feo como categoría estética, lo característico, como objeto del arte. Y llegó a la comprensión de que si bien la belleza es el objeto del arte en el clasicismo, es un error partir de criterios clásicos para enfocar objetos de arte que pertenecen a otros movimientos y períodos artísticos. Desde que Hegel dividió el Arte en grandes períodos: Simbolismo, Clasicismo, Arte moderno; desde que la dialéctica hegeliana abrió caminos a la comprensión de los cambios en el arte, han surgido nuevas perspectivas en el análisis estilístico. El error de la crítica posterior era situarse en determinado ángulo y partir de conceptos preconcebidos, estáticos. El de considerar el arte como algo inmóvil, y no comprender lo dinámico de los fenómenos artísticos. El no entender la naturaleza dialéctica del arte.

Muchas veces la obra de arte no ofrece una explicación, sino una polémica, una controversia, una provocación y un desafío. Así como entre el artista y la sociedad se genera el diálogo, pero a veces la discordia, la pugna, la guerra abierta que hace del artista un incomprendido de su medio y de su tiempo. Cuando por razón de esa lucha y de esa controversia, debe refugiarse en el esteticismo, en el culto a la forma, o debe iniciar la gran eva-

sión hacia adentro, o hacia la fantasía, o hacia la naturaleza o hacia la religión. Eso explica en gran parte, las direcciones en el arte a través de los tiempos y la coincidencia y afinidad de formas artísticas correspondientes, generadas por similar actitud social.

Ocurre muchas veces que la interpretación la hacemos de acuerdo con nuestros fines y aspiraciones, formas de vida y hábitos mentales. Todo arte con el que nos hallamos en una auténtica relación, lo vemos como expresión de determinados principios. Este ha sido por largo tiempo el atolladero de la crítica literaria y artística.

Aquellos que partían de un criterio clásico, para el que la belleza es el objeto central, estaban negados a la comprensión del arte contemporáneo. No podían comprender la expresión de lo feo, de lo grotesco, de la miseria, porque su concepción del arte era ideal.

Las obras de arte son cimas inalcanzables. A veces sólo giramos en torno de ellas, no las comprendemos del todo. Es una fortaleza a la que penetramos con nuestra intuición, con una luz propia que nos guía, con luces aprendidas de otras generaciones que miraron y observaron la obra de arte, con un enfoque muy hijo de su época. Cada generación interpreta la obra artística a su modo, porque la crítica es quehacer de muchas generaciones que le van agregando sus valoraciones y sus interpretaciones a veces opuestas a las de la generación anterior.

La generación inmediata está casi siempre incapacitada para analizar la obra de arte, porque justamente ha reaccionado contra sus procedimientos y ya no responde a las mismas aspiraciones, ni emana del mismo subfondo social. A veces la obra de arte es negada por la generación que sigue con tal apasionamiento, que es ya un desa-

fío a sus postulados. Se comprende ahora la pasión que ha despertado en muchos poetas, la obra de Rubén Darío. Incapaces de una valoración justa, sólo ven su poesía, desde su ángulo, con crítica apasionada y negadora de aquellos procedimientos que fueron buenos en su instante, y que ya dejaron de serlo. A veces en un mismo artista, se dan etapas tan variadas, como inconforme en su propia visión y cambiantes sus perspectivas.

Pablo Neruda niega y reniega su obra romántica, porque su evolución ideológica va más allá de Los Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada. El poeta de las Odas Elementales y del Canto General, reaccionó contra los nexos románticos que le ataban a su primera obra, pero aun con todo lo antirromántico de su poesía actual, persiste en él aquel temblor emocionado de sus cantos juveniles. Los impresionistas, los simbolistas y los parnasianos, y después de poetas puros, reaccionan contra el romanticismo del que proceden y sin embargo, mucho de su visión del mundo sigue siendo romántica. Cuanto le debe la generación poética de la guerra civil a Rubén Darío, todos lo sabemos, pero Luis Cernuda se vuelve y reacciona contra el poeta modernista, y le señala las flaquezas de una poesía que ahora toma nuevos rumbos.

Cada generación contempla la obra de arte desde otra perspectiva, la ve con nuevos ojos. No podemos decir que el punto de vista posterior tenga que ser el más adecuado. Toda perspectiva tiene su hora, la cual no puede ser ni anticipada ni prolongada.

La interpretación sociológica de las creaciones culturales nos abre nuevos rumbos, nos pone de manifiesto nuevas y sorprendentes percepciones, pero tiene también sus límites, como los tiene también el análisis estilístico, como lo explica Dámaso Alonso en su

Ensayo de Métodos y Límites Estilísticos.

El método sociológico no puede ser el único. A veces debe ser ayudado por el método filosófico, o el de la estilística formal. O bien por el método psicológico, o del psicoanálisis del arte que ofrece nueva pista, sugestiva y creadora, indagadora y esclarecedora de muchos procesos artísticos.

El método sociológico encuentra algunas resistencias. Muchos no comprenden qué tienen que ver los altos valores del espíritu con la vida material, con la realidad diaria. Pero el arte es reflejo de esta realidad social. La grandeza del arte consiste en su interpretación de la vida que nos permite dominar mejor el caos de las cosas. El artista es, en efecto, la antena fina, vibrátil que capta los cambios y los anticipa. A través del arte, comprendemos el sentido de la existencia.

La resistencia a la interpretación sociológica del arte se basa en la idea de que el arte constituye un sistema autónomo, cerrado y concluso en sí mismo —una criatura emanada de la inspiración del artista—. Es indiscutible que la obra de arte posee su propia lógica inmanente y que su peculiaridad se expresa de la manera más clara en las relaciones estructurales internas, entre los distintos estratos y elementos formales de la obra artística.

Cada obra de arte tiene leyes intrínsecas. El conocimiento de las mismas, es lo único que puede orientar al crítico. Es evidente que las distintas etapas por las que pasa el artista y llega de un motivo a otro, de una inspiración a otra, no sólo desplazan los acentos, sino que ocultan también las conexiones y modifican los valores sobre los que descansa el efecto estético de la obra artística.

Los momentos más importantes para el nacimiento de la obra de arte, no coinciden siempre, en efecto, ni mucho

menos, con los momentos más valiosos y de mayor intensidad desde el punto de vista artístico.

Los defensores del arte por el arte, piensan que el efecto estético es totalmente autónomo y descansa en la plenitud de la inspiración, de la pasión creadora. Que toda referencia a una realidad independiente de la obra, destruye irreparablemente la ilusión estética. Pero esta ilusión no representa de ninguna manera el contenido total.

Para penetrar en el círculo mágico de la obra artística, debemos abstraernos, debemos valorar la calidad estética, pero no debemos olvidar que todo arte auténtico conlleva la realidad social, y nos retorna a esa realidad. Sería unilateral todo estudio que sólo partiera de la forma y olvidara el fondo, el trasfondo de la obra.

El arte, ya lo hemos dicho, es una interpretación de la vida que nos permite dominar el caos de las cosas y nos ayuda a extraer de la existencia un sentido también más amplio, más exacto. Arthur Miller expresa su idea de que el arte es una lucha contra el caos, porque es el artista quien ordena y recrea la realidad. O'Neil dice: Yo no amo la vida porque sea bella, la amo desnuda, en su belleza y en su fealdad. Porque el artista descubre detrás de las cosas, lo característico, lo esencial. El realismo —dice Aristóteles— no es la simple imitación de las cosas, sino la expresión de los rasgos esenciales de la realidad.

En su forma más elevada, la obra de arte es un mensaje. Una forma, por perfecta que sea, carece de sentido si no está animada por un mensaje determinado. Tanto la religión, como la filosofía, la ciencia y el arte tienen una función en la lucha por la existencia de la sociedad.

“El arte tenía al principio un sentido mágico, luego se transforma en culto animista destinado a influir sobre

los buenos y los malos espíritus. Era un instrumento al servicio y en interés de la comunidad. Lentamente se transforma en un medio de glorificación de los dioses omnipotentes y de sus representantes en la tierra. En imágenes de los dioses y de los reyes, en himnos de exaltación del poder. O bien se pone al servicio de una determinada clase o grupo y es expresión de intereses determinados. A veces el arte se retira del mundo y se nos presenta como si existiera sólo por sí mismo y por razón de la belleza. Son los momentos de evasión, llámese evasión religiosa —arte en función del cielo— fuga hacia adentro, evasión a la fantasía. En todo caso cumple con una función social al convertirse en expresión del poder y del ocio ostentativo o en una expresión individual negativa". (Hausser: Introducción a la Historia del Arte).

El arte expresa y representa los intereses de un determinado momento social, por muy sutil que sea esa expresión, aunque sea sólo por el reconocimiento tácito de sus criterios de valor morales y estéticos. Puede convertirse involuntaria e inconscientemente en portavoz de tales intereses, porque el pensamiento no puede escapar a la causalidad social.

Todo arte está condicionado socialmente, pero no todo en el arte es definible socialmente. No lo es, sobre todo, la calidad artística, porque ésta no posee ningún equivalente sociológico. Hausser en su Introducción a la Historia del Arte afirma que las mismas condiciones sociales pueden producir obras valiosas y obras desprovistas de valor, obras que no tienen en común entre sí más que tendencias artísticas más o menos importantes. Por tanto —dice— lo más que puede hacer la sociología es referir a su origen real los elementos ideológicos contenidos en una obra de arte. Si se trata de la calidad de una obra de arte, lo decisivo

es su estructura interna, la relación recíproca de los distintos elementos, su unidad de conjunto. Los motivos ideológicos pueden ser los mismos, pero no la calidad artística que se basa en el equilibrio de forma y contenido que deben ir indisolublemente ligados. El descubrimiento de los estilos emana de una realidad social.

No hay modo de entender la forma si no es emanada de un fondo determinado, puesto que todos los cambios en el arte obedecen a cambios que parten de la estructura social, y la alternancia de los estilos —equivalentes, pero nunca iguales— corresponde a esas transformaciones.

No hay manera de entender el surrealismo si no es desde una visión del mundo descoordinada, fragmentada o angustiada. No obstante, la presuposición sobre calidad artística se encuentra más allá del criterio sociológico. No hay tampoco relación entre calidad y popularidad. El arte del clasicismo helénico, poco tenía que ver con el pueblo real y muy poco con la democracia. El renacimiento italiano no tuvo una real proyección democrática. Nuestra época nos ofrece un claro testimonio de las relaciones de la amplia masa con el arte. Entre calidad y popularidad en el arte, existe siempre una cierta tensión y a veces, como en el arte moderno, una abierta contradicción. El arte valioso cualitativamente requiere un público culto. Su comprensión está vinculada a ciertas presuposiciones de formación, y la popularidad está limitada por la propia cultura. El éxito de muchas obras de arte en el gran público, se rige por puntos de vista extra-estéticos. Reacciona a lo valioso o no valioso artísticamente por otros motivos. Acepta la obra valiosa cuando para él significa un valor vital, es decir, cuando responde a sus deseos, fantasías y sueños. Cuando está en consonancia con sus ideales. O cuando responde a su angustia vital e intensifica su sen-

timiento de seguridad. Pero no olvidemos: lo nuevo, desacostumbrado y difícil tiene siempre un efecto intranquilizador sobre un público no preparado para recibirlo. Requiere que la crítica sirva de guía y señale los aspectos del arte, y dé explicaciones esclarecedoras sobre las motivaciones artísticas, sobre lo que hay en el trasfondo de la obra de arte.

Por otro lado, la sociología no ofrece ninguna respuesta al problema de la relación entre calidad artística y popularidad. Ahora bien, la obra de arte está condicionada de tres maneras: desde el punto de vista de la sociología, de la psicología y de la historia de los estilos, es decir, de la estilística. Está en el punto de intersección de toda una serie de diversas motivaciones. La crítica estilística estaría perdida si sólo atendiera las formas —error en que ha caído mucha de la estilística moderna—. Pero también hay aspectos que no dependen solamente de la interpretación sociológica, sino que hay que ahondar hacia el subconsciente del artista, hacia el yo íntimo y sus profundas contradicciones. La sociología alumbra los problemas del yo social, las contradicciones internas del arte que expresan contradicciones de la sociedad en que vive.

El individuo no sólo tiene la libertad psicológica de escoger entre distintas posibilidades dentro de la causalidad social, sino que se crea también constantemente, nuevas posibilidades que, si bien se hallan limitadas por las condiciones sociales del momento, no están, por eso, de ninguna manera predeterminadas.

El artista es el creador de sus formas, no las encuentra ya a su alcance. Lucha contra la tradición y busca la originalidad a toda costa. Por eso reacciona contra el movimiento anterior con tal pasión, porque debe afirmarse negando lo inmediato. Todo arte de vanguardia es un desafío, pero a su vez, es asimilado por la cultura y se vuelve

clásico en su género en cuanto en esa misma vanguardia se hallan ya en embrión los nuevos cambios. Tal es la lucha del arte. El artista busca expresiones nuevas, originales. Pero aun la voluntad creadora, el arbitrio del individuo tienen una explicación a posteriori. Responde a una ley social que da a las decisiones individuales una dirección unitaria.

La línea estilística en que se ordenan las formas individuales, se dibuja claramente. Aquella forma estilística que parecía libremente escogida, es una ley objetiva, algo que se define en el ambiente, en el gusto de un momento social.

Retrospectivamente, los diversos artistas se nos aparecen sólo como soportes de tendencias estilísticas y la individualidad del artista se halla fundida en una línea determinada.

La historia de los estilos se explica por las circunstancias sociales: una filosofía inserta, una atmósfera ideológica, un clima que expresa las contradicciones en que se debate la sociedad. Pero esto no anula la causalidad psicológica. El cambio artístico surge cuando una forma estilística no puede expresar ya el espíritu de la época estructurada según leyes psicológicas y sociológicas determinadas. El cambio de estilo tiene lugar, desde luego, en la dirección de líneas internas, por razones a veces complejas. Para el artista siempre se ofrece a la elección una multiplicidad de caminos y de rumbos que dirigen su estilo, sus formas artísticas, y el contenido que emana de esas formas.

“El hecho de que Miguel Angel vivió en la época del Concilio de Trento —dice Hausser— (obra citada, Introducción a la Historia del Arte, Ediciones Guadarrama, Madrid), bajo el signo de aquella terrible angustia, de la nueva política del poder, del nacimiento del capitalismo moderno y del orto del absolutismo, no nos explica totalmente sus problemas artísticos, aque-

llos con los que tuvo que luchar. No nos explica la peculiaridad de sus medios y caminos estéticos. Pero teniendo en cuenta aquella situación histórica y social, podremos entender mejor la inquietud de su espíritu, el giro hacia el manierismo que iba a tomar su arte e incluso quizá también algo más acerca de la impresionante inarticulación de sus últimas obras. La verdadera grandeza de Miguel Angel, lo incommensurable de sus fines artísticos, continúan para nosotros tan inexplicables como nos es inexplicable el genio de Rembrandt, pese a nuestro conocimiento de las condiciones económicas y sociales en las que se desarrolló como artista y bajo cuyo peso se aniquiló su ser. Pero si la sociología tiene sus límites, puede por otra parte, explicar las presuposiciones sociales del arte, y con ello, la explicación de la peculiaridad artística, estilística que separa el arte de Rembrandt, de los pintores flamencos, de Rubens, por ejemplo”.

“La moda del manierismo existía a finales de aquel siglo, tanto en las provincias del Norte, como en las meridionales. Impulsos protestantes los encontramos tanto en el Sur como en el Norte. Como consecuencia de la dominación española, en Flandes existe, empero, una corte suntuosa, una aristocracia representativa, y una Iglesia amante del fasto, nada de lo cual existe en la Holanda proba y protestante que resiste con éxito a los españoles. Aquí existe, en cambio, un capitalismo burgués liberal que permite a los artistas trabajar de acuerdo con sus propias ideas, y que permite también que se mueran de hambre a su propia manera. Eso explica la diferencia de Rembrandt y Rubens, ambos únicos e incomparables”.

Ahora bien, la Sociología no se encuentra en posesión de la piedra filosofal y no puede por tanto, resolverlo todo. Pero es actualmente la ciencia central de la que recibe su dirección toda la concepción del mundo de nues-

tra época. Ella concentra e irradia la atención de nuestra época, como lo fue la teología en la Edad Media, la filosofía en el siglo XVII y la economía en el siglo XVIII.

El método sociológico aplicado a la crítica estilística significa una explicación racional de la vida y una lucha contra las preconcepciones arbitrarias.

Decía Max Scheler: “Rafael necesita un pincel y ni sus ideas ni sus visiones artísticas se lo procuran. Le son precisos protectores políticamente poderosos que le encarguen la glorificación de sus ideales; en otro caso el genio de Rafael no puede hacerse realidad”. Pero lo que no comprende Scheler —observa Hausser— es que el artista glorifica los ideales no sólo de sus protectores reales, sino también de sus protectores potenciales.

• • •

Ahora bien, cabe preguntar: ¿Por qué los mismos rasgos estilísticos aparecen a menudo, en momentos distintos, en las diversas ramas artísticas?

¿Por qué un estilo se mantiene en una forma artística más tiempo que en otras y por qué una forma artística determinada, parece arrastrar a las demás?

“En la música nos hallamos a mediados del siglo XVIII hasta la muerte de Bach, con un barroco floreciente, mientras que en las artes plásticas el rococó mismo ha traspuesto ya su cenit. Las condiciones sociales no son en ningún período histórico completamente unitarias, ni representan en todos los sectores del arte y de la cultura la misma situación. En la primera mitad del siglo XVIII la burguesía ejerció un influjo incomparablemente mayor sobre la pintura y la literatura que sobre la música”. (Hausser).

El público de la pintura y de la escultura es mucho más reducido que el de la literatura. Estilísticamente la literatura ocupa el primer lugar en

cuanto la burguesía desempeña el papel rector en la sociedad.

Otro problema importante que requiere explicación es ¿por qué cada generación juzga las tendencias artísticas del pasado más o menos de acuerdo con su propia voluntad artística? Las ve con nuevo interés y pasión cuando se encuentran en la dirección de sus propios objetivos. Las comprende mejor cuando las cuestiones que plantean están más cercanas a sus inquietudes y problemas. Cuando existen afinidades ideológicas y una similar concepción del mundo. Veamos: La generación del liberalismo burgués con Michelet y Burckhardt a la cabeza, descubrió y revisó a mediados del siglo último, el arte del Renacimiento. La generación del impresionismo con Wölfflin y Riegl hicieron lo mismo con el Barroco, y nuestra generación con su expresionismo y su surrealismo, su cinematografía y su psicoanálisis, ha hecho lo propio con el Manierismo, con Hauser en el comando de la crítica estilística y a quien se le debe el descubrimiento de los problemas fundamentales manieristas. Nuestra generación coincide en la dirección intelectualista, atormentada por graves preocupaciones y en lucha y escisión consigo misma. La rotura es tan honda, como lo fue en el siglo manierista.

Es evidente que las valoraciones y las revisiones de la historia del arte no obedecen a la lógica sino que están condicionadas ideológicamente. Responden a las mismas condiciones de vida, y se apoyan sobre la misma estructura social.

La valoración de la Antigüedad clásica en el curso de los siglos, ha cambiado, según sea la perspectiva de la gran burguesía cultivada, como en el Renacimiento, en contraposición al ángulo medieval, negador del clasicismo y que se expresaba en un arte que se caracterizaba por una voluntad anti-clásica. O bien, cuando es examinado el arte grecolatino por la aristocracia

cortesana, como en la Francia del siglo XVII, o bien por la intelectualidad burguesa, como en la época de la Revolución Francesa. Así ha revestido un carácter naturalista o realista —progresivo, o bien formalista-conservador, o acaso académico-rigorista—. Cuestiones estas de interpretación y valoración que cambian con los tiempos y las condiciones sociales.

¿Qué de extraño que Shakespeare sea valorado de manera distinta en cada siglo, negado en el siglo siguiente, revalorizado en el posterior? ¿Y que Góngora no haya sido entendido sino por la generación de la guerra civil española? ¿Y que Dante sufra tantas interpretaciones como sean los signos y símbolos de cada época? ¿Y que ahora se busquen los antecedentes del surrealismo en la Divina Comedia?

Dante escribía en alegorías, porque era el procedimiento estilístico de su tiempo, pero nuevos simbolismos se buscan detrás de aquellas simples alegorías.

Hay que tener en cuenta, ante todo, que la obra artística siempre tiene más de una significación. Es posible que ninguna de las interpretaciones más conocidas de Hamlet responda a la idea que dominaba a Shakespeare al concebir la obra. Y hay tantas y variadas interpretaciones: La psicoanalítica en torno al complejo de Edipo, que acercaría a Hamlet al Orestes de Esquilo, es ya clásica. Hay quienes piensan que el modelo de Shakespeare fue el Conde de Essex y que el carácter del infortunado caballero, le sirvió para esbozar su Hamlet con tal vida, como que era la propia historia inglesa la que revelaba en sus trasfondos. Algunas veces se interpretan las obras en un sentido que no tuvieron los autores. Alguien ha afirmado que Cervantes no entendía claramente a Don Quijote, y no comprendió totalmente la significación de su propia obra. Nuestra generación destaca lo afirmativo de la vida en Don Quijote contra el sentido escép-

tico y pesimista de Hamlet. Pero hay quien cree que es peligroso el concepto de un Don Quijote idealista hasta el extremo de no distinguir bien la realidad y que la fantasía en que se envuelve no le permite captar el verdadero sentido del mundo ni adaptarse a la realidad. Pero no puede negarse que Don Quijote atrae ahora más que nunca porque son iguales los quebradizos fundamentos de nuestra visión del mundo y tenemos por ello mayor comprensión de sus dualidades. En esos dos personajes: Don Quijote y Sancho, que terminan por influirse mutuamente, vemos en nuestro mundo de hoy, el retrato mejor de nuestro tiempo. Don Quijote termina por aceptar la realidad y adaptarse a ella con mayor resignación. Sancho se vuelve más idealista y se decepciona de que su señor ya no regrese a los caminos de la aventura. La dicotomía que se plantea en Don Quijote, la dialéctica en ella inserta, halla su síntesis en ese personaje que comprende lo imposible que es un ideal realizado en la vida, como es irreductible la realidad a los ideales. El plácido Alonso Quijada comprende eso, pero acaso no lo entienda y no lo quiera entender Dulcinea que ya no quiere ser Aldonza ni Sancho enamorado de su papel de escudero del más valiente de los caballeros. Que actualmente sintamos predilección por Cervantes y Shakespeare, por Góngora y por Calderón, y que nuestra generación haya hecho la revalorización del gongorismo, y del sentido manierista de Shakespeare y en Cervantes, no es casual, sino lo contrario: son demasiado semejantes las situaciones sociales de la época del manierismo y las del mundo surrealista.

Cuando se le preguntaba a Goethe cuál era la idea fundamental de Fausto, respondía: Me preguntan cuál es la idea del Fausto. Como si yo mismo lo supiera. Ella en todo caso, es la base de la acción, pero no puede pretenderse dar solución a los problemas de mi personaje. ¿Cuál es la clave del

Fausto? Podría acaso sintetizarse así: Aquel que aspira siempre a un ideal, podemos nosotros salvarlo. Y si le sale al paso el amor bienaventurado, podrá alcanzar la más alta cima.

En algunos casos, el método sociológico es insuficiente. Se precisa una interpretación psicológica, o mejor, psicoanalítica. Don Quijote es el ejemplo clásico e imperecedero del artista en discordia con la realidad. Don Quijote es la fuga en el arte. Se crea un mundo imaginario porque no se conforma con la realidad, al igual que el artista que huye de la realidad y en esa huida se manifiesta el desacuerdo, la pugna, la polémica con su medio. Las evasiones se manifiestan en épocas de transición, cuando los valores entran en crisis y deben ser sustituidos por otros que respondan a la nueva situación social. Entonces se manifiesta el desequilibrio, la crisis, el desajuste. Y su mejor expresión es el arte. En el arte resuena la honda crisis del hombre.

Todo arte es una especie de quijotismo, es decir, un intento de adaptar la realidad a las aspiraciones del individuo, el cual, a su vez crea ideales como respuesta a las exigencias de una realidad insostenible. Prefiere renunciar al mundo que a sus propios postulados e ideales.

La psicología explica que la actividad artística no sólo es una compensación por el goce perdido de la vida, sino que es, además, incompatible con la felicidad. El arte es el refugio de los grandes desdichados. Es la expresión, pero no la posesión de la realidad: un *decir* y no un *tener* —como decía Flaubert—. No se puede ser un héroe, un santo o un amante, si se quiere describir el heroísmo, la fe o el amor. Al verdadero héroe, santo o amante, no le es posible explicar su virtud. Sólo amantes tímidos o infortunados tratan de hacerse una idea de lo que es un héroe, un santo o un amante. A veces el artista se contenta con describir el hombre que él no puede ser, con describir

la existencia que no le es dada, con discutir el sentido de la vida, que él no puede realizar. Y pensamos en Shakespeare y el desencanto de sus amores, en Dante, que se erige en Juez para realizar su venganza de proscrito. En Goethe, altísimo y sereno, volcando en sus personajes sus tremendas y turbadoras pasiones. En Werther, se da Goethe el pistoletazo que no fue capaz de convertir en disparo real.

Puede ser que el sentimiento de frustración, despierte en el artista, como compensación, un exagerado concepto de sí mismo, un afán febril de originalidad, un subjetivismo excesivo y un narcisismo desmesurado. Su sentimiento de inutilidad se expresa en numerosas formas de evasión: la fuga al pasado, a la utopía, al inconsciente, a la fantasía, a lo sobrenatural cargado de misterio, a la infancia, puesto que todos venimos de la patria de la infancia, a la naturaleza, o hacia adentro en busca de los sueños perdidos.

Pero muchos de los conflictos internos, adquieren una forma que responde a la función que el artista reviste en la sociedad. Es aquí donde la psicología depende enteramente de la sociología.

Bien puede ser que el ansia de originalidad no sea sólo un exagerado narcisismo, sino la única arma posible para la competencia artística.

La explicación de las obras de arte depende del minuto social. Ello es evidente. A lo largo de los siglos la valoración artística cambia. Ni Esquilo, ni Cervantes, ni Shakespeare, ni los pintores renacentistas, estarían de acuerdo con nuestra explicación de sus obras. A menudo interpretamos las creaciones artísticas sólo desde un motivo de su conexión originaria, pero la situamos en conexión con nuestra propia concepción del mundo, de nuestra circunstancia. Además, toda actitud, todo estilo, toda forma cambia radicalmente su sentido y su función en el curso de la historia.

La historia del arte no dispone de un método de investigación unitario, aplicable uniformemente a todas las obras. El método sociológico permite retrotraer a su conexión histórica, la obra de arte o el grupo de obras de arte que constituyen el objeto de investigación. Trata de fijar el momento y lugar de su nacimiento, la identidad de sus autores, la escuela o el movimiento del que proceden, el estado social y el influjo que ejerce sobre otras generaciones. La comprensión de algunas obras se debe a la afinidad de los problemas del artista con nuestra realidad social.

Por otra parte, se trata de fijar las presuposiciones de tradición y convención sobre las que se basa la obra de arte, el nivel artístico determinante, los temas usuales de la época, el gusto dominante y sus reglas y normas. Procura poner en claro la amplitud de esa irradiación de la obra y su significado como soporte de las tendencias artísticas de su tiempo. Tratamos de entender las peculiaridades estilísticas singulares en el proceso de un estilo. La crítica estilística, entra entonces al análisis de las formas, pero no puede olvidar de qué fondo emanan. La crítica estilística, empero, no reposa en la mera intuición, sino que, al contrario, se apoya en determinadas relaciones reiteradas, las cuales, si bien no representan leyes históricas prestan una ayuda valiosa en tanto que analogías psicológicas. De la semejanza formal, puede deducirse la proximidad temporal o espacial de las obras de arte. Y así como la Edad Media está dividida en períodos perfectamente delimitados, la época del Renacimiento no incluye todo el desenvolvimiento artístico de finales de la Edad Media hasta el siglo XVII. Diferenciamos distintas fases perfectamente separables dentro del Renacimiento:

Renacimiento primitivo, Alto Renacimiento, Manierismo anunciador del Barroco.

Ahora bien, ¿cuál es la explicación de los cambios decisivos de estilo? El tránsito del geometrismo griego al arcaísmo; del período clásico griego al helenismo; de la antigüedad clásica, al arte cristiano; de la Edad Media al Renacimiento; al manierismo, al barroco, al rococó; y del arte del antiguo régimen al de la burguesía moderna.

Del clasicismo al romanticismo, al naturalismo, al impresionismo, al postimpresionismo, de éste al surrealismo. Todos estos cambios de estilo, sea cual sea su origen, no habrían podido imponerse sin las correspondientes motivaciones económicas y sociales. El tránsito del simbolismo medieval al racionalismo artístico del Renacimiento, no puede explicarse sin la transformación del mundo económico y político feudal en un orden social urbano y burgués, como es inexplicable el paso al manierismo y al barroco sin el nuevo proceso de aristocratización, sin la crisis económica y social de la época de la Reforma y sin el nacimiento del absolutismo, como lo explica Hausser en *El Manierismo*.

Tampoco puede explicarse el triunfo del romanticismo sin las conquistas de la Revolución Francesa, sin el predominio de la burguesía y la emancipación del individuo. Sin el principio de la libre competencia. No puede ser, en efecto, homogéneo el arte, porque la sociedad misma tampoco es homogénea: el arte es expresión de estratos, grupos, comunidades e intereses. Tiene tantas tendencias estilísticas simultáneas como estratos posee la sociedad.

LO SUBJETIVO Y LO OBJETIVO EN EL ARTE

“Se llega a lo subjetivo a través de una crisis de la objetividad y a lo objetivo, a través de una crisis de la subjetividad”.

GEORGE GURVITCH.

Gurvitch tuvo un sentido agudo de

las tensiones interiores inherentes a toda sociedad, al drama que se representa constantemente entre las fuerzas de conservación y de innovación; entre las fuerzas de la Revolución y de la contrarrevolución. Tiene una concepción dialéctica de la sociología contemporánea. En la Introducción de su *TRATADO DE SOCIOLOGIA*, Gurvitch ha resumido esta idea en una frase sorprendente que al definir el dominio de la Sociología, expresa admirablemente su concepción filosófica de los hechos sociales: “La sociología —dice— se afirma primero y ante todo en los fenómenos sociales totales o totalidades en marcha, esos hornos de ebullición volcánica comprendidos en un movimiento de flujo y reflujo, esos depósitos de donde brotan actos y esfuerzos colectivos que tienen constantemente que luchar contra obstáculos internos y externos, y mediante los cuales, las sociedades se crean y se modifican por sí mismas”.

Al enjuiciar la Sociología de Comte, afirma que Saint Simon —cuyas intuiciones hereda— Proudhon y Marx —su gran predecesor en el análisis dialéctico— estuvieron mucho más adelantados que aquél en cuanto al relativismo sociológico. Comte —dice— es un espíritu esencialmente antidialéctico y se impide así resolver los problemas que plantea. Habiendo comprobado, por ejemplo, que el objeto de la sociología, es un sujeto-objeto, Comte no consigue llegar a una interpretación efectiva entre “método objetivo” y “método subjetivo”. Es que no se da cuenta de la relatividad de esos dos términos y de sus múltiples grados; lo que se manifiesta en el hecho de que se llega a lo *subjetivo* a través de una crisis de la objetividad, y a lo objetivo, a través de una crisis de la subjetividad.

Esta interpretación dialéctica se aplica de manera admirable a la sociología del arte, especialmente para comprender las relaciones entre lo objetivo y lo subjetivo en el arte. La creación artística se presenta como un juego de ida

y vuelta entre la acción de la realidad y la reacción de la conciencia.

Una acción recíproca entre lo empírico y lo volitivo como términos del binomio dialéctico entre lo objetivo y lo subjetivo. Y así la obra de arte resulta, no como algo fijo, inmutable, estático, sino como directa expresión de las luchas sociales.

La historia del arte comprueba dos estilos generales y contrarios, uno de ellos destinado a representar la vida, sobre todo por medio de la idealización del cuerpo humano, como una existencia espiritual de alegría sensual —en las artes plásticas—; el otro, destinado a penetrar la realidad, que no es alegre y feliz, sino trágica y complicada. Pero tanto en un estilo como en otro, la función del arte es redentora o reconciliadora; en el primer caso, ofrece el deleite pasivo de las formas ideales; en el segundo, una paradoja trágica que puede ser aclarada y sostenida; pero nunca resuelta en la tensión de las formas en conflicto.

La explicación de la alternancia en el arte —por otra parte evidente— es variada. En LAS REGLAS DEL METODO, Durkheim había destacado la importancia del lenguaje como fenómeno social y de la estética, puesto que aunque cada artista —poeta, creador, escultor, pintor— ponga su marca propia sobre las obras que crea, todas aquellas que son elaboradas en un mismo medio social, y en una misma época, expresan bajo formas diversas, un mismo ideal, que está en sí mismo estrechamente en relación con el temperamento de los grupos sociales a las cuales esas obras se dirigen.

Así entendemos los cambios artísticos, los estilos históricos en el arte, no como simples reacciones al movimiento artístico anterior, sino como obedeciendo a leyes que parten de la estructura social. Emanadas de la profunda estructura social. A la luz de esta interpretación, entendemos los cambios que se producen en el arte y que osci-

lan en un movimiento de zig-zag, negándose y afirmándose en una eterna lucha de contrarios en busca de la síntesis creadora, entre lo objetivo de la realidad social y lo subjetivo del temperamento del artista. En una acción recíproca, entre la realidad que ofrece impresiones y motivos, y el artista inmerso en esa sociedad e influyéndola con su propia acción.

La aplicación del Método Sociológico al análisis del arte y de la literatura, es concepción contemporánea, aunque no es el método único.

Ofrece la ventaja de interpretar movimientos generales artísticos, estilos históricos en consonancia con la época. Es como una especie de hilo de Ariadna para salir del laberinto de las estéticas tradicionales y aportar un nuevo enfoque a la crítica estilística.

Los analistas de estilo de la Escuela de Munich —con Vossler en el comando— y los brillantes equipos españoles —Dámaso Alonso, Amado Alonso, Carlos Bousoño— han aceptado que una correcta explicación del arte debe partir del fondo, forma y personalidad del autor en el marco de su época, en su circunstancia. Se siente en el arte y en la literatura, la impronta de la generación, escuela o movimiento y aun la limitación del género en el que se expresa. La elección del género, es ya una afinidad del tema y de los problemas que plantea el autor.

Bousoño habla del yo íntimo del artista y del yo social, así como también de la cosmovisión del autor. En su Nuevo Concepto de Estilística, supera la concepción idealista de Vossler que considera —con Benedetto Croce— que el arte es expresión individual.

Una Sociología del Arte ha sido intentada por Arnold Hausser —por encargo de Karl Mannheim— en su Historia Social del Arte y de la Literatura que le valió el Premio de los críticos alemanes en 1954. Nuevas obras en esta dirección, nos explica complejos problemas literarios y artísticos como el Ma-

nierismo y el Barroco que produjeron una revolución en el enfoque de los estilos históricos. Su obra: *Introducción a la Historia del Arte* —Ediciones Guadarrama, de Madrid, 1961— es un intento de explicación del arte enfocado sociológicamente. Al mismo tiempo que intenta la interpretación psicoanalítica de las obras literarias y artísticas. Pero Hausser ha escrito la obra monumental del siglo, en *EL MANIERISMO, Crisis del Renacimiento y origen del Arte Moderno* —Ediciones Guadarrama de Madrid, 1965— el más serio intento de interpretación sociológica del arte.

El Método Sociológico que estudia la evolución en el arte dialécticamente, supera el concepto de las estéticas tradicionales. Taine se queda en la superficie cuando considera en su *Filosofía del Arte*, lo que llama la doctrina física estética, y establece la identidad entre la obra de arte y el fenómeno físico, sin duda como influencia de positivismo. Así, según Taine, la obra de arte no se produce aisladamente, sino que está ligada al *medio natural*, como las plantas.

El arte —dice— pertenece a una familia, a una escuela, a una tendencia, de la cual forma parte el artista. Así Shakespeare, es interpretado por Taine mediante el sello peculiar del país a que pertenece, al estado de espíritu y al medio ambiente. Pero el arte no es un fenómeno físico, sino un hecho social sometido a leyes históricas. El estado de ánimo de una determinada época, explica la obra de arte, según Taine. Ese “estado de espíritu”, está condicionado —para él— por el medio natural, de donde surge la “índole social” que distingue el arte de los pueblos. Pero ese “medio ambiente” no es histórico. Taine no logra comprender de dónde surge el espíritu de la época, pero la explicación es sociológica, porque el arte es un fenómeno móvil que sigue las leyes del proceso histórico. El arte está vinculado profundamente al orden social y posee leyes intrínsecas

que es preciso conocer para comprender las grandes transformaciones artísticas en justa correspondencia con su época. Aun con todo su rigor dialéctico, para Hegel el arte es la expresión sensible de la Idea Absoluta, como la religión y la filosofía. Lo que el artista elabora, es obra de “la astucia” de la Idea. Sin embargo, considera el arte en su devenir y aclara problemas de crítica literaria que aún estaban insolubles en su época. Divide el arte en tres períodos: simbólico, clásico y moderno. Pero no entiende que la existencia social es la que determina la conciencia social.

Para Hegel, cuando la Idea penetra plenamente en la materia empleada por el artista, hay un equilibrio de forma y contenido, y se produce el arte clásico. Pero cuando la Idea no logra dominar la materia, el arte queda como un intento fallido, y se produce lo deforme del arte antiguo oriental o de la Edad Media. No comprende que ese desequilibrio artístico, es producto de la necesidad de expresar las inquietudes que mueven al artista, su profunda angustia, o el contenido religioso, apasionado y turbador, como en los momentos de turbulencia pasional o de preocupación mística: Simbolismo, Edad Media, Manierismo, Barroco, Romanticismo, Surrealismo.

Años más tarde, Worringer en su estudio *Formprobleme der Gotik*, presenta una tesis sobre la naturaleza de la revolución artística que estallaría en Europa, y que explica en cierto modo estos problemas. Formuló teóricamente las teorías que ya estaban *en el aire* y que sólo tendrían plena solución por el método Sociológico. En pocas palabras, es como sigue: La historia del arte demuestra que la armonía orgánica no es suficientemente expresiva para algunas sociedades, en ciertos períodos de su historia; por lo que buscan una base inorgánica y lineal para un arte de mayor agilidad y expresión, lo cual es definido por Worringer como: “el patetismo misterioso que va unido

a la animación de lo inorgánico". Pero, por supuesto, aclara, esto no es una evasión de la vida... Esta no es necesariamente serena y dichosa: pero, en muchos de sus aspectos, es *vigorosa, inquieta y urgente*. Aunque no alcanza a entender la razón de esos cambios. El ideal griego era imponer una armonía abstracta o sensual a esta *ciega vitalidad*; el ideal contrario, que podríamos llamar *gótico*, acepta esta vitalidad como una virtud en sí, como una fuerza que estimula al hombre a un mayor esfuerzo y como un medio de expresar "el significado de la vida" y de penetrar en la naturaleza de la realidad.

La belleza, en el sentido que le daban los clásicos griegos o los renacentistas, no es el propósito de este arte "deformado" y patético. Hay una diferencia de función entre la belleza de expresión y el poder expresivo. La primera tiene como fin agradar a los sentidos, mientras que el segundo posee una vitalidad espiritual que, es más ágil y tiene mayor profundidad que los sentidos. El que una obra no tenga el propósito de reproducir las apariencias naturales —dice el escultor Henri Moore— no quiere decir, que sea una huida de la vida; pero puede ser una penetración en la realidad, no un sedativo o una droga, no solamente el ejercicio del buen gusto, la obtención de siluetas y colores agradables en combinaciones atractivas, ni una decoración de la vida, sino una explicación del significado de ésta, así como un estímulo para hacer un esfuerzo mayor por vivir".

La explicación cardinal, la ofrece Husserl, como veremos más adelante. Ahora bien, ¿por qué razón surge el subjetivismo en el arte alternándose con el objetivismo?

El artista entabla el diálogo o polémica que puede terminar en abierto conflicto, con la sociedad. Plejanov nos da la explicación clásica: "Siempre que hay un desacuerdo entre el artista y la

sociedad, se produce una tendencia hacia el arte por el arte". O como decía Kant: El arte es una finalidad sin fin.

Es decir, el artista inicia su viaje hacia sí mismo, se evade de la realidad porque entra en conflicto con ella. Esta evasión o fuga, produce el subjetivismo en el arte. Una crisis en la objetividad —la sociedad— produce el subjetivismo. Una crisis en la subjetividad puede producir la vuelta a lo real, al enfrentamiento de la vida, al compromiso social.

Cuando el artista enfrenta la realidad o se halla a tono con ella, produce un arte objetivo, volcado hacia el exterior. Las evasiones pueden ser distintas: hacia la religión —arte simbólico—; hacia el yo —arte expresionista o romántico—; hacia adentro —introversión subconsciente de los surrealistas. Arte decadente que glorifica lo sexual, lo sórdido, lo morboso, como el gusano mordiendo la pulpa íntima.

El arte de compromiso social, enfrenta la realidad, y es realista, militante. Arte de enfrentamiento de lucha, como el neorrealismo o realismo social. En el otro caso, se produce el arte abstracto, idealista, sobrenatural, irracional.

En sus CONVERSACIONES CON ECKERMAN, Goethe plantea el problema del subjetivismo en el arte: "Tiene talento —dice— pero sufre la enfermedad general de los tiempos actuales, de la subjetividad. Si logra dominar lo objetivo, está salvado". Sólo es verdaderamente poeta quien ha sabido adueñarse del mundo y expresarlo. Todas las épocas decadentes o amenazadas de disolución, son subjetivas; Simbolismo, Edad Media, Manierismo, Barroco, Romanticismo, Impresionismo-simbolista, Surrealismo, son los movimientos artísticos de la abstracción. Clasicismo, Renacimiento, Neoclasicismo, Realismo, Neorrealismo, son los movimientos del compromiso o del enfrentamiento con la realidad, o del acuerdo con ella.

Comparemos épocas características: Edad Media y Romanticismo frente a Renacimiento. El hombre medieval vive entre muros rigurosos y fanáticos con una concepción metafísica del mundo, anticlásica y religiosa. El claustro y el castillo se asocian a la catedral y el hombre discurre en un eterno réquiem acompañado por el órgano. En el romanticismo también se rehuye la realidad, se pone de moda tener un alma desesperada, se inicia lo sobrenatural —como en las Narraciones Extraordinarias de Poe— que va a dar al abismo surreal, al surrealismo de los estados simultáneos de conciencia y de las imágenes superpuestas en las que convive la realidad real y racional y la realidad surreal e irracional.

En cambio, el Renacimiento siente la realidad, la bullente lucha de afuera, la vida contradictoria. Por lo menos en el Renacimiento Primitivo y en el Alto Renacimiento, porque ya a su final, se siente el desasosiego manierista. El Renacimiento es el retorno a la libertad, a la exaltación del hombre. Es la hora del ritmo común, cuando el artista, a través de sus obras, comunica sus sentimientos y anhelos a la humanidad como un todo, tales obras de arte son necesariamente de significado universal. Aunque un elemento abstracto puede decirse que está presente, como un esqueleto, en todos los *cuerpos* artísticos. Por el contrario, cuando se despiertan ritmos, sentimientos y asociaciones que no concuerdan entre sí, y no son armónicas objetivamente, el arte tiende a ser visionario. El artista prefiere las hondas radiografías del objeto social, la penetración de la realidad, a la pintura natural o esencial de esa realidad.

En su teoría del alma colectiva, Jung distingue entre dos tipos de artistas: el de los objetivistas, que captan la realidad, y el de los visionarios, que penetran al reino de los sueños.

Los griegos se concentraron casi exclusivamente en la figura humana. La

razón de ello debe buscarse en el *ethos* griego o modo de vida, en que la belleza se identificaba con las proporciones ideales del cuerpo humano —como el ideal mismo fue identificado, más tarde, con la armonía del universo. Según Platón, un hombre sabio debe estar siempre dedicado a afinar la buena armonía de su cuerpo, a causa de la serenidad de su alma. (República, IX 591).

A lo largo de la historia, los ideales del hombre han cambiado en lo referente a belleza y virtud; han cambiado los valores. En la escultura egipcia, gótica o barroca, la figura humana fue modificada, para acomodarla a diferentes disposiciones anímicas. La forma dada al cuerpo en la escultura, se convierte en el espejo de los ideales de cada civilización o religión particulares.

Nuestra época es anticlásica en ese sentido; podemos apreciar los ideales griegos de armonía y serenidad, pero no coinciden con nuestro concepto de la realidad.

Pero sigamos. El Renacimiento, en un minuto singular, repudia el medievo que tuvo esclavizado al hombre con él milagro, la metafísica, el silogismo y la verdad revelada. Las letras y las artes tienen un minuto de estabilidad, al consolidarse —aunque sea brevemente— la sociedad. Reflejan al principio cierto optimismo, y las guerras ya no son cruzadas de religión sino necesidad económica de expansión y control de mercados. Está naciendo el capitalismo moderno. El dramaturgo mira a su patria, a la realidad, a la humanidad. Surgen las grandes dramaturgias del Renacimiento que por expresar al individuo, entablan el conflicto trágico en el alma del héroe, conflicto que no pudo existir en la Edad Media. Surge Shakespeare, que oscila entre la concepción renacentista y la concepción manierista del mundo. Asoma ya —en el Alto Renacimiento y principio del

manierismo, el Pathos angustiado de Miguel Angel.

En la mística España —estalla la lucha contra el hombre. Reforma y Contrarreforma, conciencia de soledad que vienen del medievalismo. La conciencia del humanismo, lo da el Renacimiento como antes el clasicismo.

Caracteriza siempre a los períodos de inseguridad y de crisis —de cambio social— el buceo del yo, el espejo narcisista. El individualismo acendrado del Renacimiento tardío, es ya síntoma de la crisis. El yo atrae como succión desesperada. Se produce la crisis por exceso de subjetividad, porque la crisis de la sociedad ha penetrado a lo interno del hombre. Entonces se vuelca el ser hacia sí mismo, hacia la ciencia ficción, hacia la fantasía en sus formas varias, hacia lo irreal y lo sobrenatural. Y aparece la tendencia a hablar de sí mismo, los rasgos autobiográficos como "fragmentos de una gran confesión" como en el romanticismo. Es porque el cuerpo social ha caído enfermo y la literatura no tarda en seguir el mismo camino. En un mismo autor ocurre la evolución a tono con el signo social.

El artista extrae su savia, su inspiración de la sociedad que lo nutre, resume en su temperamento, las diversas corrientes que circulan a través de su época. Su sensibilidad nerviosa le permite percibir las más finas variantes de esa realidad. El artista expresa concentradamente la conciencia social, traduce la realidad y la sintetiza.

• • •

¿Es el modo de producción el que condiciona la vida social y a través de ella, la vida intelectual? El factor económico constituye —en último término—, el factor influyente, pero no es el factor único, porque el arte está sometido a influencias complejas a través de múltiples transmisiones. El arte tiene un desarrollo propio, una cierta autonomía relativa, pero sufre la influencia de las ideas dominantes, de la filoso-

fía, de los conceptos nuevos de la sociedad. A su vez, reacciona sobre el medio social y contribuye a modificarlo.

¿Son las revoluciones producto de las ideas de los escritores y filósofos? No, ellas obedecen a cambios estructurales. Pero las ideas devienen fuerzas históricas cuando se apoderan de las masas, sólo cuando las contradicciones económicas han llegado a su punto de madurez y explosión. Los escritores de avanzada se apoderan de los valores intelectuales elaborados y los transforman y los vuelcan en la lucha que toma la forma de una lucha entre las ideas. La crítica por las letras precede a la crítica por las armas y entonces surge una literatura revolucionaria que anticipa el cambio social.

Una literatura vuelta hacia el mundo exterior, objetiva, militante, de tesis, que reposa sobre el análisis científico, en tanto que el subjetivismo busca formas refinadas.

De esa literatura objetiva, vuelta al objeto, con un método de investigación de la realidad para describirla en su evolución, nace la gran novela realista del siglo XIX. Balzac —el ejemplo es clásico— muestra las fuerzas históricas desplazándose, en movimiento, opone a través de los individuos, las clases en lucha; explica los caracteres por las condiciones sociales. Pone en evidencia las contradicciones inherentes al sistema capitalista. Ha ido al fondo de los hombres y de la vida impulsado por el sólo deseo de la verdad. Escribe bajo el dictado de la época, con la ambición suprema de hacer el registro de la sociedad capitalista. El dinero, la moneda de cien francos que rueda en todas las conversaciones y está incrustada en la conciencia de los hombres, es su leit motiv desgarrador. El usurero del tanto por ciento se adelanta al banquero. Este le arrebató la ganancia del interés. Lejos ha quedado el AVARO de Molière, guardando su cajita, y el AVARO de Plauto, enterrando la botija.

En LOS CAMPESINOS, dice Balzac: Este elemento insocial creado por la Revolución absorberá algún día a la burguesía como ésta ha devorado a la nobleza. Balzac es el cronista lúcido de la sociedad francesa de la Restauración y de la Monarquía de Julio, como Tolstoi es el espejo de la realidad rusa, el portavoz del campesinado en la época de la emancipación de los siervos: 1861. Y en la primera revolución rusa: 1905.

Gogol, el genio negro de las ALMAS MUERTAS, al volcarse hacia la realidad, con su gran novela, a pesar de sus opiniones políticas, ha descrito en su obra, el drama de la nobleza terrateniente agonizante. ¿Y qué ocurre con la novela francesa cuando abandona la pintura de los amplios frescos sociales? Cae en la violenta descomposición, se refugia en las zonas íntimas de la confianza, o en el estetismo. André Gide ofrece la novela del novelista que escribe su novela. Pirandello, al ver la sociedad de la preguerra desplazándose, la fluidez del objeto lo obliga a tornarse hacia el sujeto. Pero descubre que el sujeto no conserva mayor consistencia que el objeto. Crisis de valores —del subjetivismo— es el reflejo de una honda crisis social que puede provocar revoluciones. Claro que los que hacen la revolución, no tienen tiempo de escribir la novela de esa Revolución.

Se necesita estabilidad social y conciencia de la libertad, para escribirla. ¿Por qué no ha surgido en nuestros países la novela de la ciudad producto del capitalismo, la novela urbana, que desplaza el regionalismo? Porque nuestra sociedad precapitalista, está dominada por contradicciones agrarias, que se reflejan en Mamita Yunai de Carlos Luis Fallas, en Luna Verde de Joaquín Beleño, que relata la tragedia de la zona del Canal de Panamá. Ya pasó la hora de la novela del paisaje o costumbrista. Ahora surge la novela de las contradicciones agrarias y de las bananeras. Pronto tendremos la novela urbana. Rómulo Gallegos, Eustasio Ri-

vera, en Doña Bárbara y en la Vorágine, representaron la novela del latifundio, de la selva. ¿Por qué se da la novela social norteamericana? Porque es el género propio del capitalismo, como la novela romántica lo fue del feudalismo: María, de Jorge Isaacs. Commandá, de León, Mera. Mamita Yunai denuncia la absorción imperialista a Prisión Verde de Amaya AMADOR. El Señor Presidente, de Miguel Angel Asturias, es la novela de la lucha contra las dictaduras tropicales.

En Europa, la evasión interior de la novela psicológica, nace con Dostoiewsky, que además ofrece el realismo en Pobres Gentes, El Sepulcro de los Vivos. Los HERMANOS KARAMAZOV es la culminación del drama de conciencia con la pregunta terrible, del relativismo en los valores: ¿Si Dios no existe, todo está permitido?

Ahora se violenta la mampara del individuo, nace el psicologismo. Revienta la piel moral y el arte se establece adentro, penetra otra realidad introvertida. La búsqueda del tiempo perdido, de Proust es la novela tipo de la preguerra. El teatro del espejo pirandelliano, es la tragedia de la conciencia en conflicto con la vida. Después de Pirandello viene el Teatro de Vanguardia de Adamov, Ionesco, Beckett. Pirandello se halla sólo a medio camino entre el mundo que se deshace y el mundo que se hace. No puede aprisionar el objeto que se le escapa, pero al hundirse hacia el sujeto, éste se le escurre de las manos porque también está cambiando el hombre mismo. Los Seis personajes en Busca de Autor reflejan ese drama.

Una radiografía —dice Elmer Rice— no presenta semejanza con un objeto, exteriormente, pero revela la estructura interior de este objeto como ninguna fotografía podría hacerlo. Es lo que ocurre con el arte moderno. El surrealismo es evasión, el arte social, trae voluntad de cambio, conciencia del com-

promiso. El arte realista expresa la realidad, el arte surrealista, penetra —como la radiografía— otra realidad.

Una crisis de la sociedad, vuelve el arte subjetivo y abstracto. Una crisis de valores en el hombre mismo, es signo de la necesidad de un cambio y provoca conmociones. El arte puede reflejar el cambio de rostro, enfrentar la realidad, o ser arte de evasión.

En el Coloquio de Escritores de Berlín, afirmó Miguel Angel Asturias: Necesitamos una literatura de combate que luche contra esta otra literatura desentendida de los altos intereses humanos.

La Humanidad es como el hombre que intuye Goethe: Un hombre bueno en lo oscuro de su impulso está cierto de cuál es su verdadero camino. Al que aspira esforzándose perpetuamente, le podemos salvar.

En EL ALMA BUENA DE SE-
CHUAN, dice el personaje de Bertolt Brecht: No se puede ser bueno y vivir. Y cuando reine el mal hay que luchar para cambiar las cosas. Porque siempre que hay una gran injusticia, debe haber una gran rebelión.

LAS OBRAS DE ARTE de los tiempos prehistóricos son para la Sociología del arte de una significación interesante. Nos dejan ver, de manera más clara, que el arte de épocas posteriores, la auténtica relación entre los moldes sociales y las formas artísticas. No hay en toda la historia del arte ningún ejemplo que deje resaltar más agudamente la conexión entre un cambio estilístico y el simultáneo cambio de las circunstancias económicas y sociales, que el tránsito del Paleolítico al Neolítico, como hace notar Hausser en la Historia Social del Arte y de la Literatura. Las culturas prehistóricas muestran todavía la huella de su procedencia de las condiciones de existencia social, más claramente que las posteriores, en las que las formas heredadas de tiempos anteriores, y en parte ya osificadas, se amalgaman con las nuevas y todavía

vivas. “Cuanto más desarrollada está la etapa cuyo arte examinamos —dice Hausser— más complicada es la red de las relaciones y más impenetrable es el fondo social con el que está en conexión.” Cuanto mayor es la antigüedad de un arte, de un estilo, de un género, más largos son los períodos temporales durante los cuales la evolución se desarrolla según LEYES PROPIAS INMANENTES, no turbadas por causas exteriores, y cuanto más largas son estas fases autónomas de la evolución, más difícil es interpretar sociológicamente los diversos elementos del complejo de formas en cuestión. Por ejemplo, en la era inmediatamente siguiente al Neolítico, en la que las culturas campesinas se transformaban en más dinámicas culturas urbanas sostenidas por la industria y el comercio, una tan relativamente complicada estructura, que no es posible una interpretación sociológica de ciertos fenómenos. La tradición del arte geométrico-ornamental está aquí tan consolidada que apenas puede ser desarraigada y permanece largo tiempo en vigencia sin que pueda darse para ello una razón sociológica especial, como hace notar Hausser. Pero donde —como en la prehistoria— todo depende inmediatamente del vivir, donde no hay todavía formas autónomas ni diferencias en principio entre viejo y nuevo, tradición y creación, la motivación sociológica de los fenómenos es todavía relativamente simple e inequívocamente factible.

Pero en cambio, la tragedia que es la más característica creación artística de la democracia ateniense, es la expresión cabal de aquella estructura social que le dio vida. “En ningún género se expresan tan inmediata y contrastadamente los íntimos antagonismos de su estructura social, como en ella. Su forma exterior, su representación al público, es democrática. Su contenido, la leyenda heroica, y el sentimiento heroico-trágico de la vida, es aristocrática” —explica Hausser—. Sófocles escribe sus

dramas en un momento de estabilidad política y social, en tanto Eurípides asiste a la disgregación del mundo griego. El desplazamiento social es captado por el genio escéptico de Eurípides que recoge el pensamiento revolucionario de los sofistas.

Los círculos cerrados de la Edad Media, son los círculos del Infierno en la Divina Comedia. El círculo total, el círculo único, es la unidad social europea que intuye el genio de Dante.

Shakespeare es hijo del siglo manierista, fruto de la época isabelina, cuando la monarquía se había convertido, bajo los Tudor, en despotismo. La alta nobleza, al fin de la guerra de las Dos Rosas, estaba aniquilada. La nobleza territorial inferior, los campesinos propietarios de tierra y la burguesía ciudadana, querían paz y orden y cualquier gobierno les parecía bueno siempre que fuese suficientemente fuerte para impedir el retorno de la anarquía. Antes de la ascensión de Isabel al trono, el país era presa del terror de la guerra civil. Isabel favorece la economía capitalista y la Iglesia reformada, las empresas de Drake y Raleigh. La burguesía rica y la nobleza terrateniente o dedicada a la industria, formaron la nueva clase señorial de la sociedad. La antigua alta nobleza y los caballeros terratenientes entran en enlaces con la burguesía y se produce una burguesización de la nobleza al contrario de lo que ocurrió en Francia en la otra Revolución. La burguesía busca ennoblecerse en Francia hasta que se funde con la nobleza. La ascensión de la burguesía a la clase nobiliaria, es el fenómeno francés, pintado por Balzac. El propio autor de la Comedia Humana se buscó un título nobiliario casándose con una princesa rusa y le gustaba firmar Honorato de Balzac. En cuanto a Shakespeare, ve el mundo con los ojos de un burgués escéptico, con pensamiento liberal pero desilusionado de la Revolución Industrial. Condena los abusos del poder y la opresión del pueblo, el despotismo y la crueldad de Isabel, co-

mo Lope de Vega había condenado la arbitrariedad feudal e incluso la del Rey.

Hamlet, entre otros elementos subjetivos de Shakespeare, es la versión trágica del Conde de Essex, ejecutado por órdenes de la reina. De él toma el carácter irresoluto e inseguro para pasmar su Hamlet. El drama de María Estuardo le sirve de modelo para Lady Macbeth. En la lucha entre la corona, la burguesía y la nobleza inferior de un lado, y la alta nobleza feudal, del otro, Shakespeare estaba cerca de la burguesía y la nobleza de sentimientos liberales y en proceso de burguesización.

Podemos dividir la carrera dramática y artística de Shakespeare, en tres períodos sociológicos: 1º Poesía épica y lírica para los círculos aristocráticos, porque entonces el drama es expresión plebeya. 2º Después de la guerra de las Dos Rosas, los aristócratas siguen el ejemplo de las cortes italianas y francesas, y la Corte inglesa concentra su atención en el arte y en la literatura. Entonces Shakespeare escribe piezas históricas y políticas que magnifican la idea monárquica. 3º Hacia el fin de siglo, comienza el tercer período del poeta: el trágico. La madurez ha llegado en el arte y en la vida. La desilusión también. Ahora la monarquía no se canta como en Enrique V, como exaltación del trono y de la gran Inglaterra. Ahora los cuadros son sombríos, la monarquía infatuada está pintada por el poeta como criminal y codiciosa. Ricardo III representa al rey criminal que no sabe de piedad ni de perdón. Se considera asimismo discípulo de Maquiavelo y entre su ambición y el trono, sólo media un abismo de cadáveres. La vida humana no tiene ningún valor para la tiranía. El trágico ha llegado a la desesperación y a la locura con Timón de Atenas. El monólogo de Hamlet, anuncia esa visión angustiada en el tema existencial de la vida y de la muerte.

La peculiaridad del fenómeno de

Shakespeare y la antítesis entre el estilo dramático y la forma clásica que él adapta a su tragedia, es una diferencia estilística que corresponde a una evolución histórica y sociológica.

El *manierismo* con su visión ambigua y ambivalente, es el tránsito entre Renacimiento y Barroco. La Edad Media no ha producido tragedia porque no se dio allá el conflicto de conciencia shakesperiano que es propio del libre albedrío y del humanismo renacentista. Y también de la crisis provocada al final del Renacimiento. Como sabemos, así como la Edad Media se divide en tres períodos culturales, el Renacimiento se divide en Renacimiento primitivo, Alto Renacimiento y Renacimiento tardío en el que se da el MANIERISMO.

La Divina Comedia es el anuncio de ese cambio profundo de la historia y de las estructuras sociales cambiantes en la Edad Media tardía. También es histórica y sociológica la diferencia entre la tragedia clásica de la nobleza ateniense y el drama shakesperiano. Sólo que en Grecia coexistía al lado de la tragedia clásica, un teatro popular con temas del pueblo. "Ni la democracia de la Atenas clásica es tan radicalmente democrática, ni el clasicismo de la democracia ateniense tan rigurosamente clásico como parece a primera vista", concluye Hauser.

El Método Sociológico nos puede ayudar a seguir la evolución del arte en sus grandes movimientos, como totalidades en marcha, así como también la propia evolución en un poeta determinado. La dialéctica goethiana es producto histórico. Como lo es la lucha entre el romanticismo y el clasicismo en Fausto. En la primera parte predomina Margarita, símbolo romántico, y agota Goethe su herencia nórdica, todas las leyendas de Walpurgis. En la segunda parte, Goethe se sienta a la mesa de los griegos. Helena es la suma belleza clásica a la que aspira dramáticamente. Estilísticamente, Goethe persigue el

equilibrio clásico, la armonía serena del arte griego; la pugna se establece entre romanticismo y clasicismo. La poesía moderna, representada en Lord Byron, es el símbolo de la unión de Fausto y Helena. Euforión canta —en Fausto— la elegía a la muerte del poeta inglés que cae en la guerra de Grecia contra los turcos.

Las tres etapas artísticas de Goethe son: 1º Prerromanticismo del *Sturm und Drang*, contra el neoclasicismo academista. Es la etapa del Werther y las Afinidades Electivas. 2º Es la etapa clásico-realista en la que concibe el plan de Fausto y culmina su obra. 3º Realismo dialéctico. En su poesía PERMANENCIA EN EL CAMBIO, parece interpretar el poema de Heráclito. Se manifiesta en este período, defensor de la Razón contra lo irracional. La dialéctica goethiana es una concepción de la vida como un proceso ininterrumpido del devenir. Este es el núcleo central del Fausto desde el prólogo en el Cielo que inicia toda la acción, Fausto es la obra de toda su vida, termina las últimas páginas un poco antes de morir. "Lo que me queda de vida —dice— y lo que haga desde ahora, carece de importancia". La Elegía de Marienbad es la materia lírica con la que va a crear a Helena con emoción apenas contenida.

Mefistófeles es la negación hegeliana, opositor y complemento necesario de Fausto en continua aspiración hacia lo mejor, hacia el ideal. El conflicto dramático decisivo se basa en la relación Fausto-Mefistófeles, expuesta dialécticamente. El pensamiento materialista de la filosofía de Spinoza, acerca a Goethe cada vez más hacia una concepción dialéctica de la vida misma, en contra del carácter místico-idealista de los primeros tiempos. Fausto es la lucha contra las fuerzas del pasado y la alianza de Goethe con el proceso de desarrollo, con la evolución de la vida.

La crítica literaria, la crítica estilística, tienen en la Sociología una ruta

nueva. El Método sociológico tiene un campo insospechado de hallazgos e interpretaciones. Pero no es el método único. Hay zonas artísticas que requie-

ren luz psicológica profunda, el método psicoanalítico que penetra en el individuo, como el Método sociológico penetra en la sociedad.

Prof. Matilde Elena López

BIBLIOGRAFIA

Husserl: 1) Introducción a la Historia del Arte. 2) Historia Social del Arte y de la Literatura. Editorial Guadarrama, Madrid, 1957 y 1961 respectivamente. 3) El Manierismo. Ediciones Guadarrama, 1965.

Matilde Elena López: 1) Interpretación Social del Arte, Ministerio de Edu-

cación Pública, 1965. 2) Los Cinco Mitos del Arte en la Edad Moderna. Revista Universidad, 1965. 3) Una Cala en la Obra de Shakespeare. Nov. 1966.

Gurvitch: Tratado de Sociología, I Tomo. Sorbona de París.



EL RABINAL ACHI

Por Luis GALLEGOS VALDES

Nuestros aborígenes centroamericanos, lo mismo que los de México y el Perú, fueron apasionados cultores de la danza y tuvieron gran variedad de bailes. Danzas guerreras y danzas sagradas; para celebrar el triunfo sobre el enemigo y para conmemorar alguna efemérides importante, o bien para celebrar el amor; danzas para propiciar a los dioses y pedir cosechas fecundas.

Fuentes y Guzmán escribe de los quichés:

“No careciendo estas repúblicas de indios de gobierno político, como ya hemos visto en lo que toca a la disposición de sus leyes y ordenanzas, también entraba en esta orden, perteneciente a su buen gobierno, la del divertimiento y regocijo público de sus ciudades y pueblos, con días y sitios determinados y señalados para ello”.



LUIS GALLEGOS VALDES

Según explica David Vela en su obra *Literatura guatemalteca*, de la cual tomamos los principales datos para esta divulgación literaria, “ya en el Popol Buj, la más antigua y auténtica fuente de información para la etnografía guatemalteca, se habla a menudo de las danzas y hasta se las menciona por sus nombres, conocidos públicamente, amén de presentar evidencia de su valor esotérico o contenido mítico.

Llama la atención que los espíritus protectores de las artes, músicos y cantores ellos mismos, *Jumbatz* y *Junchogüen*, hijos de uno de los Ajup, encarnen en dos simios, el animal imitador y por eso mismo mímico por excelencia. Cuando sus hermanos los llaman para complacer a la abuela *Ixmucané*, vienen danzando y gesticulando del bosque, y la anciana no puede contener la risa tres veces —es evidente el sentido de lo cómico en este pasaje del manuscrito de Chichicastenango—, al observar sus visajes y contorsiones; por último, es al son de un pito, como se llama a los danzarines en escena, o silbando al menos, como los dos monos sabios son traídos.

Junanjup e Ixbalanqué —el sol y la luna—, se disfrazan en Xibalbá de danzarines y prestidigitadores profesionales, para engañar a los señores de la mansión subterránea, ocultando así su verdadera identidad y mantener oculto el prodigio de su resurrección. Bailan la danza del venado (*mazat*) y la del mono (*junajup-coy*), ambas mímicas, y la danza de los viejos mendigos (*chitic*), y ejecutan diversas suertes para solaz del pueblo de Xibalbá”.

Vela recoge la opinión del americanista francés George Raynaud de que el Popol Vuh o Libro del Consejo abunda en *paralelismos*, procedimiento literario característico también de algunos libros bíblicos, y que consiste en la repetición de ciertas ideas, frases, o miembros de frase y hasta de nombres propios. Por ejemplo, en el texto del *Rabinal Achí* tenemos constantes paralelismos en uno de los parlamentos: “¡Ven jefe perforador! ¡jefe lanceador! Es el primero al cual nunca acabaré por cortarle la cepa, el tronco; ¡ese jefe de los del Rabinal!, le dice el Varón Quiché al de Rabinal, el cual le responde: “¡Verdaderamente! Valiente Varón, hombre de los Kaweck-quiché, dijo así tu palabra a la faz del cielo a la faz de la tierra: ¡Ven, jefe perforador, jefe lanceador! Es el primero al cual nunca terminaré por cortarle la cepa, el tronco, ¡ese jefe de los del Rabinal!” Aquí tenemos claro, patente, el paralelismo, explicable por la necesidad de dar mas solemnidad a sus palabras repitiendo las del otro exactamente. Esta modalidad retórica vuelve cansada la lectura del texto, pero en la representación contribuye a resaltar los sentimientos de los protagonistas, el Varón del Rabinal y el Varón Quiché.

Así, pues, tenemos que entre las danzas y bailes de la Centroamérica prehispánica, destaca como el más original sin duda el *Rabinal Achí* o Baile del tun, el cual fue descubierto por el abate Brasseur de Bourbourg cuando era cura párroco del pueblo del Rabinal. Efectivamente, el *Xahoh Tun* no tiene ninguna influencia hispana y se conservaba en toda su pureza de padres a hijos

por tradición oral hasta que Brasseur obtuvo del indio de aquel pueblo, Bartolo Sis, el texto completo del drama baile, lo cual hizo Sis en agradecimiento, ya que el Abate lo había curado de una enfermedad. Y es más: los indios del pueblo, dirigidos por el mismo Sis, representaron la obra ante su benefactor el 25 de enero de 1856, “y el abate —escribe David Vela— no sólo tuvo la satisfacción de comprobar la exactitud del texto suministrado por Sis, sino consiguió también copiar la música y regalarse con un espectáculo original, pues los indígenas actuaban con los trajes tradicionalmente empleados y tañendo sus instrumentos autóctonos”. “Por especial coincidencia —escribe el Dr. Adrián Recinos— Brasseur comenzó la traducción del Popol Vuh en el mismo curato de Rabinal donde el Padre Ximénez había trabajado en su traducción algo más de cien años antes. En ese mismo pueblo descubrió el llamado *Xahoh Tun*, o Baile del Tun, valioso ejemplar del arte dramático americano que recogió en el idioma original quiché y tradujo al francés con el nombre de *Rabinal Achi*”. Consta éste de cuatro actos bailables. En el primer acto vemos al Varón de Rabinal ejecutando una danza con sus guerreros fuera de la fortaleza del rey Hobtoj, su señor. Cantan en coro y con un suave ritmo, cuando irrumpe el Varón Quiché, quien amenaza al del Rabinal con altivas palabras. Este recoge el reto y después de largos parlamentos logra apresar al del Quiché y llevarlo ante el rey Hobtoj al que el cautivo había antes ofendido. El rey Hobtoj no pretende causarle ningún daño, pero el del Rabinal logra que su enemigo sea condenado a morir devorado por doce jaguares y desgarrado por doce águilas, “que lo sacrifican hundiéndole en el costado el blanco pedernal”. Mas antes el Varón del Rabinal ha conseguido del rey Hobtoj que le permita “sentarse en los bancos de las piedras preciosas, vestirse con telas tejidas por la Madre de las Plumas, beber las doce dulces bebidas, fermentadas, frescas, regocijantes; bailar con la Madre de las Gemas; ir a probar su fuerza con los guerreros lanzando la flecha; por último 260 días de libertad, con sus noches, para ir a despedirse de sus montañas, de sus pájaros, de sus animales...” En la obra aparecen siete personajes: el Rey Hobtoj —cinco lluvias o fina lluvia—; el Varón de Rabinal —hijo del rey Hobtoj—; el Varón Quiché, hijo del rey quiché; la esposa del rey Hobtoj, madre de las plumas o madre de los verdes pajarillos; la esposa del Varón del Rabinal —princesa esmeralda o princesa gema—; una sirvienta y un sirviente del Varón del Rabinal. Salen a escena doce águilas amarillas y doce jaguares, numerosos guerreros, servidores y danzarines.

Nada mejor que transcribir la apreciación tan justa y cabal que hace David Vela, distinguido investigador y crítico literario guatemalteco:

“El tono (*del Rabil Achi*) es elevado y en momentos se levanta a lo sublime, el quiché muy puro, y aunque muchos han censurado monotonía por la repetición protocolar de los recitados, esa misma condición realza el pensamiento y contribuye a la fuerza y originalidad del estilo. Repetimos que su

autenticidad aparece indudable y por su contenido se significa como la pieza dramática más acabada e interesante de toda la América precolombina”.

En cuanto a su descubridor y traductor, el abate Esteban Brasseur de Bourbourg, bueno será saber de su vida, siquiera lo más importante.

“El 1º de febrero de 1855 —escribe el Dr. Recinos— ingresó en la ciudad de Guatemala el Abate Charles Etienne Brasseur de Bourbourg atraído por los vestigios de las antiguas civilizaciones indígenas existentes en el país, de las cuales había tenido noticias en sus viajes anteriores a los EE. UU. y México.

Era el abate francés un espíritu observador, profundamente instruido en la antigüedad clásica europea y ávido de conocer las obras del ingenio humano dondequiera que se encontraran. Había nacido en 1814 en la pequeña ciudad de Bourbourg, a 12 kilómetros de Dunquerque, y como él mismo refería no hizo estudios universitarios. Recibió en su provincia la educación que le fue posible conseguir y completó sus estudios en Roma asistiendo a las clases del Colegio Romano y de la Sapienza. En Roma se ordenó de sacerdote.

A su regreso a Francia se le ofreció la oportunidad de un viaje al Canadá y los Estados Unidos. Durante su permanencia en Boston leyó la brillante obra de Prescott sobre la conquista de México, y sintió, según decía, que su vocación científica lo inclinaba a las cosas de América.

Regresó a Europa a fines de 1846, y habiendo pasado dos inviernos más en Roma, tuvo ocasión de continuar estudiando la historia del Nuevo Mundo consultando los códices americanos y muchos otros documentos históricos que se conservan en la Biblioteca Vaticana.

En julio de 1848 emprendió un nuevo viaje a los Estados Unidos, de donde pasó a México y conoció las principales ciudades de dicho país y sus monumentos históricos. Permaneció allí hasta mediados de 1851, y desde la capital mexicana escribió al Duque de Valmy sus *Cartas para la historia primitiva de las nacientes civilizaciones de la América septentrional*, en las cuales dio a conocer el fruto de sus primeros estudios americanistas.

En el Museo Nacional de México encontró la obra del canónigo de Chiapas don Ramón de Ordóñez y Aguiar intitulada *Historia del cielo y la tierra* en que aquel autor transcribió parte de la traducción del Popol Vuh de Ximénez, y su lectura despertó en él vivo interés por la tradición indígena de Guatemala.

En octubre de 1851 estaba de regreso en Europa y en julio de 1854 emprendió su tercer viaje a América. Se detuvo unos días en Nueva York y de allí siguió con destino a Nicaragua en uno de los vapores de Vanderbilt que conducían en aquella época a los viajeros que se dirigían a California remontando el río San Juan y embarcándose en San Juan del Sur en los vapores del Pacífico.

Nuestro viajero desembarcó en octubre de 1854 en Georgetown o San Juan del Norte, y por el río llegó al Lago de Nicaragua y se internó en ese

país admirando sus bellezas naturales. Luego atravesó el Golfo de Fonseca con destino al puerto de La Unión y visitó las principales ciudades de El Salvador y su destruida capital, arruinada recientemente por los terremotos de aquel año.

A su llegada a Guatemala, Brasseur fue presentado por el Cónsul de Francia a las autoridades y a las pocas personas que se interesaban por entonces en los estudios históricos. Estas amistades fueron para él de inmenso valor. El arzobispo García Peláez, versado en la historia del país, lo acogió favorablemente, y para facilitarle el estudio de las costumbres indígenas lo nombró cura párroco del pueblo de Rabinal, comunidad de lengua quiché donde aprendió rápidamente este idioma. Por su parte el doctor don Mariano Padilla y don Juan Gavarrete, encargado de los archivos nacionales, pusieron a su alcance las obras impresas y manuscritas sobre la historia y las lenguas indígenas de Guatemala y llevaron su generosidad hasta el extremo de cederle valiosos documentos originales que él supo aprovechar en las publicaciones que hizo en Europa y en los años subsiguientes.

Entre esos documentos figura, en primer término, el manuscrito del P. Ximénez que contiene el original quiché y una versión castellana del Popol Vuh... que Brasseur publicó en París en 1861; el *Memorial de Tecpán Atitlán*... El original quiché lo mismo que el original del Popol Vuh quedaron en poder de Brasseur y entraron a formar parte de su Colección Americana. Descubrió el *Xahoh Tum* como ya vimos y sirvió por algún tiempo el curato de San Juan Sacatepéquez, donde aprendió la lengua cakchiquel, muy semejante al quiché, y por último el curato de Escuintla que desempeñó durante dos meses.

Terminada su estancia en Guatemala, Brasseur se embarcó en Izabal con rumbo a Europa en enero de 1857, después de pasar en este país lo que él calificó del año más agradable de su viaje a Centroamérica. Fue también el año más provechoso para sus estudios. Al salir del país llevaba consigo los documentos que se acaban de mencionar y muchos manuscritos más de carácter lingüístico que le fueron donados liberalmente en la capital y en los pueblos donde había permanecido.

Todavía hizo Brasseur, como Colón, un cuarto y último viaje a América en 1859 y 1860, durante el cual visitó el Istmo de Tehuantepec en México y la zona occidental de Guatemala. Exploró las ruinas de Palenque en el Estado de Chiapas, y las de Zaculeu en el departamento de Huehuetenango; se estuvo unos días en Totonicapán y obtuvo una copia del Título territorial de los Señores de aquel pueblo, importante crónica quiché que, después de la muerte del Abate, publicó en Francia, en español y en francés, el Conde Charency".

Larga ha sido la cita, la cual en parte hemos extractado de una disertación del ilustre Dr. Adrián Recinos leída en la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala en julio de 1955. Pero era preciso rendir este homenaje a la

interesante figura del Abate francés a quien tanto debe nuestra historia aborigen. Lástima que él, como buen sabio e investigador, haya sido además un bibliógrafo de fino olfato; a esto último debemos el que aquellas joyas preciadísimas de la bibliografía antigua centroamericana hayan pasado al extranjero como tantas otras cosas más, dada nuestra generosidad y largueza a veces extremadas, dadas también a nuestra negligencia e ignorancia de nuestra historia.

Quintanilla



La Vuelta a los Lugares Comunes

FRAGMENTOS

Por Yolanda OREAMUNO

Observando con sentido crítico los desafueros habituales a casi todas las manifestaciones artísticas, se llega a la conclusión de que todo impulso, todo dar o proyectarse sobre el exterior (que no otra es la correcta interpretación del arte) sigue la siguiente trayectoria: el impulso parte de un eje único y *personalísimo* hacia el objeto de estudio ejecutando a su alrededor una ruta circular y, en la mayor o menor longitud del diámetro hipotético entre el punto de origen de la acción y la circunferencia que señala su alcance, está la magnitud de la obra realizada.

Hay un límite preciso, preciso en relación a la personalidad del individuo actuante, rebasado el cual, todo movimiento más es desbarre o desequilibrio mental. En el tipo mediocre toda acción, para que no sea locura, ha de estar estrechamente ceñida a su eje, lo más ceñida posible, tanto, que el actuar se convierte para éste, en estar dando vueltas sobre su propio eje. Los convencionalismos, las costumbres, los conceptos establecidos y manoseados hasta el extremo de su uso, constituyen para el hombre corriente el máximo de su diámetro de acción. Cuando por circunstancias especiales los hechos de ese individuo abarcan un espacio mayor, su movimiento es calificado automáticamente de pasión, locura, aberración; es decir, no fue intrínsecamente él quien procedió en tal o cual forma, sino otros factores los que actuaron en su lugar. O lo que es lo mismo, su propia responsabilidad moral o mental, no alcanzó

a cubrir el diámetro de su acción. *Así, en proporción directa al genio de la persona, crece la dimensión de su perímetro expresivo, hasta el infinito.*

En el caso del hombre de talento o de genio, aumenta considerablemente para éstos el espacio entre la circunferencia de sus posibilidades y su eje vital, o se prolonga la línea que pueden cubrir con su responsabilidad. Entre más grande es el individuo, tanto más alejada está su obra del centro vital común a todas las personas, del cual ha salido proyectándose hacia afuera. Ese límite de alcance, como dijéramos, la longitud de esa parábola, la señala la inmensidad de las capacidades habidas en el hombre potente, y el simple sentido común en el hombre normal.

Dentro de esa parábola, se encuentran los puntos conocidos, los lugares comunes, rebasados los cuales todo movimiento es creación propia. Cuando un ser humano supera hasta el máximo, los puntos de referencia, los dichos lugares comunes, ya sea en uno o en otro sentido, ha descrito una parábola mayor de la conocida, ha superado su época. Ahora bien, el forzar la marcha de las propias capacidades, saliéndose del marco del auto-dominio, y con ello del margen de lo que se puede íntegramente conocer, equivale a desbarrar, y el movimiento cae entonces en la decadencia, en la banalidad.

La manifestación artística es, siempre, un movimiento tendiente a superar esos lugares comunes conocidos, yendo más allá de ellos y aumentándolos al propio tiempo, hasta que un nuevo movimiento más amplio, lo convierta a su vez en lugar común, sobrepasándolo.

Sin embargo, en el campo artístico como en un sentido general, hay un límite vago pero innegable al cual se ajustan, por épocas, las manifestaciones habidas, señalando ciclos definidos en la historia. Cuando ese espacio está dominado, cuando la producción ha marcado una brusca salida del ciclo anterior saturándolo de realizaciones artísticas, viene el movimiento decadente, que no comprendiendo la necesidad de ese balance, *continúa saliéndose de la línea de sus propias posibilidades y entrando en el terreno de la vacuidad.*

Parece ser que en estos momentos, habiendo llegado para nuestra época una etapa de impregnación, y presentándose tan frecuentemente el fenómeno anotado de la banalidad artística, *se impone un reajuste, una vuelta a los lugares comunes.* Es éste un proceso que, por lo general, se produce automáticamente en dichos campos en una forma periódicamente sabia.

Veamos cómo.

Las artes practicistas como la arquitectura y la decoración, dando sólo dos ejemplos, son las que más rápidamente sufren el inventario de valores y en las que éste se verifica con más realismo y exactitud. Asimismo, las que más tarde han dado el paso adelante de superar los lugares comunes. En la arquitectura y la decoración, el retorno se señala por una asimilación rápida y consciente de lo que el nuevo movimiento tiene de bello y de útil, y por el reaprovechamiento de enseñanzas anteriores. Tan flexibles son para volver

sobre los pasos, como asequibles en un principio a todas las tendencias, sean éstas buenas o malas, sin realizar, sino más tarde, la debida selección.

Aprendió el constructor moderno de la pintura y la escultura que las líneas exuberantes de las épocas romántica y churrigueresca estaban sobrepasadas, y absorbiendo la enseñanza llenó las ciudades de edificios simétricos, sobrios, contundentes. Eliminó los zaguanes largos y retorcidos, y la abundancia de rincones antihigiénicos que caracterizaban las antiguas construcciones; aprendió de los impresionistas y coloristas la necesidad del sol y de la luz, y nos dio ventanas cómodas y grandes. La decoración, evitando toda línea excesiva, hizo muebles hondos, confortables, comprendió la urgencia de movimiento constante en la vida moderna y terminó con el recargamiento de sillas, mesas, “confidentes”, y demás artefactos con que había obstruido la vida diaria el pensamiento romántico; y, por último, asignando a cada color su verdadero valor óptico trajo las paredes lisas, los tonos claros, refrescantes y casi marítimos, que caracterizan la decoración moderna.

Este es el resultado, pero para llegar aquí, cayeron ambas —la arquitectura y la decoración— *en el rebuscamiento, en el snobismo de las cosas incomprendibles*, construyendo casas *para entender*, sobre las cuales habíase de tener una mente especialmente entrenada. Abusaron de la aerodinámica, del colorismo y del cubismo llenándonos de objetos obtusos; exigieron esfuerzos supremos de imaginación para descubrir por qué lado se entraba a una casa, dando también varias vueltas, antes de encontrarle un lugar lógico al garage, a la perrera y a la oficina. Tuvimos mucho tiempo los salones vacíos en el afán de espacio y luz, y fueron los edificios cáscaras de huevo llenas de ventanas y plagadas de todos los abusos comerciales y propagandísticos imaginables. Pero el debido centro fue hallado. Y eso, es lo que yo señalo como sintomático. Lentamente, con un maravilloso espíritu de asimilación, la arquitectura y su ayudante, la decoración, se valen de nuevo de las líneas Luis XV, y los estilos normando, gótico y cubista tratan de juntarse en una conjugación de belleza y comodidad. Descubrimos asombrados que nos podemos sentar en una silla española sin sentir la rigidez de una coraza, los espejos venecianos y los patios “misión”, vuelven austerizados o aligerados por el nuevo sentido práctico. *Es el reajuste, la captación de la línea, el retroceso consciente a los lugares comunes, usando siempre los conocimientos adquiridos sin abusar de la superación.*

La música, descubriendo la nota en algo más que en el mismo instrumento, ha ido desde el aprovechamiento de dichos nuevos tonos, hasta el enloquecimiento por ellos mismos, introduciendo en las orquestas objetos que nunca pensáramos capaces de producir más que molestia: chirridos, gritos y otros recursos sonoros tan incalificables como los anteriores. Hubo momentos en que todo respeto parecía estar definitivamente perdido y en el cual ya parecía que la música clásica no volvería a ser nunca más inteligible a nadie, sino para unos cuantos seres dotados de condiciones auditivas especiales. Luego, lenta-

mente, y sin desdeñar esas adquisiciones reveladoras, el simple sonido aparece regulado técnicamente por los auténticos valores viejos que todavía eran aprovechables y la música clásica moderna, enriquecida, vitalizada por los nuevos descubrimientos, se serena y declara “antimusicales” los abortos producidos con anterioridad, sin dejar por eso de utilizar lo que en verdad quedaba del movimiento: nuevos tonos, sonoridades desconocidas, ritmos extraños, y el más auténtico y genuino descubrimiento —aprovechamiento— hecho en esa época de exuberancia: el folklore. El reajuste se produce con vigor legítimo.

La pintura y la escultura asimilaron el cubismo, rebasaron a los cubistas y volvieron al naturalismo y neo clasicismo, y luego, a la línea gemela de sí misma, siempre desdeñando aquellas que el exceso místico o románticista habían convertido en conceptos académicos y muertos. También en esto hay síntomas visibles de saneamiento autocrítico.

La literatura decadentista —calificativo que merece por la extracción violenta que hizo del concepto humano, para ofrecernos en su lugar píldoras de exhumaciones puramente cerebrales—, va desapareciendo. El abandono deliberado en el motivo literario de todo lo que significó pasión de hombres, el horror a pintar el tipo mediocre de tal manera manifiesto, que el individuo de novela fue un ente cerebral que no se encontraba en ningún sitio, la dignificación absurda del elemento inteligencia, hasta el extremo de que ya empezábamos a resignarnos a considerar “el arte moderno como un arte para artistas”, todos esos conceptos de período de saturación van pasando. El abuso de presentar al personaje novelesco moderno como un perverso de su propio cerebro, idéntico a aquel que hizo del mismo en otra época un ente ideal y delicado, tan inmaterial que llegaba a ser el pervertido de su propio corazón, es ya, sin duda, un método en extinción. Los individuos de la auténtica novela moderna, la que yo llamo auténtica porque ha asumido su responsabilidad histórica totalmente, no necesitan como condición primaria ser inteligentes o geniales. El tonto, el mediocre, el anodino, el de todos los días, vuelven a sonreírnos confiadamente con caracteres conocidos, y en íntimo contacto con la estupidez, la mediocridad y el anonimato que todos llevamos dentro, en las novelas de hoy. Ya no todas las niñas de esos libros son exóticas o caleidoscópicas, vuelven a ser simplemente niñas, mujeres y madres, y los hombres dejan de ser estilizaciones cerebrales, enfermos sexuales o potencias comerciales, para parecerse otra vez al buen señor de todos los días. Un proceso de depuración se opera con visibles y reconfortantes caracteres.

Con una mirada somera he tratado de observar el mismo e idéntico fenómeno en las principales manifestaciones artísticas del día. Sólo hay una que no he fijado porque merece capítulo aparte. Me refiero a la poesía y, específicamente, a la poesía en América Latina. *En este terreno los descabros artísticos se producen con preocupadora generosidad.*

Una vez que nos acostumbramos a que “la princesa está triste” y con la

princesa una oleada de tristeza con corbata de lazo inundó al mundo, produciendo escalofríos de nostalgia en la espina dorsal del pensamiento poético; cuando hacía muchísimo tiempo que “el tierno secreto”, “el astro celeste” y el “fulgor de tu mirada” se habían convertido en lugares comunes, empezamos a oír sin sobrecogernos que “tan móviles, tan móviles” se podía repetir sin afectar la estructura ni el valor del verso, como se podía asimismo insistir en “tan fértiles, tan fértiles” y en “tan sórdidos, tan sórdidos” y *ser, sin embargo, “La canción de la Vida Profunda”, una poesía estupenda*. Nos estremecemos luego desconcertados ante “el viento verde”, “el caballo sobre el mar”, y “la muerte entra y sale de la taberna”. Un despertar genuino sacudió como un latigazo el puritano romanticismo en que se había pervertido el romanticismo legítimo y, descubriendo el desnudo, el sexo y la masa cerebral sin rubores postizos, escuchamos que se podía sentir “sed de ti”, que “el cuerpo de piel, de musgo, de leche ávida y firme”, era una realidad, y que “Mejillas Propicias al Modo Moroso Me brinda La Amiga...” podía ser una estrofa tan completa como una de Núñez de Arce o Calderón de la Barca.

América, que ha efectuado conjuntamente, con el resto de los países la síntesis ordenadora de las adquisiciones artísticas, en poesía no sintetiza. América, sobria en otros campos, se descalabra majestuosamente en poesía, y todos los días, en todos los tipos de imprenta y en cada una de las revistas o periódicos de habla latina en el Continente, otro y otro poeta o poetisa cree haber descubierto la auténtica musa americana, y *efectúa su sacrosanto matrimonio con la sagrada novedad tantas veces violada, vejada y vuelta a vejar*, convencido de haberla encontrado en perfecto estado de virginidad.

Como si esto fuera poco, se descubren también nuevas fórmulas que son usadas hasta el cansancio sin la más remota posibilidad de abandono. Cuando estuvimos anegados de comparaciones exactas, que cuadraban el objeto con la forma sin dejar resquicio, cuando ya las montaduras para los pensamientos del poeta estuvieron casi agotadas, entonces se inventó una salida mágica que permitía márgenes más amplios para la falta de imaginación del autor. Se ideó el “como”. Ya ninguna cosa es como es, sino es “como” cualquier otra que tenga con el original alguna remota semejanza. “Negros de mejillas—como—ciruelas”, “los muslos de él—como—caoba sudando fuerza” y ni los pobres verbos se han salvado de esta vaguedad lingüística: se siente—como—deseos... , se hace—como—impulso... , se “oye—como”... , y se come “como” Es sencillamente abrumador.

Repito que América demanda una higienización poética. Hay necesidad inmediata de volver en este terreno a los lugares comunes, que hoy por hoy, y en tales circunstancias, resultan salvadores. Hay deseo, sed, de que el cielo vuelva a ser cielo, y a tener nubes, estrellas y constelaciones que se llamen por sus respectivos nombres. La adquisición fundamental de la poesía moderna está hecha: la traslación de la música —antes aplicada al metro— y hoy al

ritmo. El público ha aceptado, en parte con gusto y en parte con resignación, la rotura del molde viejo, la llamada distinta a los sentidos que provoca la poesía moderna. Ha cumplido su labor renovadora y un reajuste, una cerceñación rápida de tanto aborto poético, se plantea. *La alarmante prolijidad de la musa americana, es ya un fenómeno de conejera*. Vuelve a hacerse sentir la conocida frase: “Mucho poeta y poca poesía”.

Parece ser que el construir versos es una enfermedad infantil de la misma virulencia que el sarampión o la escarlatina; es más, tiene una época precisa de aparición que fluctúa o dura de los quince a los veinte años de edad. Dentro de ese lapso, la aparición es inminente, casi no hay quien escape, y todas las clases sociales, con iguales síntomas, sufren idéntico descalabro mental. Encuentro muy razonable que, comprendido como una plaga necesaria e inevitable el fenómeno, se estudie y considere, pero lo lamentable, lo seriamente grave, es que parece existir en América un tabú que impide un juzgamiento preciso del verdadero valor de un poeta. Sólo se requiere en nuestro Continente usar esos términos astrales, romper violentamente con el metro, la rima y el movimiento, estar al tanto de los últimos descubrimientos formalistas como el “como”, para ser consagrado poeta. Y así se queda. *La crítica, tan severa —por suerte— con el prosista, sonríe indulgente ante el poeta, y entra éste sin más requisitos que sus absurdos, a integrar, con positivos honores, la clase intelectual de vanguardia*. No he oído decir hasta la fecha de ningún poeta que en América, haciendo versos bajo la bandera del modernismo terminológico y formal, sea considerado como malo. Es tan amplia, tan terriblemente amplia la puerta de la crítica para él, que todos pasan por ella, y ella acoge a todos como una gallina o una ramera.

Volviendo una vez más sobre el distingo que hice al principio de que el valor de la realización artística está en razón directa a la distancia que media entre el eje vital del individuo y el margen que puede cubrir con su responsabilidad mental, pregunto, dándole al requerimiento toda la severidad que debe revestir: ¿cuántos de nuestros poetas tienen autoridad mental suficiente para ser aceptados como tales, y cuáles son los conceptos que en América califican a un versificador como bueno?

Se hace necesario *el reajuste de valores que vuelva a los lugares comunes, y asimile también lo adquirido, hasta producir por conocimiento, por digestión consciente y por necesidad histórica, al individuo que, convirtiendo con su nueva parábola en lugares comunes las conquistas anteriores, señale en verdad una época nueva para la poesía americana*.

(Tomados del libro “A lo Largo del Corto Camino”).

(Subrayados de la Directora de la revista “Cultura”).

Comparación de las Legislaciones Sumérica, Hitita y Hebrea

Por Julio Fausto FERNANDEZ



JULIO FAUSTO FERNANDEZ

Las civilizaciones surgidas en las costas del Asia Menor y en Europa, cuyo máximo representante es actualmente la Civilización Cristiana Occidental, pasaron en el pretérito por dos grandes momentos en que la inteligencia humana brilló con particularísimos destellos. Tales fueron el paso del siglo VIII al VII antes de Cristo y el paso del siglo XV al XVI de la era cristiana. En el primero de esos grandes momentos, los pensadores de Jonia se enfrentaron a la naturaleza en actitud racionalista, sin prejuicios mitológicos y con límpida mirada inquisidora. La posición asumida por aquellos hombres transformó la cultura de su época y preparó el camino para el advenimiento posterior de las ciencias matemáticas y experimentales. Al comenzar el siglo XVI, el telescopio de Galileo y los descubrimientos geográficos de los navegantes ibéricos cambiaron sustancialmente la visión que del cosmos tenía hasta entonces el hombre occidental. En una y otra ocasión las nuevas concepciones cien-

tíficas terminaron por transformar no sólo las nociones meramente culturales sino también la actitud mental, la sicología entera del hombre, y hasta las estructuras jurídicas de la sociedad.

Hoy estamos asistiendo a una transformación de las ciencias semejante, aunque de mayores proporciones, a la operada en los dos grandes momentos históricos que he señalado. Los cambios en la concepción general del universo operados por la teoría de la Relatividad, por las nuevas nociones matemáticas de la mecánica ondulatoria, por los nuevos conceptos de la física cuántica y atómica y por los prodigiosos logros técnicos a que todo ello ha dado lugar, están cambiando radicalmente las relaciones del hombre con la naturaleza inanimada. Las ciencias biológicas con sus fantásticas investigaciones y los modernos adelantos en la sicología profunda, amenazan alterar fundamentalmente la propia naturaleza humana.

La transformación general de las ciencias de nuestros días ha alcanzado, como es natural, también a las ciencias históricas. En lo que va del siglo ha sido descifrada la escritura de muchos pueblos primitivos; civilizaciones enteras, antes desconocidas, como la sumérica y la hitita, han sido sacadas a la luz de la historia por el paciente tesón de arqueólogos, historiadores y lingüistas. La concepción general de la historia está cambiando rápidamente, debido a esos descubrimientos. En vez del esquema histórico tradicional que veía el hombre evolucionando desde las culturas primitivas, a través de una edad antigua, una edad media y una edad moderna hasta una sola civilización contemporánea, tenemos hoy ante los ojos el despliegue, en forma de abanico, de múltiples civilizaciones, sujeta, cada una, a su propia evolución interna, conforme a la cual se ha desenvuelto, y que ha conducido a la muerte a la mayor parte de ellas. El cuadro histórico se complica, además, con los múltiples contactos que tanto en el espacio como en el tiempo han tenido entre sí las varias civilizaciones. La historia es cada vez más una historia

de las civilizaciones, que una historia de estados y de guerras intestinas.

Aunque con algún retraso, los nuevos conceptos históricos comienzan a invadir el restringido campo de la historia del Derecho. Creo que en el estado actual de las investigaciones históricas es posible trazar un esquema de la evolución del Derecho que arranque de las legislaciones suméricas e iránicas primitivas, siga con el famoso Código de Hammurabí, continúe con el derecho de los hititas, pase a la Ley de las Doce Tablas que sufrió la influencia de aquél, se prolongue en el Derecho Romano clásico, llegue al código de Justiniano, se entronque con el derecho de los bárbaros germanos, reciba en la edad media europea la influencia del Derecho Canónico, adquiera ciertos elementos del derecho islámico a través de las "capitulaciones" orientales y de los conflictos de Derecho Internacional Privado a que ellas dan lugar y culmine, finalmente, en el Código de Napoleón y en el Código Alemán posterior.

Es claro que para completar el cuadro de la evolución del Derecho habrá que hacer, a partir de esta línea central, desviaciones a uno y otro lado de la misma. Así, por ejemplo, del Código de Hammurabí se derivan, además de la legislación hitita ya mencionada, una rica variedad de derechos iránicos y otra siríaca no menos fecunda. La primera de ellas influye en las legislaciones helénicas y vierte parte de su caudal en la Ley de las XII Tablas. La segunda variedad, la siríaca, va de la legislación de Hammurabí al Código del Pacto, Código de la Alianza o legislación mosaica de los hebreos, la cual influye sobre la legislación siríaca prearábica que recibe también la influencia del derecho helénico prerrománico y, a su vez, vierte su rico contenido en la legislación de Justiniano. La Tora o ley mosaica se transforma o complementa con el Talmud e influye en el derecho islámico, éste entra en choque con la ley de las hordas mongólicas y, a través de esta pugna, contribuye en cierta medida a la formación del derecho chino presoviético

y del derecho hindú prebritánico. El derecho siríaco y el arábigo influyen en la legislación moscovita anterior a Pedro el Grande, la cual posteriormente recibe la influencia del derecho occidental y culmina con la legislación soviética. El Talmud prolonga su influencia hasta nuestros días no sólo en la vida interna de las comunidades judías de la diáspora, sino también en la legislación del estado de Israel. El derecho islámico, sobra decirlo, está aún vigente para un gran sector de la humanidad. El derecho japonés sigue una particularísima evolución interna, pero en los últimos tiempos recibe la fuerte influencia del derecho occidental, especialmente a través del Código Alemán. El derecho sui generis de los sajones da origen al derecho consuetudinario inglés y éste echa raíces en el Canadá y en los Estados Unidos de Norte América, al mismo tiempo que influye en el desenvolvimiento del derecho hindú y en la vida jurídica de Australia y de Africa del Sur.

En cuanto a la evolución del Derecho en América Española, habría que destacar la influencia de la Ley visigótica conocida con el nombre de Fuero Juzgo, la de las famosas Siete Partidas de Alfonso el Sabio y la de las Leyes de Indias en las cuales influyeron los derechos precolombinos azteca e incaico.

En esta visión panorámica del Derecho universal están incluidas las civilizaciones Sumérica, Babilónica, Hitita, Iránica, Siríaca, Helénica, Islámica, Cristiana Occidental, Cristiana Ortodoxa, Nomádica euroasiática (abortada), Hindú, Mesoamericana y Andina. Reconozco de buen grado que los datos que poseo son muy incompletos y que carezco en absoluto de ellos respecto a algunas civilizaciones importantes, tales como la Egipciaca y la Minoica. Con todo, creo que la visión del Derecho universal que he esbozado es más comprensiva que la actualmente en boga.

Como puede verse, esta visión del desarrollo del Derecho se parece menos al curso majestuoso de un ancho río que a un delta complicado en el cual, si bien con algún esfuerzo, puede descubrirse una

corriente principal, el caudal corre por un laberinto de canales que unas veces se juntan y otras se separan y en el que, además, vienen a desembocar algunos arroyos independientes.

* * *

La enorme extensión que ha adquirido cada una de las ciencias particulares, y aun una de sus distintas ramas, ha obligado a los científicos a caer en una especialización día a día mayor. El especialista, según una frase que ya es un lugar común, sabe cada vez más de cada vez menos. Esta especialización que va en aumento, no deja de implicar un peligro para la ciencia misma, por cuanto los detalles de la especialización impiden ver el panorama general de la cultura. En el estudio del Derecho se hacen sentir ya los agotadores efectos de la especialización, es por ello que sería conveniente contrarrestar tales efectos proporcionando a los juristas ocasión de ampliar su cultura general.

Dentro de este orden de consideraciones, estimo que es muy de desear que las nuevas tendencias de la historia del Derecho fueren tenidas en cuenta en los planes de estudio de nuestra Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. En la actualidad, si no estoy equivocado, el estudio de la historia del Derecho se reduce, en los planes de estudio de nuestra Facultad, al Derecho Romano y a la historia de las instituciones jurídicas nacionales. Creo que si queremos que el Abogado siga siendo, como hasta hoy, un hombre de amplia visión y de cultura general, debemos procurar que la Facultad organice, cuando menos, cursos monográficos para estudiantes y para postgraduados, entre otras materias, sobre la historia general del derecho.

Yo no pretendo hacer aquí ni tan siquiera una introducción al estudio de la historia universal del derecho, únicamente me propongo hacer ver lo útil e interesante que resultaría un estudio histórico comparado entre el derecho de pueblos que corresponden a civilizaciones diferen-

tes. A título de ejemplo, y limitándome a muy pocos aspectos, trataré de relacionar tres legislaciones asiáticas antiguas, pertenecientes a tres civilizaciones distintas: a saber: el Célebre Código de Hammurabí, perteneciente a la civilización sumérica; la legislación hitita surgida en el seno de la civilización de ese mismo nombre y la legislación hebrea antigua, o mosaica, que es una manifestación de la civilización siríaca. El Código de Hammurabí data del tercer milenio antes de Cristo, siglo XXI; las otras dos son ambas del segundo milenio: la legislación hitita es anterior al siglo XIII precristiano y la legislación mosaica, según la fecha más temprana que le asignan los eruditos, es de ese mismo siglo.

* * *

La civilización Sumérica es una de las más antiguas; se desarrolló en los valles del Tigris y del Eufrates, a partir de unos tres mil quinientos años antes de Cristo y llegó a su culminación bajo el reinado de Hammurabí, que va del año 2123 al 2081 anteriores a nuestra era. Este rey y uno de sus sucesores, Amizaduga, que reinó de 1977 a 1957, consiguieron hacer entrar a Siria en los límites de su vasto imperio. Hacia el año mil quinientos antes de Cristo, la civilización sumérica se transformó en la civilización babilónica.

Durante mucho tiempo los hititas sólo fueron conocidos por las alusiones que de ellos hace la Biblia, la cual les llama "hijos de Het", y también "hatti" o "hitim", según la vocalización masorética, y "heteos" según la traducción de los setenta. Los hititas se denominaban a sí mismos, "habitantes del país de Hatti". Los hititas propiamente dichos, son de origen indoeuropeo; se establecieron en Asia Menor en la primera mitad del siglo XIX antes de Cristo y fundaron un imperio que duró hasta el siglo XII precristiano. A su llegada al país de Hatti, los indoeuropeos encontraron fuertes colonias de mercaderes semitas, sometidos a la soberanía asiria. "Un eclipse del poder

asirio permitió a los indoeuropeos fundar su dominación sobre la ruina de estas colonias y establecer un gran reino que tendría dos periodos brillantes, el Antiguo Imperio, del siglo XIX al XVII y el Nuevo Imperio, del siglo XV a finales del XIII, separados por un período oscuro, que corresponde a la dominación de los hicsos en Egipto y en Canaán"¹.

Hacia el siglo XII antes de Cristo, ocurrió un hecho histórico de particular importancia: los pueblos del Mediterráneo Oriental sufrieron una formidable conmoción, originada por la que se conoce como "invasión de los pueblos del mar", o sea, la gran invasión de Asia Menor y Occidental por pueblos indoeuropeos, de la cual la guerra de Troya es uno de sus episodios. Como consecuencia de este suceso, el imperio de los faraones egipcios se debilitó y el de los hititas acabó por sucumbir, al propio tiempo los hebreos aprovecharon la ocasión para establecerse en Palestina, transformándose de pastores seminómadas del desierto en pueblo sedentario y agrícola, en el ámbito de la civilización siríaca.

Durante el segundo milenio antes de Cristo se produjeron en el mundo mediterráneo oriental activos contactos, en el tiempo y en el espacio, entre las civilizaciones sumérica, egipciaca, babilónica, hitita, minoica y helénica, lo cual dio por resultado un cierto patrimonio cultural común y un derecho consuetudinario en su mayor parte, aproximadamente igual para pueblos de diferentes civilizaciones. Así se explica que las leyes sumerias antiguas, el Código de Hammurabí, la colección de leyes asirias, las leyes hititas y la legislación mosaica tengan un común aire de familia. De esas diversas legislaciones la más influyente fue, sin disputa, la de Hammurabí.

* * *

El Código de Hammurabí, pese a su celebridad y a la indiscutible influencia que ejerció sobre el derecho asiático posterior, no es la primera de las leyes suméricas actualmente conocidas. La más antigua es la que promulgó en el estado

de Lagash, hacia principios del siglo XXV antes de Cristo, el rey Uru-Kagina. Le sigue la que promulgó para el "Imperio de las Cuatro Comarcas", el emperador Ur-Engur. Las leyes de dos estados del mundo sumérico, Isin y Eshnuna, son muy poco anteriores del Código de Hammurabí.

El Código de Hammurabí está grabado en un aerolito en forma de estela, de ocho pies de alto, actualmente en el Museo del Louvre, fue encontrado en 1901 por la misión arqueológica Morgan y traducido en 1902 por el P. Scheil. El texto ha sido dividido en 182 párrafos o artículos. La redacción parece indicar que el código ha recopilado reglas de derecho consuetudinario y sentencias dictadas sobre materias muy diversas, tales como los maleficios, las maniobras contra los testigos, los malos jueces, el robo, las obligaciones de ciertos funcionarios, la protección a la agricultura, el préstamo con interés, la policía de las tabernas, de los depósitos, de la protección a la familia, de los delitos de lesiones, de las profesiones de médico, arquitecto y batelero, del homicidio y de las diversas clases de bienes.

La estela que contiene el código estaba colocada en el patio del templo de Marduk, en Babilonia, para que cualquier persona pudiese enterarse de cuáles eran sus derechos y obligaciones. En el prólogo, Hammurabí declara que ha hecho grabar la ley "para hacer prevalecer la justicia en el país, para destruir al malvado y al perverso, para impedir que el fuerte oprima al débil, (y) para dar seguridad a los huérfanos y a las viudas".

"Al prever las penas a aplicar, el Código lo hace con una severidad que contrasta con la relativa suavidad de la ley sumérica (anterior). Es relativamente abundante el número de casos para los que la sanción aplicable es la muerte; ello no quiere decir que la pena, como (ocurre) en nuestra época, sea realmente ejecutada en todos los casos en que corresponde, aunque el Código dé muestras de una acentuada severidad. Constituye

la regla la aplicación de la ley del talión, cuando la víctima es un hombre libre y se establece la mutilación de la lengua para el hijo de una prostituta que reniega de sus padres adoptivos; de la mano, para quien golpea a su padre o para el cirujano que obra con torpeza, y de los senos para la nodriza que ha dejado morir a un niño, por querer amamantar a otro, sin el consentimiento de los padres del primero"².

Era práctica de los hititas, al igual de lo que se hace hoy con las encíclicas papales, designar los documentos oficiales con las primeras palabras de los mismos. Siguiendo esta costumbre, una de las dos colecciones de leyes hititas que han llegado hasta nosotros se llamaba: "Si un hombre"; la otra era designada con la expresión: "Si las viñas". La primera colección ha sido dividida por los eruditos modernos en 100 artículos, del uno al cien; la segunda ha sido numerada del artículo 101 al 200, pero no todos los orientalistas aceptan este sistema.

En lo que hace al régimen penal, la legislación hitita era menos severa que el Código de Hammurabí, aun cuando sigue siendo dura, como puede verse por los siguientes datos:

"La pena de muerte se prevé nominalmente en ocho casos: 1º, rebelión contra el rey o al alto dignatario; 2º, sublevación de un esclavo contra su dueño; 3º, robo de la lanza de bronce (símbolo de poder, colocada en la puerta del Palacio); 4º, adulterio de la mujer; 5º, violación de una mujer donde no la puedan oír; 6º, crimen de una mujer que se entrega a un hombre en su casa sin llamar en su socorro; 7º, bestialidad, y 8º, sortilegio cometido por un esclavo.

"En otros casos de faltas sexuales (Arts. 187 a 191 y 195 a 198), no se indica el castigo pero no puede ser otro que la muerte.

"Los trabajos forzados se imponían en ciertos casos de robo.

"La mutilación de la nariz y de las orejas se reservaba a los esclavos y sólo en dos casos: robo e incendio"³.

La legislación hebrea antigua está contenida, en su mayor parte, en los cinco primeros libros de la Biblia, conocidos en conjunto bajo el nombre de Pentateuco; a saber: Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio. La tradición judeocristiana atribuye a Moisés esta legislación y aun cuando se ha objetado tal paternidad, no se han dado argumentos decisivos en contra. Lo que parece ser cierto es que Moisés ordenó un derecho ya establecido por la costumbre y hasta pudo valerse de algunas fuentes escritas anteriores a sus leyes.

* * *

El fundamento de la legislación hebrea es el decálogo. Los exégetas distinguen un primero y un segundo decálogo. Del primero hay dos versiones ligeramente diferentes: la contenida en el capítulo 20 del Exodo, versículos 2 a 17 y la contenida en Deuteronomio 5, versículos 6 a 21. El segundo decálogo es ya un pequeño código y está contenido en Exodo 34, versículos 14 a 26. El salmo 14 es una tercera versión del decálogo, de gran belleza poética y moral.

El más antiguo de los códigos hebreos, si prescindimos de llamar así al segundo decálogo, es el Libro o Código de la Alianza, contenido en los capítulos 20 a 23 del Exodo. Hay evidentes semejanzas entre el Código de Hammurabí y el Libro de la Alianza. "Se explican muy bien dichas analogías si se tienen en cuenta los factores comunes a ambas civilizaciones, israelita y babilónica, tan próximas en tiempo y lugar y aun en su origen, ya que los patriarcas del pueblo hebreo procedían precisamente del valle del Tigris"⁴. Una autoridad en la materia, el historiador Lods, dice: "Entre ambas legislaciones (el Libro de la Alianza y el Código de Hammurabí) no parece que haya una positiva dependencia literaria, pero existe un innegable parentesco, por ejemplo, en la definición de los delitos y la determinación de las penas. No copiaron los legisladores israelitas ni el plan ni los términos del antiguo código babiló-

nico, como tampoco las colecciones de leyes de los hititas, de los asirios o de los sumerios (anteriores a Hammurabí), pero asimilaron aquellos principios jurídicos que eran comunes a todo el Oriente civilizado para adaptarlos libremente a las necesidades de una sociedad mucho menos evolucionada que la de los imperios vecinos y que, pese a todo, se habían mantenido en un estadio bastante primitivo. De esta manera conservaron la legitimidad de la venganza de la sangre (Ex. 21, 13), que implícitamente estaba excluida del Código de Hammurabí..."⁵

Otra de la colección de leyes hebreas es la contenida en el "Levítico", y comprende: leyes sobre las ofrendas (Lev. capítulos 1 al 7); leyes sobre la pureza legal (Lev. capítulos del 11 al 15); ley del día de las Expiaciones (Lev. 16, 29-34) y el código de santidad (Lev. cap. 17 a 26). Parte importante de esta legislación se ocupa de reglamentar las diferentes clases de sacrificios ofrecidos a la divinidad. También aquí hay cierta similitud con otras legislaciones asiáticas anteriores. "En las tablillas recientemente descubiertas en Ras Shamra (la antigua Ugarit), en Fenicia Septentrional, algunos siglos anteriores a Moisés, se mencionan las mismas especies de sacrificios y hasta con los mismos nombres (debido a la afinidad de ambas lenguas) que en el Pentateuco. Lo que hizo Moisés con sus leyes fue regular y consagrar al culto del verdadero Dios un ceremonial que ya estaba en uso..."⁶

El libro de los "Números" contiene también, en evidente desorden, cierto número de disposiciones legales, tales como la institución de los setenta jueces o ancianos; la reparación del daño causado involuntariamente; la ley de los celos y la del nazareato; leyes de sacrificios; deberes y derechos de los sacerdotes; la ley de las herencias, la de los votos, la de las ciudades de refugio y la de la herencia de las mujeres.

El Deuteronomio o confirmación de la Ley, legisla sobre el santuario único; condena ciertas supersticiones; establece

la ley del diezmo y la del año de remisión; regula el préstamo a los pobres, la servidumbre, el derecho de primogenitura, las tres fiestas anuales y la administración de justicia; reprueba los cultos idolátricos; prescribe la necesidad de dos testigos en las acusaciones; legisla sobre los jueces de apelación, sobre las ciudades de refugio, sobre la prueba testifical, sobre el derecho de guerra, sobre el homicidio cuyo autor es desconocido, sobre las mujeres apresadas en la guerra, sobre los hijos rebeldes, sobre los cadáveres de los ajusticiados, sobre los objetos perdidos, sobre los delitos contra el matrimonio y sobre el trato humanitario al esclavo fugitivo; prohíbe la prostitución sagrada y la usura; hace concesiones humanitarias a los pobres; reglamenta el repudio de la mujer; establece la ley del levirato y señala límite a los castigos corporales.

El código deuteronomico y el levítico, al igual que el Código de Hammurabí, termina con maldiciones terribles contra el pueblo, en caso de desobediencia.

Las leyes deuteronomicas tendían a hacer reinar la justicia y la bondad entre el pueblo, pues éstas eran condiciones esenciales para la salvación, según lo establecerán más adelante los profetas. Buen número de leyes tendían a proteger al pobre, a la mujer, al esclavo y al cliente extranjero. Ejemplos:

“Si hubiere en medio de ti un necesitado de entre tus hermanos, en tus ciudades, en la tierra que Yavé, tu Dios, te dará, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás con qué satisfacer sus necesidades según lo que necesite”. (Deut. 15, 7).

“No exijas de tus hermanos interés alguno ni por dinero, ni por víveres, ni por nada de lo que con usura se presta. Puedes exigirselo al extranjero, pero no a tu hermano...” (Deut. 23, 19 y 20).

“No entregarás a su amo un esclavo huido que se haya refugiado en tu casa...” (Deut. 23, 15).

“Si entras en la viña de tu prójimo po-

drás comer uvas hasta saciar tu apetito, pero no guardarlas en recipiente alguno tuyo. Si entras en la mies de tu prójimo, podrás coger una espiga con la mano, pero no meter la hoz en la mies de tu prójimo”. (Deut. 23, 24 y 25).

“No tomarás en prenda las dos piedras de una muela, ni la piedra de encima, porque es tomar la vida en prenda”. (Deut. 24, 6).

“Si prestas algo a tu prójimo no entrarás en su casa para tomar prenda; espera fuera de ella a que el deudor te saque fuera la prenda. Si éste es pobre, no te acostarás sobre la prenda; se la devolverás al ponerse el sol, para que él se acueste sobre su vestido y te bendiga...” (Deut. 24, 10-13).

“No oprimas al jornalero pobre e indigente, sea uno de tus hermanos o uno de los extranjeros que moran en tu tierra, en tus ciudades. Dale cada día su salario, sin dejar pasar sobre esta deuda la puesta del sol porque es pobre y lo necesita...” (Deut. 24, 14-15).

“Cuando en tu campo siegues tu mies, si olvidas alguna gavilla, no vuelvas a buscarla; déjala para el extranjero, el huérfano y la viuda...” (Deut. 24, 19). De igual modo se prohibía coger hasta el último fruto del olivo o hasta el último racimo de uvas.

En este mismo orden de ideas se encuentra la obligación de descansar el séptimo día de la semana: “. . .pero el séptimo es sábado de Yavé, tu Dios. No harás en él trabajo alguno ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguna de tus bestias, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que tu siervo y tu sierva descansen como descansas tú”. (Deut. 5, 13-14).

De lo anterior se desprende que el derecho hebreo entraña la aspiración a una justicia menos bárbara que la de los otros pueblos contemporáneos suyos y a una protección más eficaz de los débiles.

Otro aspecto que conviene destacar es el contenido en la siguiente disposición: “No morirán los padres por la culpa de

los hijos, ni los hijos por la culpa de los padres; cada uno sea condenado a muerte por sus pecados". (Deut. 24, 16). Este precepto que hoy nos parece tan natural y lógico significó, con todo, un enorme progreso si se tiene en cuenta que en la antigua organización tribal, fundada en la consanguinidad, la ley de la solidaridad dentro del clan o de la familia, tenía una importancia decisiva para la vida de la sociedad. El individuo era considerado más como miembro de un grupo social que en sí mismo, por ello los delitos de uno redundaban en perjuicio de los otros, y viceversa, las buenas acciones del individuo eran imputadas a la comunidad. Sobre todo, los hijos se consideraban como una especie de propiedad del padre, de forma que uno tenía que cargar con la responsabilidad del otro. La solidaridad de la responsabilidad penal de la hija respecto al padre, está consignada en el artículo 209 del Código de Hammurabí, en el siguiente caso: "si el aborto provocado entraña la muerte de la mujer, se mata a la hija del agresor". También el artículo 137 de la legislación hitita establece la solidaridad penal de la familia en caso de rebelión contra el rey: "la casa del culpable —dice la ley— se convertirá en un montón de muertos".

Relacionado con el principio de la individualización de la responsabilidad penal está el hecho, más grave que el anterior, de la responsabilidad que recae colectivamente, en forma indiscriminada, sobre varias personas. El Deuteronomio prescribe textualmente: Si de una de las ciudades que Yavé, tu Dios, te ha dado por morada oyeses decir: "Gentes malvadas, salidas de en medio de ti, andan seduciendo a los habitantes de la ciudad, diciendo: Vamos a servir a otros dioses, dioses que no has conocido", inquirirás, examinarás y preguntarás cuidadosamente; si el rumor es verdadero y cierto el hecho, si se ha cometido en medio de ti tal abominación, entonces, dando al anatema esa ciudad con todo cuanto hay en ella y sus ganados, no dejes de pasarla a filo de espada; y, reuniendo todo su botín

en medio de la plaza, quemarás completamente la ciudad con su botín para Yavé, tu Dios; sea para siempre un montón de ruinas y no vuelva a ser edificada. (Deut. 13, 12-17). El mismo Deuteronomio hace recaer la responsabilidad de un crimen cuyo autor no es descubierto, sobre el conjunto de la ciudad más próxima al lugar del atentado (Deut. 21, 1-9). Hay que hacer observar, no obstante, que el Libro de la Alianza, a que antes me he referido, no establece ninguna penalidad colectiva o sustitutiva. Los artículos 6 y 204 del código hitita ordenan que cuando el crimen anónimo haya sido cometido en un lugar que carece de propietario, alguna de las ciudades situada a menos de tres millas, designada por un oráculo, deberá dar una compensación al heredero del muerto. La misma legislación hitita establece la responsabilidad colectiva de los servidores de los templos, en el caso de algunas faltas contra los dioses.

El Deuteronomio establece lo siguiente: "En la palabra de dos o tres testigos se apoyará la sentencia. Si surgiere contra uno un testigo malo, acusándolo de delito, los dos interesados en la causa se presentarán ante Yavé, ante los sacerdotes y los jueces en funciones en ese tiempo, quienes si, después de una escrupulosa investigación, averiguan que el testigo, mintiendo, había dado falso testimonio contra su hermano, le castigarán haciéndole a él lo que él pretendía se hiciera con su hermano..." (Deut. 19, 15-19). Este es un caso particular de aplicación de la ley del talión. Los artículos 3 y 4 del Código de Hammurabí tratan de los falsos acusadores y falsos testigos e imponen contra ellos la ley del talión, igual que el Deuteronomio.

En forma más general que en lugar antes citado, aparece la ley del talión en el capítulo 21 del Exodo, versículos 23 y siguientes, lo mismo que en el capítulo 24 del Levítico, versículos 20 y siguientes. La ley del talión, basada en la reciprocidad material (a *talís* corresponde *talís*, de allí, *talión*), aparece en el Código de Hammurabí y en otras legislaciones anti-

guas y en la ley romana de las Doce Tablas. La legislación sumérica la lleva, incluso, a extremos tales como el previsto en el artículo 230 del Código de Hammurabí: "si una casa se cae y muere la hija del propietario, debe morir la hija del arquitecto constructor". La ley del talión es indudablemente bárbara e injusta, pero para apreciar las necesidades sociales que la hicieron surgir, es necesario tomar en cuenta que significa un esfuerzo del legislador por regular una costumbre más bárbara y primitiva aún, cual es la ley de la venganza privada. Hay que reconocer que, en este sentido, el Código de Hammurabí fue más lejos, pues no admite la venganza, en tanto que el legislador hebreo reconoce al "vengador de la sangre" como instrumento de la justicia penal.

* * *

La influencia de las legislaciones sumérica e hitita sobre la hebrea, aparece más clara en el Libro de la Alianza que en el código deuteronomico.

Por ejemplo, en Exodo 21, 2 se lee: "Si compras un siervo hebreo, te servirá por seis años; al séptimo saldrá libre sin pagar nada". El artículo 117 del Código de Hammurabí dice textualmente: "Si un hombre endeudado vendiere a su mujer, a su hijo o a su hija, o éstos fueren entregados en calidad de siervos, durante tres años deberán trabajar en la casa de su comprador o amo interino; en el cuarto año saldrán libres".

En la legislación hebrea, lo mismo que en la sumérica y en la hitita, la pena varía según la calidad de la víctima: si ésta es un hombre libre, la pena es mayor que si se tratase de un esclavo. Conforme al artículo 199 del Código de Hammurabí, si uno saca el ojo o quiebra un miembro al esclavo de un hombre libre, indemnizará a éste con la mitad del precio del esclavo. En cambio, si el lesionado es un hombre libre, el delincuente pagará la multa de una mina de plata. Conforme a los artículos 203, 204 y 205, al médico que en una operación torpe mata al pa-

ciente, si éste era esclavo al culpable se le cortará una oreja, si la víctima era hombre libre el cirujano perderá las dos manos.

Por otra parte, la ley sumérica nada dice de las lesiones que el amo causa al esclavo, con lo cual parece autorizarlas, pero no parece que admita el poder del amo de matar al esclavo, ya que, en caso de rebelión de éste, el artículo 282 del código sólo autoriza al dueño para cortar la oreja del rebelde. En esta cuestión la ley hebrea se muestra más humanitaria al prescribir lo siguiente: "Si uno diere a su siervo o a su sierva un golpe en un ojo y se lo hiciere perder, habrá de ponerlo en libertad en compensación del ojo. Y si le hiciera caer al siervo o a la sierva un diente le dará libertad en compensación de su diente". (Ex. 21, 26-27). En la legislación hitita, artículos 8 y 16, por un daño semejante causado a un esclavo se prescribe una multa equivalente a la mitad de la que correspondería si el perjudicado fuese un hombre libre.

En éxodo 21, 18 y 19, se lee: "Si riñen dos hombres y uno hiere al otro con piedra o con el puño, sin causarle la muerte, pero de modo que éste tuviere que hacer cama, si el herido se levanta y puede salir fuera apoyado en un bastón, el que le hirió será quitado, pagándole lo no trabajado y lo gastado en la cura". A este propósito, el artículo 206 del Código de Hammurabí dispone lo siguiente: "Si un hombre golpear a otro y le hiere en una riña, jurará: no lo golpeé de propósito y pagará el médico". El artículo 10 de la legislación hitita es, en esto, más equitativo: "Si alguno hiere a un hombre, le hace guardar cama y le impide trabajar, debe dar otro hombre para que trabaje en la casa del herido hasta que sea curado. Cuando haya curado, debe darle diez siclos de plata y pagarle el salario del médico".

El Exodo prescribe: "El que robe un hombre, háyalo vendido o téngalo en su poder, será muerto". (Ex. 21, 16). El Código de Hammurabí establece la misma pena únicamente cuando el raptado es

menor de edad (artículo 14). En la ley hitita, artículos 19 al 21, si el ladrón era extranjero y el raptado hitita, el raptor debía entregar a toda su familia como esclava; si el raptor era hitita y el raptado extranjero, debía el culpable entregar 12 personas en esclavitud; el rapto de un esclavo era castigado con una multa.

El Exodo prescribe: “Si un buey acornea a un hombre o a una mujer y se sigue la muerte, el buey será lapidado, no se comerá su carne, y el dueño será quitado. Pero si ya de antes el buey acorneaba, y, requerido el dueño, no lo tuvo encerrado, el buey será lapidado si mata a un hombre o a una mujer, pero el dueño será también reo de muerte. Si en vez de la muerte le pidieren al dueño un precio como rescate de la vida, pagará lo que se le imponga”. (Ex. 21, 28-30). El artículo 252 del Código de Hammurabi es menos severo que la ley hebrea: “Si el buey de un hombre —dice— hiere con los cuernos, y si la Puerta (el consejo de ancianos) le ha hecho saber que su buey acorneaba, si no le recubrió los cuernos, ni los recortó, ni ha atado su buey, y si hiere a un hijo de hombre libre y le mata le dará media mina de plata”.

“Si el ladrón —dice el Exodo— fuere sorprendido forzando de noche y fuese herido y muriese, no será el que le hiere reo de sangre; pero, si hubiese ya salido el sol, responderá de la sangre. El ladrón restituirá, y si no tiene con que, será vendido por lo que robó; y si lo que robó, buey, asno u oveja, se encuentra todavía vivo en sus manos, restituirá el doble”. (Ex. 22, 1-3). En la legislación hitita (artículos del 57 al 68) por el robo de grandes reses, se exige la devolución de quince veces (tres veces cinco) el valor de lo robado. El Código de Hammurabi, que es muy severo respecto a los delitos contra la propiedad, en su artículo 6, condena al ladrón que roba un carnero, un buey o un asno a devolver treinta veces el valor de la res, si ésta pertenecía a un templo o al palacio y, en otros casos a devolver el décuplo de lo robado; si

el ladrón no tiene con que pagar, debe ser muerto.

El código o libro de la Alianza prescribe: “Si uno daña un campo o una viña, dejando pastar su ganado en el campo o en la viña de otro, restituirá por lo mejor del campo o lo mejor de la viña. Si propagándose un fuego por los espinos quema mieses recogidas o en pie, o un campo, el que encendió el fuego pagará el daño”. (Ex. 22, 4-5). En el artículo 6 del Código de Hammurabi se castiga el pastoreo en campo ajeno con el pago de una indemnización en medidas de trigo. La legislación hitita distingue los casos en que el campo ajeno sea cultivado o inculto; en el primer caso la indemnización es de diez siclos de plata y de tres en el segundo (artículo 107). Respecto al que ha incendiado un campo de otro, el código hitita prescribe que el causante del incendio debe tomar el campo quemado y darle al propietario perjudicado un campo de buena calidad.

En el Exodo se lee: “Si uno entrega en depósito a su prójimo asno, buey, oveja o cualquier otra bestia, y lo depositado muere o se estropea, o es cogido por los enemigos sin que nadie lo haya visto, se interpondrá por ambas partes el juramento de Yavé de no haber puesto el depositario mano sobre el bien de su prójimo. El dueño aceptará el juramento, y el depositario no será obligado a restituir; pero, si la bestia le fue robada, restituirá al dueño. Si la bestia fuere despedazada, preséntese lo destrozado, y no tendrá que restituir”. (Ex. 22, 9-12). El artículo 125 del Código de Hammurabi, dice: “Si un hombre ha dejado en depósito su bien, si éste es perdido, el depositario, si no tuvo cuidado, restituirá lo equivalente al propietario”. El artículo 263 del mismo código precisa: “Si alguno ha dejado escapar un buey o un asno que se le había confiado, dará a su propietario buey por buey, asno por asno”. Se prevé, además, el caso de fuerza mayor, puesto que si “en el parque, un golpe de un dios (tormenta o muerte súbita) tuviere lugar o un león matare (la res),

el pastor se purificará ante el dios, y el daño será aceptado por el propietario". (Artículo 266).

La legislación hebrea establece: "Si uno pide a otro prestada una bestia, y ésta se estropea o muere no estando presente el dueño, el prestatario será obligado a restituir; pero, si estaba presente el dueño, no tendrá que restituir el prestatario. Si el préstamo fue por precio, reciba el dueño lo estipulado". (Ex. 22, 13-14). El Código de Hammurabí, que en esto es seguido por la legislación hitita, establece los siguientes preceptos: Si un hombre ha alquilado un buey o asno y (si) en el campo le mata un león, la pérdida es para el dueño" (artículo 244); "si un hombre ha alquilado un buey y si por negligencia o por malos tratos le mata, dará buey por buey al dueño" (artículo 245); "si un hombre ha alquilado un buey y si se rompe su pie o el nervio de su nuca, dará al dueño buey por buey" (artículo 246); "por un ojo vacío dará la mitad del precio del buey" (artículo 247); por un cuerno roto dará la cuarta parte del precio y por el rabo cortado, la quinta (artículo 248). Si el animal muere por accidente (herido por un dios), el juramento eximirá de responsabilidad al que alquiló el animal (artículo 249).

* * *

Largo y cansado sería continuar señalando las posibles relaciones, influencias

e interferencias de las legislaciones sumérica e hitita en la mosaica. Los ejemplos citados anteriormente bastan, sin embargo, para sacar algunas conclusiones:

Primera, las leyes hebreas son más causticas y, a veces, más crueles que el Código de Hammurabí y que la legislación hitita, pero a pesar de ello, tienen una mayor preocupación moral que éstas.

Segunda, las leyes hititas son más lacónicas, más originales y, a menudo, más equitativas que las suméricas y hebreas.

Tercera, el Código de Hammurabí, admirable por muchos conceptos, seguía ejerciendo su influencia, más allá de su hogar nativo, ocho siglos después de haber sido promulgado.

Permitáseme, para terminar, hacer en otro orden de ideas una afirmación que, si bien no se deduce rigurosamente de lo que dejo dicho, se entrevé, sin embargo, a través de mi desordenada exposición; y es la siguiente:

El estudio del derecho de las edades pretéritas no es sólo una entretención erudita ni tiene sólo un valor cultural de índole genérica en el acervo intelectual del abogado, sino que es también un poderoso medio para apreciar y entender mejor las instituciones jurídicas actuales. De allí el voto que antes he formulado para que, de alguna manera, se incluyan estos estudios entre los que se hacen o se amplían en nuestra Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

NOTAS

- (1) Delaporte. "Los Hititas", pág. 28.
- (2) Capart y Contenan. "Historia del Antiguo Oriente", págs. 262-3.
- (3) Delaporte, ob. cit., págs. 172-3.
- (4) "La Sagrada Biblia". Introducción a "Exodo". Edición de Montaner y Simón, S. A., pág. 71.
- (5) Lods. "Israel, desde los orígenes hasta mediados del siglo VIII (a. de C.)", pág. 326.
- (6) "La Sagrada Biblia". Introducción a "Levítico". Ed. cit., pág. 115.

ELIOT POETA

Por Roberto ARMIJO

(Continuación).

Si “Ash Wednesday”, poema clave del pensamiento creyente de Eliot, profundiza la idea religiosa del poeta, dándole vuelo al cauce de su ánimo ansioso, sediento de Dios, “Los Coros de la Roca”, vendrán de nuevo a señalar, que el poeta no abandona nunca el detalle realista, el deseo ahincado en su visión poética, de escoger las cuestiones del día, del momento, para alzar sobre ellas la imponente torre edificada hacia Dios. Es decir, el escritor sienta pie en la realidad, y de un vistazo refleja con repugnancia la sórdida civilización contemporánea. La ciudad abarrotada de grandes negocios, de grandes firmas industriales, donde se adora el becerro de oro, cuerpo sin sangre ni corazón. Leit motiv de The Rock. Si en “Ash Wednesday”, el poeta se eleva a la plegaria extraterrena, en “Los Coros de la Roca”, trata de hacer del material realista, objetivo, la muestra contundente de la irreligiosidad, de la paganización que experimenta el mundo moderno. Y sobre esta estructura pragmática, evidencia su desprecio de la civilización contemporánea:

*Es difícil para quienes nunca conocieron persecuciones,
Y para quienes nunca conocieron un Cristiano,
Creer en esos cuentos de la persecución Cristiana.
Es difícil para quienes viven cerca de un Banco*

*Dudar de la seguridad de su dinero.
Es difícil para quienes viven cerca de una Comisaría
Creer en el triunfo de la violencia.
Crees tú que la Fe ha conquistado el mundo.
Y que los leones ya no necesitan guardianes?
Necesitas que te digan que todo lo que ha sido todavía puede ser?
Necesitas que te digan que aun esos modestos logros
De que puedes alardear en sociedad
Sobrevivirán apenas a la Fe a la cual deben su significado?
¡Hombres! Lustren sus dientes al levantarse y al acostarse,
¡Mujeres! Lustren las uñas de sus manos;
Ustedes que lustran el diente del perro y la uña del gato.
Por qué los hombres deben amar la Iglesia?*

Por qué deben amar sus leyes?

*Ella les habla de Vida y de Muerte, y de cuanto les gustaría olvidar.
Es tierna donde ellos quisieran ser duros, y dura donde les agrada ser blandos.
Ella les habla del Mal y del Pecado, y otras realidades desagradables.
Continuamente ellos tratan de escapar
A la oscuridad de afuera y de adentro
•Soñando con sistemas tan perfectos que nadie necesitará ser bueno.
Pero el hombre que se acechará
Al hombre que aparenta ser
Y el Hijo del Hombre no fue crucificado de una vez por todas.
La sangre de los mártires no fue derramada de una vez por todas,
Las vidas de los Santos no fueron entregadas de una vez por todas,
Sino que el Hijo del Hombre siempre es crucificado
Y habrá Mártires y Santos.
Y si la sangre de los Mártires ha de correr por los peldaños
Debemos primero construir los peldaños;
Y si el Templo ha de ser destruido
Primero debemos edificar el Templo.*

Ya en el *Swednesday Agonistes*, el hombre sensual, materialista, de costumbres repugnantes que asesina y se adentra a los laberintos del vicio, el poeta había ensayado la forma dramatizada del verso. Esta estructura nueva, sugestiva, ensayaría nuevamente en *Los Coros*. Se le encomienda en 1934, escribir un libreto para una representación en el teatro de Sadlers Wells, representación que se hacía para obtener fondos para las iglesias de la capital. El ensayo que realizara Eliot, tiene la estructura conversacional del *Sweesney*, y le daría la piedra de toque de su verso dramático.

Se acerca el momento estelar de la madurez creadora de Eliot. Ensayo formas atractivas, revolucionadoras del lenguaje poético. En su *Coriolano*, efectúa un avance en el uso de la versificación dramática. Experiencias que

redundarían esplendentes en las obras próximas, cuando sobresaliera como dramaturgo revolucionador de la escena moderna.

Se advierte que el autor de “La Tierra Baldía”, está en la cumbre de su genio creador. Su plena madurez como poeta lírico se redondeará con la creación de su más alta obra poética, en verso no dramático, “Los Cuatro Cuartetos”.

Se ha discutido muchísimo sobre el corte alegórico de “Los Coros de la Roca”. La significación simbólica acaece como un argumento técnico que le permite al poeta reflejar con seguridad el cuadro de disonancia espiritual de la época. El desfile de hechos vacíos de trascendencia, de búsqueda ideal, de fe, se representan con símbolos crudos, fotográficos, desprovistos de espiritualidad. El lucro surge como el bíblico becerro de oro, como el animal de ciego instinto fisiológico devorador de los sueños del hombre, o se le caracteriza en el oscuro hipopótamo de las selvas infernales:

*El hipopótamo de ancho lomo
con la panza en el fango yace;
aunque nos parece tan sólido,
es sólo de carne y sangre.*

*La carne es frágil, es endeble,
puede sufrir postración nerviosa;
Pero la iglesia no cabe que falle,
porque está fundada en la roca.*

*El 'pótamo los pasos yerra,
fines materiales midiendo;
Nunca se conmueve la Iglesia
para obtener sus dividendos.*

*Al mango que pende del árbol
el 'pótamo nunca llega;
dan la granada y el durazno
desde ultramar fresco a la iglesia.*

*En el celo la voz del 'pótamo
muesca una ronca, rara inflexión;
cada semana llena de gozo
la iglesia canta su unión con Dios.*

*El 'pótamo perezosamente
duerme de día; de noche caza;
Dios obra misteriosamente,
la iglesia a la vez se nutre y descansa.*

*Yo vi abrir las alas al 'pótamo
subiendo de húmedas sabanas;
un coro de ángeles en torno
alaba a Dios cantando hosannas.*

*Por la sangre del Cordero, limpio,
mientras brazos celestiales lo enlazan,
entre los santos tendrá un sitio
y tocará un arpa dorada.*

*Quedará blanco como la nieve:
todas las vírgenes lo besan;
la iglesia abajo permanece
entre la vieja niebla infecta.*

Eliot, utiliza dos versos de contenido opósito para redondear la idea contradictoria del poema, en este pasaje de Los Coros. Los dos versos primeros de cada cuarteta encierran la significación vacua y materialista de la realidad actual, simbolizándolas en el lerdito y sórdido paisaje del hipopótamo, que adquiere mayor simbología al contraerse la palabra en 'pótamo.

Ha cimentado el poeta la intensa, honda creencia en su ideal religioso. Por esta fecha a instancias de las autoridades eclesiásticas inglesas, escribe para el festival anual de la Catedral Metropolitana de Inglaterra, su "Asesinato en la Catedral", que versa sobre el asesinato de un arzobispo de Canterbury en 1170.

De los pasajes que sacrificara en "Asesinato en la Catedral", saldrá su primer cuarteto, "Burt Norton". Llega el poeta al instante estelar de su genio poético. Quién no percató el aliento místico reflexivo, meditabundo que se alza de los versos de "Burt Norton". El frenesí existencial, agonioso, que despiertan las resonancias de los Cuartetos, se ha abierto en desesperada plegaria por culminar en éxtasis, en el punto inmóvil donde el pasado, el presente y el futuro armonizan. El transido palpitar que resuena en cada verso del primer cuarteto, se aparta considerablemente de la unción sencilla, franciscana de los místicos latinos. Surge la queja racionalista, lúcida. El poeta ansía romper las barreras del tiempo eterno, alzarse a los espacios de lo intemporal, pero reacciona con trágica tristeza al sentirse solo, desamparado, rodeado de objetos ajenos a su dolor, a su incertidumbre. El poeta siente el ramalazo, el resplandor del éxtasis que le quema las alas, que le acerca con agonía interior, espiritual al punto cumbre de la fe, de la unión con Dios. Comunión que se concreta en el jardín de las rosas:

*El tiempo pasado y el tiempo futuro
apenas permiten algo de conciencia.
Ser consciente es no estar dentro del tiempo,*

*pero sólo en el tiempo ese momento
en el jardín de rosas, el momento
en la glorieta al ruido de la lluvia,
el momento en la iglesia inhóspita al caer
del humo podrán ser recordados, mezclados
con el pasado y el porvenir.*

En “Burt Norton”, Eliot enseña la muestra de su dolor, de su meditación de hombre solitario, consciente de la fragilidad de su hacer, de su vocación de ordenar y darle sentido eterno a la palabra:

*Y la palabra el desierto
es la más atacada por voces tentadoras
la sombra plañidera del baile funeral,
el lamento sonoro de la triste quimera.*

El poeta comprende que lo rodean la hostil indiferencia, la mirada esquiva, la befa y el escarnio. Su destino de atormentado buceador de lo intemporal, acechan furias y soledades terribles; oscuras realidades que incitan al predestinado a labrar la palabra, a que se enfrente con ardor y paciente desprendimiento de sí mismo. Ocupación digna de un santo.

“Burt Norton” es un poema profundamente subjetivo y agonal. “East Coker”, reseña una visión exterior al paisaje, al mundo objetivo donde el poeta estrena el gozo de sus sentidos. Sin embargo, ante el paisaje el poeta advierte el cambio, la fragilidad de las cosas terrenas:

*En mi principio está mi fin. En sucesión
las casas se levantan y caen, se derrumban,
son ampliadas, son transportadas,
destruidas, restauradas,
o queda en su lugar un campo abierto,
o alguna fábrica, o un atajo.
La piedra vieja pasa a nuevos edificios,
el viejo leño a nuevos fuegos,
los viejos fuegos a cenizas,
y las cenizas a la tierra
que ya era carne, pieles y excremento,
huesos de hombre y de bestia, tallos de trigo y hojas.
Las casas viven y se mueren;
hay un tiempo de edificar,
y un tiempo de vivir y generar,
y otro para que el viento rompa los vidrios flojos.
y sacuda los zócalos donde corren las ratas,*

*y sacuda el tapiz hecho pedazos
bordeado con un lema silencioso.*

Las notas del Eclesiastés, del percedero durar de las cosas del mundo natural, y del mundo del hombre, surgen en el significado de estos hermosos versos de “East Coker”. En este segundo cuarteto se revela el campanilleo agonal, quejumbroso de la conciencia lúcida del poeta, al sentirse incapaz para la comunicación, para el abandono al pleno sentimiento de la unión sexual. Esta unión vital de macho y hembra, a Eliot le sabe brutal, extemporánea al goce del espíritu. En la obra toda del autor de los “Cuartetos”, se muestra vívida, ardorosa, esa tristeza vacía de cordialidad carnal. En sus dramas se representa más nítida, más acusada. Hay cierta vislumbre en los versos de este segundo cuarteto, que al lector déjanle la intuición de abogar el poeta por un amor sobrenatural, vaciado de amoroso contenido vital:

*El amor está más cerca de sí mismo
cuando dejan de importarle el ahora y el aquí.
Los viejos deberían volverse exploradores,
aquí y allá no importa,
debemos continuar moviéndonos, moviéndonos,
hacia otra intensidad, por una unión mayor,
por una más profunda comunión
a través de la fría desolación oscura,
el grito de las olas, el grito de los vientos,
las vastas aguas del petrel y la marsopa.
En mi fin está mi principio.*

En el Tercer Cuarteto, “The Dry Salvages”, la visión del paisaje se nota más externa, más reflejadora del hermoso testimonio del río, como símbolo de perenne cambio, de rumbo fijo hacia el mar, “El río está en nosotros, el mar alrededor”. El simple fenómeno del paisaje, se convierte en comparación existencial, en destino del hombre. La atmósfera metafísica del poema se mixtura con los acaecimientos reales que se suceden en metafóricos paisajes de sostenida belleza:

*El río está en nosotros, el mar alrededor;
el mar es además el borde de la tierra,
el granito que roe, las playas donde arroja
sus sugerencias de otras creaciones más antiguas:
el cangrejo ermitaño, las estrellas de mar,
el espinazo de ballena;
los charcos donde ofrece a nuestra observación
las algas más sutiles, la anémona de mar.*

*Devuelve nuestras pérdidas, las redes desgarradas,
la langostera destrozada,
el remo toro, y vestimentas
de extranjeros ahogados.
El mar posee muchas voces,
muchos dioses y muchas voces.
La sal cubre las zarzas,
la niebla los abetos.
El aullido del mar y el ladrido del mar
son voces diferentes
que se oyen juntas a menudo:
el gemido en las jarcias, la amenaza
y el beso de la ola que rompe sobre el agua,
la rompiente lejana sobre dientes de piedra,
y la advertencia quejumbrosa
del promontorio que se acerca,
son voces de ese mar, y la boya silbante
que señala el hogar, y la gaviota:
y bajo la opresión de la niebla silente
la campana que sueña
midiendo un tiempo que no es nuestro tiempo,
marcado por la calma marejada de fondo,
un tiempo más antiguo que el tiempo del cronómetro,
más antiguo que el tiempo que cuentan las mujeres
preocupadas y ansiosas, despiertas en la cama,
calculando el futuro,
tratando de desenredar,
destejer, devanar y componer
el pasado y el porvenir,
entre el alba y la medianoche,
cuando el pasado es pura decepción
y el porvenir no tiene porvenir,
antes del cambio de la guardia,
cuando el tiempo se para y el tiempo es infinito;
y el mar de fondo, que es y fue desde el principio
tañe
la campana.*

El último cuarteto, “Little Gidding”, el mito de la primavera como doloroso símbolo del nacimiento, vuelve a resonar con amarga insistencia. Eliot desea tornar a nacer como las flores primaverales, y ser otro, distinto a su ser lúcido, a su pensamiento racional, porque ansía volverse limpio para alcanzar la unión, el éxtasis que prefigura. Debe abandonar su envoltura pensan-

te, y tornarse sencillo, ingenuo, casi niño para la plegaria. Nuevamente el poeta usa el instrumental metafórico y las imágenes meditabundas más sugestivas, más tersas, para encontrar el “objetivo correlativo”, digno, adecuado, que trasvase en pensamiento asequible, sus emociones y sentimientos más escondidos. “Little Gidding”, es uno de los cuartetos de significado más trascendental, más excelente de juicio y de belleza, y uno de los poemas líricos más hermosos surgidos de la pluma de Eliot. La abstracción, el lirismo de escorzo finísimo, deslumbrador, saturan la sinfónica música de este poema:

*Si uno viniera,
Tomando por la ruta más probable
desde donde es probable que viniera;
si uno viniera en primavera,
volvería a encontrar blancos los cercos
en mayo, con dulzura voluptuosa.
Lo mismo encontraría al final del trayecto,
si llegara de noche como un rey desdichado,
si llegara de día sin saber por qué vino,
lo mismo encontraría al dejar el camino
desigual y dar vuelta detrás de la pocilga
hacia el sepulcro y la fachada oscura.
Y lo que uno creyó ser el motivo
de su viaje es apenas una cáscara,
una corteza de sentido, de donde sólo emerge
la intención cuando ya se ha realizado,
si se realiza. O la intención no existe,
o existe más allá del fin que uno pensaba,
y la realización la altera.
Hay muchos otros sitios
que también son el fin del mundo,
algunos en las fauces del océano,
o sobre un lago oscuro, en un desierto
o una ciudad; pero este es el más próximo
en lugar y en el tiempo, ahora, en Inglaterra.
Si uno viniera por cualquier camino,
partiendo de cualquier lugar,
a cualquier hora, en cualquier estación,
siempre sería igual: tendría que dejar
la razón y el sentido. Uno no viene aquí
para verificar, para instruirse,
para satisfacer una curiosidad
o elevar un informe. No, viene a arrodillarse
donde la plegaria fue válida.*

*Y la plegaria es más que un orden de vocablos,
que la consciente ocupación del intelecto
que roza o el sonido de la voz que suplica.
Y lo que no pudieron decir cuando vivían
los muertos, por carencia de lenguaje,
pueden decirlo ahora que están muertos:
la comunicación de los muertos emplea
una lengua de fuego
más allá del lenguaje de los vivos.
Aquí la intersección del momento sin tiempo
en Inglaterra y en ninguna parte. Nunca y siempre.*

Hablar de las influencias innumerables que resuenan en el idioma poético de T. S. Eliot, es echar una mirada vasta al patrimonio universal de la cultura, ya que el poeta fue un receptor ávido de las expresiones más aquilatadas del espíritu contemporáneo.

Entre los poetas que darían al Eliot joven un vistazo renovador del lenguaje poético, estarían los simbolistas franceses, descollando entre ellos, la voz de Laforgue y Corbière. De la poesía isabelina arrancarían la cadencia conversacional latente en su producción dramática. De los poetas metafísicos, de Denne, sobre todo, tomaría el instrumento metafórico, nacido de comparaciones de objetos ordinarios, y hasta carentes de sentido poético. Sin embargo, el gran poeta, encontraría el sigilo, el brío para usarlos con temblor poético. Admirados han sido sus versos del “Prufrock”:

*Yo debí ser un par de garras afiladas
que fueran corriendo en lo profundo de mares silenciosos*

La poderosa influencia del Dante alumbraría su ideal poético. Su fervor religioso. La crítica ha llegado a considerar que su famoso poema “La Tierra Baldía”, tiene el esquema mental de un pequeño mundo trazado con el pensamiento en La Divina Comedia.

Otra influencia que surge con rasgos acusados es la de Baudelaire. En el autor de “Los Cuatro Cuartetos”, se muestra la típica mentalidad baudelariana; se siente el ahinco por lo intemporal, el sentimiento teológico, el afán por la cultura, la angustia por estructurar una obra personal, lo mismo que el asco, la tristeza por la sórdida presencia, existencia más bien, en un mundo en el que se sueñan desterrados.

En “Los Cuatro Cuartetos”, en el plano intelectual, se advierte la lectura que Eliot ha efectuado de San Juan de la Cruz. Si se aleja en la manera de traducir su plegaria mística, en el pensamiento, en el camino hacia la unión hacia el éxtasis con Dios, se señala paso a paso, el procedimiento del místico español. Eliot ha estudiado los comentarios en prosa de San Juan de la Cruz.

En el plano filosófico, desde fecha temprana, Eliot sufre la influencia de F. H. Bradley, filósofo que Eliot estudiara en sus tiempos de Harvard. La tesis doctoral de Eliot versó sobre la filosofía de F. H. Bradley. En su libro, "Los Poetas Metafísicos y Otros Ensayos sobre Teatro y Religión", le dedica un fino estudio.

La Biblia, los clásicos griegos, los poetas cristianos primitivos y la cultura oriental, hindú, sobre todo los Upanishads, se revelan entre las influencias notorias en Eliot. De los latinos, Ovidio, Lucrecio, Persio y Virgilio, sobre todo.

El valor de T. S. Eliot como poeta es excepcional. ¿Quién podrá negarle el sitio que le pertenece entre los cinco grandes nombres de la poesía contemporánea? Como poeta dio rumbos nuevos al lenguaje poético, y contribuyó grandemente a desterrar de la escena literaria, el estribillo manido del viejo romanticismo ochocentista. Supo ser europeo, universal, en lo que se refiere a su labor innegable en las letras actuales, ya que se preocupó sobremanera por alzar la poesía a cielos de estelar resonancia espiritual.

Como poeta se le achacará que en un mundo contemporáneo a la deriva, se desviviera por alcanzar un ideal perdido, un sentimiento religioso retrospectivo, medieval, que ya no cuadrara a las circunstancias desesperantes de la hora. Sin embargo, atento estuvo a darle conformación literaria a sucesos y hechos reales que desentrañara de las experiencias recogidas en la vida, sobre todo, en la existencia de las grandes ciudades contemporáneas, donde el hombre sólo existe para sobrevivir y abandonarse al ciego goce sin objeto. De ahí que T. S. Eliot, poetice acontecimientos de la hora, del momento angustioso, bárbaro y mecanizado. Civilización que aliena aún más, al hombre.

En los detalles, en los matices de sus versos, Eliot es un poeta realista, casi fotográfico, sin embargo el contenido ideológico, la apreciación personal de entender e interpretar el mundo, le convierte en un poeta extemporáneo, en un genial artista de otra época. Su sentimiento profundamente religioso, su afán sincero, vehemente por hacerse de este sustentáculo teológico, místico que le proteja del vacío materialismo actual, le torna un poeta de pensamiento medioeval. Esto no es óbice para negarle que es uno de los excelentes hombres superiores que ha dado la época, y a la vez, el último genial poeta de la burguesía. En sus versos, se encontrará el doliente canto del cisne, símbolo de una etapa de la historia de la cultura universal.



¿Desaparecerá Europa como Centro de Cultura?

Por Luis RIVAS CERROS

Para no pocos comentaristas, el caso olvidado Rabindranat Tagore no pasa de ser un poeta místico y de un lirismo dulzón, intrascendente por su incapacidad de hundirnos en los bajos fondos del alma humana o de elevarnos a sus alturas. . . Por la falta de pasión en sus libros, dicen, Tagore se queda en un escritor de un misticismo superficial.

No vamos a entrometernos en tal discusión. La traemos a cuento sólo porque el escritor que sirve de motivo a estas líneas ha sido señalado también como falto de arrebató, y por lo tanto sin mayor valor para quienes aman la pasión en la literatura.

Nosotros no creemos que André Maurois sea frío. Todo lo contrario, como biógrafo tiene que tocar los aspectos dramáticos de la vida de los grandes hombres, y



LUIS RIVAS CERROS

como escritor de columna diaria trata con mayor frecuencia del amor y del odio, de las ambiciones e ideales.

Eso sí, él no concentra en focos emocionales la exaltación que inspiran esos temas siempre apasionantes; la modera con la distribución equilibrada de su prosa, circunstancia que produce el efecto de una ponderación que linda con la frialdad, para las sensibilidades ávidas de tempestades pasionales.

Su experiencia, su conocimiento de la vida y de los hombres podrían haber hecho de Maurois un escritor irónico, o lo que es peor un aquejado del escepticismo que produce la decepción... Sin embargo, no es así, siempre está apelando a las fuerzas del espíritu para que el caído se levante, a la cordura para que el desviado tome el buen camino, a la lógica para rechazar el error.

Sus escritos cotidianos son una amable y persuasiva invitación al optimismo, no a un optimismo colocado en lejanías ideales, sino al que debe surgir de las posibilidades que palpitan en nuestro propio sér.

Precisamente, por esa aptitud estimulante de confianza en el propio valer, nos ha extrañado el acento nostálgico con que A. M., en reciente trabajo nos habla de la posible decadencia de Europa.

Desde que Oswald Spengler se las dio de agorero y se puso a vaticinar la muerte de Occidente, se oyen de cuando en cuando ecos de dobles fúnebres, tanto más solemnes y dolientes cuanto más amado es el supuesto difunto.

Es una elegía que se eleva de seres fervorosos a quienes la devoción misma por la cultura europea los hace ver peligros de muerte en cada crisis que sacude al mundo.

Ahí tenemos entre las dos guerras a Paul Valéry, testando a favor de la joven América, los bienes espirituales de Europa.

Ahí tenemos a Stefan Zweig. El gran escritor austriaco muere con las últimas notas del doloroso De Profundis que entonó por Europa, cuando Hitler se lanzaba a la segunda hecatombe. En vano la intelectualidad brasileña lo acogió con el más caluroso cariño. La idea de la desaparición de Europa como centro de cultura lo impulsó al suicidio. Porque más que la nostalgia por sus lares amados fue el temor del hundimiento de su patria como fuente intelectual lo que lo condujo a la muerte.

Pero, ¿es que puede desaparecer Europa? Humildemente, pero con toda convicción, creemos que no. No es posible que desaparezca el continente que le ha dado expresión a lo más noble de la humanidad. No es posible que desaparezca quien con su arte, su ciencia, su pensamiento ha encendido la llama sagrada del espíritu en el mundo entero.

Sus artistas, sus científicos, sus filósofos, sus misioneros, sus santos, sus hombres de acción han dado a la humanidad conciencia del destino su-

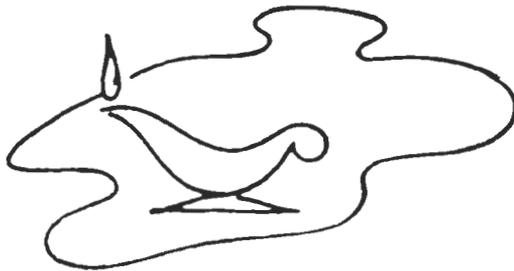
perior del hombre, señalando ideales, aspiraciones, y concretando las maravillosas facultades humanas en este mundo feérico que se llama civilización.

Ciertamente, la cultura podrá en su desarrollo expandirse en otras dimensiones, pero cualesquiera que éstas sean y por diferentes que parezcan en el futuro, palpitará en ellas el germen europeo.

Varios pensadores, para indicar la transformación del mundo producida por las conquistas científicas actuales, hablan de un ciclo ya cerrado y el inicio de otro, y para corroborar su tesis finalizan afirmando que la historia terrestre del hombre termina y se abre ahora su historia espacial. . . Desde luego, con estas hipérbolas sólo quieren expresar su entusiasmo por los prodigios científicos alcanzados y otros superiores en vías de lograrse.

Aceptemos la probabilidad de que el centro de cultura que transformará aún más al mundo ya no estará en Europa. Muy bien, pero todo *contenido posible* de esa cultura del porvenir no será sino desarrollo de la europea, de ahí que Europa se prolongará, se eternizará en vez de perderse en el olvido. Y si algún día este globo enigmático se despedaza, de sus fragmentos se elevará eterno el arte europeo hacia los espacios siderales, pues que ni rota la tierra desaparecería el alma de la cultura de Europa. . .

Paul H. R. R.



Enrique Gómez Carrillo (1873-1927)

Por Edelberto TORRES

(Fragmentado)

(Este) escritor guatemalteco no sólo poseyó un estilo personal inconfundible, sino que fue el creador en lengua española de una prosa artística con que sublimó la crónica periodística; algo que Gautier había hecho en Francia con la misma suerte en ese segmento de su creación, es decir, el olvido. Las crónicas de Gautier escritas en estilo hermano del que usa el *Capitaine Fracasse*, según Boschto, yacen para siempre en la tumba de las colecciones del *Moniteur* y la *Press*, los periódicos de mediados del siglo pasado en que colaboró para su soutien.

Cierto es que Gómez Carrillo recibió de la prosa de *Azul*... la iniciación de la escritura estética y también seguramente de sus conversaciones con Rubén Darío en Guatemala, cuando colaboraba en *El Correo de la Tarde* (1890), antes de volar a su nido de los Campos Elíseos: el Café Napolitain de París. Y cierto es asimismo que allá la crónica era trabajada con responsabilidad literaria; pero en la prensa española nada parecido ocurría. En América, Gutiérrez Nájera fue un precursor. En cuanto a Martí, cuyas cartas a *La Nación* de Buenos Aires, eran ensayos y poemas en prosa, no fue conocido por el guatemalteco en sus primeros años. Con todo, el cronista por antonomasia de 1893 a 1927 en los confines de nuestro idioma fue Gómez Carrillo.

Llegó a la vida Enrique Gómez Carrillo el 27 de febrero de 1873 en la capital de Guatemala, y fue en su infancia lo que hoy se llama un niño-problema, que nada permitía la suposición de un porvenir de hombre de letras.

A los dieciséis años hizo su primera hazaña literaria, que fue atacar una memoria querida de los guatemaltecos y entonces venerada: la del novelista José Milla, a quien redujo a la dimensión precisa y exacta de valor literario local. La llegada de Rubén Darío a Guatemala en 1890, significa un hito importante en la vida del cronista. Trató al poeta, escribió en su periódico *El Correo de la Tarde* y oyó el consejo de ir a respirar el aire más estimulante de sus ansias intelectuales en París.

Dieciocho años apenas tenía cuando era ya contertulio de Jean Moréas, Paul Verlaine, Oscar Wilde, Stuar Merrill, Luis de Cardonnel y muchos más, y asistente asiduo de los cafés, el Procope, el Calisaya, el Francisco I, el d'Harcourtr, el Hachette y el Napolitaine, que sería desde pronto el suyo hasta el día en que la hoz invisible lo hirió de muerte allí mismo, en la mesa y en la silla que siempre ocupó.

Desde su libro primigenio, un escuálido folleto más bien, *Esquisses* (1892) compuesto de semblanzas breves de los escritores y poetas que había conocido en París —ahora se hallaba en Madrid— fue el punto de partida de una reputación que creció como ondas concéntricas hasta circunvalar el planeta. Es que Gómez Carrillo fue el fenómeno literario más asombroso y dramático del modernismo. Tan acelerada creció la admiración como el olvido que casi desde el propio día de su muerte cubrió su nombre. Fue como reacción de cansancio del público después de tanto leerlo y de tanto oír su nombre, y también porque desaparecido no quedaba una obra orgánica de crítica, novela o ensayo que fijara su recuerdo.

Hay, sin embargo, injusticia en la omisión que de su nombre muchos hacen al recordar a la generación modernista. La crónica de Gómez Carrillo instruye y deleita, y algunos de sus libros son hoy documentos preciosos sobre pueblos y países que el político y el sociólogo pueden usar para conocer los antecedentes de la actual situación de esos pueblos y países. Léase *La Rusia actual* y se comprenderá la lógica histórica que produjo la radical revolución soviética. Había en Gómez Carrillo un observador sagaz y un estudioso serio, y de ahí que él mismo traiciona su frivolidad y la expresa aspiración de buscar sensaciones en los lugares del planeta por donde se desplazaba. Y viajó como ningún otro escritor, a no ser Pierre Loti, que como oficial de marina, circunvaló el globo.

Como escritor viajero Gómez Carrillo holló el suelo de todos los países de Europa. En Italia no hay ciudad que quedara libre de su itinerario, y en Grecia exaltó su emoción en el Acrópolis, en Eleusis, en el Olimpo, en Epidaurro, en Olimpia, en Salamina, en todas partes donde está atrapado el recuerdo de un heroísmo, de un templo, de un filósofo, de un poeta... En Argelia traspasó las montañas y llegó al Sahara; en la intimidad del alma argelina descubrió el odio secreto que un día se convertiría en rebelión contra el francés intruso. Navegó en el Nilo y visitó los templos de Karnak y Luxor. Recorrió todos los lugares de Israel que según los Evangelios y la tradición conocieron la

presencia de Jesús. Sublimó su capacidad de sensualista, elevándola al plano superior de la meditación ante el Sinaí. Contempló la cúpula de Santa Sofía en Constantinopla y los templos de Nikko en el Japón. Vio bailar bayaderas en Adyar, fumó opio en Saigón, vagó por las calles de Shanghai y Cantón. Todos los viajes que realizó a países lejanos, partiendo de París, están reseñados en libros, y éstos lo acreditan como poeta narrador y descriptivo, émulo de Loti. *Grecia, De Marsella a Tokio, Fez la Andaluza, El encanto de Buenos Aires, El alma encantadora de París*, son arcaes de belleza en que el poeta viajero concentró sus impresiones.

Por el vertiginoso desarrollo de las corrientes literarias en Francia, y por haber llegado a París en 1892, aún adolescente, pudo Gómez Carrillo conocer personalmente al pontífice de los parnasianos, Leconte de Lisle y a sus grandes discípulos Heredia, Copée, Dierx, Mendes...; e igualmente a los simbolistas, de cuyo paradigma Paul Verlaine fue uno de los amigos más íntimos. El disidente del simbolismo y fundador de la escuela romana, Jean Moréas, tuvo particular deferencia por Gómez Carrillo, y amigos suyos fueron también Mallarmé, Zola y sus cinco famosos discípulos: Anatole France, Paul Bourget y en fin cuanto escritor notable había en la Francia de fin de siglo. Entrevistas y juicios sobre muchísimos de ellos y de los que se movían en el terreno político como Millerand, Herriot y Clemenceau, se hallan en sus crónicas. Y en España ¿quién no lo conoció? Representemos a todos sus amigos en Pérez Galdós, y a los italianos en D'Annunzio; a los belgas en Maeterlinck y a los ingleses en Oscar Wilde.

Cuando Gómez Carrillo murió —29 de noviembre de 1927— el mundo literario sintió un verdadero estremecimiento. Es que durante más de treinta años había sido el escritor que más había deleitado al público hispanoparlante con sus crónicas. Fue el cronista eximio en el movimiento modernista, y todos, los grandes y los pequeños, enfilados en ese movimiento, trabajaron la crónica con amenidad y lirismo como el maestro inimitable lo hacía.

Pero ocurrió, además, que en aquel año luctuoso, ninguno de los mortales que desfilaron hacia lo ignoto provocó más lágrimas de mujer. Gómez Carrillo fue amado por más mujeres que libros escribió. Acaso sólo Rodolfo Valentino, conmovió más corazones femeninos con su muerte. Amó a la mujer con pasión intensa y efímera, y concretamente: Alice, Antoinet, Raquel, Aurora, Consuelo, Marguerite, Edda y tantas más que lo convirtieron en émulo de Casanova, de D'Annunzio y demás triunfantes amadores de todos los tiempos. En los momentos en que quiso ser elegante lo fue como Brummell; cuando quiso ser tierno lo fue como Petrarca; fue siempre temerario como Don Juan, y como él veleidoso, pero no fanfarrón. Las mujeres pasaron por sus brazos llevándose el recuerdo inolvidable del ardor de sus caricias y el enojo por su momentánea fidelidad. Vivió en amor, en belleza y en prodigalidad sexual, y la vida se vengó de él, marchitando su existencia en un otoño precoz. En *Bailarinas, El*

libro de las Mujeres y Las sibilas de París hay muchas de las mujeres que conoció en sus caminos y en sus alcobas.

El 6 de junio de 1907 casó con la escritora peruana Aurora Cáceres, y seis meses después el matrimonio se derrumbaba sacudido por los sismos de su veledad. En 1919 se unió a Raquel Méller, la célebre cantante española, y holgado es decir que con los hilos melodiosos de su voz no ató al inquieto trotamundo. Su última esposa fue la centroamericana Consuelo Suncín, erudita del amor, que tampoco lo disfrutó por años porque la muerte pronunció su inapelable sentencia.

Durante la primera Guerra Mundial visitó los frentes de batalla occidentales y fue el cronista épico de la hecatombe. *En las trincheras, Reflejos de la tragedia, En el corazón de la tragedia*, son libros en que decía Maeterlinck, “palpita la vida misma de la guerra” y que “nada se había escrito igual”. La Academia francesa, que muchos años antes le había otorgado su famoso “Cordón”, lo condecoró nuevamente por sus servicios durante la guerra, es decir, como cantor en prosa de la epopeya, que era lo mejor que podía hacer un hombre de pluma como la suya.

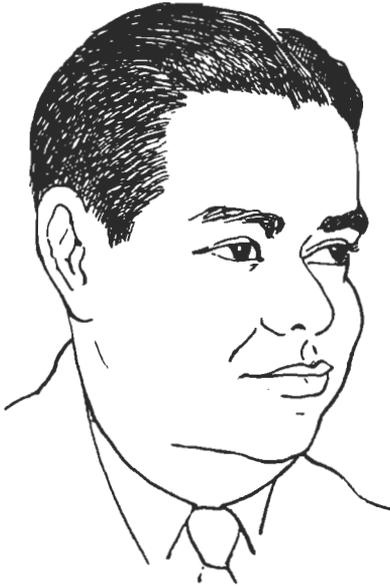
Un estudio estilístico de Gómez Carrillo es un reclamo de su don preclaro de arte. Sus procedimientos literarios, la ligereza y la gracia de su prosa que danza, como decía Rubén, deben ser destacados para que el olvidado cronista tenga la revalidación que merece.

Tomado de la Revista *Bacen* Nº 3 Año VI — Epoca II.



Charlas de Escritorio a Escritorio

Por Rolando VELASQUEZ



ROLANDO VELASQUEZ

Las páginas siguientes constituyen el preámbulo de un nuevo ensayo sobre la vida cotidiana: CHARLAS DE ESCRITORIO A ESCRITORIO.

Myriam Rodríguez López, la frívola y graciosa secretaria, que ostenta entre sus méritos el de no haber leído jamás una página de Kant, para distraer su aburrimiento en una oficina sin ocupaciones se dedicó por largo tiempo a trasladar a su cuaderno de taquigrafía las charlas cotidianas de dos de sus compañeros burócratas tan poco ocupados como ella.

El resultado de este arduo trabajo es un pequeño libro en que se aglutinan palabras e ideas de dos hombres comunes que discuten, sin elaborado propósito, sin deseo de arribar a conclusión alguna, los tópicos, también comunes, de la existencia diaria. El diálogo es a ratos inconexo, insustancial, vacío, y a ratos cobra la altura del diálogo platónico: Dios, la vida, la muerte, el

amor, la guerra, el odio, el destino de la humanidad, la poesía, el horror, la nada, todo aquello sobre lo cual el hombre más vulgar de nuestros días piensa con deleite y alegría o con secreto terror horripilante, desfila entre el parloteo, a veces desesperado, a veces polémico y seguro, a veces totalmente desarticulado, de los despreocupados interlocutores.

Más de un amigo que echó un vistazo al manuscrito de Myriam me ha dicho que el diálogo carece de tesis y, consiguientemente, de conclusiones. Por mi parte pienso que ningún diálogo, como no sea el diálogo de negocios, exige acuerdos y conclusiones. Anticipada está, también, la idea de que los interlocutores no trataron, en ningún momento, de formular tesis ni de alcanzar conclusiones. Estando además el diálogo enlazado a la temática de la vida cotidiana, menos que pueda ser concluyente, puesto que la vida no es tesis ni conclusión. Únicamente cuando se escribe teatro puede dársele al diálogo un sentido de planteamiento y resolución. Pero la charla real, auténtica, es una improvisación, un hecho fugaz y momentáneo, tan improvisación, que a veces puede carecer hasta de sentido. Y los personajes de estas charlas no aspiran a la categoría de actores, ni siquiera de filósofos.

Con loable perspicacia, Myriam captó la realidad de la situación, y nos la explica en las modestas pero elocuentes "confesiones" que preceden al texto de las charlas: "Volvía emocionante la labor el conocimiento de que si llegasen a notar que alguien estaba copiando sus conversaciones, el experimento se perdería. Ellos se volverían falsos, afectados, y buscarían llenarse de erudición, adornarse con ideas postizas, es decir, que perderían su espontánea originalidad, su forma sencilla y expresiva de plantear los asuntos serios y yo misma hallaría fastidiosa y aburrida la tarea de trasladar al papel una dudosa erudición".

Pero deseo tranquilizar a los espíritus preocupados, sistemáticos y severos, que andan constantemente a caza de "mensajes" y corolarios. Las CHARLAS DE ESCRITORIO A ESCRITORIO sí concluyen en algo, vale decir, concluyen en nada. Para comprobación, veamos los apuntes finales de la cuidadosa versión de Myriam Rodríguez López:

"FABIAN.—Tengo que darte una noticia grata, y a la vez ingrata. Nuestras charlas han terminado para siempre. Y también, esto me duele, ha terminado nuestra jubilosa compañía, nuestra placentera fraternidad. El Ministerio ha decidido, al fin, y gracias a los buenos padrinos que tengo en las alturas, darme un cargo en la diplomacia. Tú sabes cuánto tiempo hace que vengo gestionando un puestecillo por allí, cualquier cosa insignificante. Pero el desenlace de mi búsqueda ha resultado sorprendente, anonadante, pues me dan mucho más de lo que yo esperaba. Me asignan a una posición exprofesamente creada para mí. Algo así como un inspector general de Embajadas y Consulados, empleo que me permitirá viajar desahogadamente, ir por todos los rincones del mundo, empapar-me de conocimientos, de sabiduría, ver nuevas gentes, nuevos paisajes, conocer nuevas costumbres y continuar buscando las certezas vitales que he estado buscando a lo largo de mi vida. ¿Te imaginas? Alguna vez llegaré a Grecia, deformada por la civilización pero todavía repleta de elementos orientadores acerca de lo que fue, lo que es y lo que puede seguir siendo una civilización y una cultura a la manera clásica, originada en las más puras raíces humanísticas. Me empaparé de helenismo sobre la propia tierra de la Hélade, y absorberé en la fuente original la grandeza helénica, odiada, incomprendida, todavía bombardeada y ametrallada hace más de veinte años por los bárbaros modernos. Esto hará bien a mi espíritu y también a mi salud. El viaje continuo calmará y templará mis nervios y

suavizará mi ardiente inquietud espiritual.

“MAURICIO.—La única certeza vital que buscas y necesitas está muy cerca de ti. Consiste en hallarle el gusto a las cosas, y en el acoplamiento resignado a la vida cotidiana. No creo que haga mucho bien a tu espíritu el aire falso y viciado de la diplomacia. Pero bien. Ya sé que tu viaje no responde a inclinación diplomática alguna. La vida siempre nos depara sorpresas y absurdos, y a veces, cuando uno menos lo espera, se encuentra comprometido a hacer aquello para lo que menos sirve. No obstante, te ruego que cuanto antes vayas a China. En cualquier parte del fraccionado territorio, predominando sobre las ideas dudosas del momento, hallarás la sabiduría respetable, la razón suficiente de la supervivencia de una civilización milenaria. Es una sabiduría comprimida, contenida en pocas palabras, las necesarias apenas para llenar la superficie de un amuleto. Como toda verdadera sabiduría, está basada en la experiencia personal:

—“NO HAY ESPIRITU, NI BUDA, NI NADA QUE EXISTA”.

“A esta desesperante y aterradora comprobación, la sabiduría china ha impuesto un límite que la torna inofensiva:

—“PERO NUNCA ENSEÑES A LAS MULTITUDES SEMEJANTE LECION”.

“FABIAN.—Siempre nos hemos llevado la contraria. Hoy, al despedirme de ti, encuentro que seguimos en la misma. Por última vez seré tu oponente, pero en sentido distinto al acostumbrado, acaso porque el muro negro y mudo que ha venido anulando mis días, ha desaparecido de pronto. Para mí todavía queda algo, todavía existe algo, contenido también en una sola palabra: “¡ESPERANZA!”

R. V.

* * *

CONFESIONES DE UNA SECRETARIA INDISCRETA

Me llamo Myriam, tengo veintidós años, unas piernas que todos mis compañeros de oficina dicen son muy lindas, una mirada voluptuosa y una sonrisa que según dicen ellos también, me harían triunfar en la pantalla...

Pero, aunque parezca cosa demasiado extraña, a mis años y con todas mis galas y atributos carezco, sin embargo, de toda vanidad. No es que sea yo la chica severa y circunspecta, el prototipo de “la niña que ha leído a Kant”. Pero, por lo menos no ha entrado en mi vida la vanidad de las chicas modernas, que van por la vida entre sueño y realidad, pisando el asfalto y añorando el celuloide cinematográfico, signo maravilloso de nuestros días, digno de las profundas reflexiones de un filósofo, porque sobre él se refleja lo efímero de la vida y los triunfos humanos, lo fugaz de todas las conquistas y la inutilidad de todas las tentativas para conquistar la gloria, la eternidad o por lo menos la grandeza.

No me seduce para nada ese amasijo de humanidad y de fotografías más o menos exitosas que constituye el cine. Una no sabe muy bien dónde comienza y dónde termina el verdadero drama, si en la escena bajo los viejos olmos, pudorosos y asombrados por la furia lujuriosa, o en la vida privada de las estrellas, en su derrumbe constante, en el deshacerse, no en fuga sobre el cosmos, como las estrellas verdaderas, sino aplastadas contra la dura tierra, contra la realidad tremenda de la existencia. Esto último, el opacarse o diluirse lentamente entre la vulgaridad de la vida cotidiana, doméstica y apaciguada, parece ser la cima de un engañoso calvario al que se llega a través de un camino sembrado de rosas.

El cine debe tener —y lo ha creado necesariamente— un complemento normal. Se ha humanizado de tal manera, ha alcanzado tal grandeza y credibili-

dad en sus manifestaciones que nadie puede ya pensar en su ficción ni en la más pequeña disgregación de sus elementos, todos encaminados a crear un incontrovertible realismo. De ahí que ese necesario complemento sea la fisgonería, el hurgar constante, ávido, insaciable, de los grandes públicos mundiales sobre la vida privada de las estrellas, que conduce inevitablemente a enormes decepciones. La búsqueda a través de la fantasía termina en un encontronazo rudo sobre el campo de la rutina y la vulgaridad. No se concibe, por ejemplo, al héroe divinizado cenando alcachofas y berenjenas a la par de una morocona cualquiera, o realizando los actos vulgares de la vida cotidiana, igual que no se puede concebir a la heroína desveladora y trágica estremeciéndose amorosamente entre los brazos de un horrible negro que toca el saxofón. Esto si bien lo aceptamos en el lienzo nos resulta absurdo, atroz y desagradable cuando se trata de la vida común. En cuanto a los actores, artificialmente engrandecidos y crédulos, este choque con la realidad constituye también un motivo de frustración, desagrado y desesperanza.

La idea se convierte en verdadera aberración. Es inadmisibles el hecho de que B. B. o cualquiera otra mujer fatal de la pantalla, tengan uno o varios hijos y sean, en la vida regular, simplemente mujeres, tranquilas y amorosas madres de familia. No tienen ellas explicación ni prestigio soberano sino dentro del torbellino del drama, bajo el clamoroso incendio de la pasión, ardiendo pero vivientes y sensuales como mitológicas salamandras. De ahí que la barrera entre realidad y ficción sea tan tenue, tan impalpable, que no se puede precisar si la vida es el cine o el cine es la vida. Y esto trae aparejada la necesidad de seguir y perseguir al artista hasta más y más allá del "film", para cerciorarnos de su realidad vital, espíandolo, como por el ojo de una gigantesca cerradura, a través de las

indiscreciones y el chismorreos de millares de radiodifusoras, revistas y periódicos consagrados precisamente a eso: a llenar el vacío, el suspenso real que el cine nos dejó, junto a la interrogante de si es, más que una ficción, un mero entretenimiento, un prodigio indescifrable, difícil de explicar hasta por la propia técnica que lo produce.

De esta manera es cómo el drama encerrado entre minúsculos cuadros de celuloide trasciende a la vida misma, manteniendo una continuidad trágica e inevitable y creando la secuencia normal del drama cotidiano en que participan por igual el público y los actores, perseguidor el uno, perseguidos y acosados los otros, hasta ser a veces heridos en lo más íntimo por esta ineludible indiscreción, contra la cual el pudor humano tiene que rebelarse al fin. La avidez multitudinaria encarnada en el disparo electrónico de los fotógrafos o en la sagacidad satánica de los reporteros, causa desconcierto, angustia, inseguridad, rompe el equilibrio, destroza los nervios, y concluye en el terreno de las fatales depresiones.

Creador de espantosas neurosis, el cine aflige por igual a todos los que se ven envueltos por su dimensión, ya sean artistas o espectadores. En alguna parte leí una vez que una crisis mundial de histeria femenina surgió a la muerte del actor Rodolfo Valentino —víctima también, y de las primeras, del comienzo de la neurosis cinematográfica— consumido por la morfina y otros estupefacientes, moroso suicida que fue él mismo aproximándose a la muerte con la suavidad lenta y cautelosa pero apasionada que lo caracterizó durante una vida torturada y gloriosa.

Lloraron las mujeres enlutadas, desfilando en inmensas caravanas junto al catafalco romántico, sobre el cual se confundía la fragancia de las rosas paganas con el olor funerario de las castas azucenas. Ni las mujeres griegas lloraron de este modo a sus héroes guerreros, ni hay en Sófocles o en Esquilo

escenas semejantes de dolor colectivo. más allá y más acá de los mares el dolor fue también hondo y sostenido. Lloraban las mujeres frente al perfil dudoso y apacible, estrujando como reliquias contra el corazón las desvaídas fotografías, y el mundo parecía como desolado, hundido en la tristeza, como si algo vital hubiese cesado de pronto de latir y la tierra fuese a proyectarse de un momento a otro contra la nada, víctima de un desquiciamiento, de un horroroso, singular cataclismo. Aunque menos intensa que el llanto, la ola de suicidios fue enorme. Como inmensos lirios estrujados, caían las doncellas pálidas, y las viudas sonrosadas, y las lánguidas solteronas, abatidas por el plomo de pequeñas armas como juguetes de plata, o por los implacables tósigos sorbidos a la manera de un "cocktail", con estoicismo y heroicidad venidos desde Sócrates y actualizados inconscientemente por mujeres de diversas nacionalidades, figuras anodinas e ignorantes de toda gloria clásica. ¡Dichosas las que cayeron allí no más, junto a los despojos del héroe triste, entre sollozos contenidos solamente por la muerte! Ellas dejaron un testimonio más ardiente, dramático e inolvidable. Las otras, las de más lejos, de más allá o más acá, sólo dejaron su testimonio escrito en breves hojas de papel, con letra nerviosa como la de todo suicida, y con expresión incoherente y abismal. Un magnífico epistolario que, de ser recogido, habría servido para elaborar un monumental estudio sobre las neurosis y determinadas formas de histeria todavía no aclaradas por la ciencia convencional.

Transcurrido el tiempo, y de algunos de estos casos ya pude darme cuenta personalmente, la neurosis cinematográfica siguió causando víctimas. He hallado por allí algún recuerdo de una rubia parecida a Marilyn: Jean Harlow, desaparecida en condiciones semejantes, aunque víctima de una intoxicación natural: la uremia. Su decepción y su

neurosis se conocieron más tarde, sin embargo, a través de sus tristes confesiones. Pero la más dulce y reciente fue esta maravillosa y tumultuosa Marilyn, tempranamente vencida por el desencanto, y entregada por sí misma en los brazos de la muerte.

Y luego y más antes, algunos segundones del cine, llorados con menos clamor, pero con igual intensidad. Cumplido a lo largo del tiempo el proceso de adaptación de la neurosis, el estrago se realiza más fuerte pero más silencioso, más extenso pero al parecer más disimulado y sutil, más complicado en la ocultación parcial de los factores desencadenantes.

Cada civilización, cada momento histórico tienen sus propios símbolos, los cuales nacen antes, como para servir de fundamento a los nuevos momentos, originados en el impulso alboreante del progreso que va a sustituir una época o un periodo en liquidación. Como en todo proceso biológico de recambio, nuevas células surgen antes de morir totalmente y desaparecer las células gastadas. Es un proceso espontáneo, inexplicable todavía, que no permite que esa civilización o ese momento histórico aparezcan como en el aire, sin una base y un sustento, sin un origen y una raíz, pese a que éstos puedan ser de una naturaleza inconsistente y frívola. Valentino era el signo primario de una civilización auroral: la civilización del celuloide, no superada todavía, pese a los grandes alcances y los grandes progresos de la técnica. El espíritu frívolo impuesto a esa civilización desde su nacimiento, predomina todavía sobre el trágico anuncio cotidiano de los nuevos descubrimientos, las nuevas exploraciones y las nuevas conquistas del hombre sobre mundos hasta hace poco desconocidos pero de los que habíamos tenido ya el anticipo de la fantasía cinematográfica.

• • •

En sus primeros días el cine apareció

enteramente deshumanizado. Nadie hubiera tenido la audacia, en aquellos comienzos, de predecir lo que podría ocurrirle. Podría haber en todo aquello muchas posibilidades de triunfo pero las había mayores de fracaso. Arte o industria, lo que fuera, carecía de voz, de espíritu, de vida. Dependía todo de los gestos, de la simpatía y la capacidad del actor, de factores enteramente vagos y personales, que se movían y entrelazaban sobre escenarios pobres y estrechos, que en vano se esforzaban por robar la magnitud a los escenarios griegos y la grandeza general del teatro griego, del cual el cine presuntuosamente se decía descendiente directo y más todavía, sustituto potencial, ya que una vez la técnica incipiente lograra hallar la profundidad y latitud del escenario griego, surgirían para él insospechadas posibilidades: el cine de masas, de inmensas multitudes que dejaba muy atrás en el tiempo y las realizaciones la grandiosidad de los coros helénicos.

Pero había que esperar largo tiempo antes de que eso sucediese y mientras tanto los recursos eran pobres y el cine carecía de alma, de calor humano, y su capacidad de contagio emocional era reducida aun para públicos escasos e ignorar. En esto consistió el triunfo de Valentino, que marca el punto intermedio entre el cine como concepción artística y el cine como concepción técnica. Sobre las arenas de un Sahara sin perspectivas, paradójicamente reducido al máximo, al lado de unas pirámides de cartón, expresó de los primeros en la historia cinematográfica el valor de la pasión artística y por primera vez los besos y el amor adquirieron en su persona un sentido real y profundo. El cine comenzó entonces a humanizarse, a adquirir el verdadero soplo de la inspiración, y unió luego a su triunfo humanista todo lo que hizo Chaplin por humanizarlo al realizar la mezcla auténticamente griega del drama y la comedia, trayéndolos a los ni-

veles más humildes sobre los cuales se debate el hombre frustrado y desesperanzado, que va por el mundo arrasando los últimos restos de su ideal y su fe, como quien arrastra por el lodo un miserable muñeco de trapo.

Las bañistas de Mack Sennett fueron quedando atrás, asfixiadas entre la inconcebible audacia de sus pantaletas ceñidas hasta el tobillo, y el sentido trágico y dramático fue incorporándose a lo que antes de Valentino y de Chaplin parecía iba a derivar definitivamente hacia lo cómico y lo grotesco, olvidándose para siempre de las formas helénicas que habían pretendido asumir en un principio. Quizá fuera, en definitiva, la intervención del espíritu latino lo que evitara el fracaso que despuntaba, y lo que infundiera nuevos alientos y esperanzas a la magnífica aventura.

Pero este principio de humanización, que se extendió rápida y prodigiosamente, fue lo que trajo la separación total del cine de la forma griega que al principio pretendió adoptar y sustituir.

La influencia del artista fue imponiéndose sobre todo otro factor, y la calidad de éste determinó, en lo sucesivo, el fracaso o el éxito. De acuerdo con la tradición helénica el actor ocupó siempre un plano secundario. Toda la gloria y la perennidad de la obra, todo el mérito artístico se atribuían al autor. Las tragedias de Esquilo fueron siempre triunfos de Esquilo pese a que las representasen actores mediocres. Otro tanto ocurrió con Sófocles, cuya gloria oscurece por entero a sus intérpretes, así hayan sido mímicos geniales.

Pero es que el teatro griego, aunque nunca deshumanizado en cuanto a los autores, fue siempre impersonal en la representación. Desceñida la túnica, echa a un lado la máscara, descalzado el coturno, el inmenso trágico, el gran artista, volvían a su condición de ciudadanos normales y tornaban a confundirse entre la multitud. Los profesionales del teatro, desarraigados, errantes, no

alcanzaban a configurarse una personalidad en ningún sitio, y tenían que conformarse a la existencia gregaria y oscurecida por el vagabundaje.

Por otra parte, se habría considerado un sacrilegio que la gloria momentánea, efímera, del actor, pudiese suplantar siquiera eventualmente la gloria perenne del autor llamado a eternizarse. A nadie interesó jamás con quién fuera a cenar o a dormir la actriz que hubiese encarnado gloriosamente a Electra, ni importaba a quién, en la vida ordinaria, hubiesen de estrechar los brazos de la intérprete de Ifigenia.

Establecida así una fundamental diferenciación, originada en las circunstancias en que el cine nació y encontró sus mejores momentos, éste tuvo forzosamente que apartarse de su conformación pretendidamente griega, y no sólo esto, sino que se convirtió en un dominio caprichoso, único y exclusivo de los actores. El concepto estrictamente personal acerca de los actores trajo aparejada la curiosidad y el impetuoso deseo de las multitudes de seguir a éstos a través de su vida corriente, y así fue formándose el drama de la vida cotidiana del artista, y así fue surgiendo la neurosis cinematográfica de persecución y de angustia, que en algún momento hace repetir a los artistas en la vida cotidiana el gesto dramático de los personajes que han encarnado en la pantalla.

• • •

Quiero confesar humildemente que la mayor parte de las ideas que he venido exponiendo no me pertenecen. Las he ido recogiendo al azar, aunque con mucha complacencia, como quien recoge canicas en una bolsa transparente para mostrar después un abigarramiento luminoso y coloreado, de las pláticas de dos de mis preocupados compañeros de oficina contra quienes estoy cometiendo una tremenda infidencia. Por mi parte, no creo que haya tenido alguna vez una sola idea. Quizá sea tan

frívola y trivial que no alcance a comprender siquiera la frivolidad de que está revestida una civilización dentro de la cual hasta la muerte parece veleidosa, indiferente y jovial. No soy otra cosa que una mente despierta, una hábil copista, una rapidísima taquígrafa que se ha valido de sus conocimientos para aparecer importante, mezclada en filosóficos debates y testigo involuntaria en el planteamiento de graves cuestiones.

Lo único que he pretendido afirmar es que si bien me gusta el cinematógrafo como espectáculo, como experiencia vital me desagrada totalmente. No me gustaría hallarme haciendo el papel de Ana Karenina y tirándome al paso de un tren aun cuando tuviese la convicción de tratarse de un liviano ferrocarril de plástico, artificioso e inofensivo. De tal modo que no me seduce la enumeración que frecuentemente hacen mis compañeros de las condiciones que poseo para llegar al estrellato, aun cuando me gustaría mucho figurar en alguna forma, destacarme de alguna manera, aunque sólo fuese por medio de una pequeña hazaña como la que he escogido. Esta es una ambición mínima y justa, sobre todo en nuestro tiempo, cuando las generaciones maduran de prisa y el momento estelar llega a veces quizá demasiado temprano. He leído acerca de Cleopatra, *“la magnífica Reina que cada vez que abría los brazos desencadenaba una guerra”*. Pese a lo que se diga me ha dado por creer que cuando ella obtuvo los más sazonados favores de César o concedió los suyos al guerrero victorioso —no lo sé muy bien pero me parece que a la larga viene a ser lo mismo— estaba más allá de los cuarenta. Y acaso bordeaba la cincuentena, si no hay historiador que me desmienta, cuando logró seducir al despreocupado Marco Antonio. En cambio a la edad de veintiún años, sin tanta seriedad y tanto alarde, una chica obscura e insignificante, llamada Christine Keeler, hace estremecerse

hasta sus cimientos al orgulloso imperio británico con sólo dar un beso a un bastante paternal ministro de la guerra. Y una joven rusa de veintiséis, de nombre Valentina, se mete —o la meten, que en Rusia lo uno equivale a lo otro— en una cápsula espacial, y le da unas cuantas vueltas a la tierra quejándose nada más, al descender, con coquetería peculiar femenina, de que le ha brotado un granito en la punta de la nariz, sin ponerse a pensar siquiera, envuelta en una frivolidad contra la que nada pueden las restricciones del Kremlin, que ese granito y esa nariz, igual que la nariz de Cleopatra, están contribuyendo a cambiar el destino del mundo.

Las grandes hazañas históricas tienen hoy en día como protagonistas a las gentes jóvenes. No se necesita dejarse envejecer para hacer tambalear imperios o lanzarse a la conquista del espacio superior.

* * *

Yo también he realizado mi hazaña, aunque no de la magnitud de las que acabo de citar. No se trata siquiera de haberle sonsacado secretos vitales a un embajador o un ministro, o de haber defraudado a base de sutiles coqueterías la confianza de un jefe gruñón y malhumorado. Mi hazaña envuelve un pecado que debo confesar pero acaso se trate solamente de un pecadillo venial, sin mayor importancia: curiosidad e indiscreción dentro de las cuales se mueve, también despreocupada y vivaz, la ociosidad.

El gremio burocrático tiene la fama de no ser un gremio demasiado trabajador ni ocupado. En la oficina en que trabajo como secretaria de un jefe que se pasa viajando por cuenta del presupuesto nacional, y que por consecuencia jamás tiene una carta que dictar o un trabajo que hacer, esto puede considerarse como verdad incontrovertible. Pero el colmo de la ociosidad, que maravilla a todos, lo constituyen

dos oficiales de primera clase, con cargo en complicadas cifras presupuestales, preocupados por todo, menos por la marcha de los asuntos de la oficina, y menos todavía por la ejecución de sus propios deberes.

Serios, atildados, puntuales, tras de marcar su asistencia se sientan, solemnes, el uno frente al otro, en escritorios colocados a menos de dos metros. Cada quien desdobra su periódico que trae en la bolsa trasera del pantalón, y una vez han terminado de leer, supongo que hasta los anuncios menudos, operación que se registra con una asombrosa simultaneidad, se canjean los ejemplares. Son tan íntimos y tan acoplados están dentro de la rutina que han convenido comprar cada uno un periódico distinto, a fin de hacer económica la lectura. El drama sobreviene cuando a uno de ellos no le alcanza el níquel para la compra cotidiana, o cuando, catástrofe mayor, no trae el periódico ninguno de los dos. Es el único caso en que su impasibilidad se excita y el único caso en que abandona cada uno de ellos su asiento para ir por allí, con la untuosidad y la prisa trémula del narcómano en pos del veneno, rogando que alguien les preste un ejemplar de la mañana. Sobornan al ordenanza cada quien por su lado, con falaces promesas por cumplirse el día de pago, o acuden a cualquier otro expediente a fin de satisfacer su vicio de lectura. Cuando sus recursos fallan, vuelven y se enredan en la plática habitual con mucha anticipación. O si han conseguido solamente un periódico, el que lo obtuvo goza de la precedencia y el otro tiene que esperar tranquilamente a que el ejemplar único esté desocupado.

Pero en todo caso, tras la lectura viene no sólo el comentario sobre los hechos cotidianos sino también la plática extensa, a veces vacía, insustancial, a veces ligeramente interesante, sobre los más variados temas.

Espiando estas conversaciones he lle-

nado mis largos ocios y disipado el aburrimiento consiguiente. He tenido mis buenos momentos escuchando esas charlas, y mejores todavía, cuando, por no perder la práctica de taquigrafía, decidí elaborar la versión cotidiana, encerrada yo dentro de mi cabina, sin que ellos advirtieran jamás que los estaba espionando. Los capté en toda su naturalidad, en el desorden de sus ideas, en el tono, a veces dramático, de sus exposiciones, en sus impulsos íntegros, en lo más sincero y espontáneo de sus pensamientos. Bromeando les he dicho muchas veces que los tres nos hallamos "a la distancia de un susurro", pues yo no he perdido una palabra de ellos aun cuando sus voces se vuelven susurran-tes al acercarse alguien. No me advirtieron nunca, lo juro, pues el cristal opaco de mi refrigerado y luminoso refugio no les permitía ver mi entretenimiento y yo podía colocarme con toda comodidad para escucharlos, sintiendo a veces que la conversación se interrumpiese porque las exigencias del trabajo obligaban a uno o a los dos a redactar una nota o realizar algún otro esfuerzo de naturaleza rutinaria.

Al principio tomé las cosas a la ligera. Pero más tarde, durante una larga temporada el trasladar sus pláticas y pensamientos al cuaderno de taquigrafía constituyó para mí como la parte de un deber que nunca antes tuve, y que se me volvía imperativo. Precisos dentro de su ociosidad, los actos de mis dos compañeros parecían matemáticamente sincronizados. Yo tenía la hora exacta en que la conversación se iniciaba y dejaba a un lado cualquier otra cosa de mi propia conveniencia a fin de no perder una sola palabra del porfiado diálogo. Volvía emocionante la labor el conocimiento de que si llegasen a notar que alguien estaba copiando sus conversaciones el experimento se perdería. Ellos se volverían falsos, afectados, y buscarían llenarse de erudición, adornarse con ideas postizas, es decir, que perderían su espontánea originali-

dad, su forma sencilla y expresiva de plantear los asuntos serios y yo misma hallaría fastidiosa y aburrida la tarea de trasladar al papel una dudosa erudición.

Repentinamente me ha ocurrido la idea de dar a conocer algunas de esas versiones tan cariñosamente recogidas, tras de elaborarlas y ordenarlas un poco, en la medida de mis escasos conocimientos. No sé si para los demás tendrán el interés que tienen para mí, que emprendo, por este medio un poco extraño, lo confieso sinceramente, la búsqueda de algún pequeño honor literario. Creo que esta larga confesión me exime de todo conflicto moral. Aunque sé que mis compañeros de trabajo difícilmente podrían identificar estas charlas, y más todavía, que se sorprenderían si alguien se las adjudicara abiertamente, no quiero, sin embargo, abusar, ni declarar como enteramente mío lo que es mío sólo en parte. Porque yo lo tomé y tuve el cuidado de conservarlo, cosa que en cierto modo me convierte en dueña legítima de algo que sin mi cuidado se hubiese perdido inexorablemente.

El deber de no regatear a nadie la parte que le corresponde, me hace declarar toda la verdad acerca de estas notas, confiada en que el único pecado es, como ya lo afirmé, de curiosidad e indiscreción.

En las escuelas se nos enseña que la primera condición de una buena secretaria es la discreción y la reserva. Pero no creo faltar a la moral profesional ni creo tampoco que mi indiscreción sea de tipo profesional cuando doy a conocer cosas que de ninguna manera formaban parte de mi trabajo y que surgieron, como también lo he afirmado ya, como consecuencia de varios factores casuales y un factor rígido: el ocio burocrático pocas veces interrumpido.

Para ser más honesta y fiel en este punto, he conservado hasta los nombres auténticos de los interlocutores. En el texto, la F deberá leerse Fabián,

y la M, Mauricio. Al principio pensé que sería más culto y gracioso marcarlos con dos y tres asteriscos, como los antiguos escritores señalaban a los condes o grandes personajes de una novela, pero he prescindido de esta gracia en el propósito de mantener la autenticidad de los personajes.

Baste decir, como disculpa final, que la literatura debe al ocio burocrático, amargamente censurado por quienes no han arribado nunca a la playa feliz de la burocracia gubernamental, muchas obras maravillosas. Entre otros, Huysmans escribió sus mejores novelas, a lo

largo de más de treinta años, al amparo de esa dulce pereza oficinesca. En el mismo papel amarillento, cruzado por líneas azules, y destinado a las actividades oficiales, se redactaron todos sus originales.

Si estas CHARLAS DE ESCRITORIO A ESCRITORIO llegasen alguna vez a ser consideradas de algún valor literario aunque fuese simplemente circunstancial, creo que la burocracia y yo tendríamos motivos suficientes para considerarnos victoriosos y satisfechos.

Myriam Rodríguez López.

Rolando Velásquez



Una Interpretación Evolutiva de la Historia

Por Roberto LARA VELADO

(Continuación)

Durante este período apareció el Cristianismo, que constituye la más reciente Revelación Divina y, por eso mismo, su culminación. Roma, que había sido tan amplia con todas las religiones con que tropezaba, persiguió al Cristianismo; no obstante su proceder es explicable, porque el Cristianismo, con su doctrina de amor a todo el género humano, planteaba la injusticia sobre la cual descansaba el Imperio y la sociedad romana. La aparición del Cristianismo constituye un hecho de importancia capital en la evolución histórica de la humanidad; podrá aceptarse o rechazarse, defenderse o combatirse, pero no ignorarse, porque, con su aparición, la evolución humana cambió de sentido y comenzó a prepararse el ciclo siguiente.

El segundo ciclo del proceso evolutivo primario representa un esfuerzo por superar el exclusivismo del período an-



ROBERTO LARA VELADO

terior y crear un sistema compatible con la pluralidad histórica de los agre-

gados sociales. Sus períodos menores son:

1) —Período de integración, representado por la alta Edad Media Occidental, hasta la caída de los Staufén y el final de las Cruzadas. Durante esta etapa, se realizó la transformación de la cultura grecorromana por la fusión con los bárbaros germanos, que hicieron el papel de fermento renovador, bajo la influencia decisiva del Cristianismo; el Cristianismo hizo estallar las caducas estructuras del Imperio Romano, para luego desempeñar, como dice Toynbee, el papel de crisálida, de la cual surgió la mariposa de la civilización occidental. Con la cultura occidental, la evolución cambia de sentido en Occidente; sus ideales son: el Universalismo religioso, nacido del ideal cristiano; y el pluralismo político, originado en el particularismo germano, que se desarrolló en el nacionalismo, sentimiento peculiar de todos los occidentales; el ideal nacionalista o particularista político es la antítesis de la tendencia imperial universalista que con interrupciones, fue la dominante a través de todo el ciclo anterior. En los campos político y económico, las creaciones de este período son el feudalismo occidental, el gremio y la república comunal; en el campo de la evolución del pensamiento y del sentimiento, sus creaciones más importantes, que arrancan del llamado renacimiento carolingio como punto de partida, son la filosofía escolástica, la romántica caballeresca y el arte gótico. Al mismo tiempo la evolución se diversifica en el Oriente; allá no cambia de sentido, sino que repite las formas culturales del primer ciclo, desde luego con realizaciones más evolucionadas y algunas de ellas brillantes, como la cultura bizantina y sobre todo la islámica; la cultura bizantina es la forma evolucionada de la helenística oriental, es decir de la etapa final de la cultura helénica; la cultura islámica es de la misma naturaleza de las culturas orientales antiguas, tan-

to que Toynbee la considera, en sus inicios, como una mera prolongación de la siríaca, a que antes hemos hecho referencia. Esta diversificación evolutiva, que hemos llamado la variante oriental de la evolución, concluyó en el estancamiento; las invasiones de los tártaros y de los turcos quebraron la fuerza evolutiva de las culturas orientales y fijaron un estado social que se mantuvo invariable hasta nuestros días, en que el estancamiento ha sido sacudido por la influencia de la cultura occidental intrusa: el Imperio Otomano, en el Cercano Oriente, y el del gran Mongol, en la India, representan el estancamiento. No obstante, antes de desaparecer, la cultura bizantina se proyectó hacia el Norte y, en combinación con la expansión belicista de los tártaros, originó la cultura rusa.

Este período de la evolución histórica de la humanidad, es particularmente interesante; porque nos ofrece, en una época francamente histórica y dentro de nuestra propia cultura, circunstancia esta última que lo hace fácilmente comprensible para nosotros, el espectáculo del cambio de sentido evolutivo y de la creación de una cultura nueva a partir de los elementos restantes de la anterior desaparecida. Por eso, este período es un auténtico período de transición entre la antigüedad que moría y la modernidad que nacía; en este sentido, y solamente en éste, tiene validez el nombre de Edad Media, con que generalmente se conoce el período que nos ocupa.

Will Durant llama a este período, la "Edad de la Fe", porque en su desarrollo coexisten tres culturas, cada una de las cuales tiene como temática directriz una religión; es la etapa en que la evolución humana apunta hacia los valores espirituales de contenido religioso, que nosotros la consideramos como característica común a todos los períodos de integración. Estas culturas son: la Cristiandad Occidental, el Mundo Islámico y la Cultura Judía. Noso-

tros agregaremos: que la primera fue la representante del cambio de sentido evolutivo, que finalmente se concretó en la cultura occidental, rectora del presente ciclo; que la segunda representa la variante oriental, forma más evolucionada de los fenómenos culturales del ciclo anterior, aferrada al mismo sentido evolutivo: y que la tercera está constituida por la "diáspora", o sea por las comunidades judías dispersas por el mundo mediterráneo, desde que la vieja comunidad hebraica se dispersara bajo los golpes recibidos de las legiones romanas de Tito.

II)—Período de plenitud representado por la baja Edad Media Occidental y la Edad Moderna. Durante esta etapa quiebran los valores ideales del período anterior; la quiebra se produce en dos sentidos: por una parte, la exacerbación del nacionalismo condujo a la lucha por la hegemonía europea primero y mundial finalmente, al querer colocar la propia nacionalidad por encima de los demás; por la otra, la sustitución del ideal religioso y su universalismo por los resucitados ideales humanistas de la cultura grecorromana. El proceso fue lento, como toda transformación evolutiva; durante la llamada baja Edad Media, el proceso se insinúa y aparecen los primeros fenómenos de esta clase, si bien aisladamente y de alcances limitados; durante la llamada Edad Moderna, el proceso cobra vigor, se generaliza y tiene facetas en todos los órdenes: en la evolución del pensamiento y del sentimiento, el Renacimiento; en el orden religioso, la Reforma; en el político, el absolutismo; y en el económico, el mercantilismo que engendró el imperialismo colonialista; el imperialismo colonialista es psíquicamente distinto del imperialismo universalista, de que antes se ha hecho mención; este último es esencialmente político y descansa sobre la justificación religiosa; en cambio, el primero es netamente económico y pretende asegurar la preponderancia comercial;

si recurre a la subyugación política de las naciones, lo hace como un expediente eficaz para apoderarse de las fuentes de materias primas y dominar los mercados para sus productos industriales; todos los imperialismos occidentales, comenzando por el español y el portugués de los días del descubrimiento y conquista de América, hasta llegar a los imperialismos de nuestros días, son de tipo colonialista. En el campo ideológico, el proceso antes descrito continuó con el movimiento intelectual conocido con el nombre de la Ilustración, que, por una parte, nos condujo al laicismo, y por la otra, al poner de manifiesto la tremenda injusticia que el absolutismo entrañaba, suministró el fermento ideológico que sirvió de base a la Revolución Francesa y dio ocasión para el resurgimiento de la democracia.

El proceso se originó en las ciudades-estados de la Italia central y septentrional del Medioevo, erigidas en repúblicas comunales virtualmente independientes, a la caída de los Staufen. De ellas, el proceso fue extendiéndose a todo el resto del Occidente, primero mediante fenómenos esporádicos aparecidos aisladamente y luego, mediante su generalización al iniciarse la llamada Edad Moderna. El Renacimiento, en su esencia, no es otra cosa que la asimilación de los ideales culturales del helenismo, por los occidentales de ese tiempo, quienes produjeron, rebasándolos, su propia versión; este fenómeno, surgido en Italia y proyectado después a todo el Occidente, no habría sido posible sin la antecedente evolución medieval en los órdenes del pensamiento y del sentimiento, que capacitó a los hombres cultos de la época para comprender, imitar e interpretar la cultura grecorromana, que había estado siempre presente en la evolución occidental. Como resultado de este movimiento, la cultura se separó del común de los hombres y se independizó de la influencia religiosa, que había si-

do determinante en el período de integración; esto creó una mentalidad que permitió los cambios en los otros órdenes.

En lo religioso, la Reforma quebró la unidad de la Cristiandad Occidental e inició las iglesias nacionales protestantes; con ello, la secularización de la cultura y la hipertrofia del nacionalismo recibieron el más eficaz de los impulsos. El proceso se inicia por hechos aislados, en la Baja Edad Media occidental, y se torna vigoroso en la Edad Moderna. El gran cisma de Occidente y las rebeliones de Jon Wicleff, en Inglaterra, y de los hussitas en Bohemia, fueron sus primeras manifestaciones.

Las transformaciones en lo económico y en lo político, también se originaron en Italia. En las repúblicas comunales italianas, con el florecimiento de su comercio a raíz de las Cruzadas, se originó el mercantilismo; los primeros imperios coloniales europeos, por motivos económicos, fueron el genovés y el veneciano, de los días del Medioevo. Finalmente, el fenómeno absolutista surgió de la decadencia de las repúblicas comunales italianas; al sonar para ellas la hora fatal de su declinación, los jefes de sus milicias mercenarias, los condottieri, se apoderaron por la fuerza del poder absoluto y convirtieron la república en principado. El fenómeno pasó de Italia a Inglaterra, donde los reyes de los días de la Reforma anglicana asumieron una actitud autoritaria, que después se generalizó por toda Europa; en Inglaterra la evolución política se anticipó tanto a la del continente, que le permitió servir de modelo a lo que sería en el período siguiente; el absolutismo de los Tudor y de los primeros Estuardo provocó la reacción democrática del pueblo inglés y dio ocasión a que se sentaran las bases del parlamentarismo; en los días en que el resto de Europa vivía el absolutismo de Luis XIV y sus sucesores y de los “déspotas ilustrados”, Inglaterra

había evolucionado decididamente hacia la democracia.

Realmente, Toynbee tiene razón cuando propone que a la llamada Edad Moderna, se le designe con el nombre de “período italianista de la civilización occidental”.

III)—Período de disolución iniciado con la Revolución Francesa y cuyas convulsiones finales las estamos viviendo aún. La justa reacción del pueblo francés contra los abusos del absolutismo dio al traste con el antiguo régimen; fue continuada con la etapa cesarista de Napoleón Bonaparte; al igual que en el primer ciclo, el cesarismo aparece al iniciarse el período de disolución, como si este fenómeno quisiera anunciarse que el sentido evolutivo se ha vuelto ya caduco y que, por eso mismo, se aproxima un cambio fundamental. Finalmente, el movimiento que tuvo su punto de partida en la Revolución Francesa, se concretó en un régimen cuya ideología es el liberalismo, que se extendió por todo el mundo occidental. El liberalismo ha sido, en lo político, democrático, por lo menos en teoría en todas partes y en la práctica en la mayor parte de los países desarrollados; en lo social, igualitario legalmente, pero no prácticamente; en lo religioso, laicista, y en lo económico, defensor del abstencionismo de Estado. La postura económica del liberalismo, en combinación con la llamada revolución industrial del siglo recién pasado y la primera parte del presente, creó el proletariado paupérrimo de nuestros días, base del llamado problema social, máxima incitación del mundo contemporáneo. En la génesis del problema social, el régimen económico liberal desempeñó el papel de condición previa para su existencia y de causa profunda sin la cual no se habría producido; y la revolución industrial, el de causa próxima, que aceleró su apareamiento, al dar ocasión a que la concurrencia económica sin freno, que los postulados económicos del liberalismo propicia-

ban, se desenvolviera en todo su rigor. El problema social nos ha conducido a una crisis mundial, que parece ser la final del segundo ciclo; sin que por ello le neguemos al régimen económico liberal, el mérito de haber producido un progreso material sin precedentes; este progreso constituye un logro positivo, pero desgraciadamente el precio que, en términos de injusticia y malestar social, ha tenido que pagar la humanidad por haberlo alcanzado, supera sus beneficios, aun cuando solamente fuera porque amenaza con sumirnos en el caos y con dar al traste con nuestra civilización. Antes de examinar la crisis del presente, es necesario hacer una breve relación de los otros procesos evolutivos.

Capítulo VIII

Los procesos evolutivos secundarios

Fuera del proceso evolutivo primario, han quedado extensas regiones del mundo, América, el Extremo de Oriente, Africa Central y Meridional y Oceanía; apartadas de ésta, por lo menos, durante la mayor parte de la historia. Dos de estas regiones, América y el Extremo de Oriente, ofrecen procesos evolutivos secundarios bien caracterizados, cuyo análisis haremos brevemente a continuación.

El proceso evolutivo americano consta de dos ciclos. El primero corresponde a la etapa precolombina de la historia de nuestro continente que concluyó con el descubrimiento y la conquista. El segundo es el proceso de adaptación de la cultura europea a nuestras tierras, que paulatinamente ha incorporado a nuestros pueblos al proceso evolutivo primario, o sea que ha efectuado la fusión de ambos procesos.

Las culturas correspondientes al primer ciclo americano se desarrollaron principalmente en dos zonas: la zona culta del Norte, que comprende la meseta del Anáhuac, la península de Yucatán, el istmo de Tehuantepec, Guate-

mala, El Salvador citralempino y parte de Honduras; y la zona culta del Sur, cuyo centro es el Perú, pero que se extiende además por Ecuador, Bolivia, parte de Colombia y el norte de Chile. Fuera de estos dos grandes centros de cultura, podemos encontrar una que otra civilización aislada, de mínima influencia en el desarrollo global; son las que los autores indigenistas llaman culturas periféricas, tales como la conocida cultura chibcha. Los períodos menores del primer ciclo americano son:

1) —Período de integración representado por las culturas arcaicas, o sea por el proceso de creación de los complejos culturales netamente americanos. De acuerdo con la autorizada opinión del historiador indigenista Salvador Canals Frau, en su obra *Prehistoria de América*, la población precolombina americana se originó mediante cuatro corrientes de inmigración: a) La de los dolicoideos primitivos de cultura inferior, procedentes del norte de Asia y llegados por vía terrestre a través del estrecho helado de Behring. b) La de los canoeros mesolíticos, todavía delicoideos y de cultura inferior, procedentes también del norte de Asia y llegados por vía marítima, en canoas pesqueras, costeano las Aleutianas. c) La de los mongoloides neolíticos procedentes de Melanesia, llegados por vía marítima, que desembarcaron en la costa del Pacífico y fueron los portadores del tipo mongoloide de las razas indígenas de América. d) La de los polinesios cultos, llegados por igual vía que la anterior y que, por ser portadores de los elementos de alta cultura, fijaron los atributos de las culturas precolombinas. A partir de los elementos de cultura traídos por los polinesios, se desarrolló el proceso que concretó los primeros complejos culturales propiamente americanos; comienza con las culturas preclásicas o formativas, todavía cuasiimportadas; continúa con las culturas medias y desemboca en las primeras

culturas clásicas. Todo el proceso es una lucha entre la tendencia imperial universalista, que denuncia su origen asiático por coincidir con el ideal del período de integración del primer ciclo del proceso primario, y el particularismo tribal, nacido durante el largo peregrinaje de las tribus desde su lejano hogar originario. En la zona culta del Norte, tenemos, entre otras, las culturas otomí, teotihuacana y olmeca, que representan focos aislados de cultura; y las culturas maya y tolteca, con tendencia imperial. En la zona culta del Sur, las culturas pretiahuanaguenses, aisladas; el imperio de Tiahuanaco, que pudo ser el primer ensayo imperial, si es que tuvo alguna vez la realidad que suponen los arqueólogos; y un renacimiento tribal con los chimús y los aimaraes.

El origen asiático remoto de las culturas americanas precolombinas está, a nuestro juicio, fuera de duda. Los primeros complejos culturales americanos partieron de los elementos traídos por los inmigrantes polinesios; la cultura polinesia, de efímera vida, se originó bajo el influjo de los complejos culturales indochinos, resultados del encuentro de la cultura china antigua con la hindú anterior, de la que ya hemos hablado; esta cultura polinesia tuvo efímera vida, pero, no obstante, pudo emigrar a la América, a través de los viajes realizados por algunos canoeros por el Océano Pacífico; una vez acá, sirvió de punto de partida de toda la evolución cultural de América Precolombina.

En la zona culta del Norte, la cultura maya fue la dominante en el primer período y la que sirvió de cultura paterna a las posteriores de la zona. El llamado primer Imperio maya, probablemente no tuvo realidad como un estado único, pero probablemente también acusó tendencias a la unidad, a través de la preponderancia cultural y religiosa de varios centros sucesivos. La invasión de los toltecas, procedentes del

Norte, puso fin al primer Imperio maya; los toltecas fueron la primera ola de los bárbaros nahuatlacas, que se anticipó a sus hermanos; fueron totalmente absorbidos por la cultura maya, por lo que el Imperio tolteca, que sí tuvo realidad política como estado único, vino a ser la culminación de las tendencias culturales acusadas por los mayas.

En la zona culta del Sur, probablemente debido a la gran extensión geográfica que favorecía el aislamiento tribal, la tendencia imperial tardó más tiempo en aparecer. Si el Imperio de Tiahuanaco no tuvo la realidad que suponen los arqueólogos, habría que esperar hasta el período siguiente, para ver aparecer e imponerse esta tendencia.

2) —Período de plenitud representado por las últimas culturas clásicas. En el Norte, la invasión nahuatlaca lo fraccionó en muchos estados de tendencia tribal; en el Anáhuac, se suceden las soldanías de los chichimecas y los teponecas y la triple monarquía de los aztecas, junto al reino de Michihuacán y la república de Tlaxcalla; más al sur, dentro de la misma zona, los cacicazgos maya-quichés, el segundo imperio maya y el cacicazgo pipil. Este fraccionamiento y la subsistencia simultánea de los diversos cacicazgos consagra el triunfo del particularismo tribal en la zona culta del norte; con la única excepción del segundo imperio maya, ningún otro estado indígena de este período ofrece los caracteres de una tendencia universalista bien diferenciada; algunos autores han interpretado la expansión de los aztecas como un reaparecimiento de la tendencia imperial universalista; personalmente nos inclinamos por la negativa, ya que lo que conocemos como imperio de los aztecas fue el resultado del compromiso entre tres pueblos, que se repartían el poder en la meseta del Anáhuac, siendo los aztecas únicamente los más poderosos; en consecuencia esta triple monarquía, o sinarquía para usar el término de

ciencia política, integrada por el emperador azteca de México, el rey chichimecatl de Texcoco y el príncipe acolhuatl de Tlacopán, constituye una postura irreconciliable con la tendencia a la dominación de un solo pueblo por imperativo religioso. En cambio, en la zona culta del Sur surgen los quechuas, cuya civilización es probablemente una filial de la aimarae; los quechuas crearon el imperio universalista de los Incas, llamado así por el título que daban a sus soberanos, el cual fue la máxima realización cultural de la América indígena.

Las culturas indígenas de este período constituyen las formas avanzadas a que había llegado la evolución americana precolombina, a la época del descubrimiento; podemos señalar, sin temor a equivocarnos, los jalones del proceso cultural en ambas zonas. En la zona culta del Norte, la cultura maya, sucesora de las culturas primitivas aisladas que antes se han señalado, fue la cultura paterna; la cultura mexicana, en sus diversas variantes, fue una filial de la maya, nacida como resultado de las invasiones nahuatlecas; los bárbaros nahuatlecas desempeñaron, en el proceso de nacimiento de la cultura mexicana, un papel paralelo al de los bárbaros germanos en la creación de la cultura occidental; los cacicazgos centroamericanos resultaron también de la extensión hacia el Sur, del mismo proceso. En la zona culta del Sur, el proceso partió probablemente de la cultura de Tiahuanaco, primera alta cultura de la zona; las culturas chimú y aimarae fueron sus filiales; la última desempeñó el papel de cultura paterna, de la quechua, que nos ofrece una sorprendente civilización, llamada por un conocido indigenista extranjero "el Imperio socialista de los Incas".

Varios autores han sostenido que las culturas indígenas de la América Precolombina habían entrado en decadencia, poco antes de la llegada de los europeos; estamos de acuerdo con esta

afirmación; ello significa que el período de disolución del primer ciclo americano, a través del cual se habrían originado nuevas manifestaciones culturales, al aparecer un nuevo ciclo que con seguridad lo habría sucedido, estaba próximo a empezar. Todas estas posibilidades quedaron cerradas, al producirse la conquista occidental.

3—No tuvo período de disolución propiamente tal, aunque la mayoría de las culturas indígenas comenzaban a dar señales de decadencia, porque la entrada en escena de la cultura occidental intrusa cambió las cosas de un golpe. El ciclo se desintegró en un ultrarrápido período crítico, representado por el descubrimiento y la conquista.

El segundo ciclo americano es, como ya se ha dicho, el proceso de adaptación de la cultura occidental conquistadora a las tierras de nuestro continente. En América Latina, este proceso tiene varios aspectos; la adaptación del colono europeo y de sus descendientes, los criollos, al medio americano; el mestizaje que ha producido la inmensa mayoría de nuestra población; ambos procesos se pueden considerar como virtualmente cumplidos; y la absorción cultural de las comunidades indígenas por la cultura occidental circundante, que, en muchos lugares de Latinoamérica, se va realizando con una lentitud desesperante. En Norteamérica, solamente el primer proceso se ha verificado; los otros dos han sido sustituidos por la destrucción despiadada del indio, por el conquistador anglosajón imbuido de un profundo sentimiento racista. Esta etapa desempeñó el papel de período de transición que cumplió la tarea de fundir el proceso secundario americano con el proceso evolutivo primario; sus períodos menores son:

a) Período de integración constituido por la etapa colonial, durante la cual se forma lentamente la sociedad americana. En el lapso en que se des-

arrolla la mayor parte de este período, no existe aún conciencia americana; el colono europeo se siente hijo de la metrópoli, en cuyo nombre oprime y explota al indio; el indígena ve desaparecer, a un tiempo, su cultura y su nacionalidad. Hacia el final del período, la población de este continente toma ya conciencia de su filiación americana, de lo cual da una prueba indiscutible en las guerras de independencia. La independencia americana fue la culminación de este proceso psíquico, el cual constituye la causa profunda y determinante del fenómeno; las causas de orden económico y comercial, que suelen citarse por los autores, sólo fueron coadyuvantes, porque aseguraron una ayuda externa que, si bien fue efectiva en la práctica, no habría sido capaz por sí sola de haber provocado el fenómeno de no haber mediado la voluntad de independizarse de los propios americanos; la difusión de las ideas liberales, que también suele citarse, tuvo más bien su mayor influencia sobre la dirección que tomó el movimiento después de lograda la independencia y sobre el curso de los acontecimientos en el período siguiente.

El fenómeno de la independencia de América Latina, como todos los grandes acontecimientos históricos, ha sido muy discutido, en sus causas, en su significado y en sus hombres. Se ha pretendido querer explicarlo únicamente en función de causas económicas, pretendiendo olvidar todo el fondo espiritual que constituyó su motor psíquico innegable. Para quienes opinan en la forma indicada, la independencia latinoamericana fue el resultado del juego de los intereses comerciales de las grandes potencias del Occidente, especialmente de Inglaterra y de los Estados Unidos, que se valieron de ella, para eliminar el monopolio comercial español impuesto por la Madre Patria a sus colonias ultramarinas; basta analizar el proceso de las guerras de independencia, para poner de manifiesto la false-

dad de tal tesis. Los movimientos en favor de la independencia surgieron aprovechando la invasión de la Madre Patria por los franceses de Napoleón I, comenzaron siendo movimientos de solidaridad con España y se transformaron, de manera inmediata y espontánea, en independencionistas; de ese momento en adelante, proliferaron por todas partes y obtuvieron el apoyo decidido de la población; fue hasta en el curso de las guerras de independencia, o sea cuando ya se había manifestado en todas partes la voluntad de los latinoamericanos de separarse del Imperio español, cuando se presentó la ayuda extranjera, la cual si bien es cierto que fue eficaz, no fue una causa determinante del fenómeno. No ha faltado quienes quieran decir que los próceres actuaron persiguiendo intereses egoístas, buscando obtener mejores precios para los productos de sus cosechas en un mercado libre del monopolio comercial español; nada más injusto; los próceres fueron los hombres que, en el momento histórico de la independencia, supieron interpretar los deseos de su pueblo y poner generosamente sus vidas al servicio de esa causa; no obtuvieron por ello, más que la satisfacción del deber cumplido y la gratitud de las generaciones futuras de latinoamericanos; la verdad es que, aunque fue aceptada la ayuda extranjera, no se dio nada en cambio por ella; si hubiera sido de otra manera, no habría que haber esperado hasta el período siguiente para ver aparecer, con carácter definido, la penetración económica y política del imperialismo norteamericano.

b) Período de plenitud, representado por el siglo recién pasado. En él se concretaron las nacionalidades de esta parte del mundo y se operó paulatinamente la fusión del proceso secundario americano con el proceso evolutivo primario. Como resultado de haberse constituido una serie de unidades políticas diferentes, se diversificó la conciencia americana, o mejor dicho la concien-

cia latinoamericana, creándose las conciencias nacionales de cada una de las comunidades políticas en que se dividió la América Morena. La lucha entre conservadores y liberales, que ocupó la mayor parte de nuestra historia es este período y que concluyó con el triunfo definitivo de los segundos, sirvió para destruir lo que aún restaba de la organización colonial y dar a nuestros pueblos la fisonomía del presente; las estructuras actuales, resultantes de esta lucha, han colocado a nuestros pueblos frente a los problemas que confrontan los países que, con anterioridad estaban sometidos al proceso primario de evolución; nos han integrado en ese proceso y nos han hecho marchar al ritmo evolutivo de esas naciones; si bien estamos a la zaga en cuanto al desarrollo socioeconómico y sociopolítico, sentimos ya todas las corrientes ideológicas mundiales y tenemos en común con los otros pueblos del mundo, en lo fundamental, esa actitud psíquica profunda que constituirá la base de las transformaciones culturales de mañana. A medida que avanzan los tiempos se hace más claro que evolucionamos al ritmo de toda la humanidad.

El proceso del período americano de plenitud tuvo dos aspectos fundamentales: 1) La formación de la conciencia nacional de cada una de las unidades políticas del continente americano; en Norteamérica, fue un proceso integrador, mediante el cual los estados originales se fueron fusionando, paulatina e insensiblemente en la Federación, muy débil al principio del período y completamente consolidada al final, cuyo punto crítico lo constituyó la Guerra de Secesión; y a la vez un proceso de asimilación de todo el elemento humano traído por las corrientes migratorias que, en el caso específico de los Estados Unidos, han desempeñado un papel de primer orden en la formación de ese pueblo; en América Latina, ha sido un proceso diferenciador cumplido al amparo de la división en cierto

número de países distintos, a través de todo el período, y del sentimiento nacionalista, típico de los pueblos occidentales, que los latinoamericanos hemos heredado de los conquistadores europeos. 2) La adaptación de la cultura de nuestro continente al ritmo propio del proceso evolutivo primario; en Norteamérica, el proceso asumió la forma de la conocida "marcha de la civilización hacia el Oeste"; en América Latina, se concretó mediante el fenómeno que podemos llamar de la "revolución liberal".

c) Período de disolución en nuestro siglo, que ya no es netamente americano sino mundial; es decir, que forma parte del período de disolución del proceso evolutivo primario. Norteamérica ha emergido como una potencia imperialista del mismo tipo de los imperialismos europeos; los imperialismos occidentales, como se ha dicho, son el resultado de la hipertrofia del nacionalismo que conduce a los pueblos imperialistas a querer colocar su propia nacionalidad por encima de las demás y a abrigar tendencias a la hegemonía mundial; toda la política exterior intervencionista norteamericana, en América Latina primero y en el mundo en general después, corrobora este punto de vista; la dirección del proceso está, por el momento, en sus manos. América Latina, azotada por el caudillismo y el subdesarrollo, está aún a la zaga; pero sus pueblos han despertado y podemos esperar en el futuro que asuma el papel rector en los asuntos mundiales a que la llama su destino; aquí está uno de los problemas más candentes de la realidad latinoamericana de hoy día; nuestros pueblos buscan ardientemente el respeto internacional a que tienen derecho de parte de grandes y pequeños, la posibilidad de hacerse sentir efectiva y libremente en la marcha de los asuntos mundiales y la oportunidad de crear su propia cultura y de llegar a sus propias soluciones.

Cuatro grandes necesidades, en lo

fundamental, demandan solución urgente y constituyen el problema, o mejor complejo de problemas, que confronta América Latina, en esta hora decisiva del despertar de sus pueblos: 1) En el campo político interno, la de la vivencia real y efectiva de la democracia representativa, como sistema de gobierno; en todas las naciones latinoamericanas, el gobierno democrático es un principio constitucional, desde hace siglo y medio más o menos; pero, en la gran mayoría de ellas, nunca se ha vivido en la práctica. 2) En el campo social, la necesidad de poner fin al régimen intrínsecamente injusto que hace víctima a la mayoría de la población; la justicia social es, hoy en día, de urgencia impostergable entre nosotros. 3) En el campo económico, la de desarrollarse económicamente, a fin de sustituir nuestras economías tradicionales, por economías modernas de tipo industrial; y, lo que es más difícil, la de combinar tal desarrollo con un vigoroso progreso social y un adecuado equilibrio regional. 4) En el campo internacional, la de obtener la posición de dignidad y respeto, a que tenemos indiscutible derecho, en el juego mundial; en nuestros días, en que el juego internacional de las grandes potencias está derivando, de manera clarísima, hacia la política de los colosos, tales como los Estados Unidos y la Unión Soviética, la solución lógica de este problema se encuentra en la creación de una unidad política regional latinoamericana.

Los pueblos del Extremo del Oriente han realizado un único ciclo, de corta duración, que desembocó en un estancamiento; la evolución se planteó como una lucha entre la tendencia imperial universalista y el feudalismo particularista. Los dos mayores pueblos de la zona, China y el Japón, tuvieron procesos evolutivos paralelos en cuanto a sus etapas, pero con resultados finales diferentes. En China, el período de integración se inicia con el Imperio de

tendencia universalista, fundado alrededor del Emperador, el hijo del cielo; hasta las postrimerías de la segunda dinastía, aparecen los señoríos feudales que marcan la crisis de la idea imperial; bajo la tercera dinastía, los Chou, el imperio se convirtió en un estado feudal, despedazado por las incesantes luchas entre los dinastas locales por apoderarse de la dignidad imperial; en este período, apareció el confucionismo, principal responsable del estancamiento posterior, al encerrar en sus marcos clásicos toda la vida de la quieta civilización china. Las luchas feudales concluyeron con el triunfo de los T'sin, que dieron a China la cuarta dinastía, cuya elevación marca el principio del período de plenitud; la cuarta dinastía destruyó el feudalismo y creó un Imperio unitario y militarizado, volviendo al universalismo del hijo del cielo. La quinta dinastía, los Han, convirtió el Imperio en un estado de funcionarios, profundamente confucionista, cuya organización se completó a través de varios siglos y bajo diferentes dinastías. El estancamiento empieza con los Han; después de esa época, hubo movimientos violentos que acarrearón la división y luego la reconstrucción del Imperio; China fue conquistada dos veces por invasores bárbaros, los mongoles y los manchúes; pero el tradicionalismo chino supo ser más fuerte que todo eso; salvó los períodos de lucha y absorbió culturalmente a los invasores; los marcos clásicos de la cultura china se mantuvieron inalterables hasta su contacto reciente con la cultura occidental.

Al iniciarse el período de integración en el Imperio japonés, encontramos el poder dividido entre el Mikado, que representa la tendencia imperial con justificación religiosa, y los jefes de la aristocracia de las estirpes, representantes de la idea feudal que en el Japón parece remontarse a tiempo inmemorial. La crisis se inició con el intento del Mikado de introducir un

estado de funcionarios, al modelo chino, para destruir o, por lo menos, debilitar al máximo posible al feudalismo; el intento encontró la resistencia de la aristocracia y provocó la guerra civil; la aristocracia triunfó e impuso al Mikado vencido la delegación de sus poderes en un nuevo funcionario; el shogún, cuyo establecimiento señala el principio del período de plenitud. El shogunado no fue inicialmente hereditario; las distintas estirpes feudales trataban de retenerlo casando a los Mikados con mujeres de su familia; tras un intento del Mikado por recuperar su antiguo poder y una nueva guerra civil, se estableció al shogunado hereditario, cuya larga duración corresponde a la etapa de estancamiento japonés; durante el estancamiento, floreció el feudalismo japonés con instituciones externamente paralelas a las del feudalismo occidental; la alta nobleza de los señores feudales está representada, en el Japón, por los daymios; la institución de la caballería, por los samuráis. Poco antes de la llegada de los europeos, había surgido un movimiento nacionalista, que reclamaba la abolición del feudalismo y reivindicaba para el Mikado, como representante ideal de la nacionalidad japonesa, el ejercicio efectivo del poder, era la resurrección de la antigua idea imperial; si hubiera transcurrido un lapso suficiente, es probable que este movimiento habría sido capaz, por sí solo, de sacudir el estancamiento y devolver al país a la evolución; de todas maneras, suministró la fuerza psíquica necesaria para que pudiera efectuarse la sorprendente transformación japonesa del siglo recién pasado.

El contacto con la cultura occidental intrusa puso fin al estancamiento en el Extremo del Oriente y disolvió el ciclo. La actitud inicial de ambos imperios fue la misma, se cerraron voluntaria y drásticamente a toda influencia externa; pero las etapas posteriores fueron diferentes. China fue abierta a

cañonazos por las potencias imperialistas de Occidente; el contacto con Occidente descompuso a China y la lanzó en un franco proceso decadente; el ensayo republicano de Sun-Yat-Sen fue un fracaso, porque, al faltarle la base espiritual indispensable, careció de sinceridad y de vivencia efectiva; jamás vivió su mentida democracia y concluyó por sumir al país en un caos, que abrió la puerta al más oriental de los regímenes contemporáneos, el comunismo soviético. El Japón, en cambio, reaccionó en otra forma; con una capacidad de asimilación poco común, adoptó todo aquello que le fue posible asimilar de la cultura occidental y lo combinó con su propio modo de ser; su transformación sin precedentes, cumplida por su propia voluntad, le ha permitido colocarse en una posición de importancia en el juego internacional; es cierto que su ancestral tendencia al imperio universalista no ha dejado de causarle tropiezos; a ella debe su loco sueño de dominación sobre el mundo que lo hizo participar en la desastrosa aventura de la segunda guerra mundial; pero pasado ese aciago momento de su historia, su evolución continúa por vías de progreso.

Fuera de los dos procesos evolutivos secundarios que se acaban de analizar, no podemos hablar con propiedad de otros que merezcan citarse. El Africa Central y Meridional, hasta la colonización europea, no hizo otra cosa que prolongar hasta nuestros días su etapa prehistórica o primitiva. En cuanto a Oceanía, probablemente por influencia irradiada de las culturas orientales, produjo dos formas culturales, la melanesia y la polinesia, de las cuales solamente la segunda merece el nombre de alta cultura, la vida de estas formas culturales, en su hogar originario, fue efímera; tras un corto florecimiento, la evolución regresiva sumió a esos pueblos en el barbarismo; en cambio, la emigración marítima de muchos de sus componentes a través del Pacífico,

les permitió llegar a América, con lo que estas culturas se convirtieron en el antecedente de las del primer ciclo americano.

El momento presente

El momento actual de la historia del mundo tiene una importancia capital para toda la evolución humana. La cultura occidental, a partir del período de plenitud del proceso evolutivo primario, ha realizado una expansión sin precedentes, que le ha permitido llegar a todos los rincones del planeta; como resultado de esta enorme expansión, la cultura occidental ha desempeñado y continúa desempeñando, respecto de los pueblos que no son occidentales, el papel de cultura intrusa y provocando la reacción violenta de estos pueblos. El efecto inmediato de la intrusión ha sido unificar el proceso evolutivo, al comunicar a los demás pueblos de la tierra, el ritmo evolutivo propio del proceso primario, cuya dirección ha tenido hasta hoy la cultura occidental. La humanidad vive, por primera vez en la historia, un único proceso evolutivo, lo cual, desde luego, no nos permite asegurar que no pueda diversificarse nuevamente en el futuro.

Por otra parte, el proceso evolutivo primario que se ha extendido a toda la humanidad, está en una etapa crítica; hace ya más de dos siglos que empezó el período de disolución del segundo ciclo; aún más, la crisis final parece haber comenzado a partir de la primera guerra mundial. Esta es la explicación histórico-sociológica de la crisis que agita al mundo de hoy día; la humanidad está viviendo los malestares del cambio de ciclo que se aproxima; las violencias que acompañan a la desintegración del segundo ciclo y al reagrupamiento de fuerzas consiguientes que generará el tercer ciclo; el mundo sufre los dolores de la muerte de un ciclo y del nacimiento de otro.

La incitación que provoca la crisis es el problema social nacido en el ám-

bito de la cultura occidental, rectora del ciclo, como efecto del sistema económico implantado por el liberalismo; como resultado de la unificación del proceso evolutivo, este problema se ha combinado con otros muchos, propios de los diferentes pueblos, viniendo a constituir un verdadero sistema de problemas, cuya falta de soluciones adecuadas amenaza con llevar a la humanidad a un nuevo caos. Se ha combinado con la falta de libertad política que sufren desde tiempo inmemorial muchos pueblos; que han despertado bajo la influencia cultural que les llega de afuera y reclaman la erradicación de los gobiernos de camarillas minoritarias; se ha combinado con la falta de desarrollo económico de gran parte de la humanidad y con la existencia de economías de tipo colonial, que permite la explotación de los países en fase de desarrollo en provecho de las naciones desarrolladas; se ha combinado finalmente, en el campo internacional, con el problema de los imperialismos y de la lucha por la hegemonía sobre el mundo.

Las mismas corrientes ideológicas que han tenido su origen en las respuestas ideadas para enfrentar el problema, han venido en ciertos casos a crear factores negativos que los complican. Para ilustrar esta afirmación, voy a citar un ejemplo. El marxismo nació en Occidente, como una respuesta exclusivamente materialista al problema social; encontró aceptación entre gran número de miembros de la llamada "intelligentsia" rusa y constituyó la base ideológica del nihilismo revolucionario que derribó al zarismo; al llegar al poder se combinó con el régimen autocrático y con la tendencia imperial universalista, que los rusos heredaron de los tártaros, originando el totalitarismo de izquierda que ha gobernado Rusia desde 1917. La autocracia comunista ahogó las ansias de libertad del pueblo ruso; y, al proclamar la dictadura como sistema, está poniendo

en peligro la libertad futura de todos los pueblos del mundo. Al crear la clase burocrática, la "nueva clase" de Milovan Djilas, que tuvo su antecedente histórico en la nobleza de servicio de los zares Iván el Terrible y Pedro el Grande, ha creado una nueva forma de privilegio opuesta a la igualdad que constituye la meta de todo progreso social. La tendencia imperial universalista se vistió con el ropaje de la internacional comunista para constituir el imperialismo soviético, que con el ingreso de China al campo comunista, se transformó en el imperialismo chinosoviético; este imperialismo oriental, resurrección de la vieja tendencia al dominio universal de los días del primer ciclo del proceso primario, discute en este momento la hegemonía sobre el mundo del imperialismo norteamericano, de tipo occidental.

La evolución histórica de Rusia es hartamente interesante; siguiendo las ideas expuestas magistralmente por Gonzague de Reynolds, podemos resumirla así: 1) —Durante la primera etapa, llamada de la Rusia de Kiev y Novgorod, la cultura llegó a Rusia, bajo la influencia bizantina; adquirió la cultura del Bizancio del Medioevo, que fue heleenística oriental. 2) —La conquista de los tártaros de la "horda de oro" puso fin al primer período y sometió a la cultura rusa, casi en su cuna, a su influencia, consolidando definitivamente su orientalismo; la escuela de los tártaros fue una escuela de despotismo y servilismo a la vez, que aseguró que las formas dictatoriales serían el gobierno normal de los rusos. El duque de Moscú, primero tributario de los tártaros y luego adalid de la independencia nacional, fundó el Imperio, bajo el modelo autocrático heredado de los tártaros; es la época de Iván el Terrible, cuyo gobierno se caracteriza por ser una tiranía típicamente oriental; la misma construcción del Imperio, mediante la llamada "marcha hacia el Este", que Rusia ha mantenido sin interrupción a

través de todas las etapas de su historia, no es otra cosa que la reconstrucción del Imperio tártaro, en provecho de sus sucesores rusos, en sentido contrario, esto es de Poniente a Oriente; esta es la etapa llamada la Rusia de Moscú. 3) Durante la tercera etapa, llamada la Rusia de San Petersburgo, se intentó la asimilación de Rusia al Occidente; los zares Pedro el Grande y Catalina II fueron los autores de este ensayo, que solamente logró una transformación aparente y superficial, sin llegar a la esencia del alma rusa; se fundó una nueva capital, se adoptó en las grandes ciudades las maneras occidentales y se favoreció la penetración de la cultura occidental, pero en el fondo, el ruso continuó siendo y pensando como antes; la misma transformación, por superficial que haya sido, vino a demostrar hasta dónde podía llegar el poder del autócrata, frente a la sumisión tradicional de sus súbditos. La influencia de la cultura occidental tuvo el efecto de formar una minoría de intelectuales, la "intelligentsia", que vivió desvinculada, a la vez, del pueblo y de la corte; esta minoría adoptó la corriente ideológica más extrema del Occidente, el marxismo, lo rusificó y la llevó hasta sus últimas consecuencias; aceptó la revolución proletaria y proclamó que solamente podría ser realizada por el pueblo ruso, por ser un pueblo sin historia y, por lo tanto, sin compromiso con el pasado; convirtió a la revolución proletaria mundial en la misión mítica de una clase y del pueblo ruso ahistórico. 4) La Rusia de los Soviets es la etapa presente, iniciada a partir de la revolución de 1917; la "intelligentsia" rusa proporcionó el núcleo del partido nihilista, que hizo violentamente la lucha contra el zarismo, y cuya fracción extremista, los bolcheviques, se apoderó del gobierno a raíz del triunfo de la revolución; desde el poder, se esfuerza en llevar a la práctica la revolución mundial proletaria, en provecho de un nuevo imperialismo de corte oriental; los

hechos de los últimos treinta años, es forzoso admitirlo, nos están demostrando que existe un serio peligro de que logre sus objetivos. Realmente, Gonzague de Reynolds tiene razón cuando dice que Rusia es la expresión más completa de la palabra "Eurasia", formada con la mitad del nombre de Europa y el nombre entero de Asia.

El sentido que la evolución tome en el tercer ciclo, cuya proximidad sentimos a través de la crisis que nos aqueja, depende en gran medida de la solución que la humanidad elija para responder al reto que el problema social, en toda su compleja contextura, la plantea. La solución para ser justa, implica, en el campo interno de cada comunidad política, la erradicación de la injusticia social y del gobierno de oligarquías minoritarias, económicas o políticas, mediante un sistema basado en la dignidad del hombre y la solidaridad social; y, en el campo internacional, la erradicación del imperialismo y de la explotación que sufren los países en fase de desarrollo, mediante un sistema basado en la dignidad de los pueblos y en la solidaridad internacional. Solamente así podremos ingresar a un tercer ciclo que represente un nuevo esfuerzo de superación hacia la fraternidad universal humana.

El llamado problema social de nuestro tiempo, no solamente tiene proyecciones en los campos político, económico e internacional, sino que se ha combinado con un formidable encuentro de culturas, que la expansión de la cultura occidental por todos los rincones del planeta, ha propiciado. Cuando se producen encuentros culturales en el espacio, como sucede en nuestros días, hay siempre una cultura que desempeña el papel de intrusa y que toma inicialmente la ofensiva; esto provoca la reacción de la cultura o culturas afectadas, las que a su vez contraatacan, originándose una colisión cultural, que con mucha frecuencia degenera en lucha violenta; la cultura o culturas que resisten, por

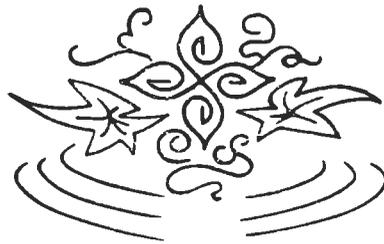
regla general, toman de la intrusa todo aquello que les sirve para la lucha que han de librar, inclusive una postura ideológica o un credo religioso o cuasirreligioso, considerado en el ámbito de la cultura intrusa como una desviación, una herejía, o una posición heterodoxa, a fin de que le sirva de bandera; tal es en síntesis la opinión de Toynbee, en materia de encuentros culturales en el espacio, con la cual estamos de acuerdo en lo fundamental. Este proceso se realiza actualmente; la cultura occidental ha desempeñado el papel de cultura intrusa, respecto de las demás del planeta; con su formidable expansión sin precedentes, durante los últimos cuatro siglos, ha hecho víctimas de su ofensiva a todas las demás culturas de la tierra; éstas han contraatacado, poniendo en peligro la existencia misma de la cultura occidental intrusa; el credo o postura ideológica que han tomado como bandera, es una de las respuestas que pretenden resolver el problema social, como complejo de problemas del mundo contemporáneo, el marxismo que se ha convertido en el aglutinante ideológico de todo el movimiento antioccidental de nuestros días. El choque del imperialismo norteamericano y el chinosoviético, en el campo internacional de hoy, discutiendo la hegemonía del mundo de mañana, lleva en el fondo este formidable encuentro cultural de proporciones mundiales. La gran verdad, no obstante, es que cualquier postura imperialista es esencialmente injusta; la solución no está, pues, en el triunfo de cualquiera de los imperialismos en pugna, sino en el de una postura diferente, que implique la superación de cualquier imperialismo y la implantación de un sistema basado en la dignidad y respeto de todos los pueblos y de todos los hombres, es decir en la verdadera solidaridad y fraternidad humanas.

Varias respuestas se han ideado, ante el complejo de problemas que vive nuestro mundo, pero todas ellas se han

eliminado una a una, hasta quedar finalmente sólo dos en la palestra. La continuación de un liberalismo mitigado mediante concesiones ad-hoc y de los imperialismos occidentales, se revela cada día más inoperante; es el esfuerzo desesperado por prolongar un ayer caduco y decadente; por sostener lo insostenible; por dar marcha atrás a la historia. El fascismo, combinación del cesarismo con el ultranacionalismo exagerado, fue una respuesta negativa que costó al mundo la hecatombe de la segunda guerra mundial.

Quedan la respuesta marxista y la socialcristiana. Ambas nacieron en Occidente; pero la primera, al haber sido recogida por dos pueblos de tradición imperial universalista, Rusia y China, lleva los gérmenes de la autocracia oriental y de sus tendencias de dominación sobre el mundo; la segunda en cambio, implica la renuncia de las ansias de hegemonía que frustraron el desarrollo del segundo ciclo próximo a desintegrarse. La elección de la humanidad dirá la última palabra.

— *Ulanov* —



La Educación Referida al Campo Socio-Cultural

Por Luis APARICIO



LUIS APARICIO

Cuando Platón se dio a la tarea de planificar un sistema de educación en “La República”, no hacía más que dedicar lo más entrañable de su capacidad a un grupo social y a una cultura que él veía en peligro.

Platón quería una educación salvadora para una etapa revolucionaria que le diera fisonomía a un nuevo hombre capaz de sobreponerse a las calamidades de una prolongada y desgarradora lucha armada.

Una fuerte motivación socio-cultural, pues, movía al filósofo —para nosotros uno de los precursores de la planificación integral de la educación— a proponer todo un sistema educativo para su República.

Para que veamos cómo la educación está integrada en la raíz misma

de la sociedad, Nicholas Hans,¹ citando a Sir Michael Sadler, nos transcribe estos conceptos:

“Un sistema nacional de educación es una cosa viva, el resultado de luchas y dificultades olvidadas y de batallas del pasado. Tiene en sí algo del funcionamiento secreto de la vida nacional. Refleja las fallas del carácter nacional al buscar remedios para las mismas”.

Pocas afirmaciones pueden ser tan acertadas para describir las profundas corrientes sociales y culturales que se introducen en la educación. En ella, como ya lo dijimos en párrafos anteriores, hay una dimensión hacia el pasado que, moviéndose en una circunstancia presente, se proyecta hacia el futuro en su doble función conservadora y renovadora; en su doble actividad de formar y transformar.

En el Seminario interamericano sobre planeamiento integral de la educación, celebrado en Washington² se afirmó también que:

“Cada sociedad desarrolla un sistema educativo que trata de perpetuar aquellos ideales y aquellas creencias que considera de sumo valor, e igualmente, cada sociedad promueve un sistema educativo que sirve para fomentar la facultad creadora que la enriquecerá y enaltecerá”.

Vuelven a aparecer aquí los conceptos de perpetuación y modificación; orden para conservar, como lo afirmarían Augusto Compte, y libertad para crear y recrear dentro de un proceso indefinido.

Las sociedades, pues, cualquiera que sea el grado de su desarrollo, tienen una función similar a la de un crisol: continuamente se están fundiendo en ella los elementos más diversos de la cultura, para ser vaciados en moldes que se dan por aceptados mediante una función eminentemente valorativa.

Siendo que dentro de una generación coexisten normalmente tres grupos distintos —abuelos, hijos y nietos— de acuerdo con la edad y la ascendencia, el grupo de los hijos —convertidos en padres, según la agrupación anterior— propugna por el traslado de sus experiencias al tercer grupo, sometido a la fuerza equilibradora del primero. Esto, precisamente, es lo que favorece el cambio social³.

Lo anterior nos prueba hasta dónde es importante la influencia cultural de cada grupo, medida en relación directa con la esperanza de vida al nacer en un país determinado. En cuanto más alta es esa esperanza, debe haber mayor

1 Nicholas HANS, *Educación comparada*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1953, Pág. 11.

2 UNION PANAMERICANA, *Seminario interamericano sobre planeamiento integral de la educación*, OEA-UNESCO, Documentos de trabajo, Washington, D. C., 1959, Tomo I, Pág. 3.

3 Se debe entender por cambio social, según Emilio Uzcátegui (*Introducción a una pedagogía científica*, 2ª edición. La Paz, Bolivia, 1964, Pág. 178), “cualquier variante en los modos de vivir comúnmente aceptados, sea que se deban a alteraciones de las condiciones geográficas del equipo cultural, de la composición de la población, de la estructura social, de las ideologías, etc., ya provengan por difusión o invención dentro del grupo.”

garantía de estabilidad socio-cultural en un grupo y mayor energía en la supervivencia de sus tradiciones. Por el contrario, si la esperanza de vida al nacer es baja (en El Salvador esa esperanza llega a los 46 años, mientras en los Estados Unidos es de 72), las posibilidades de fortalecer una cultura estable y con fuertes características nacionales, es deficiente y peligrosamente elástica para doblegarse bajo la influencia de culturas foráneas más fuertes pero distintas de las raíces valorativas tradicionales de nuestro pueblo.

Advierta aquí el estudioso de las cuestiones socioculturales, cómo una característica de orden demográfico —ampliamente vinculada con problemas de salubridad— se entrelaza y se relaciona con las fuerzas de distintos fenómenos dentro de la sociedad; y cómo ha de ser grande nuestra preocupación para ver sus distintas manifestaciones desde un punto de vista integral.

Especialmente llamamos la atención de los educadores y de la ciudadanía en general, para que afinen su sensibilidad a fin de advertir la seria responsabilidad que tenemos frente a una educación que cada vez más debe hacerse en función del resto de fenómenos que se producen dentro de la sociedad; es decir, integrada en el marco más amplio de actividades que tienden a lograr progresos y dicha para un pueblo.

Urge que, como maestros y padres, hagamos un análisis retrospectivo de nuestras propias condiciones para que definamos con mayor claridad las metas hacia donde queremos llevar a la generación joven, sin perder de vista que “Una de las tareas de la educación consiste en pasar de mano en mano los valores culturales y los modos de conducta de la sociedad a sus jóvenes miembros potenciales. Por este medio, la sociedad logra una conformidad social básica y asegura la conservación de sus modos tradicionales de vida. Esta ha sido denominada la función conservadora de la educación. Pero una sociedad moderna necesita también individuos críticos y creadores, capaces de hacer nuevos intentos y dispuestos a iniciar un cambio social. Preparar el cambio es la función creadora de la educación”⁴.

Una tarea que caracterizamos como delicada, es la de averiguar cuáles son los valores de la cultura que debemos tratar de conservar y cuáles son los que reclaman nueva adopción.

Toda una serie de inventos y descubrimientos contemporáneos nos inducen, en la época presente, a modificar las maneras de vivir tradicionalmente aceptadas y queridas. Y cuanto más aceptadas y queridas, más fuerte ha de ser la resistencia o la reacción a los cambios.

H. M. Phillips⁵ nos afirma que debemos partir del supuesto de “que los valores transmitidos por la sociedad son compatibles con el progreso y con el espíritu de empresa; si no es así la escuela puede convertirse o ser el guardián

4 A. K. C. OTTAWAY, *Educación y Sociedad*, Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1ª Edición, Pág. 9.

5 H. M. PHILLIPS, *Boletín del Proyecto Principal*, Nos. 8-9, octubre-diciembre 1960, enero-marzo 1961, UNESCO, Santiago de Chile, Pág. 40.

y transmisor de fuerzas tradicionales que se oponen al cambio. No hay que olvidar que la educación es lo que los educadores hacen de ella”.

Veamos, pues, si no tiene la educación una gran responsabilidad. Como factor de cambio, ha de estar atenta a lo que es necesario realizar para lograr el ajuste de los patrones tradicionales a las nuevas normas de vida.

Un solo fenómeno puede ser muestra de esta serie de problemas. Los sistemas de recreación tradicionales fueron de una característica tal, que bien podríamos denominar “de participación”. Cada miembro del grupo participaba con los demás en su propia recreación. El cine, la radio y la televisión, sin embargo, han venido a introducir una modalidad recreativa de pura “expectación silenciosa” e individualizada.

¿Debemos crear sustitutos para contrarrestar este nuevo tipo de recreación? ¿Perjudica al intercambio y a la formación de un fondo de ideas comunes un sistema de recreación como el apuntado arriba? ¿Son modelos de cultura nuestra los que a diario se exhiben por medio de la radio, la televisión o el cine? ¿Permite la calidad de espectador silencioso, una actitud de crítica en grupo a fin de hacer el juicio valorativo de los contenidos culturales que se transmiten?

Son muchos y complejos, por lo visto, los problemas de carácter socio-cultural que tenemos a la vista. Por tal razón, debemos realizar en todos los instrumentos y estructuras de la educación, las más racionales reformas dentro de planes integrales. Pero no debemos marginar por ningún motivo ni pretexto a la sociedad para la cual hemos de planificar la educación. Recordemos que “Los mejores planes son inútiles sin contar con la gente. Y el desarrollo de este continente depende, primero que todo, del desarrollo de sus propias gentes. Es el factor humano, el factor humano local y no el importado, el que a la larga deberá no sólo mantener las máquinas y las ideas importadas, sino también, imaginativamente, innovar, inventar y descubrir otras nuevas, concebidas específicamente para la satisfacción de las necesidades locales y de las condiciones locales. Entonces, y sólo entonces, un pueblo, una sociedad, una nación llega a ser realmente libre, realmente independiente”⁶.

Si la cultura humana no se transmite por herencia biológica, y si esa cultura es el resultado de la interacción social, es nuestra obligación preparar al factor humano de tal manera que los patrones culturales propios del grupo se refuercen y se consoliden a efecto de que tomen una fisonomía definida.

La educación, considerada dentro del marco de los problemas socio-culturales, ha de formar un hombre que sea capaz de orientar su propio destino para que se integre en la sociedad con suficiente conciencia de su propia personalidad colectiva y, en consecuencia, de su propia soberanía.

Como es posible planificar los mecanismos que pueden llevarnos a conseguir esas metas, “Los problemas fundamentales a este respecto consisten en la

⁶ Rudolf P. ATCON, Revista *ECO* Nos. 37-39, mayo-julio 1963, Buchholz, Bogotá, Pág. 9.

determinación de los objetivos y valores sociales que ha de adoptar la sociedad y la confección de una serie de índices de progreso social comparables con los que existen para los aspectos económicos”⁷.

En este caso los valores sociales que deban escogerse han de estar arraigados en el substratum de nuestra cultura mestiza y en el ámbito más amplio de la cultura universal. Suponemos que esos valores no han de ser otros que el respeto a la dignidad del hombre —que ha de ser norma para la libertad y la democracia— y a todos los demás valores que de él se derivan.

Fuertemente ligado al respeto de la dignidad del ser humano, está el principio de la igualdad de oportunidades educativas para todos los miembros de la sociedad. Y si se da fiel cumplimiento a este principio en la diversificación del sistema educativo, no sólo se satisfará el imperativo social de la división del trabajo, sino que se propiciará la movilidad social con un ritmo cada vez más acelerado: en cuanto hay más y mejores oportunidades de formación, habrá más fuertes posibilidades de ascenso en la jerarquía social.

No hay duda que el estado de una sociedad —su desarrollo o subdesarrollo— depende, entre otros factores, de la interacción que ejercen estos dos elementos: TÉCNICAS y VALORES.

La utilización de una determinada técnica, debe estar fuertemente cimentada en una actitud valorativa. De lo contrario, lo que podría nacer para hacer feliz al hombre, se trocaría en elemento para su propia destrucción.

Por ello, debemos hacer una prevención —aunque los aplaudamos— a quienes propugnan por el desarrollo de nuestro país y por los cambios sociales que él ha de traer consigo: para muchos, el cambio social se plantea en términos de “técnica”. Pero debe pensarse también —y en esto debemos estar alerta los maestros— que, dentro de una cultura bien integrada, la técnica ha de tener siempre como término correlativo un valor que la oriente hacia el bien común.

Toda técnica nueva, como ya lo hemos visto antes, ha de introducir cambios en el pensamiento, en las creencias, en los hábitos de vida, en la utilización del tiempo libre, etc., etc. Y esos cambios de pensamiento, en conjunto, son los que constituyen una actitud valorativa.

Indiscutiblemente, la educación ha de ser sensible a esos cambios. Y si actividades ajenas a ella (la industria, el transporte, las diversiones, etc.) provocan modificaciones en determinadas técnicas, el educador debe propiciar y orientar los cambios correspondientes en la actitud de las generaciones puestas a su cuidado.

En ningún momento, como lo afirma J. A. Lawerys, debemos olvidar que:

“La naturaleza humana es plástica y variable. Se puede educar a la gente para que desempeñe muchos papeles y sostenga muchos puntos de

7 Osvaldo RODRIGUEZ PACHECO, *Educación* N° 5, marzo de 1965, Secretaría de Instrucción Pública de Puerto Rico, Pág. 8.

vista con respecto a los conceptos de la propiedad, la honradez o la verdad; la propia manera de tratar a las mujeres, a los niños o los animales; lo que debe admirar como bello y despreciar por feo...”⁸

Y esto, sencillamente, es lo que debe hacer la educación en beneficio de una sociedad organizada: transmitir esos y otros puntos de vista que, en suma, constituyen la cultura. Pero, además, la educación debidamente planificada, debe propiciar en la sociedad, entre muchos otros fenómenos, los que a continuación se enumeran:

1º El control social, ejercido por medio de la influencia de los patrones culturales colectivos sobre las actitudes individuales.

2º El cambio social, propiciado por la educación porque prepara a la generación joven para que pueda desenvolverse en aquellos trabajos que probablemente estarán a su alcance en un sistema de producción susceptible de cambios muy rápidos.

3º La movilidad social, favorecida por la educación pues hay una relación directa entre años de escolaridad, ingreso económico y posición dentro de la jerarquía social (ver la educación referida al campo económico).

4º Reducción de las barreras entre clases sociales y fortalecimiento del espíritu de unidad nacional, por cuanto la educación proporciona un fondo común de ideas y conocimientos para todos los habitantes de un país.

5º El ajuste entre las necesidades y tendencias individuales y las demandas e ideales de la sociedad.

6º La aceleración del ritmo del progreso por cuanto propicia la inventiva y el poder de creación.

7º La garantía de cohesión del grupo, como fundamento para el ejercicio de la soberanía nacional, y para mantener la identidad permanente consigo mismo.

En suma, la cultura es una estructura compleja, una herencia social que puede aprenderse y, en consecuencia, transmitirse de una generación a otra.

Cómo ha de ser esa transmisión, qué ha de contener y con qué intención ha de transmitirse es lo que ha de establecer un plan integral de educación.

(Tomado del libro “Planeamiento Integral de la Educación”).

8 J. A. LAWERY, *La difícil empresa de la educación*, Editorial F. Trillas, S. A., México, 1965, Págs. 15-16.

Poemas de Alfonso Quijada Urías

SALVADOREÑO

Diálogo sobre Poesía

Sí, yo he preferido a cambio de todo lo que me hubiesen dado esta, gota de vino sobre el mantel.

Sí, yo te he preferido a ti con todos tus defectos. A toda hora sufrí por ti, lo juro, a toda hora. Y me ofrecieron llevarme lejos, tener un reino donde mis ojos contemplaran el mundo.

Pon los pies en la tierra —decían a mi oído—,
y un día comprendieron y me quedé contigo; pequeña flor
en las manos de un malvado.

Poesía

He ganado la impureza
dándole un nombre a las palabras.
He dicho tu misterio y al paso me han salido
tus ojos de leopardo
y sufres tú y sufro yo más que nadie
y lloras con tus ojos de paloma
y cae el día
y otro día despierto en su tiniebla.

El Primer Asombro de la Mañana

El primer asombro de la mañana
el cambio del invierno
el periódico
el libro
el perro
entristecerse
dudar de todo
amar la música moderna y maldecir la antigua
(exceptuando a Beethoven)
Sentarse ante la máquina
enmudecer
rabiarse de todo y contra todos
no saludar a nadie
ser malvado.

Paseo

El poeta compra en la tienda cigarrillos,
mira a las gentes con sus leontinas ordinarias,
se lamenta del día,
de la conciencia del mundo:
“Los viejos tienen razones que el corazón no comprende”.
Luego corta pequeñas ramas,
saca de su chaqueta largos itinerarios
más largos que las sagradas escrituras.
Luego regresa
se acomoda en la silla
y sueña sin salir de casa.

A la Poesía la Avecinan Malos Tiempos

A la poesía la avecinan malos tiempos,
por ello hay que escribir a modo que nadie nos entienda,
que se diga: “falsarios... empleados de pompas fúnebres...”
Lo grande hoy día será mediocre mañana.
Los transeúntes me encontrarán maltrecho,
porque hablo de las glorias de este mundo,
ellos tienen razón:

yo seguiré nervioso por las flores
y por la angustia que acongoja al hombre,
pero sólo lo último me obligará a escribir otro poema.

Fotografía

Esto es cuando chico: robas los huevos de gallina,
madre ordeña vaca
y padre da consejos terriblemente severos.
Esto es cuando peleas contra todos
(grandísimo pillo).
Te largas de casa porque nadie entiende tu misterio
y abuela te escondé bajo su cama.
Esto es cuando Miriam habla con las piedras
y tú le haces mofa.
Y sueñas. Te sorprende la noche con tus castillos en el aire
Esto es después cuando eras... cuando eres... eres.

Tema de lo Inestable

No pongas un cuadro en la pared;
aquí estarás por un instante.
Para qué recoger el viejo libro
si mañana regresarás?
Descuida la mesa agujereada,
descuida la mujer, los hijos,
antes que suba el sol te marcharás de aquí.
Cierra los ojos,
cubre el cabello con la gorra.
Para qué hojear el libro ajeno?
Tu regreso estará escrito en todas las ciudades.
No reniegues del tiempo,
así como las hojas que arrancó el otoño
él también se deshoja.
No trates de evitar lo inevitable.



Poemas de Italo López Vallecillos

SALVADOREÑO

Dejadme este Rincón

Llevaos todo lo demás.
Necesito solamente esta lluvia,
esta silla vieja de madera,
esta lámpara
y su luz primitiva.

Dejadme solo. Ya vendrá
la poesía a descalzar
su amor entre la hierba.
Nada perturbará mi vegetal
arquitectura
y sobre el roto corazón, la paz;
el sueño leve de los peces,
el silencio de la noche
y el delgado aroma de las rosas.

Dejadme este rincón.
Y lleváoslo todo. Podéis repartiros
la tierra,

el aire,
la cosecha.
Que a mí sólo me importa
este rincón,
esta lluvia,
esta silla vieja de madera.
Y desde luego,
esta lámpara
donde quema su aceite el corazón.

No os pido mucho.
Dejadme este rincón,
sus ángeles de lluvia,
su olor a muerte nueva
y su ventana de amor.

Como veis,
es poco lo que pido.
Os dejo todo.
Dejadme este rincón.

Un Poco de Tiempo

En tus manos hay rutas
para mí perdidas.
Es como si empezara de nuevo
la vida que tengo adentro
y se quemara de puro, de exacto,
el tiempo:
el de ayer, el de hoy, el que ya viene
presuroso a quitarme
tu presencia.

No basta recordar, hay que ir,
volver, detenerse un instante
en los viejos caminos. Hallar
acaso, ciega,
la antigua estrella. Conversar
con los derruidos balcones.
Apretarse un poco en el alma
los poemas no escritos,

los que se dijeron en alguna esquina
y el viento se encargó
de aventar como cenizas.

Claro. Esto tiene su alegría
muy honda.
Es lo que pasó,
lo que fue,
y vuelve a vivirse, de pronto,
en unos ojos,
en una palabra cualquiera,
en un papel de lágrima.

Estás junto a mí, lo sé, lo siento.
Oigo tu corazón,
veo tus ojos,
tus manos, tus palabras.

En el silencio, tan de cristal,
la noche quema sus veleros de sombra,
y no hay, en este momento,
ni ayer ni mañana. Tan sólo
tu presencia y la mía
y un poco de tiempo que diluye
entre los dos,
su misterioso asombro.

Preguntas —por preguntar—
que cómo es la poesía.
Callas. Abres un libro
y te vas —quién sabe adónde—
hasta que tomo nuevamente tus manos,
y vienen a la memoria
fechas y nombres olvidados.
Se instalan jardines
y de mis ojos surgen rosas,
ríos,
manzanos floridos.

Hay niebla,
soledad, calles y veranos
fecundos. Alguien nos llama

desde un lugar extraño
y, sin embargo, yo sé que todo es falso.
Que estás aquí, conmigo,
y está, también, aquí el silencio.

Elemental

En plenitud,
en mineral, en líquida
frescura,
el alma alegre
como esos pájaros
que inventa la memoria
y la tarde guarda
en sus naranjas amarillas.

Yo, digo,
integrado al tiempo
que pasa y se destruye,
a la lluvia que rompe
la tierra y surge, después,
violenta en los jardines.

Yo amo las rosas
y sus claras espinas,
al silencio que envuelve
otro silencio,
a las calles desiertas,
a las hojas de otoño
cubiertas en olvido.

A la palabra en germen
todavía.

Walter

Poemas de José Roberto Cea

SALVADOREÑO

Ritual del más Abuelo

TOMA mi voz antigua.
Desnuda hoy. Siempre desnuda.

Toma esta palabra
apenas reluciente
y lávala en antiguas profecías.

Toma esta piedra,
ponle alas
y que flote en el tiempo.

Toma este decir.
Hurta en él los destinos
y coloca la frente al pie de las mañanas.
Y no olvides la huella al pie de una paloma.
Y no dejes la sangre flotando en los bejucos.

Te consagro este fuego.
Quema en él la batalla y las lanzas doradas por la tarde.

¿No es verdad que recibes la más remota estrella
haciéndola copal o garza trémula?

Recibe mi oración,
ponla a entibiar el valle,
mientras todo el rumor de la marea
se detiene en el cántaro de barro.

Toma este anillo ciego
ábrele la mirada para que pase el viento
con todas sus doncellas.

Ritual de los Padres

TOMA nuestra raíz.
Levanta su latido, corónala de tibieza no descrita,
y ensaya su ebriedad en los papeles.

Te hemos consagrado hijo de la canción.
Relámpago de agua desprendido del cielo
contra la fiel dureza del verano.
Ordenador del caos que tienen los sonidos más ásperos.
Endulzador de ramas y fechas y palabras.

Irás a los collados a levantar hogueras.
Irás al mar a perseguir el rastro de tanto caracol
que se pierde en la arena.

En la sal
hallarás pirámides de luz y oscuridad no separadas.
Tienes que hallarle sitio a la intemperie.
Encuentra los caminos.
Conocerás los peces que guían las mareas y la pesca.
Entrarás en los bosques
donde danza el huazal y la serpiente,
donde el árbol más viejo
y la luna
hacen dólmenes tibios mientras pasa la noche.

Te consagramos la palabra sagrada,
y tienes que responder por ella.

Y tienes que responder con ella,
cuando la chicha alegre los corazones de los Dioses del Aire.

Te consagramos decidor de verdades y bellezas.
Descifrador de signos perdidos. . .

Saldrás en el gran homenaje de los vuelos,
a decir mariposas y palabras,
piedras y pájaros. . .

Toma, pues, los signos que te damos,
y levanta la estirpe, llénala de amuletos.
Haz claridad con ella.

Toma, pues, la pregunta
y mírate en el río,
hállale la respuesta,
que donde estemos, tú serás bien llegado.

Ritual del que Recibe

TOMO lo que me dan y lo que falta.
La necesaria huella de los Códices.
La intrincada verdad de los dibujos.
El estallido preso de cada jeroglífico.
Los pájaros del alba y sus plumas sagradas. . .

Han de danzar las piedras en las lanzas.
Los metales ceñirán la codicia.
Y haremos que los pájaros sean flores de luz.
Y haremos que la flor sea templo dorado por la noche.
Templo para el amor. Templo fragante.
Templo para nacer. Templo de barro.
Templo para vivir. Templo de cifra dura.
Templo para morir. Templo de siempre.
Todos, altares
con muchedumbres oficiando la luz y la esperanza.

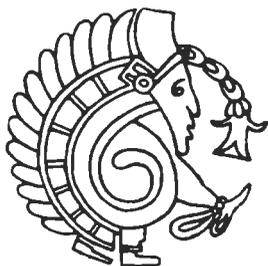
Tomo lo que me dan y lo que falta.
Lo que habéis olvidado y no se encuentra.
Lo que está y no pesa. Lo de siempre.

Lo que se halla detrás de las preguntas.
Lo que se halla detrás de las respuestas. . .

Tomad, es mi cantar. Os lo deajo. Os lo consagro.
Tomad, es mi oración, manantial de belleza,
si es que sirve el espejo donde se halla el anhelo. . .

Tomad, es mi cantar, umbral de fuego.
Templo del corazón donde se puede hallar
el más secreto signo del misterio.

Tomad, es mi cantar. . .

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'José Martí', written over a horizontal line.

Poema de Rafael Góchez Sosa

SALVADOREÑO

Canto Tridimensional a Rubén Darío

I

EL ESPEJO

*"Il fallait qu'un visage
réponde à tous les noms du monde..."*

ELUARD.

Frente al espejo no hay nadie.
Y sin embargo está Rubén en el trasfondo
como sonido que se pierde
en la amenaza tremante
de los astros.
Aquí, yo. El espejo —de cara a cualquier
lado— allá en la simple
oscuridad
de un estar solos frotándonos los años con las uñas.
Rubén
me mira, me habla: ¿Qué haces muchacho?

—Escribo, maestro, escribo. Tengo
ya varias horas de querer libertar la sombra
de mi ansiedad. Llevo
casi mil ríos golpeando el cascarón
para decir siete caídas y un caracol enfermo.
Varias copas congregadas
en batalla por alcanzar la música
de campánulas
en viejas experiencias mañaneras.
Oye, maestro, esta gota
de imposibles veranos que trascienden
toda pasta
conceptuosa y dura. Escúchame un momento, un ayer,
un sueño.
Y comencé a leer, a tejer la niebla
que subía hasta el techo del suspenso.
Y allá Rubén, desde el espejo, escuchaba
mi cálido entusiasmo engarzado
en solares
experiencias.

—¿Qué dices, maestro? ¿Por qué no llega
la transubstanciación de esta recia
y reciente algodонера?

El poeta sonrió en blanda propiedad
de hoja pequeña. El poeta
arregló el nudo de su corbata. El poeta me miró
con ojos más que abuelos... y dijo:

—Toma un espejo.
Mírate.
Hoy procura
resumir
el mundo
en tu rostro de vino atormentado.

II

LA IMAGEN

Camina
un hombre
con su espada de nardos entre la llovizna boreal.

Va seguido de una parábola corporeizada
en viento. Lleva en sus manos agua de promesas
para quien sabe intuir
ecos lejanos. Sus ojos navegables entregan
el paisaje avasallador de los insomnios. En su pelo
juegan ondas de un ritmo
como estas sensaciones cuando se inicia el día.

Un hombre-pájaro
camina pensativo. Va despacio, seguro de llegar
temprano al continente donde una paz
geométrica se desploma y cae hecha luceros
en auroras de pan y esperanza.

Lleva saco y chaleco. Posiblemente
tenga frío. Frío interior
con noches preconscientes. Frío
de lámparas en el sol del cormorán
y las gaviotas.

Cuando deja la luz de aquella lluvia
y se hunde en el color que duele, ángeles
del mediodía gritan: ¡Rubén Darío!

III

REALIDAD

Rubén Darío no es la simiente
del 18 de enero de 1867 ni la protesta rígida
del 6 de febrero de 1916.
Rubén Darío no es el diplomático que huele
a recién lustrado
corredor de palacio. Rubén no es el modernista
matizando palabras para avivarlas
en el fuego
de un emblema transido. Darío
no es el viajero buscando las tres puertas
por donde irrumpen los duendes
del relámpago en busca
de una voz para su sangre.
No se trata del sublime pecador que salva
el alma en teóricos confines de humo.

No es el símbolo que hoy lustramos
cuando se cumple un siglo de su ingreso
al carrusel fantasmagórico
del mundo. No es aquello que vuelve a los inicios
en la tierra de los lagos y del mismo Rubén.
No es la señal desventurada puesta en la vena
de las interrogaciones. No es el hombre
de que se habla.
Mi Rubén es otro.
Es ESO que yo vi en el mirar
de una niña cuando entre flores
del níspero decía:

“Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar...”

R. Goichery



BREVE TEORIA

(CUENTOS)

Por Ricardo CASTRO RIVAS



RICARDO CASTRO RIVAS

TEORIA SOBRE EL SILENCIO DEL YO

Quando llegué, el silencio seguía manoseándole los ojos. Estaba tirado sobre su propio cuerpo. Deliberadamente había quedado en esa posición, para recordarme que él, de un momento a otro, vendría a buscarme. Y es que desde que lo conozco, tiene la costumbre de parecerse a mí, o de escaparse, mejor dicho, de su cuerpo y alejarse al mar o a quién sabe qué regiones sólo por él conocidas. Ha sido y será un vagabundo de cuatro rumbos. Un mentecato que arrasa con su suerte y la de los demás. Sin embargo, hoy estoy dispuesto a no permitirle repetir sus andanzas y dejarme solo. Digo solo, pero siempre queda su sombra. Pues ¿qué se puede esperar de individuos que se alejan sin despedirse o sin dejarnos siquiera una nota para que podamos esperar ya sin impaciencia, o por lo menos, sepamos en qué lugar y circunstancias se encuentran?

Francisco, que es para mí el mejor compañero y amigo, esta vez me ha dado el disgusto de encontrar su cuerpo abandonado, tirado como el objeto específico que me dice, que es él, y no otro el que se ha marchado; esta vez como las otras, sin decir nada. Empero, pese a todo, sé que ha de volver. Es como aquellos homicidas, atados a un trágico atavismo o bien por su acendrado amor al terruño, que por mucho que pretendan huir, siempre retornan al lar paterno. Es por eso, que volverá. Pretenderá, al irrumpir en este estudio, decirme a qué se debe el ajetreo, o los ruidos que escucha. Aunque él lo sabe, intentará callarme; o gritar, o gemir, o maldecir al mundo, y será en vano, pues de todas maneras, estamos en un mundo idéntico. Sí, un mundo que dentro del común y corriente, es algo especial y fantástico. Nuestro mundo, que hemos creado a instancias de nuestra debilidad, o imbecilidad, o genialidad, como él dice. Pero... Silencio, que ha llegado. Sin ruidos ni escaramuzas, llega y queda silente, ensimismado en sus pensamientos. Quizá rememora lo que vio y que yo no pude ver, pues era él quien dormía...

TEORIA PARA ODIAR A LOS GATOS

Soy Roberto Beltrán, secretario municipal de este distrito, y lo que les contaré esta noche, está ceñido estrictamente a la verdad. (... fue algo terrible... y todo por culpa de aquella mujer...) Sucedió un día viernes. Yo estaba por salir de la oficina del Cabildo, cuando llegó hasta allí un nutrido grupo de gentes que, a gritos, pedía algo. Supe al fin —al entender su baraúnda— que necesitaban las llaves del mercado. Azorado, les dije que con todo y ser el secretario municipal, no las tenía en mi poder. Ni el síndico. Ni el sereno. Ni los habituales guardianes del mercado. El Alcalde era el único que las manejaba, por excesivo celo en el desempeño de sus funciones, o por desconfianza. Ante el apremio de la turba, opté por llamar al Alcalde por teléfono y referirle el caso, y me contestó que él tampoco las tenía. Su mujer —más fiel que él mismo— guardaba las llaves, y para colmo, ese día estaba fuera de casa. Mientras él localizaba a tan responsable matrona, me envió como representante suyo para que averiguara el suceso. Corrí al susodicho sitio y lo que vi me asustó.

Una muchedumbre frenética golpeaba las puertas del mercado queriendo romperlas, sin resultado alguno. Al identificarme como enviado municipal, las gentes me pidieron las llaves. Cuando les dije que no las tenía, casi me linchan, echándome en cara el descuido de los funcionarios municipales. Yo, para proteger la reputación de mi jefe y la mía propia, no hablé nada de lo sucedido con las benditas llaves. Un mocetón alto, de cuerpo atlético, se disponía a cobrar la cólera popular en mi persona, cuando un llanto infantil lo paralizó. Eran gritos de niños... No había duda: estaban encerrados en el interior del mercado...

Yo mascullé: qué descuido de madres... Y de nuevo los golpes en la puerta, queriendo derribarla. Y nuevamente los improperios; las amenazas. Los anuncios de que los próximos votos serían en contra del partido del Alcalde. Mi angustia no encontraba límite, pues aquella gente estaba al borde de la locura y yo era el único chivo expiatorio en las cercanías.

Quise escabullirme, pero el niño-gigante me cogió por las solapas y cuando se disponía a golpearme, un alarido lo inmovilizó. Era un grito desgarrador. La

gente se apartó y dio paso a una mujer desgrefñada, con los ojos desorbitados, que gritaba “mis hijos... mis hijos...”, y arañaba la puerta, en un intento inútil por abrirla. Esta escena fue suficiente para desbordar los instintos de la turba. La mujer y sus gritos afuera y el llanto de los niños adentro, bastó para que aquel energúmeno que me sujetaba, me lanzara al suelo de un puñetazo. A duras penas, me levanté y cuando el tipo se disponía a golpearme otra vez, apareció el Alcalde, sudoroso, pero con aire de triunfo. Traía las llaves consigo.

Al abrir el mercado, la muchedumbre se precipitó hacia adentro, en busca de los niños. Y fue aquí donde nació mi odio: los tales niños llorones, era una pareja de gatos en celo. Y la que se decía su madre, una pobre loca que todavía deambula por los mercados, preguntando por sus hijos...

TEORIA PARA MORIR INEDITO

El médico dijo: “Señores, este gran hombre, ha muerto de miedo... Su corazón no pudo soportar quién sabe qué terror desconocido”. Y se marchó, dejando estupefactos a los familiares de Lord Windsor, quienes se preguntaban: “¿Cómo es posible que Edward haya muerto de miedo...?”

“Es inconcebible —decía Lady Whitehouse—, él sabía de memoria los cuentos terribles de Poe y los relataba en noches de tormenta, sin inmutarse”.

“Cierto —apuntaba Sir Welles—, precisamente él fue quien un martes trece, a media noche, me invitó al cementerio para leer poemas, alumbrados con una vela que había traído de Haití”.

“Cierto —reafirmaba Lady Windsor—, y por eso no puedo creer que haya muerto de miedo. El mismo instaló en la mansión de Lancaster, los artefactos diabólicos que hacía funcionar cuando teníamos de visita a las histéricas hijas de Lord Winston...”

“Sí, cierto —afirmaban una vez más, todos los presentes—, Edward era valiente. De eso no debe cabernos ninguna duda... Jamás conoció el miedo...”

Horas más tarde, cuando limpiaba el escritorio de su amo, el viejo sirviente negro encontró unas cuartillas inconclusas, que comenzaban así: “CUENTOS DE TERROR”, por Lord Windsor...

TEORIA PARA LOGRAR LA INMORTALIDAD

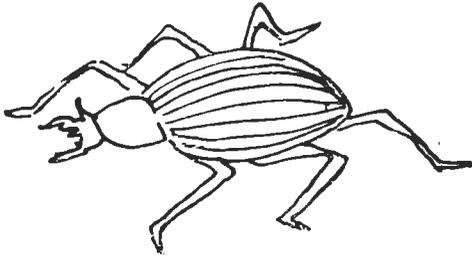
Durante toda su vida, lo persiguieron dos recuerdos. Uno, cuando escuchó a su padre decir aquella frase cuasi lapidaria: “PIENSO, LUEGO EXISTO”. El otro, arrancaba de cuando murió su madre, pobre mujer esquizofrénica, que en su agonía, gritaba: “No quiero morir... No quiero morir... No quiero morir...”

Y así transcurrió su vida, atormentado por la insoluble dualidad: la Vida y la Muerte; al extremo de temer la muerte de manera exagerada y deseando ardentemente la vida eterna.

Alguien le aconsejó que leyera filosofía para solucionar su problema. Desgraciadamente, el primer libro que llegó a sus manos, fue aquel donde Descartes afirma aquella frase que hirió su mente cuando niño: “PIENSO, LUEGO EXISTO”.

Y ante su miedo invencible a la muerte, confusamente, encontró la panacea: "SI PIENSO —dijo—, EXISTO... LUEGO, PARA NO MORIR, SEGUIRE PENSANDO... PENSANDO..." Hasta que se petrificó... Hoy le llaman El Pensador de Rodin...

Luciano



SI MATARAS

(CUENTO)

Por Claudio ARENAS

“La locura que hoy está claramente al alcance del hombre es la de diezmar a la especie humana...”

NORMAN COUSINS.

El hombre se detuvo de repente. Entreabrió las piernas como para afianzar aún más su posición y movió la cabeza de un lado a otro, desesperado por encontrar algo que parecía no descubrir. Era de noche pero los ojos, enrojecidos, le escocían como si los rayos de un sol de marzo en pleno trópico le horadaran las retinas. Su desasosiego evidente enmascaraba un cansancio y un miedo recónditos. Afanosamente, con ansiedad, con aparente cólera, proseguía su búsqueda inútil. El camino que lo condujo hasta allí, que tuvo que recorrer hasta este punto —un sendero lleno de trampas, espinas, lodo y vallas inauditas— quedó muy atrás, muy distante: las agujas de su reloj habían girado quizás ya demasiado, pero el hombre había salido invicto de todas las pruebas.

Nada me puede detener. Los ojos del hombre, ahora amarillos como faroles de automóvil taladrando la niebla, enfocaron por fin un letrero extraviado en aquel caleidoscopio de oscuridad y luces de colores en movimientos vertiginosos. Ambiente sicodélico puro, pensó, y leyó pausadamente, refocilándose con cada palabra: COSMOMUSEO DE LOS DÍOSES.

El violento resplandor provocado por el bruñido metal de las estructuras de aquella arquitectura dislocada, las gigantescas y gruesas paredes de algo parecido al cristal de roca suspendidas en el espacio, y los millones de espejos cóncavos y convexos de las más variadas formas y tamaños, situados, por razón de una fuerza indefinida, en posiciones y ángulos diversos —lo cual multiplicaba y distorsionaba horrorosamente todo lo existente— no lo hicieron vacilar.

Ya se había acostumbrado a aceptar como experiencias cotidianas lo inverosímil, lo inasible: la diferencia entre lo real y lo fabuloso y lo tierno y lo aciago y lo hermoso y lo absurdo y lo infando y lo cuerdo y lo bestial y lo sensato y lo sano y lo loco-cuerdo y lo loco-inocuo y lo loco-virus y lo loco-loco... Ya no existía, era algo que había dejado de preocuparle desde hacía muchos días con sus noches.

Con su mano derecha acarició uno a uno los mangos de los cuchillos y apretó con la izquierda el mazo de piedra.

Nada de armas con casquillo nuclear; la ironía de los tiempos me impone que la eliminación de los “recuerdos-huellas” de un pasado irreversible y zoológico se ejecute mediante procedimientos primitivos, hordálicos.

La fina punta de acero rasgó el Cristo de Dalí; el cuchillo se clavó en medio del cráneo del hombre que aparecía, cual extraño pájaro con las alas extendidas, en el cuadro. La cabeza de Yuum Kaax se partió en trozos informes; mil avispa verde jade zumbaron al cortar el aire. La figura de Gautama Buda se astilló en mínimas partículas de porcelana; una marisma extraña envolvió el espacio. Los golpes, los tajos de puñal, se sucedían. Los rayos de Inti Raymi fueron cortados de raíz. Las grotescas y firmes piernas de Coatlicue resistieron dos segundos; el mazazo había cumplido su misión. El buho de Ah Puch voló entre huesos y plumas rotas. El dios de la muerte, muerto y despedazado, rodó convertido en guijarros filosos. En el Olimpo, puñales y más puñales atravesaron los espacios como veloces pájaros mortíferos: el turno de Ceres, Juno, Vesta, Júpiter... Los dioses vikingos, egipcios, teutones... caían, desaparecían. El rostro del Dios de la Creación tembló, y la cacha recamada de corpúsculos violáceos de un material que aún carecía de nombre, quedó prendida del “cielo”, oscilando. Doce estatuillas de Confucio se volatizaron instantáneamente; tal había sido el impacto...

La incoherencia asimétrica del museo era abrazada, ahora, por sonidos que se repetían incesantemente y se alejaban como ecos declinantes de graves lamentos: tas-tac-tras-pac-pom-tes-uuu-teosss-pom-TEOSSSSSSSSSSSS...

(rosario de premoniciones, ulular de conjuros, esquife de ensalmos).

La destrucción de los últimos vestigios de los dioses —de los “recuerdos-huellas” de un pasado irreversible y zoológico— prosiguió... El teocidio aún no está consumado, repetía frenético en los excepcionales instantes de reposo...

Al amanecer, el anciano de gastado cerebro, aferrado con obsesión patológica en continuar al cuidado del museo, quedó atónito, los ojos extraviados como dos soles muertos: en medio del caos una mancha roja —proterva lengua de fuego— cubría, con mucho de obsceno, gran parte del piso; en el centro de la mancha roja, bañado por ella, el hombre, los brazos en cruz, las pupilas rígidas clavadas hacia lo alto y el mango negro del último cuchillo emergiendo de la pelambre oscura del pecho.

Claudio Arenas

EL VIAJE INUTIL

(CUENTO)

Por Santiago CASTELLANOS h.

*"El signo de partida... pero ¿cuándo?
El vuelo inexorable... pero ¿cómo?"*

LYDIA NOGALES.

La tarde es gris, preludio de una noche inquieta. La tristeza comienza a invadirte, y quisieras arrancarte la piel a pedazos y ya sin muecas, simple el rostro en sus raíces, correr espantado por las calles de la ciudad, golpear miles de puertas tras las cuales miles de seres también se despellejan, y escupirles el cuerpo hasta lavarles aquellas manchas sanguinolentas.

Finge la ciudad. Por las noches se engalana de luminosidad y romanticismo. Finge que te quiere. Parece que te desea con ardor de adolescente. La sientes vibrar emocionada cuando la recorres en noches interminables.

El mismo parque. Los mismos árboles. Los mismos pájaros. Las mismas emociones. Tú eres el mismo. El mundo se detiene o se repite, no lo sabes ni te importa. Te has lanzado a la calle con el firme propósito de llegar a algún lado, pero no recuerdas a dónde. Alguien te espera, has oído su voz mencionar tu nombre con persistencia. Desconoces esa voz. Tienes la seguridad de que nadie podría esperarte, y sin embargo, tus pasos te conducen, sin que puedas evitarlo siquiera, a cualquier parte, en donde crees que te esperan hace mucho tiempo.

—¡No, señor, el tren para Villa Rosa acaba de salir. No, no hay otro... Sí, hasta mañana, a las 5 de la tarde. Adiós, y créame que lo siento mucho...!

Villa Rosa no existe, lo sabes con absoluta certeza. Pero hay un tren que viaja cotidianamente hacia ese lugar, y también hay un empleado en la estación que afirma que el tren y la villa existen. Debe estar loco, tú lo alcanzas a comprender. No obstante, necesitas ir a Villa Rosa esta misma noche. Sigues calle

abajo. Pensativo. Fumas uno y otro cigarrillo. Y continúa aquel nombre girando en tu cerebro: Villa Rosa... Villa Rosa... Villa Rosa...

—¿Qué te preguntó ese hombre...?

—Algo sobre Villa Rosa, en el Departamento vecino. Un pueblo que no existe, ¡pero me asusté tanto de su expresión que no tuve más remedio que mentírla...!

—¡Debe estar borracho, o es un bromista o tal vez un loco...!

La noche te envuelve. Hay en las calles un silencio que casi puedes palpar, y te imaginas que cualquier palabra sería capaz de abrir un boquete por donde se colarían mil ruidos infernales. Necesitas seguir callado y despierto. Si el sueño llega a vencerte, volverás a pensar en tus inquietudes y la exasperación te empujará hacia cualquier rumbo, hasta encontrar ese pueblo que no existe.

—¡En Villa Rosa no sucede nada extraordinario. Todo es tan simple y vulgar. Hay una rutina que espanta, que horroriza...!

—¡Quizás sea por eso mismo que me atrae. Se disfruta aquí de la tranquilidad más asombrosa. Este es un pueblo pequeño, habitado por gente buena y trabajadora. Los problemas no llegan a ser tan complejos como los de la gran ciudad. Uno que otro altercado, pero no pasan de ser eso solamente...!

—¡Tal para cual! ¡A tu edad, con ese espíritu recortado que tienes y esa tu manera singular de ver transcurrir la vida, nada mejor que Villa Rosa, el lugar indicado para morirse de aburrimiento...!

—¡Exageras, Ifigenia. Lo que pasa es que no has logrado acostumbrarte todavía...!

—¡Ni esperes que lo logre, tía Carlota...!

El día te ha sorprendido vagando por el parque. Sientes un leve temblor en las manos, crees que es el presentimiento de algo que de improviso te va a ocurrir. Te golpeas suavemente las mejillas, respiras hondo, para que el cansancio se extienda y se debilite. El bullicio viene rodando por las calles, lo invade todo, se cuele, rebasa resquicios. Te sientes presa de la fiebre: hay piedras que te calcinan el pecho y un sollozo agudo y vertical que se te injerta en la garganta, acuchillando tus palabras. Te levantas sofocado, como si un relámpago de sangre hubiera electrocutado tu cerebro. Y de repente comienzas a gritar, y manoteas, y corres, y luego te topas con una nube blanca que se filtra por todos los poros de tu cuerpo, y finalmente el sueño te aplasta, pesado, inmisericorde...

—¡Espero la llegada de alguien cuya imagen desconozco. Soy como la tierra reseca, agrietada el alma por la ausencia de emociones o sentimientos imprevistos...! Pero el invierno tiene que volver. Su humedad es ya algo tangible. Siento que me ronda anunciando las buenas nuevas de su retorno...!

—¡Tú sueñas con exceso, Ifigenia; es algo natural en ti, pero últimamente has llevado esa manía a sus peores extremos...!

—¡Es lo que me sostiene en este vacío de muerte. Compréndelo, tía

Carlota. El aburrimiento que me acecha implacable se estrella con mi persistencia en soñar...!

—¡Villa Rosa no es aburrida, Ifigenia...!

—El tedio aquí es blanco, gelatinoso, despiadado, opaca sonrisas, desinfla energías. Me asalta a cada instante la disyuntiva de vivir soñando o soñar que vivo. La vida para mí es luz, movimiento, rumores. Todo el mundo floreciendo segundo a segundo...!

—Me parece que tú desvarías. La vida es simple, como los humanos. Ya tiene sus perfiles definidos. Es y no puede ser. ¡Tal vez no me entiendas, pero trato de ser explícita contigo...!

—La vida es así, como tú dices, tía Carlota, con esos perfiles malditos que tanto te agradan, pero únicamente aquí, en Villa Rosa. Más allá de esas barreras que se yerguen inexpugnables, más allá la vida comienza en cada amanecer, y tú puedes marchar con la seguridad de que a cada instante sentimientos nuevos te saldrán al paso, asediándote, persistiendo en apresurar el pulso de tu sangre...!

Despiertas. Todo es nebuloso, indefinido. Hay una atmósfera hermética, asfixiante. Sientes los párpados gruesos, como si una mariposa de alas espesas y negras se hubiera posado sobre tus ojos. Manoteas. Tu lucidez avanza a tientas. Y poco a poco, tus esfuerzos por recordar abren una brecha diminuta por donde te cueles, y comienzas a reconocer el lugar donde te hallas. Te sorprende, pero no lo crees imposible. Aquel es tu apartamento, el mismo agujero de paredes amarillentas. Recuerdas que estaba en un parque, esperando el momento en abordar el tren para Villa Rosa. El nombre te estremece. Retorna a aquella extraña inquietud que te obliga a echar a caminar hacia cualquier parte, pero especialmente rumbo a Villa Rosa, el pueblo cuya existencia desconocías, pero el cual hace algunas semanas está fijo en tus horizontes; desde allí te parpadea, como una lámpara al final de un extenso camino.

Te levantas. Vas hacia la ventana. La abres y el sol te da en pleno rostro. Aquello, por inesperado, te deslumbra, y a ello se une el vértigo, el afán desmedido de experimentar el choque de tu cuerpo contra el suelo. Vacilas, te tambaleas como si un sopor se filtrara entre hueso y carne, por todos los ángulos del cuerpo, adormeciendo tu voluntad. Casi estás a punto de caer en el vacío, cuando unos toques en la puerta te obligan a volver a la realidad. Caminas con pesadez, arrastrándote, como si los pies se negaran a conducirte...

—¿Es usted...?

—¡Sí, y vengo a que pongamos término a esta situación...!

—¡Compréndame, no es que no quiera pagarle, simplemente he quedado sin trabajo...!

—Lleva usted meses repitiendo lo mismo. He sido paciente, he atendido cuanta súplica me ha hecho. Pero esto tiene que terminar. ¡O me cancela o se larga a la calle...!

—¡Le ruego esperar unos días más! ¡Pronto iré a Villa Rosa y entonces todo podrá arreglarse, todo...!

—¿A Villa Rosa...? Desconozco ese nombre, y además, ¿qué relación puede tener ese viaje con lo que me adeuda...?

—Usted no alcanza a comprenderlo. Alguien me espera en Villa Rosa. Ayer precisamente iba a tomar el tren hacia ese pueblo, pero no pude llegar a tiempo. ¡Yo le prometo a usted ser puntual...!

—Que lo sea o no, en este caso, no me interesa en lo más mínimo. ¡Y le manifiesto que este asunto ya está en manos de un abogado...!

—¡Le pido una última espera. Iré a Villa Rosa. Alguien que ni usted ni yo conocemos me aguarda... y tengo la seguridad de que si realizo ese viaje todo problema habrá terminado para mí...!

—¡Usted está loco...! ¡Buenos días...!

Se ha ido. Todavía crees estar contemplándolo: feroz, enérgico, implacable, como un pequeño dios sin ángeles ni trompetas. Sientes el irrefrenable deseo de llorar, de llorar y gemir incansablemente, hasta que el cuerpo se te vuelva un rumor salado. Te acuestas, clavas tus ojos en aquel cielo raso de manchas estúpidas. La vida para ti ha sido siempre una cueva oscura, tapiada milímetro a milímetro. Ha sido y es un muro levantado por manos implacables, una pared ominosa que se precipita sobre tus perennes intentos de escapar. Vacío y oscuridad. En el vacío tu cuerpo y encima, jadeante y pegajosa, la oscuridad.

Te miras las manos, inútiles, como dos pájaros agonizantes. Las cubres de improperios y te excita un ansia loca de golpear y golpear hasta aplastártelas. Pero el muro no se mueve. Persiste. Es un parapeto a tu ansiedad de espacio y luz. Es un perro hambriento. En aquel cuartucho aún perdura el invierno. Lo sientes. La humedad se tiende, sube, se vuelve angulosa, lo cubre todo. El musgo crece rápido. Quiere alfombrarte...

Exprimes el tiempo. Anhelas acortar aquella monotonía, romper aquella confusión de polos, huir de aquella esfera dilatada y blanca que marca acompasadamente tus domingos desposeídos. El encierro te obliga a recordar. Logra que tu cerebro se agite, sacudiéndose imágenes gruesas de estar albergadas.

La tarde se va dilatando. Cigüeñas de vuelo amargo pintan de verde oscuro aquel cielo apacible. Espesos lagrimones caen con intermitencia. La luz se desperdiga ante el acoso de las sombras. Un piélago de huesos rumorosos te cubre las espaldas. Presientes que la noche traerá emociones frescas, pero, sólo las presientes. Y nada más. Albergarlas te es imposible. Eres refractario a ellas. Siempre has creído que eras una piedra caída de no sé qué región ignota. Una piedra diminuta, completamente lisa y sobre la cual los sueños resbalan como lágrimas impotentes...

—Sí, volveré mañana. Tengo mucho interés en llegar a Villa Rosa. ¡Maldita sea! ¡Siempre llego tarde...!

La calle de nuevo. El bullicio rondando como bestia mansa y suplicante.

La gente. Sus penas. Sus inquietudes. Sus sueños. Sus sueños... ¿Dónde estarán los tuyos...?

Anoche amaneció tu cuerpo en el suelo. No logras explicarte ese hecho sencillo, pero extraño. Crees que es una manifestación de terrenalidad tremenda. Te atemoriza el saber que tus manos se agitan al presentir la cercanía de la humedad, del vacío, de la soledad. Caminas con tiento. Imaginas que de súbito la tierra se abrirá para devorarte. Temes salir cuando llueve. Todo es tan frágil. Necesitas vivir en suspenso, y si mueres, lo has de hacer prendido a la piel de la vida como una pústula marchita. Piensas en que debes encaminarte hacia cualquier rumbo, hasta chocar, hasta aplastarte en el loco afán de derribar lo que te detiene. Si pudieras adelgazarte, convertirte en un susurro apenas perceptible, lo harías con gusto. Tal vez así lograrías darle alcance a esos horizontes que retroceden mientras más avanzas y que, sorpresivamente, se te vienen encima cuando interrumpes el camino. Sabes de cierto que nunca podrás llegar a ningún sitio. Esa certeza es para ti como un cuchillo clavado a un lado del pecho. Allí está, cercano al corazón, deslizándose sin premura, seguro de no haber errado su trayectoria. Quisieras liberarte de ese cuchillo, lanzarlo y esculpirlo, y luego reír hasta el cansancio...

—¡Debo llegar a Villa Rosa! Hoy, mañana, pasado mañana, ya no me importa cuándo, pero debo llegar. Al nacer traía en mis manos señalado ese itinerario. No sé qué tengo que hacer allí, qué puerta tocar, por quién preguntar. Pero caminar es una forma de vivir. Tal vez la muerte me sorprenda sin que haya logrado darle término a mi marcha, pero por lo menos lo he intentado. Perdón si no alcanzo a llegar. Perdón si el cansancio me doblega. ¡Perdón...! ¡Perdón...!

No te percatas de que hablas casi a gritos. Transeúntes solitarios se sorprenden viendo y escuchando tus actitudes y tus palabras. Pero no te importa. Siempre te has sentido solo. En medio de multitudes, rodeado de algarabía, arrastrado por tumultos, siempre has experimentado la horrible realidad de verte solo, en un mundo ciego y sordo al drama de tu vida estrecha, adelgazada a golpes. La vida para ti no tiene rostro. No encuentras ninguna expresión en las cosas que te rodean. Hablas y sientes que tus palabras se diluyen dentro de ti, como si un torrente de filos al rojo vivo se adentrara en tus venas, evaporando tus más pequeñas energías...

Las noches para un hombre como tú, solo, frustrado y desencajado hasta la amargura, son espantosas. Logras que las sombras retrocedan, pero te atemoriza pensar que continúan allí, en ese cuarto, esperando que apagues tu lámpara para lanzarse nuevamente sobre ti y enlutarte el alma...

—¡Moriré una tarde cualquiera! Se quebrará por fin mi vida de perfiles agonizantes. Acabará esta espera inútil. Esta loca ansiedad que me atosiga el corazón romperá el espacio de mi cuerpo para siempre deshabitado. Moriré sin conocer el estremecimiento que produce un beso, sin sentirme entre los brazos de un hombre que me cubra de tibiezas la cintura. Triste muerte la que me

aguarda. Sombrío es el final. Soporto una existencia desmenuzada. Cada hora, cada minuto y segundo de mi vida son pedazos que irritan mi vientre socavado por la ausencia de la renovación. Muero ausente de raíces que me sostengan. Me desplomo como un árbol condenado, marchito, como un pájaro ciego y enfermo aleteando entre sus ramas disecadas...!

—¡Deja ya de divagar, Ifigenia...!

—¡Morir y luego morir! Una medalla igual por ambos lados. Villa Rosa ha consumido mis últimas energías. No vino aquel que yo esperaba. ¡En vano mis brazos se han tendido ansiosos, ávidos de la presencia de aquel que debía llegar...!

—¡Nadie iba a llegar, tú lo sabes! ¿Por qué insistes en esperar a un ser que sólo existe en tu mente afiebrada...? Vamos, Ifigenia, ¡sacúdete esa tu cabecita loca...!

—¡Morir es hundirse; después de una vida de manoteos angustiosos. Si él alcanza a llegar, dile que lo esperé hasta los últimos momentos. Y dile también que si soportó innumerables suplicios tratando de llegar, yo he sufrido mucho más esperándole...!

—¡Tú bromeas! ¿Quién te ha dicho que vas a morir...?

Hay un rumor que persiste en su avance ineluctable. Es el tiempo que lanza su postrer grano de arena en el vacío enorme de tu alma. Vas a morir. Aquel desmoronamiento en tu interior te anuncia la caída definitiva de tu existencia carcomida, agujereada. Pronto terminarán aquellos días feroces que te mordían los talones. Días horrorosos, con dos fauces amarillas y una dentellada oscura. Ante ese invierno que te ronda insondable, experimentas el deseo de escupir hasta quedar reseco, con la piel formando pliegues caprichosos...

Villa Rosa no existe. Nunca ha existido ni podrá existir. Es una imagen que se ha colado subrepticamente en tu cerebro, deslumbrándote, entibiando tus anhelos de sentirte dueño absoluto de un punto hacia el cual converger. Es posible, y eso debe alentarte, que tu obstinación en creer que Villa Rosa existe, logre levantar en algún apartado lugar un pueblo que te albergue, en donde tu sonrisa salte por los techos de cinc, y en donde tu voz inunde todos los rincones, poblándolos de susurros, de gritos, de blasfemias. Villa Rosa se hunde contigo. Tú la arrastras en ese vórtice que comienza a absorber las horas, los minutos, los segundos de tu existencia que es toda fragilidad. Vas a morir. Hoy comprendes que tu muerte nunca fue presentida, que siempre la has llevado muy adentro, como un ancla, que por fin te obliga a detenerte, para luego arrastrarte al fondo, indefectiblemente...

El Album de Cabritilla

(CUENTO)

Por Mercedes DURAND

Hacía un magnífico día. Llegaron al estudio de Gabriela a la hora en que los cisnes jugaban a las carreras con las anémonas del estanque. Ella colocó la silla de extensión y los cojines azules bajo una hermosa veranera. Se disculpó con su acompañante y subió presurosa la escalera que conducía a sus habitaciones. Anudó sus rebeldes cabellos y se enfundó la gabacha. De un closet, que olía a ramas de muguet, sacó unos dulces con sabor a mandarina y unas pantuflas inglesas. Luego fue a su estudio y tomó los materiales necesarios. Bajó al estanque y vio con profunda ternura que Ernesto dormía plácidamente. No lo quiso molestar y, sin hacer el menor ruido, ajustó la cartulina en el caballete y comenzó a esbozar los rasgos de su entrañable amigo. Cuando éste despertó y abrió sus ojos grises ella estuvo presta a ofrecerle su bastón, él entonces apoyó su brazo



MERCEDES DURAND

en el de la muchacha. Caminaron alrededor del estanque y Gabriela respiró a pulmón pleno la brisa de la mañana. Ernesto, encorvado y cansino, hablaba pausadamente. Relataba a la joven sus experiencias en Escocia cuando visitó una famosa casa embotelladora de whisky y el inmenso susto que le produjeron los estridentes graznidos de los gansos que vigilaban la bodega. Luego, le relató su amistad con el Picasso de la época azul, y sus largas caminatas juntos y la comida de caracoles que se dieron, hasta el hartazgo, en una fonda situada en la frontera franco-española. Don Miguel de Unamuno y su jersey negro y su frente erguida y su dignidad de roble, ante las embestidas del viento de la incultura, también habían sido amigos de Ernesto. Ella lo escuchaba con arrobamiento, sin interrumpir las frases. El hablaba con la fluidez del vino añejo que se escancia gota a gota y reposa largo tiempo en el paladar. Antes de subir al carro, Gabriela, ordenó al motorista que se percatara de que los cojines estuviesen colocados adecuadamente. Ambos subieron al auto. Llegaron a la residencia de Ernesto justamente a la hora en que éste debería tomar la sopa de legumbres que le había recetado el médico. Gabriela lo acompañó a la mesa y, como era su costumbre, mordisqueó unas galletas simples con un trozo de queso sin sal que le supieron a gloria. Al despedirse, Ernesto, prometió a Gabriela no usar el anillo de ónix en el anular porque la artritis se lo había convertido en algo parecido a un espárrago hinchado. . .

La piscina del Club se hallaba muy concurrida. Bikinis a lunares, a rayas verticales, horizontales o espirales; mallas negras y salidas de baño de encaje abundaban en aquel exclusivo lugar. A escasos metros la calle era transitada por autobuses urbanos, autos de carrera, triciclos, lecheros, perros, hombres, niños. Gabriela se recostó sobre una estera de tule y estiró los pies en la misma forma en que lo hacen perros y gatos al desperezarse. Anteojos oscuros la protegían del sol que, con sus rayos, le tostaba la piel. Gabriela evocaba los momentos transcurridos con su entrañable amigo. Un grupo de muchachos y muchachas irrumpió a su alrededor y uno de ellos, con aspecto de play-boy, le dijo al oído algo y acercó sus labios a las mejillas de la muchacha. Ella indignada, se irguió y dio una bofetada al recién llegado. El le pidió disculpas y Gabriela se unió al grupo a fin de darse una zambullida. Luego, sentados bajo una sombrilla de lona, pidieron aperitivos en copas de piña madura ante la desaprobación de Gabriela que ordenó un jugo de tomate. Se hablaba de las nuevas técnicas dislocadas y aburridas del cine y se traía a cuento la secuencia del paseo de una cama por toda la capital londinense; se comentaba el extraordinario derrumbe de la sintaxis, en la novela y el cuento, ante la impotencia de las momias de la Academia por detener el avance de la nueva ola; alguien relató sus experiencias en un baño colectivo con dos negros del Congo; alguien tamborileó sobre la mesa; alguien sacó una jaula con un gorrión y un grillo disecados; alguien se bebió una L. S. D.; alguien dio de beber licor a un pekinés; alguien sopló una armónica; alguien silbó; alguien hipeó... Gabriela

bostezaba y hacía vanos esfuerzos por mantenerse atenta a la conversación de sus amigos. Fingió un repentino malestar y se despidió del grupo. Se alejó del Club...

El álbum de fotografías estaba encuadrado en piel de cabritilla. Una niña de bucles oscuros y sombrilla con ribetes de encaje sonreía desde las rugosas páginas. Un muelle, bañistas con trajes a rayas, un barco de diseño antiguo y varias señoras y señores aparecían en otra imagen. Dionisia, su cabello lacio y su rostro negroide, sostenía sobre sus piernas a la niña Gabriela. Un anciano de rostro venerable y porte distinguido ocupaba varias páginas del álbum de Gabriela. En unas ocasiones se le miraba jugar al golf, en otras fumar una pipa de carey, en algunas acariciar el mango de un bastón, en varias sostener sobre sus rodillas a una chiquilla de largas trenzas y en las más se le veía sentado, contemplando con ojos bondadosos a los curiosos que abrían el álbum. Gabriela lo conoció cuando era muy chica y disfrutó poco tiempo de su compañía. La arterioesclerosis y un infarto al miocardio habían dejado a Gabriela perpleja y al abuelo rígido y frío. Su sorpresa y desencanto por la irreparable pérdida, no fueron sustituidos por los viajes alrededor del mundo, ni por las visitas a invernales, a ruinas famosas y a clínicas de sueño. Gabriela había desistido de escaparse de sí misma y dispuso vivir alejada de su familia, en una casa-estudio donde residía al lado de sus cisnes, sus lienzos, sus pinceles, sus anémonas y su álbum de cabritilla...

Ernesto la había invitado a tomar el té en casa de un amigo. Este, vivía en las afueras de la ciudad y poseía varios millones de pesos y algunos miles de libros. El anfitrión tenía los modales de un conde y la cultura de un abate. Varios años en Suiza y largos veranos en Montecarlo le habían dejado huella... Los tres recorrieron la mansión de los libros y Gabriela se internó con sus dos amigos en los estantes y estantes de aquella maravillosa Biblioteca. Llegaron a la Enciclopedia de Diderot y pasaron por la británica, la francesa, la española, alemana, italiana, árabe, hasta finalizar en la de aberraciones y toros; caminaron desde el *Libro de los Muertos* hasta *El Amanecer de los Magos*; fueron desde San Agustín hasta Heidegger; recorrieron la Arqueología, la Historia, la Literatura, las religiones y finalmente y en estante especial transitaron desde El Capital de Marx hasta la última obra de Debray... Se instalaron en la sala de mullidos sillones y tomaron el té. La muchacha escuchaba con sumo interés los recuerdos que Ernesto y su amigo hacían de los corsos de flores, los jueves de Corpus, y sus procesiones señoriales encabezadas por monaguillos que incensariaban las calles cubiertas de pétalos de rosas, por las que caminaba el señor obispo bajo el oro sedoso del palio, mientras las residencias de las familias principales abrían sus puertas, ornadas con immaculadas cortinas, dejando ver los suntuosos altares privados. Ernesto refirió sus amores con una famosa gitana que zapateaba de maravilla y cantaba por bulerías y su amigo lo interrumpió para recordar las piernas de María Conesa y la categoría de Vir-

ginia Fábregas. Al finalizar la quinta vuelta de té, el dueño de la aristocrática mansión relató a Ernesto y a Gabriela la angustia que le producían los sorprendentes ataques de asma y las inoportunas molestias renales. Ernesto, por su parte, se refirió a los dolores agudos de la artritis que le deformaban los pies, las manos y las rodillas. Antes de abandonar la casa Gabriela recibió, del amigo de Ernesto, un fístol que el abuelo de la muchacha le había regalado a éste.

“Es inútil. Julián es una excelente persona. Haría lo que mi estúpida familia llama un buen marido. Me quiere, me mimas, me colma de orquídeas, de rosas, de cartas, de perfumes, de bombones, de mil pequeños detalles... Se preocupa de mi neuralgia, de una leve herida, de que se me rasgó la uña... ¡Pero me aburre intensamente...! No resisto su proximidad... Ese olor a bosque mediterráneo que emana de su cuerpo me marea y ME CAUSA URTICARIA... El escritor de cabellos grises, sí que tiene personalidad. Su talento me convence, tiene seguridad en sí mismo, su obra se impone, no está mal de tipo... Ummm... ¡Pero dudo que lo llegue a aceptar en el lecho conyugal! Alfonso, mi novio de adolescencia, es cierto que es adorable... Me besó algunas veces, en ocasiones pellizcó mis piernas y casi me hace pasar a la antesala del acto sexual... pero... AHORA ME PRODUCE ESTORNUDOS... Mas, Ernesto... Es un sol opaco y tranquilo que me llena de serenidad... Su conversación, sus modales, su cultura, sus ojos grises, sus manos, su bastón, su paso menudo... Ernesto... ¡Ah y su rostro venerable y sus ojos bondadosos y sus relatos infinitos...!”

La figura de Amelia en su traje de holandesa era sencillamente grotesca. “Una vaca holstein con zuecos, delantal, cofia y antifaz” había comentado el escultor afeminado; Gonzalo y su Nerón de circo era formidable; Arlette y su peluca rubia y su traje de Juana de Arco, escondía a perfección a la doctora mulata que todas las mañanas controlaba los kilos de exceso de las señoras obesas que visitaban su clínica para que les redujera las calorías de su dieta; Juno y su malla oscura, sobre la que una minúscula faldita roja imprimía feminidad, guarecía su equívoca conducta y daba la impresión de una caperucita ingenua y delicada... La mujer del arquitecto y su voz de actriz de novela radial simulaba magistralmente aires diltheyanos y trazos *alecorbusierados* ante el auditorio de profesionales estúpidos e intelectuales babeantes por sus piernas bien torneadas y sus senos exuberantes... Gabriela había organizado la reunión para gozar un poco de la excentricidad de la gente y para reírse de sí misma. Sí, de sí misma porque ella se había vestido de “qué me importa” y se preparó un coctel de ron, vino demi-sec, whisky, ginebra, ajenojo, cerveza y soda... ¡Despertó malhumorada y con la lengua pastosa!

El álbum de cabritilla, las anémonas, el estanque, los cisnes y varios cuadros... Gabriela adquirió fama de misántropa porque se encerró ocho semanas. Salía únicamente los sábados a proveerse de materiales y de comestibles y al Convento de los Dominicos en donde solicitaba a los frailes que le diesen

la dirección y la paga convenida a las personas que le servirían de modelos. Durante el resto de los días colocaba cartulinas, corregía trazos, ordenaba posiciones, gestos, buscaba luces, observaba sombras, hurgaba arrugas y manchas en las manos, descubría extremidades deformadas por el reumatismo y continuaba su tarea creadora...

Cuando transcurrieron las ocho semanas de aislamiento, Gabriela no pudo más... Su corazón, sus nervios, su semblante y su esencia vital se lo exigían. Fue a casa de Ernesto y no lo encontró. El ama de llaves le comunicó que él se había marchado sin despedirse y sin decir adónde iba. La muchacha contrató a un detective privado, visitó hospitales, gimnasios, clínicas, balnearios, desvanes, conventos, agencias de viajes, casas de amigos afines, parques, cines, aldeas, barrios, pensiones, burdeles, pero todo fue en vano...

"Sí, doctor... Estoy convencida... Lo necesito como mis anémonas al agua... (El pentotal la ha hecho soltar la lengua...) Es tierno y bondadoso... Claro, usted lo conoce y sabe que es un enfermo, pero me agrada cuidarlo... Debo volver a verlo. Preciso de él. Su palabra sencilla, su rostro venerable... Sus relatos fascinantes... Las manchas de sus manos... Su bastón... Su artritis... Sus ojos grises... Su rostro bondadoso... Sí, doctor, ya lo sé... Es un anciano de ochenta años... Pero mi organismo no requiere vitalidad y es pasmoso... Soy un caso para usted... Steckel ha escrito un libro sobre las mujeres como yo... Doctor, a mí me encanta sentarme a los pies de él, gozo con sus achaques, me fascina sacarlo al sol, sazonar su caldo y escucharlo a toda hora... El es un éxtasis constante. Junto a sus brazos débiles, su cuerpo flaco y sus manos deformes gozo intensamente... (—Enfermera, déjela reposar, cuando despierte la acompaña a su casa)..."

Ernesto regresó del extranjero. Cuando bajó del avión y saludó a Gabriela ella creyó equivocarse.

—¡Eres una caricatura!... Un remedo de tu auténtica imagen... ¡No te perdonaré nunca...! Has destruido lo que yo tanto amaba... No resistiría el olor a laboratorio y a suero bogomoletz... ¡Asesinaste la imagen que yo tanto veneraba...!

Gabriela huyó del lugar y se refugió en sus recuerdos... Desde entonces no sale de su casa-estudio y vive al lado de sus cisnes, sus bocetos, sus pinceles, sus anémonas y su entrañable álbum de cabritilla...

Mercedes Durand

MARIA CANDELARIA

(CUENTO)

Por Carlos SAMAYOA CHINCHILLA

A la memoria de Amelia Evangelina.



CARLOS SAMAYOA CHINCHILLA

ca, al umbroso pie del sauce. Siendo ya un poco tarde, retorció la ropa lavada,

¡Ah, malhaya pitorreal, comedor de plátanos criollos! ¡Ah, malhaya guardabarranca, comedor de aguacates maduros! ¡Ah, malhaya cenzontles, comedores de pozol y de *almorzácate!* ¿Por qué no cantan los pájaros si tienen tanto qué comer y las jaulas están limpias?

La india María Candelaria, después de haber ido a la quebrada en busca de agua fresca y de haber colocado cuidadosamente sobre los tizones de crepitante encino la olla del nixtamal, se acercó al tapexco donde yacía aletargado su hijo y lo contempló tristemente. ¡Pobrecito el hombrecito, toda la noche quejándose! ¡Debió estar muy malo el hombrecito!

El día anterior ella lavaba, como de costumbre en el fondo de la barranca,

pensando volver a su rancho, cuando el patojo del vecino Iboy, de los Iboyes de San Juan, la había llamado a gritos desde el tope de un paredón.

Alarmada por aquellas voces, María Candelaria hizo un envoltorio con la ropa húmeda, lo colocó sobre su cabeza, y llevando en la mano el guacal de tecomate con el jabón, comenzó a subir por la empinada veredita que llega hasta la puerta de su rancho.

¿Qué había pasado en su casa mientras ella lavaba en el río, Dios Santo?
¿Su hijo...?

¡No, Dios guarde la hora! María Candelaria recordó en esos momentos que el muchacho, después de terminar los remiendos de varias jaulas, le había dicho que iría al monte a visitar sus trampas. Lo hacía casi todos los días, porque el hombrecito era cazador de pájaros de monte...

¿Qué había pasado entonces? Terminando de subir la cuesta divisó un grupo de gente frente a la puerta de su vivienda. Con el corazón en tumulto se acercó. En el interior, tendido sobre una sábana, estaba su hijo, pálido y silencioso, como hecho de terrón. María Candelaria depositó el envoltorio de trapitos recién lavados en brazos de una vecina, y con la ayuda de Manuel Hernández y dos de los Iboyes, subió el pequeño cuerpo de su hijo sobre un tapexco.

Al cabo de un buen rato el muchacho volvió en sí, quejándose de fuertes dolores en la espalda, y temiendo que su dolencia fuera algo grave, se mandó recado al curandero de Chinautla. El muchacho había caído desde lo alto de un árbol de jocote, al cual había subido para adueñarse de unos pichones de ceniztle de huatal, aprisionados en una de sus trampas, y los golpes lo habían dejado "medio baboso".

A las tres de la tarde de ese mismo día llegó el curandero montado en una vieja mula de carga: el mismo señor Mateo Recancoj, de Chinautla, que, según se asegura, es muy conocedor de las plantas y las bebidas medicinales. Sin contestar al respetuoso saludo que al entrar al patiecito le hiciera María Candelaria, el curandero desmontó de su cabalgadura y penetrando al interior del rancho invocó al santo de la casa, un antiguo cromó del Señor Sepultado del templo de Santa Catalina de Guatemala, y en seguida le pidió autorización para curar al enfermo: "Jesús, Jesús, en el nombre de Dios y con tu permiso y el de toda la corte celestial, préstame el poder de dar la salud. Si el mal es la mala voluntad de un brujo, si es la mala intención de un hechicero, ayúdame. Voy a ojear los fuegos que tiene el enfermo en la cintura y en la espalda. Con tu permiso, Señor santo de la casa. Con el permiso de los señores del lugar, con el de la Gran Mujer de Chinautla, que se aleje la enfermedad y sane el enfermo. ¡Amén!"

Al terminar su oración, pidió un huevo de gallina negra. Para conseguir ese huevo hubo necesidad de recorrer todas las casas del poblado; pero al fin, con la gracia del Señor que todo lo puede, se encontró. Cuando el curandero, que tanto sabe, lo tuvo en sus manos, lo hizo rodar por el vientre desnudo del

muchacho; encargando con mucho misterio (cómo deben hacerse estas cosas para que den buen resultado), que el huevo se enterrara en un rincón del patio, en un lugar donde nadie pudiera verlo ni tocarlo. Y tal como él había dicho que se hiciera así se hizo, pero el hombrecito había continuado quejándose.

A la mañana siguiente volvió el curandero a visitarlo, y no advirtiendo en el enfermo ninguna mejoría, pues los dolores más bien iban en aumento, había dicho que tal vez el muchacho estaba quebrado; todos lo habían oído: “que tal vez el muchacho estaba quebrado”; pero que de todos modos sanaría con un remedio que sólo él conocía.

Viendo que ya se estaban agotando los dineritos guardados en el fondo del bukul, y que el señor Mateo Recancoj se mostrara muy exigente en la demanda de su pago para conseguir el nuevo remedio, la india María Candelaria había decidido ir esa mañana a la ciudad para vender en ella sus pájaros.

Mientras tanto, el sol comenzaba a entrar en refulgentes hacecillos por entre las polvorientas cañas del rancho. ¡Se estaba haciendo ya muy tarde, María Candelaria!

Muy apenada por el estado de postración en que se encontraba su hijo, la india se separó lentamente del tapexco y principió a descolar del techo y de lo alto de los horcones las jaulas, poniéndolas una sobre otra. En seguida las cubrió cuidadosamente con una sábana roja. A los pájaros hay que cubrirlos cuando se les lleva de camino, porque si no “extrañan” y ya no cantan nunca.

Después, llena de esperanzas, colocó la torre de jaulas sobre su cabeza. Al salir de su rancho, atravesó un sembrado donde la milpa echaba al viento mañanero sus verdes banderines, y pensando siempre en su hijo enfermo, llegó hasta la puerta de golpe que da al camino real. . .

* * *

—¿Comprás pájaros, marchante?

—A ver, María. ¿Ya cantan?

—Sí canten. . . Bien que canten, a la amanecida.

Y la mujer rubia, inclinado el oro de sus bucles sobre las jaulas de María Candelaria, hurgaba con el índice entre los palitos, tratando de tocar a los prisioneros, los cuales, asustados, se refugiaban en los rincones con el pico y los ojos muy abiertos.

—Con seguridad que no cantan todavía. . . Están muy ariscos.

—Sí canten. . .

—Míralo, María, éste parece muy triste. . .

—¿Y ese guardabarranca? ¿Acaso tiene las narices atravesadas de lado a lado como las tienen los que van a cantar bien? ¡Con toda seguridad que no cantará! ¿Qué les das de comer? ¿De dónde son los cenizontes?

La mayor parte de las veces, la india María Candelaria permanecía silenciosa e inmovible ante aquel torrente de palabras.

“Son muy caros, María”. “Están muy tristes”. “No tienen bigotes largos”. “Tienen la pluma arruinada”. “¿No estarán pelechando...?” “Te compraría ese pitorreal, si no estuviera tunco...”

Y ella, mientras tanto, pensaba en su hijo enfermo. ¿Pa qué tanto hablar si no tenían intención de comprarlos? O si no, se limitaba a repetir monótonamente como un ritornelo:

—Sí canten, sí canten, bien que canten.

Durante toda la mañana trotó por las calles de la ciudad hostil, se sentó sobre las soleadas aceras, se detuvo en las esquinas, ofreciendo siempre su alada mercancía; pero todo fue inútil, porque ese día, por desgracia, no logró vender ni un solo pájaro, y a las tres de la tarde, agotada de tanto caminar, resolvió volver a su polvoriento villorrio.

Cayendo el sol atravesó el sembrado donde las matas de milpa echaban al viento sus verdes banderines y, pensando siempre en su hijo, llegó hasta la puerta de su rancho. Todo estaba en silencio. Al fondo, envuelto en muchos trapos, estaba el hombrecito, frío, seco y duro, como hecho de terrón. ¡Estaba muerto!

La india María Candelaria encendió entre sollozos una de las velas que había comprado al salir de la ciudad, y se sentó sobre sus talones, a un lado del tapexco.

—¡Muerto, Nanita, Santísima Virgen! ¡Muerto el hombrecito, mientras ella había ido a ver si podía vender los pájaros al pueblo de los ladinos, para pagar el remedio! ¡Y los condenados que no habían querido pero ni siquiera moverse entre sus jaulas...! De lo más hondo de su carne sintió subir el hervor de una torpe y sofocante angustia: ¡Muerto pues... muerto pues...!

Y principió a llorar. Primero, un grito largo y destañido; luego otros muchos, siempre en crescendo, y después, un lamento dulce y hamaqueado como una canción.

—¡Pobrecito el hombrecito que ya no vio sus pantalones! ¡Pobrecita la María Candelaria que ya no vio a su hombrecito con los nuevos pantalones! ¡Ah, pobrecito el hombrecito que ya no iría nunca más al monte...!

Entre tanto, los pájaros hambrientos se revolían en sus jaulas arañando las cañas con las uñas, y la india, maquinalmente, casi sin saber lo que hacía, toda temblorosa, comenzó a tirar de los extremos de las varitas, dando libertad a los prisioneros.

El primero en salir fue el guardabarranca. El pequeño envoltorio de plumas grises y marchitas dio dos o tres saltos por el suelo, sobre sus patitas de negro alambre y en seguida, inclinando la cabeza hacia el lado del sol, que en esos momentos se ahogaba en el horizonte, permaneció inmóvil durante algunos segundos como si percibiera en la augusta serenidad del crepúsculo el lejano murmullo de los riachuelos y los boscajes. En seguida se sacudió, y de un solo tirón, recto como un dardo, voló hasta las ramas más altas de la vecina cerca de árboles de pito.

Luego salieron cuatro cenizontes que no se atrevían a usar sus alas, temerosos de encontrarse con los odiados barrotes de caña de las jaulas; después el pitorreal tunco; tras él, otro guardabarranca, y por último, tres pichones de cenizonte de agua.

La india los vio partir, uno tras otro, sin pena ni alegría. Al pájaro que no canta hay que devolverle la libertad para que recobre su alma, pues de lo contrario, el alma del pájaro quedará perdida para siempre y esto traerá seguramente mala suerte para el que no lo crea ni lo comprenda.

Cuando las jaulas estuvieron vacías, María Candelaria volvió a los pies del tapexco donde yacía su hijo y con la cara petrificada por el dolor continuó lamentándose lenta y monótonamente.

—¡Pobrecito el hombrecito que ya no vio para la Pascua sus nuevos pantalones! ¡Pobrecito el hombrecito que ya no irá nunca más al monte...!

De pronto entre la trémula soledad de los encinos y los cipreses silbó jocunda la violineta de un guardabarranca, y como si aquello hubiera sido una señal, todos los pájaros, libres y jubilosos, cantaron al sol poniente entre lo fresco de la grama y de los terrones o en el penacho de los altos pinos.

—¡Ah, malhaya pitorreal, comedor de plátanos criollos! ¡Ah, malhaya guardabarrancas, comedores de aguacates maduros! ¡Ah, malhaya cenizontes de huatal, comedores de pozol y de almorzacate! ¿Por qué no cantaron así en el pueblo grande?

El gorjeo de un pitorreal vibró en el corazón del ocaso. Se hubiera dicho que hilaba cristal con la garganta, desde las profundidades del cielo.

Al suave fulgor de las primeras estrellas llegaron al rancho algunas mujeres del pueblo, y María Candelaria, encendiendo el resto de sus velas, comenzó a llorar de nuevo con ellas, mientras los hombres hablaban sentenciosamente en voz baja, y el ambiente se impregnaba de ese olor a humo y a maíz cocido, tan peculiar en las reuniones de indios.

Primero algunas palabras cortadas por los sollozos, después varios gritos largos y desteñidos, y por último, un confuso coro de lamentos dulces y hamaqueados como una turbia canción:

“¡Pobrecito el hombrecito de la María Candelaria, que ya no vio sus nuevos pantalones!” “¡Pobrecito el hombrecito!” “¡Pobrecito el hombrecito...!”

Y así permanecieron hasta que las notas de una pequeña marimba, como si encajaran de golpe en un molde, atropellaron el silencioso regazo de la noche con el primer son del velorio:

“Voy a afilar mi machete, para salir a pasear...”

“Voy a afilar mi machete, para salir a pasear...”

¡Ah, malhaya hombres! ¡Ah, malhaya mujeres! ¡Ah, malhaya niños indios

que nacen, ríen, bailan, lloran y mueren, siempre envueltos en esa recóndita y ancestral angustia de aquellos que ni quieren ni pueden escapar de las jaulas de sombra en que los encerró su destino!

“Voy a afilar mi machete, para salir a pasear...”

“Voy a afilar mi machete, para salir a pasear...”

Carlos Amador



SAN MIGUEL

Por Manlio ARGUETA

I

Caminaba por las calles enmontañadas, llenas de escobillas en las cercas y promontorios de hierba (en ese tiempo el asfalto no penetraba en los suburbios); el agua de invierno había abierto cauces por donde corría el agua lluvia. Primero tenía que pedirle permiso a mi madre, ella no me lo daba porque no adivinaba el significado de ir por una calle larga bordeada de escobillas y huertas y alfombras finas de zacateconejo y algunas campánulas en las raídas cercas y el olor a campo y a verdolaga y a caca de buey como finísima niebla metiéndose bajo mis ropas húmedas y el agua cantando en las sinuosidades.

Nada mejor en una tarde de lluvia que quitarse los zapatos y salir aun cuando madre dijera ¡No! en gestos imperativos, pasándose la mano por el delantal que



MANLIO ARGUETA

le caía sobre los muslos; luego, siempre en tono amenazador, daba una vuelta de ciento ochenta grados y dejaba todo a mi discreción; yo le desobedecía, me alejaba unos metros de la casa y era como viajar por el otro mundo; doscientos metros entre los cauces sintiendo un leve escalofrío del agua fresca que avanzaba calle abajo; doscientos metros cubiertos de agua y una sensación a mar de chocolate; y un vértigo como si volase; y mi rostro sumergido en los charcos; y allá abajo, abajo, mi cabeza enmarcada por las nubes grises y pedazos de cielo negro en el fondo de la tierra; y un vértigo... Alzaba la vista para no caer; de nuevo sentía el mar de chocolate dando golpes en mis piernas, en mis rodillas cubiertas de raspones, manchas negras y ásperas de tanto jugar fútbol con mis primos y de jugar a superman. Los pantalones a mitad del muslo, la camisa "giants". Doña Matilde siempre en la casa de la esquina. "Buenas tardes doña Matilde", con música; y ella contestaba con la mayor seriedad, pero sus ojos decían "muchachito no te mojés". En la esquina terminaban las escobillas y las campánulas; luego, la calle tomaba forma verdadera y a uno y otro lado las casas de adobe y tejas pintadas de celeste. Frente a la casa de don Ramón el agua formaba remansos, los pájaros allá abajo, en el espejo; y de nuevo el vértigo hasta que don Ramón me hacía volver en mí con los martillazos sobre la suela de un zapato viejo. Yo me hacía el enfermo para neutralizar su mirada fiera, le decía "don Ramón" al tiempo que le pelaba los dientes; y él con sus ojos coléricos. Como el gato de la casa me arrimaba a la pared, a buscar las vetas doradas en la arenisca. La misión, cumplida. Metía los dedos entre la tierra mojada y ahí me llevaba las partículas de metal: oro, hierro, plata, en finísimas partículas que después me servirían para jugar con las tijeras imantadas de madre; a jugar de estrellas y soldados con el polvillo sobre una hoja de papel, las tijeras pasando por debajo; los hombrecillos de oro, en fila de cuatro, corrían y se derribaban entre sí; al retirar las tijeras se formaba sobre el papel estrellas y caminitos. Pero luego aparecía Gloria. "Yo tengo unas tijeras más bonitas" decía, mientras sus ojos fosforescentes recorrían el papel donde descansaban los soldaditos. No le prestaba atención hasta que con un manotazo me botaba el polvillo y los soldaditos salían volando. Los ojos llenos de lágrimas por mis pobres soldados. Gloria se iba como si no hubiera hecho nada. Yo en la puerta, escuchándole sus palabras que sólo ella entendía.

II

La tarde sobre la ciudad. La calle que no termina nunca. Las paredes manchadas por el bermellón solar. El perro del vecino. El viejo camión de la basura, su campana y los hombres sucios. Gloria dice adiós a madre. Las aves de corral espantadas por el rondín de los fantasmas que se desgajan de los árboles. La vendedora de pan y mi hermana menor que la llama a gritos como si se acabase el mundo. El hombre del hacha que nos raptará si nos portamos mal. La casa de don Ramón el zapatero. Mi hermana llega con el pan.

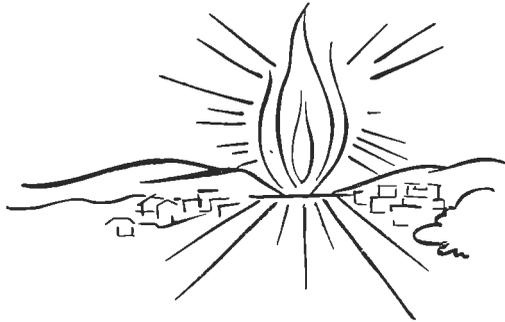
Yo me hago el desentendido. Tengo el brazo levantado en señal de saludo a Gloria mientras con la mano izquierda toco la piedra azul que llevo en el bolsillo y que servirá para derribar al pájaro azul que se posa frente a la ventana, en las ramas del limonero. Gloria alza su mano sobre la cabeza y queda en esa posición. Caerá si continúa mirando hacia atrás. Yo no le despego la vista porque ella me arrastra con sus ojos y su vestido de tela floreada. Sus piernas flacas me entusiasman. Quiero seguirla hasta el fin, cuando baje la mano de sobre su cabeza. Ella permanecerá en esa posición, diciendo adiós. Madre interrumpe con el aroma del café que llega desde la cocina y mi hermana se le pega como perrillo faldero en espera eterna. Pronto vendrá la luz, el sol se va poniendo morado lila. Venir la luz es encenderse los bombillos, es sentarse a la mesa una vez que mis hermanos han llegado de la escuela, es oír el concierto de la tarde en un viejo radio que descansa sobre una mesilla cerca del comedor. Es oír a Mozart por primera vez. Pronto vendrá la luz porque saldremos con mi hermana a acostarnos sobre la hierba de la calle, boca arriba, a ver quién descubre la primera estrella y quién sigue descubriendo las demás cuando el cielo se pone oscuro y el rocío cae con pasos de hormiga sobre las hojas de las escobillas. Y luego el viento de la noche que llega hace temblar como si tuvieras miedo de tanto frío o de tanto muerto que camina sin que los veas pero que los sientes cuando dicen palabras suaves al oído. Y se abren los ojos de Santa Lucía.

III

De repente le ha dado por ponerse romántica. Se acomoda y se pega a mi cuerpo. Sigue pensando que mejor es vivir y seguir viviendo esos mismos años que sólo traen felicidad aun cuando se recuerden los llantos, los dolores en la garganta originados por los celos. Muy bonito es tener tiempo de recordar la edad de la sinrazón y quedarse por unos instantes exprimiéndole todo el jugo a la felicidad. ¡Cuéntame! Cuando respiras el aire del río, cuando matas a las hormigas y te quedas tendido en el suelo como si no hubieses hecho nada. Pero yo no te hago caso pues tu piel desnuda sobre mi piel desnuda hace danzar mi cerebro. ¡Cuéntame todas las cosas que hacías y que miraban tus ojos! Las batallas de los escarabajos relampagueantes a la luz del sol y los lagartos subiendo sobre los tejados y mirando fijamente en los saledizos como gárgolas pestañeantes. La verdad que prefiero no perder el tiempo mientras estás desnuda y yo desnudo en un mare mágnam de jadeos y sonidos con música sorda. Y de nuevo esa carita de demonio que a mí me parece el rostro donde se oculta el sol. Huele a montaña, a lirios del campo. La lluvia viene desde los montes, azota con furia, arrastra pájaros salvajes y los lagartos que duermen en las ramas de los árboles caen al suelo y quedan dormidos hasta que deja de llover. ¡Cuéntame!... Y las torcazas en pos de sus alas, pues el viento se las arranca de cuajo; ahí las ves arrebuajadas; y dan ganas de llorar o salir al patio

a protegerlas. Y nuestro corazoncito como un puñado de semillas aéreas. Luego, todo queda limpio: el patio se puebla de hongos amarillos, rojos, blancos; los frutos caídos aroman el suelo mojado y el cielo se llena de llamaradas verdes, tan suave que dan ganas de pasarle los ojos por su lomo de animal pacífico. Después, respiras y te conviertes en nueva persona, siempre a los diez años y con pantalones cortos. Comienza la metamorfosis hacia la alegría. Las torcazas recuperan sus alas y los lagartos vuelven a las ramas de los árboles y a los techos de las casas, por sus bocas caerán los chorritos de agua. ¡Cuéntame!... Mañana no podré decir las mismas cosas; cada día que dejamos pasar sin recordar o sin dejar constancia de nuestro pasado, es un año perdido. Cada palabra del recuerdo es un constante renovarse. Cuando termino de hablar una mujer es distinta a otra mujer. Y te sientes superior a otras porque hemos revivido a los diez años. De repente nos da por contar las cosas sencillas; de decir frases preconcebidas; de olvidarnos de nosotros mismos. ¡Gloria!... Acaso sea para expiar la culpa de vernos desnudos en la cama sin tener una fuerza que nos respalde. Me refiero a una fuerza solemne pues la otra fuerza sí la tenemos desde el mismo momento que vivimos.

(De *"La misma Edad de Siempre"*)



Federico Mistral, un Poeta de Provincia que se hizo Universal

Por José María CUELLAR

I

Mireya, es la obra cumbre de Federico Mistral, el poeta más admirado por Lucila Godoy Alcayaga, la autora de Sonetos de la Muerte y Desolación.

Solar, es el poema de Mireya. Allí está la vida y la belleza de las comarcas provenzales.

Inspirado junto a las márgenes del Ródano, sus páginas van saturadas de hechos históricos y hermosas leyendas, como conviene a una raza que ama con ardor sus tradiciones.

Mireya, tiene toda la luz de la comarca. Es hija fecundísima de la poesía Jónica, madre del ingenio europeo.

La mano de Mistral, trazó con serenidad y amor, los vastos horizontes, los dorados trigales, el sagrado rumor de los olivos y los boj, las danzas milenarias, practicadas por el pueblo y dedicadas a San Remigio y Santiago de Compostela... Puede decirse que la tradición de Provenza, hermana de la tradición catalana, se encuentra desparrramada con notable maestría, en este canto inmortal.

II

Del nombre de Mireya, puede decirse que es una españolización del verdadero, el cual es: Mireio o Mirau, que significa María o Admirable en provenzal, según coligen varios estudiosos de la obra.

Pero el poeta lo hereda de la madre; ella se lo enseña junto al hogar mientras el padre habla de la vida azarosa de la guerra.

Después, Federico, hace fulgir como un diamante el nombre sagrado, que

viene a ser con el tiempo, el símbolo de la infancia, que determina la creación del poema. El nombre de MIREIO constituye, pues, una herencia materna, una joya que Mistral engarza maravillosamente en su genio poético.

III

Puede decirse de la obra de Mireya, lo que dijo Agustín Durán de las obras de Lope de Vega: "El poeta presentó la obra al pueblo y le dijo: he aquí tu poema. Y el pueblo atónito y embelesado aceptó el presente, y ciñó la frente del poeta con su gratitud y respeto."

No hay descripción ni palabra ociosa en la obra, todo es adecuado a la forma y al colorido local. Así, Mireya, es un repertorio de la fauna y la flora, de los modismos y costumbres, de un pueblo trabajador y amante del arte.

Cuando en 1862, Juan Brunet conoció Mireya, dijo lo siguiente:

"...En tanto que allá en el Norte la poesía francesa fuere agostada por la niebla y por la sequedad, la poesía provenzal bebe el agua clara en la mesa del pueblo, más joven y más ufana de día en día, canta a las orillas del Ródano como una muchacha de quince abriles..."

Por esto ha podido lograr un sitio distinguido en la obra de restauración popular que se lleva a cabo en nuestro siglo.

Por esto —también— ha podido vencer en la aceptación popular a muchas obras clásicas; porque a despecho del talento de los autores, la vida real no encaja, o no entra fielmente en los estilos clásicos, resultando por lo tanto, una obra amanerada y fría.

El número de traducciones que se han hecho del poema de Mireya, demuestra su aceptación en el mundo de las letras: traducida al italiano, inglés, alemán, portugués, castellano, etc., como conviene a una obra que guarda en su interior, la ternura, la tristeza y un hálito regional común a los pueblos que en tiempos antiquísimos poblaron la tierra del mediodía.

IV

Nuestra poetisa chilena, conoció y amó esa estampa provenzal. Admirando, desde luego, a su autor, del cual toma el apellido para glorificarlo más aún. Y así, nace Gabriela Mistral.

Quede constancia de esta admiración de Lucila hacia el poeta de la RAZA SOLAR...

A large, stylized handwritten signature in black ink, which appears to be 'Gabriela Mistral', written in a cursive, flowing script.

Fray José Simeón Cañas: un Santo de la Libertad

Por Eliseo PEREZ CADALSO

Varón extraordinario de pensamiento y ejecutoria, es Fray José Simeón Cañas, cuyo bicentenario celebramos este año en la América Central.

Ministerios de Educación Pública, centros privados y personas particulares se han sumado al regocijo de estas festividades, no solamente obedeciendo al mandamiento de una centroamericanidad actuante y positiva sino también porque el Istmo entero se benefició en gran medida de la gestión libertadora encabezada por ese salvadoreño impar.

En lo que toca a Honduras, sólo hay que recordar que centenares de compatriotas gemían bajo el hórrido clic clic de las cadenas y que fueron ellos mismos quienes, en reiteradas peticiones que enviaron desde Omoa, Trujillo y Comayagua, conmovieron el

corazón de la Asamblea Nacional Constituyente de las Provincias Unidas de Centro América reunida a la sazón en Guatemala, logrando la emisión de aquel Decreto memorable que puso fin a la infamante institución esclavista el 17 de abril de 1824.

Si examinamos retrospectivamente la vida del egregio viroleño¹, podemos constatar que su paso por la tierra fue un perfecto apostolado, en su triple proyección de piedad, estudio y acción.

Nace el 18 de febrero de 1867, de padres españoles, en Santa Lucía de Zacatecoluca, ancha y generosa tierra que se distiende entre el Océano Pacífico y la cadena volcánica: el primero le enseñó la pasión del horizonte y la segunda el ejercicio de la voluntad.

¹ Gentilicio de los habitantes de Zacatecoluca.

El agro, por su parte, le dio a su co-razón la fuerza y la pureza de la autenticidad para que, encontrándose a sí mismo, pudiera más tarde convertirse en el faro de la grey desorientada.

Siendo niño todavía, lo llevaron a Guatemala, para efectuar estudios en el Colegio Tridentino y luego en la Universidad de San Carlos Borromeo, donde recibe las sabias enseñanzas de Fray Antonio de Liendo y Goicoechea, luminoso maestro en cuyas manos se forjó la generación de patriotas que había de realizar más tarde —1821— la emancipación política de la América Central.

Pruebas de su gran talento son los honores recibidos a la hora de su ordenación sacerdotal, tanto que poco después fue electo por unanimidad entre el claustro de doctores, Rector de aquella magna Casa de Estudios, habiéndole tocado desempeñar tan honrosas funciones en dos oportunidades: 1802-3 y 1811-12.

Y el más vivo testimonio de su amor a la cultura fue el hecho de donarle al Alma Mater el producto de sus emolumentos para ampliar el edificio y fundar la biblioteca, cuando ya sus haberes personales menguaban sensiblemente.

Sabemos que después de haber vivido el capítulo de su anexión al Imperio de Iturbide, Centroamérica procedió a echar las bases de su estructura republicana. Como paso inicial se convocó a una Asamblea Nacional Constituyente, en cuyo seno se dieron cita los hombres más preclaros de los cinco Estados ístmicos para redactar la Carta Fundamental y crear las Instituciones de la incipiente nacionalidad.

En aquella estelar anfictionía, Cañas ocupó puesto de primera.

Su potente ilustración, su experiencia académica y política, y su hombría de bien puesta a prueba tantas veces, concitáronle desde los primeros días la simpatía de las masas y la estima de sus colegas parlamentarios.

Bueno es recordar que allí se congregaron seglares excelsos como José Francisco de Córdova, Miguel Larreina, Mariano Gálvez, José Francisco Barrundia y otros, y sacerdotes como Fernando Antonio Dávila, José Matías Delgado, Francisco Antonio Márquez e Isidro Menéndez, en tanto que el Ejecutivo estaba en manos de ciudadanos ilustres como Tomás O'Horan y José Cecilio del Valle. ¡Época gloriosa aquella, cuando a los más capaces se les confiaba el manejo de los negocios públicos; tiempos dorados que quizá no vuelvan más!

La Asamblea abordó entonces numerosos temas, habiendo aprobado leyes y decretos de alcance trascendental, entre los cuales merece especial relieve el que convoca a los pueblos de América para un Congreso Continental y el que le pone fin a la esclavitud. El primero se debe a la inspiración de Valle y el segundo a la iniciativa del Padre Cañas, el 31 de diciembre de 1823.

El problema esclavista en los pueblos de América era una pesadilla que gravitaba en la mente y en el corazón de la gente bien nacida. Y las primeras protestas contra ese vergonzoso tráfico las hallamos en Fray Bartolomé de Las Casas, quien después de vivir en Venezuela, Chiapas y Centroamérica, hizo siete viajes a España

con ánimo de interceder ante sus Majestades los Reyes Católicos, pidiendo humanidad para los indios, que vivían y trabajaban en condiciones degradantes. Viendo fallidos sus esfuerzos en esa noble cruzada, se dirigió poco antes de su muerte a Sevilla y allí, en 1552, publicó sus nueve Tratados que le han hecho famoso en los cuatro rumbos del planeta.

Uno de esos Tratados es la Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias, otro el de La Conquista, y los restantes versan sobre materias relativas a la vida y los derechos de nuestros antepasados autóctonos.

Ni para qué repetirlo: las denuncias del Padre Las Casas causaron el efecto de un limón en ostra viva. Tanto los funcionarios españoles que ejercían el mando en estas tierras, como los traficantes de esclavos y demás sectores afectados, acusaron al autor de hereje, trastornador del orden y cosas parecidas; pero no pudieron borrar ya de las conciencias el efecto bienhechor de aquel mensaje, por lo que no debe extrañarnos el que para los criollos americanos los escritos del gran obispo de Chiapas devinieron con el tiempo la cartilla en que se comenzó a deletrear el alfabeto de la Emancipación.

Eran ya varias las voces que se habían alzado en las Cortes de España para condenar el nefando régimen de la esclavitud, patente en los resguardos, las mitas y encomiendas, defendiendo al mismo tiempo los derechos de la raza autóctona. No había razón ni humana ni jurídica, para subyugar a los legítimos dueños de estas tierras.

El Padre Vitoria, a fuer de precursor, había clavado ya su bandera en la cumbre más alta de la dignidad universal. Y tras él, varios epígonos americanos como Fray Antonio de Larrazábal, Fray Florencio del Castillo y el Doctor Mariano Méndez, diputados el primero por Guatemala, el segundo por Costa Rica y el último por Sonsonate, enarbolaron ese límpido estandarte, ganándose el apoyo de la audiencia; y tal fue el impacto de su oratoria, que la Corona se vio obligada a girar de inmediato las pertinentes instrucciones al Gobernador Bustamante y Guerra para que manumitiera a quinientos seis esclavos, que guardaban prisión en el Castillo de Omoa, Costa Atlántica de Honduras, lo cual se cumplió al pie de la letra, suspendiéndose también el pago de de tributos.

Y a propósito de Honduras, bueno es recordar que el primer gesto anti-esclavista se debe al Presbítero Francisco Antonio Márquez, quien el año 1806 emancipó a ocho esclavos de su propiedad. Lástima que por ser un acto de individual generosidad no haya tenido repercusión legal alguna.

Otro hondureño que acuerpó desde un principio la causa abolicionista es José Cecilio del Valle, quien por medio de la prensa, esto es, a través de sus periódicos "El Amigo de La Patria" y el "Redactor General", condenó la esclavitud por ser "el comercio que más ofende la razón", y quien al suscribir como Jefe del Ejecutivo el Decreto Constituyente de 17 de abril de 1824, fue también el primero en cumplirlo, poniendo ese mismo día en libertad a los esclavos que por heren-

cia le habían pertenecido. Se ha dicho que la verdad convence pero el ejemplo arrastra. Y así, tras él, muchos propietarios de esclavos hicieron otro tanto con los suyos.

¿Cómo era posible —nos preguntamos—, vivir políticamente libres mientras millares de hermanos sufrían en sus carnes la marca abyecta de un hierro al rojo vivo, como los animales?

La esclavitud era en nuestro organismo nacional como un caballo de Troya que a la corta o a la larga causaría una catástrofe. Había, pues, que acabar con ella para que ella no acabara con la Patria que Dios nos había dado.

Para tener una idea de aquella penosa situación, traigamos a la vista algunos documentos donde aparece de cuerpo entero el tráfico de personas como meros semovientes:

“En el pueblo de Tegucigalpa, de la Alcaldía mayor de las Minas, en quince días del mes de marzo de mil setecientos treinta y ocho, ante mí, Juan Rodríguez de Castro, Teniente de Alcalde mayor por el Capitán Don Joseph de Orozco, Alcalde Maior de todas las minas de la Provincia de Honduras y Villa de la Jerez de la Choluteca, Juez administrador de los reales azogues por Su Majestad, y ante los testigos que quedan declarados por no haber escribano público ni real, compareció presente Antonio de Silva, vecino de este pueblo, a quien yo el dicho Teniente certifico conocer, y dice que vendía y vende a Juan Pérez de Sigura y para sus herederos y por bien tuviere un esclavo llamado

FRANCISCO, herrado en ambos carrillos, por precio y valor de setecientos tostones, que es de edad de treinta y dos años por más o menos, el cual lo vende por sano y habido de buena fuente y que no tiene enfermedad ni pública ni secreta de que soy yo por contento y entregado al dicho Juan Pérez de Sigura a su voluntad, y me obligo yo, el dicho Antonio de Silva, de hacer cierta y segura la dicha venta y que no será pedido ni demandado por otra ninguna persona y por libre de hipoteca, si tuviere algunas de las dichas tachas os volviere los dichos setecientos tostones...” etc.

Ahora veamos lo relativo a la venta de una esclava: Como cualquier mercancía, ésta ameritaba también la propaganda, y he aquí un aviso interesante: “VENDO MI ESCLAVA.—Esta mi esclava se vende en el precio tan bajo de doscientos y cincuenta pesos de ocho reales, de edad como veinte años, la que es libre de hipoteca con todos los vicios y defectos y enfermedades públicas y secretas, sin asegurarla de ninguna; sabe cocer, planchar y cocinar; si no hay quien la compre, prevengo desde ahora que queda libre después de mis días; el que tenga interés se verá conmigo. Comayagua, agosto 24 de 1677.—ALONSO GRAXEDA DE GALDO.”

Finalmente, leamos:

“En el Real De Minas de Tegucigalpa, en seis días del mes de diciembre de mil setecientos cuarenta y nueve años, ante mí el Capitán de caballos corazas don Miguel de Servellón y Santa Cruz, Teniente de este dicho Real de Minas, por ausencia del Al-

calde Maior, comparecieron el Br. don Manuel Isidro Artica, clérigo presbítero, domiciliario de este obispado y vecino de este Real y don Agustín Giménez, de este mismo Real, a quienes certifico conozco, y dijo el dicho Br. que en nombre y con poder por carta misiva y prestando voz y causión de doña Luisa Artica, su hermana, vecina de este Real, vende al dicho don Agustín Giménez como apoderado de don Silvestre de Villa Alta y Guzmán, regidor y vecino de la villa de Nicaragua, una mulata esclava de mi padre, llamada Sebastiana Artica, de edad como veinte años, que hubo y heredó la dicha mi parte doña Inés de Coello nuestra abuela, la cual es libre de hipoteca, y con todas sus tachas, vicios, defectos y enfermedades públicas y secretas, sin asegurarla de ninguna, y la vende por el precio de doscientos cincuenta pesos que del dicho don Agustín Giménez, como apoderado del dicho don Silvestre he recibido en reales..." etc.

Así estaban las cosas cuando, en ju-

lio de 1823, los Diputados Barrundia y Gálvez, haciéndose eco de un clamor impostergable, presentaron ante la Asamblea Constituyente un proyecto de ley encaminado a abolir la esclavitud, proyecto que, por razones de forma, no tuvo la fortuna de pasar. Pero ellos prepararon el terreno para que un iluminado como Cañas cerrara aquel año de oro con su inspirada iniciativa de ley que vino a culminar en el decreto de 17 de abril de 1824.

Y vamos a decir aquí, por enésima vez, que así como la América le debe a José Cecilio del Valle un monumento digno de su pensamiento precursor, así la Humanidad le debe a José Simeón Cañas un monumento que perpetúe su nombre de sabio, de santo y de patriota, y que reavive en el oído de las generaciones todas, como un salmo de angustia y esperanza, aquel: "Señores, vengo arrastrándome, y si estuviera agonizante, agonizante vendría para hacer una proposición benéfica a la humanidad desvalida..."

A handwritten signature in black ink, consisting of a series of loops and vertical strokes, likely belonging to José Simeón Cañas.

VIDA CULTURAL

TORNEO CULTURAL DE AED

Espléndido resultó el XVI Torneo Cultural Centroamericano, que sobre distintas especialidades patrocinó la Asociación General de Estudiantes de Derecho (AED) de la Universidad de El Salvador. Triunfaron las siguientes personas: Ciencias Sociales: 1er. lugar, Enrique Argumedo, por su trabajo, *Consideraciones sobre el control de la natalidad*; 2º, José Humberto Alvayero, por *Ideas para una política agrícola común centroamericana*. Ciencias Jurídicas: Rafael Eduardo Rivera, por *Consideraciones a la ley de menores*; Manuel Benítez Vidal, por *El endoso en el derecho cambiario*. En la Rama de Poesía fue declarado desierto el 1er. lugar; se asignó el 2º a Jonathan Alvarado Sacaray, por su poema *Conmovida Presencia*. Rama de Cuento: 1er. lugar Ricardo Castro Rivas y Uriel Valencia, por *Teorías y silencios*; 2º lugar, Sonia del Carmen Espínola, por *Noche diferente*. Oratoria: 1er. lugar, Jorge Teller, de Ni-

caragua; 2º, Luis Alonso López, de Honduras. Humanidades: 1er. lugar, Francisco Guzmán, por su estudio sobre Franz Kafka; 2º, declarado desierto.

JOVENCITO EN CERTAMEN INTERNACIONAL

El joven Carlos Arturo Imendia obtuvo honroso triunfo en Certamen Literario Internacional, celebrado bajo el patrocinio de instituciones culturales de Palos de Moguer, España. Imendia viajó a la Madre Patria en compañía de su maestro de literatura el Padre Ruigómez, del Externado San José. En España se hizo acreedor de varias distinciones oficiales, ofrecidas especialmente por los Centros que promueven el Concurso de Colón. El triunfador y su maestro viajaron por la ruta histórica del Gran Genovés.

CONCIERTO

El 6 de julio, de las 20:30 horas en adelante, ofreció en el Teatro Darío un

recital de piano a beneficio del Centro de Audición y Lenguaje del Instituto de Rehabilitación de Inválidos, la notable pianista argentina Martha Noguera. Participó en el acto la Orquesta Sinfónica de El Salvador.

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

Como regalo de la República Argentina a la Biblioteca Nacional de nuestro país, el Embajador de esa República en El Salvador entregó a la Dirección de la Biblioteca un valioso lote de libros. Después de la ceremonia de entrega se inauguró en el edificio la "Sala de Argentina".

CONFERENCIA

Patrocinado por la Embajada de Argentina en nuestro país, el señor Ricardo Ulloa Barrenechea dictó el 13 de julio, de las 18 horas en adelante, en local de la Biblioteca Nacional, una conferencia sobre este tema: *Los precursores de la pintura argentina*. Se exhibieron después interesantes diapositivos.

RECITAL DE CELLO Y PIANO

Los aplaudidos artistas Nicolás Arene, violoncelista, y Enrique Fasquelle, pianista, ofrecieron un recital de música el 13 de julio, de las 20:30 horas en adelante, en local del Centro El Salvador-Estados Unidos, bajo el patrocinio de dicha entidad. La entrada fue gratis para miembros, socios, profesores y alumnos del Centro. El programa se desarrolló de esta manera: *Concierto en re mayor*, Antonio Vivaldi; *Concierto en Si bemol*, de Luigi Bocherini; *Adagio y allegro*, Roberto Schumann; *Kol. nidrei*, Max Bruch; *Plegaria de "La Vida Israelita"*, Ernest Bloch; *Allegro appassionato*, Camille Saint-Saens.

PROFESOR COLOMBIANO

El 12 de julio llegó a nuestro país el doctor Gonzalo Montes Duque, catedrático

de la Universidad Nacional de Colombia, quien fue invitado para dictar una serie de conferencias durante las celebraciones del XXIV Aniversario de la Fundación del Colegio Médico de El Salvador. Los miembros del mismo Colegio y las personas que se acercaron al distinguido intelectual colombiano dieron muestras de verdadero entusiasmo al oír sus disertaciones.

CONCURSO INTERAMERICANO

El 19 de julio, en horas de la mañana, tuvo lugar en la Oficina de la Unión Panamericana —Edificio Magaña de esta ciudad— la entrega de premios a los triunfadores en el Concurso Literario Interamericano titulado: *Alianza para el progreso. Desarrollo social y económico: reto para la juventud*. Este concurso fue patrocinado por la Fundación Panamericana de Desarrollo. Los triunfadores: 1er. lugar, Dina América Flores, del Instituto Nacional Central de Señoritas —un viaje a los Estados Unidos de Norteamérica, por treinta días, con todos los gastos pagados—; 2º lugar, Milton Ayala Suchicital, Instituto El Salvador de esta capital —una enciclopedia Barsa—; también 2º lugar, Azael Aguilar Espinosa, Colegio "Don Bosco" —una enciclopedia Barsa—; 3er. lugar, Ethel Pocasangre, Instituto Nacional "Walter T. Deininger", de Cojutepeque —un radio portátil—; otro 3er. lugar, Ricardo de Jesús Chinchilla Campos, Escuela Experimental "Dr. Humberto Romero Alvergue" de esta ciudad —un radio portátil—; 4º lugar, Juana Dinorah González Cotto, Instituto Nacional "Walter T. Deininger", Cojutepeque —una suscripción por un año a Selecciones del Readers Digest—; 4º lugar, Ana Bessy Espinoza, Instituto Nacional "General Francisco Morazán" —una suscripción por un año a Selecciones del Readers Digest—; 4º lugar, José Goenz Henríquez, Instituto Nacional "General Francisco Menéndez" —una suscripción por un año a Selecciones del Readers Digest.

INCORPORADO A LA ACADEMIA DE LA LENGUA

Don Matías Romero, ensayista y periodista salvadoreño, ingresó el 17 de julio como Académico de Número a la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente a la Real Academia Española. El acto tuvo lugar de las 19:30 horas en adelante, en el auditorium de La Prensa Gráfica. Su tema de incorporación fue este: *Ausencia, invocación y alabanza de la palabra*.

CUARTETO DE MEXICO

El 22 de julio, de las 20 horas en adelante, se presentó en el auditorium de la Federación de Cajas de Crédito el Cuarteto Musical del Ministerio de Relaciones Exteriores de México, bajo el patrocinio del Ministerio de Educación de El Salvador y la Embajada de México en nuestro país. Dicho Cuarteto, integrado por los artistas Consuelo Bolívar —primer violín—, Leopoldo Téllez —celo—, Carlos Marrufo —segundo violín—, Idelfonso Cedillo —viola—, interpretaron magistralmente obras de Mozart, Beethoven, Ponce y Bernal Jiménez. Fueron muy aplaudidos por los oyentes.

CORAL COSTARRICENSE

La Sociedad Coral Herediana —de Costa Rica— patrocinada por los Gobiernos de Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala realizó una gira triunfal por estos cuatro países. En nuestra capital se presentó en el Teatro Nacional de Bellas Artes.

DRAMA GROUP

El Drama Group de San Salvador presentó en la Escuela Americana de la Colonia San Benito, los días 25, 26 y 27 de julio, la comedia titulada *Janus*, de Carolyn Green. Kitty McCutcham y Roberto McQuaid fueron directora y productor de la obra. Este grupo ofrece periódicamente representaciones teatrales en inglés.

BECARIOS DE CULTURA HISPANICA

Se han dado a conocer los actos que desarrollará el Instituto Salvadoreño de Cultura Hispánica, con motivo de la entrega de becas —1967-68—. Las personas que obtuvieron dichas becas son las siguientes: nuestro compositor nacional Pancho Lara, cuyas canciones han conquistado el corazón del pueblo salvadoreño, especialmente la titulada *El carbone-ro*; Licenciado Emilio Martínez, Licenciada Hilda Falla Cáceres, Licenciada Adela Cabezas de Rosales, señorita Ana Mirna López.

AÑO DE MASFERRER

Quedó constituido el grupo promotor del "Año de Masferrer", en reunión que tuvo lugar el 24 de julio en el despacho del coronel José Benjamín Mejía, Regimiento de Artillería "El Zapote". En esta reunión se conmemoró el 99 aniversario del nacimiento de uno de los hombres más ilustres de El Salvador, don Alberto Masferrer, y se sentaron las bases de un movimiento nacional —*completamente apolítico*— que recordará en forma *vitalista* al gran maestro y escritor, no sólo en el año 1968 sino permanentemente. Las personas que se reunieron para iniciar el movimiento conmemorativo fueron las siguientes: Coronel José Benjamín Mejía, doctor Pedro Geoffroy Rivas, profesor Francisco Morán, licenciado Luis Alonso Aparicio y Claudia Lars. Se invitó a los admiradores de Masferrer para que entren en comunicación con el mencionado grupo, a fin de que todos formen parte de él.

CONFERENCIAS

El Pbro. Federico Argüello dictó en la Universidad Católica "José Simeón Cañas", el 26 de julio de las 20 horas en adelante, una interesante conferencia que versó sobre este tema: *José Simeón Cañas y la Independencia Centroamericana*. También el doctor Ramón López Jiménez habló en la misma Universidad sobre una *Nueva semblanza del prócer*

José Simeón Cañas y el doctor Ignacio Ellacuría, S. J., sobre *Cristianismo y libertad*. Las autoridades universitarias invitaron a catedráticos, alumnos y público en general.

EXPOSICION

Louise K. Morad, pintora norteamericana, cuyos cuadros se han exhibido en México, España, Estados Unidos y Brasil, obtuvo notable triunfo en la exposición individual de su arte, que tuvo lugar en el Centro El Salvador-Estados Unidos, bajo los auspicios de esa institución cultural. Louise Morad nació en San Francisco, California. Realizó estudios de pintura en Estados Unidos, México y España.

EN GALERIA FORMA

El 27 de julio se inauguró en Galería Forma —primeras horas de la noche— una exposición pictórica del grupo UOUXKAH, formado por los pintores Antonio Guandique, Mario Martí, Rodríguez Preza y Benjamín Cañas. Numeroso público asistió al acto.

NUEVA REUNION PRO-CENTENARIO DE MASFERRER

El 31 de julio volvió a reunirse el Comité Pro-Centenario de Masferrer. Asistieron a la reunión la señorita Nela Mónico —hermana del ilustre maestro y escritor salvadoreño— y la señorita Clara M. Martínez. También estuvieron presentes las señoras Amparo Casamaluapa de Marroquín y Claudia Lars, coronel José Benjamín Mejía, doctor Pedro Geoffroy Rivas, licenciado Luis Alonso Aparicio, licenciado René Vaquerano, profesor Francisco Morán, y don Juan Ferreiro. Los asistentes conocieron las distintas notas de adhesión recibidas hasta esa fecha y recibieron copia de un proyecto de Plan de Acción Comunal. Acuerdos tomados entonces fueron los siguientes: 1º, visitar la ciudad de Alegria —cuna del maestro y apóstol— para fundar el primer Comité Local Pro-Centenario de

Masferrer; 2º, solicitar al señor Ministro del Interior la emisión de un sello postal conmemorativo del primer centenario de nacimiento de don Alberto Masferrer; 3º, abrir la inscripción de nuevos miembros del Comité Central, que puedan ser inscritos por el doctor Pedro Geoffroy Rivas en el Museo Nacional “David J. Guzmán”, calle Santa Tecla; por el coronel José Benjamín Mejía, Regimiento de Artillería “El Zapote” y por el licenciado Luis Alonso Aparicio, Dirección General de Publicaciones, Pasaje Contreras 145, San Salvador; 4º, pedir a las autoridades de mejoramiento local de las distintas ciudades del país, que se pongan en contacto con las personas arriba mencionadas.

HONROSA INVITACION

El educador nacional don Saúl Flores, maestro de varias generaciones de salvadoreños y autor de obras de gran valor pedagógico, ha sido invitado para que envíe colaboraciones literarias al Departamento Editorial de la Oficina de Lenguas de San Bernardino, California, Estados Unidos de Norteamérica. Este Departamento se encarga de imprimir material suplementario para enseñanza secundaria y superior. La invitación recibida por don Saúl honra al respetado maestro y también a nuestro país.

CONFERENCIA

El doctor Ricardo Gallardo, Embajador de El Salvador en Francia y Jefe de la Delegación Permanente de esta República ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, dictó importante conferencia el 9 de agosto, de las 20 horas en adelante, en el Centro El Salvador-Estados Unidos de esta capital. El tema escogido por el distinguido diplomático e intelectual fue el siguiente: *Las características actuales de la economía de los Estados Unidos de América*.

SOLISTAS ALEMANES

El famoso conjunto musical europeo,

conocido con el nombre de "Los Solistas Bach de Alemania", ofreció un concierto único el 22 de agosto en el Teatro Dario, gracias al patrocinio de la Asociación Pro-Arte de El Salvador y Círculo Cultural Salvadoreño-Alemán. El conjunto está formado por siete artistas: Helmut Winschermann, fundador y director del grupo, y, además, solista de oboe; Saschko Gawriloff, primer violín concertino; Ernst Mayer-Schierning, violín solista; Sandor Karolyi, concertino con un violín Tononi; Ulrich Koch, primer viola; Alein Bauer, violoncelo; Hans Martin Linde, flautista. El programa de tan espléndida noche de arte se desarrolló de esta manera: *Ober-tura en Si menor* para flauta, cuerdas y bajo continuo; *Concierto en Re menor* para oboe, violín, cuerdas y bajo continuo; *Concierto Branderburgués N° 4 en Sol mayor*, para dos flautas dulces, violín, cuerdas y bajo continuo. Todas las obras que interpretaron pertenecen a Bach.

CORO UNIVERSITARIO MEXICANO

Destacados estudiantes que integran el coro de la Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma de México llegaron al país a mediados de agosto y actuaron en esta capital, bajo la dirección de Gabriel Zaldívar Osorio y Guadalupe Campos Sanz. Este conjunto artístico se ha presentado varias veces en el Castillo de Chapultepec, en el Palacio de Bellas Artes de México y en otros lugares de la gran República mexicana. Su actuación en El Salvador fue sólo en una noche y con entrada gratis.

VIOLINISTA SALVADOREÑO

Notables triunfos ha alcanzado en el Centro Musical Reston, de Virginia, Estados Unidos de Norteamérica, el joven violinista salvadoreño Alvaro Díaz Cabrera. Nuestro compatriota se encuentra becado en dicho Centro por la Embajada Americana en este país. Participó recientemente en los Conciertos de Verano de aquella región y fue escogido para formar parte de la primera Orquesta Sinfó-

nica que se ha organizado en el plantel donde estudia. Díaz Cabrera ya actuó en la Sinfónica de Nueva York.

MERECIDOS NOMBRAMIENTOS

Luis Gallegos Valdés, uno de los mejores prosistas salvadoreños de nuestra época y hombre de corazón abierto y generoso, acaba de ser nombrado Secretario de la Embajada de El Salvador en Francia y Cónsul General de esta República en el mismo país europeo. Gallegos Valdés, asiduo colaborador de la Revista "Cultura", es también Miembro de número de la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente a la Real Academia Española, y forma parte del Ateneo de El Salvador.

OBRA TEATRAL

El Teatro Universitario dirigido por el actor, escritor y maestro Edmundo Barbero, presentó el 19 y 20 de agosto, en primeras horas de la noche, la obra teatral de Italo López Vallecillos, *Las manos vencidas*. Esta obra fue escenificada con mucho éxito por el mismo Teatro Universitario en San José de Costa Rica y Panamá, alcanzando elogiosos comentarios en los periódicos de las naciones hermanas.

GRAN CONCIERTO

El 23 de agosto, de las 20 horas en adelante, se ofreció a los amantes de la música un concierto especial, en el que tomaron parte la Sociedad Coral Salvadoreña y la Orquesta Sinfónica de El Salvador, bajo el patrocinio de la Asociación de Profesores de Ciencias Sociales. Ambos conjuntos interpretaron magistralmente obras de famosos compositores.

ESTRENAN "LUZ NEGRA"

Luz Negra, escrita por el admirado y discutido escritor salvadoreño Alvaro Menéndez Leal —Menén Desleal— fue

puesta en escena por el Teatro Universitario el 25 de agosto, en el Teatro Municipal de Cámara de San Salvador. Esta obra fue galardonada en 1965 con el Primer Premio Hispanoamericano de Teatro, Juegos Florales Hispanoamericanos de Quezaltenango, Guatemala. El año pasado se escogió para inaugurar el V Festival de Teatro de la misma República, programándose 22 presentaciones consecutivas, que atrajeron numeroso público. La obra ha sido traducida al francés y al alemán y están pendientes traducciones a otras lenguas. En San Salvador *Luz Negra* continuará en escena durante varias noches.

HOMENAJE A GERARDO BARRIOS

El 29 de agosto la Fuerza Armada de El Salvador tributó solemne homenaje a la memoria del ex-Presidente de la República e insigne patriota, Capitán General Gerardo Barrios, con motivo del CII Aniversario de su muerte. Los actos se llevaron a cabo en la Plaza que ostenta su nombre y en el Cementerio General de esta ciudad.

CONCIERTO DE ARPA

Giselle Herbert, aplaudida arpista francesa, se presentó la noche del 7 de septiembre en el auditorium de la Federación de Cajas de Crédito de esta capital, para ofrecer a oyentes salvadoreños un magnífico concierto, patrocinado por la Asociación Pro-Arte de El Salvador y Alianza Francesa. En la primera parte del mismo, la señorita Herbert ejecutó dos sonatas de Scarlatti, cuatro sonatas de Soler y una de Albéniz. En la segunda, ofreció un *In promptu* de Rousel, *Berceuse*, de Civiil, *Apunte bético* de Gombau, *Viejo Zortzico* de Giridi y otro *In promptu* de Fauré. Esta mujer que tan bien domina el arpa, estudió en París y ha realizado jiras por Francia, Israel, Alemania, España e Inglaterra. Según severos críticos, posee —junto con una fina musicalidad y delicadeza— extraordinario temperamento

artístico, que la lleva al fraseo caluroso y a la nitidez en la idea musical.

CONGRESO DE SOCIOLOGIA

Cuarenta ponencias fueron presentadas en el VIII Congreso Latinoamericano de Sociología, que durante cinco días se llevó a cabo en esta ciudad, clausurándose el 5 de septiembre. Concurrieron destacados sociólogos del Continente y se tomaron importantes resoluciones, las cuales servirán como pauta para trabajos de institutos científicos y universidades, así como para programas oficiales de los países de América Latina. El Congreso trabajó bajo la activa experiencia del doctor Alejandro Dagoberto Marroquín, Presidente del Comité Organizador; del doctor Ricardo Poma, de México; del doctor Manuel Luis Escamilla, secretario general; de la licenciada Concepción Clará de Guevara, secretaria de actas y del profesor Tarcisio Padilla, vocal. La realización de este Congreso se considera, en El Salvador, como el más sobresaliente evento de los últimos meses.

TRIUNFO DE SALVADOREÑOS

Nuevos y honrosos triunfos han logrado escritores salvadoreños en los 52º Juegos Florales Centroamericanos y de Panamá, que se llevaron a cabo en Quezaltenango, Guatemala. Los triunfadores *nuestros*, en el Certamen de este año son: licenciado Cristóbal Humberto Ibarra, Rama de Cuento, por su trabajo *Cuentos Breves para un Mundo en Crisis*; Santiago Castellanos 2º lugar en la misma Rama; Rafael Góchez Sosa, 1er. lugar en la Rama de Poesía, por su libro *Blanco espejos en la noche gris* y Alfonso Quijada Urías, 2º, por *Más allá de la luz nace la sombra*. El Certamen Literario de Quezaltenango se ha celebrado sin interrupción durante 52 años de nuestro siglo, y anteriormente han triunfado en él otros salvadoreños: Quino Caso, Hugo Lindo, Claudia Lars y Alvaro Menéndez Leal.

PIANISTA ALEMAN

El 12 de septiembre ofreció en el Teatro Dario de esta ciudad, de las 20:30 horas en adelante, un magnífico concierto de piano Hugo Streurer, gracias al patrocinio de Pro-Arte de El Salvador y Círculo Cultural Salvadoreño-Alemán. El experto pianista interpretó música de Bach, Beethoven, Harald, Genzmer y Schubert.

RECITAL DE PIANO

El aplaudido pianista nacional Enrique Fasquelle, ofreció el 29 de septiembre, de las 20:30 horas en adelante, un magnífico concierto en el Centro El Salvador-Estados Unidos. Interpretó, con todas las virtudes de su arte, música de Schubert, Beethoven, Brahms, Debussy, María de Baratta —salvadoreña— y Chopin.

HOMENAJE A MARIA DE BARATTA

La medalla "Al Mérito Cultural", *Miguel de Cervantes*, fue impuesta el 28 de septiembre a doña María de Baratta, al celebrarse otro aniversario del natalicio del autor del Quijote y el XIII aniversario de la fundación en esta capital del Colegio "Miguel de Cervantes". La imposición de la medalla estuvo a cargo de la licenciada doña Antonia Portillo de Galindo, Subsecretaria de Educación. Doña Eva Alcaine de Palomo, directora del mencionado Colegio, tomó parte en la ceremonia. El homenaje tributado a doña María es muy merecido, pues ella es ilustre mujer que se ha destacado en el campo de la música de nuestro país y en el del folklore salvadoreño.

CONFERENCIA

Bajo los auspicios del Instituto Salvadoreño de Cultura Hispánica, el doctor Ignacio Ellacuría, S. J., disertó sobre este tema: *Unamuno, Ortega y Gasset y Zubiri, tres filósofos distintos*. El acto tuvo lugar en el auditorium de la Federación de Cajas de Crédito, el 22 de septiembre, de las 20 horas en adelante. Circularon numerosas invitaciones en los medios intelectuales, oficiales y diplomáticos.

NOTA DE DUELO

El 1º de octubre del año en curso falleció en México, D. F., el escritor salvadoreño Licenciado Miguel Angel Espino. Sus restos fueron sepultados al día siguiente en el cementerio de la misma ciudad, y asistieron a sus funerales cercanos parientes que residen en San Salvador.

Hermano del diáfano poeta Alfredo Espino, Miguel Angel escribió varios libros que fueron reconocidos como muy valiosos por distinguidos críticos literarios mexicanos y de Centro América. Por 18 años residió en la capital federal del hermano país. Una larga y grave enfermedad interrumpió su carrera de escritor, cuando todo parecía prometerle lo mejor de la vida.

Dejó cuatro obras importantes: *Mitología de Cuscatlán, Cómo cantan allá, Trenes y Hombres contra la muerte*. Las dos últimas obras fueron traducidas al inglés y francés. *Hombres contra la muerte* había sido escogida para llevarla al cine. La enfermedad del autor detuvo el intento.

Falleció Espino a los 64 años de edad. Deja viuda a doña María Luisa Nieto de Espino (mexicana) y le sobreviven hijos y hermanos.

En el periodismo salvadoreño el Licenciado Espino trabajó activamente.

¡Paz a su espíritu!

(Datos tomados de "La Prensa Gráfica", 2 de Oct./67).

OTRO TRIUNFO DE SALVADOREÑO

Las letras salvadoreñas siguen imponiéndose en los Certámenes Literarios de Centro América. El joven poeta Roberto Armijo resultó vencedor, con premio único, en el Certamen Permanente Centroamericano "15 de Septiembre", de Guatemala, Rama de Ensayo, por su trabajo: *Rubén Darío: su imagen del mundo, actualidad y presencia*. El Certamen comprende las ramas de letras, música y pintura.

CONFERENCIANTE

El sacerdote Narciso Irala, de la Compañía de Jesús, que ha recorrido el Asia y otros lugares del mundo, ofreció interesante conferencia sobre este tema: *La felicidad como salud y eficiencia*, en el Colegio Guadalupeño. El Padre Irala ha escrito dos libros muy leídos: *Control cerebral y emocional* y *Eficiencia sin fatiga*. En sus conferencias utiliza, según el lugar en que las dicta, diferentes idiomas: español, inglés, francés, portugués o chino.

TINTA FRESCA

LA PREEMINENCIA DE LA CIVITAS Y LA INSUFICIENCIA DE LA POLIS. Una Síntesis Ontológica. *Carlos Alberto Siri.* Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

Este libro, dedicado por su autor "al dilecto e insigne cristiano Antonio Santacruz y a mi hijo Gabriel", tiene prólogo escrito por uno de los más respetados intelectuales salvadoreños, el doctor Reynaldo Galindo Pohl, y ese prólogo dice así:

"Chesterton veía el color de los días. Aquello de que hay días grises, según el dicho popular, es una parte del cuento, pues los hay de todos colores. El color del día representa la ecuación pasajera que se establece entre el ambiente y la persona en circunstancias peculiares.

Conocí a Carlos Siri en Washington, sumido en los ajeteos de la diplomacia

—desde luego, la diplomacia de nuevo estilo de las organizaciones internacionales—. Pronto asocié su personalidad a la prudencia, entendida en el sentido griego de saber y hacer. Después, y a lo largo de muchos encuentros, le he asociado a la luz. Los hombres hacen su propio color. Me he preguntado por qué atribuyo a Carlos Siri color de luz. Pues todo en él es claro: mente, sentimientos, obras. Es una energía labrada que desborda en la conversación y el juicio, y hoy, se condensa en el libro. He aquí a un trabajador devoto como el mejor benedictino, responsable al segundo y a la micra, entregado al servicio público, a los libros y la meditación.

Por largo tiempo no pude precisarme qué era lo suyo: un tomismo renovado a lo Maritain, un sentido místico a lo Bernardo de Claraval o un alma ansiosa de trotamundos que le llevó tempranamente a Italia. No es tal vez nada de eso en particular, y lo es todo en conjunto, fundido en la profundi-

zada convicción católica de la juventud, actualizado y puesto al servicio de los problemas de la época, bajo la inspiración de novedosas corrientes de pensamiento europeo. Su cristianismo es muy actual y al mismo tiempo muy viejo, producto de la tradición patrística y del análisis escolástico. Vive el signo de Dante: llena de lo actual la potencia del intelecto. Usa los instrumentos de análisis filosófico y social para la búsqueda de las esencialidades, pero la materia de estudio es la vida de hoy con su denso dramatismo, sus ásperas realidades, sus logros y sus deficiencias. No quiere resolver los problemas por escogencias arbitrarias, meras inclinaciones o impulsos generosos; quiere desprender de lo profundo del ser humano los caminos que llevan, sin ocultamientos, a los desenlaces del presente.

Su libro *La preeminencia de la civitas y la insuficiencia de la polis*, remonta a lo griego y a la tradición cristiana, contiene un mensaje para hoy y está llamado a estimular el replanteamiento de problemas como desarrollo y subdesarrollo, integración y dispersión, humanidades y tecnología, hombre e instrumentos económicos. Las categorías de comunidad y sociedad le sirven, asidas a una filosofía del hombre, de instrumento de análisis de la vida contemporánea, y de ahí va desprendiendo el juicio sobre algunas de las polarizaciones en que estamos encerrados: persona-estados, individuo-familia, justicia social-economía, actividad estatal, actividad de los grupos sociales.

El autor arranca de la síntesis de la cultura griega y del cristianismo, que ha dado peculiaridad al pensamiento europeo, y posteriormente al americano. Estudia la dimensión humana en general, lo común y permanente de los hombres, y la dimensión concreta del círculo de cultura que ha dado singularidad a lo europeo y a lo americano. Sin desconocer el proceso histórico, busca la esencialidad y las ideas-fuerza

del crecimiento de las asociaciones. Las categorías sociológicas, en sus manos, dejan de ser el resultado de la observación empírica y se convierten en una consecuencia necesaria de la naturaleza social del hombre. Esto es una nota sobresaliente del libro, pues las expresiones cotidianas de convivencia quedan incorporadas a lo más profundo del modo de ser del hombre, y en consecuencia, la sociología enlaza a la filosofía antropológica. Por otra parte, su estudio postula la unidad del saber y de todas las expresiones científicas y técnicas, a través del gran protagonista, el ser humano, creador de la cultura y sujeto de la historia. Además, sus conclusiones sacan o permiten sacar los programas políticos, económicos y sociales, de un empirismo y un pragmatismo sin concierto y a veces contradictorio, y situarlos en el plano de la necesidad y las exigencias ineludibles, pues inclusive los juicios de valor sobre los entes políticos y el hacer social, y las jerarquías que entre ellos se establecen, devienen juicios necesarios. Carlos Siri propone una política de convivencia y desarrollo. La supremacía de la comunidad y de las acciones comunitarias sobre los entes políticos y los órganos de autoridad impregna este estudio e incita a repensar las metas y los modos operativos de la política internacional y nacional.

Su tesis conlleva una crítica discreta y fina, pero enérgica —propia de sus hábitos de académico y diplomático— que pone en entredicho la unilateralidad de los programas de desarrollo imperantes, centrados en la iniciativa de los gobiernos y de las organizaciones internacionales. Las fuerzas directas y espontáneas de la comunidad están dormidas particularmente en Iberoamérica como consecuencia de las condiciones de la conquista y del asentamiento posterior, y parece que siguen y seguirán dormidas a menos que se piense seriamente despertarlas. Explica el atraso de esta gran región de estirpe ibérica, la

única de cultura occidental que ha quedado fuera del ascenso científico y tecnológico. Carlos Siri indica el punto débil de nuestras sociedades, con base en la historia y la filosofía antropológica y cultural, y explica los resultados un tanto dudosos de programas bien intencionados y técnicamente elaborados. Señalada la debilidad, dice los medios de salirle al encuentro y de restablecer la sinergia entre la comunidad y la sociedad.

Algunos capítulos de este libro podrían ser desglosados, leídos y analizados por su valor independiente del tema general: los que se refieren a la familia, a la amistad, a las fuerzas regeneradoras de la sociedad, y ese capítulo último titulado *Llamamiento a los cristianos*.

El libro tiene partes difíciles para aquellos que no han tocado la filosofía, y en particular el tomismo y la escolástica. El lenguaje es claro y sencillo —hasta donde son posibles la claridad y la sencillez en materias de suyo complejas y difíciles—. No es éste todavía el libro para el gran público. Carlos Siri promete otros desarrollos, y desde luego convendría que pensara en una obra de divulgación para que en términos más accesibles ofreciese su pensamiento a un círculo amplio de lectores, pues está llamado a causar un impacto que obligará a repensar o inventar medios de trabajo y contribuirá a que, por fin, el hombre sea el verdadero centro del desarrollo y la ciencia, la técnica, y la economía sean instrumentos a su servicio. La tesis de Carlos Siri debe ser oída por políticos y técnicos, ciudadanos y científicos, humanistas y en general gentes preocupadas por los problemas del presente. En la obra de Carlos Siri destaca el humanismo de buena ley, apropiado a nuestro tiempo, que no finca sobre el héroe y el genio como en el Renacimiento, sino sobre los hombres sin distingos ni reservas, como corresponde al genuino espíritu cristiano y a las corrientes

de pensamientos más significativos de nuestra esfera de cultura.

FUNDAMENTOS DE LA EDUCACION ACTIVA. Colección Biblioteca del Maestro. *Emilio Uzcátegui*. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

Para dar a nuestros amigos algunas ideas sobre la calidad pedagógica de este libro, reproducimos dos páginas de él, que explican claramente los propósitos del autor al escribirlo:

“La presente obra es producto de dos cursos sobre “Fundamentos de la Educación Activa” efectuados con los Directores de las Escuelas Urbanas de La Paz.

Es una síntesis de las clases desarrolladas en ellos y ha circulado en cuadernillos o fascículos, cada uno de los cuales contiene un capítulo. Dada la buena acogida que han recibido y como un homenaje a los educadores bolivianos, he decidido publicarlos en conjunto y ofrecerlos gratuitamente a los maestros de este querido país que han sido capaces de elaborar una excelente pieza orientadora del proceso educativo: el *Código de la Educación Boliviana*.

Las finalidades de los cursos y de este libro son:

- a) Hacer una revisión sintética de los principios, especialmente psicológicos y pedagógicos, que fundamentan la actividad en la educación;
- b) Proporcionar la información psicológica esencial relacionada con el proceso del aprendizaje;
- c) Revisar las principales técnicas de las escuelas activas y ver las que más se conforman con los hechos y principios psicológicos mejor establecidos;
- d) Conseguir de los educadores una adhesión razonada al empleo de

los métodos o técnicas activas de la educación;

- e) **S u m i n i s t r a r** recomendaciones prácticas para que se verifique realmente la educación activa;
- f) **L o g r a r** que cada director esté en condiciones de orientar la realización de la educación activa en su escuela;
- g) **E x a m i n a r** los conceptos y características de la escuela activa y actualizarlos de acuerdo con los nuevos hechos y descubrimientos psicológicos y sociales.

Esta publicación se ve favorecida con las aportaciones prestadas por los asistentes a los cursos, ya en discusiones de mesa redonda, ya en ciertas tareas de investigación.

Advertencia imprescindible para el lector es que nada de cuanto encierra este libro pretende imponerse. Todo lo contrario, lo único que se ofrece es resultado de múltiples experiencias y sugerencias que pueden originar nuevas realizaciones concordes con las circunstancias y medios propios de cada lector, de cada grupo de niños, de cada localidad.

Ninguna cosa más contradictoria con la escuela activa, renovada o funcional que las fórmulas o recetas estereotipadas o dogmáticas. El conocimiento de lo que han hecho y encontrado otros no es para copiarlo, sino más bien una guía para buscar nuevas adaptaciones, para encaminarse a la verdadera originalidad. *Cada Maestro por lo tanto, ha de estudiar y convenir lo que mejor encuadre en su escuela con los principios y recomendaciones del activismo pedagógico.*"

E. UZCATEGUI.

Emilio Uzcátegui, abogado y educador ecuatoriano. Su amplio dominio de las ciencias de la educación le ha ganado el honor de servir por mucho tiempo como experto de UNESCO. Con

esa calidad vino a El Salvador, en donde se aprovechó su experiencia. Sirvió cátedras en la Facultad de Humanidades del país, igual que lo ha hecho en centros de nivel superior en Paraguay, Bolivia y su país natal. Fue Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central de Quito, Ecuador. Un renombrado ateneísta de su país ha dicho de él: "Ha sido Uzcátegui un extraordinario artífice de la cultura nacional en función acendrada y global. Las Casas que él guía son laboratorios repletos y en permanente acción..." De entre sus 16 libros conocidos, citamos *Introducción a una Pedagogía Científica, Bases para una Didáctica para los Establecimientos de Nivel Medio, Nuevas orientaciones para la Enseñanza de las Matemáticas en el Nivel Medio, El Arte en la Educación, Los Pedagogos de la Libertad.*

CUZCATLAN. Libro de Lecturas Salvadoreñas. *Francisco Espinosa*. Segunda Edición. Ilustraciones de Antonio Flores Hernández. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

El autor de este libro, profesor Francisco Espinosa, falleció en los primeros meses del año que corre. Asiduo colaborador de "Cultura", sus artículos sobre educación, folklore salvadoreño o personajes históricos de El Salvador y Centro América, hacen falta en la revista. El mismo don Francisco explica en la Introducción de *Cuzcatlán*, lo que ofrecen a numerosos lectores las páginas escogidas por él:

"Este libro contiene una cuidadosa selección de prosas y versos, escritos por autores salvadoreños que pertenecen a las generaciones literarias del presente siglo. No todos los prosistas ni todos los poetas contemporáneos se encuentran en él representados, porque no es una antología; pero contiene tra-

bajos que pertenecen a todos los géneros literarios.

Nuestra intención ha sido acrecentar la serie de libros con lecturas salvadoreñas, donde ya existen magníficos precedentes. La obra puede utilizarse como un auxiliar en las clases de Castellano de los últimos grados de Primaria y en los primeros cursos de Secundaria. Nunca será excesivo el interés que pongamos en llevar a los estudiantes salvadoreños selectas páginas de la cosecha literaria nacional.

De acuerdo con la forma, hemos agrupado las composiciones en dos clases: prosa y verso. Con la mezcla de ambos hubiéramos obtenido variedad, pero habría faltado la ordenación. En la prosa hay narraciones, descripciones y trozos didácticos; en el verso están el lirismo, la poesía mixta y la popular.

Después de cada composición en prosa hemos colocado: el vocabulario, sin olvidar los salvadoreñismos ni las voces técnicas; una síntesis interpretativa de cada trabajo; datos sobre el autor y sus obras; y un cuestionario para los alumnos. Al final del libro se encuentra el significado de las palabras del vocabulario, en la acepción empleada por el autor.

Pretende el cuestionario derivar acción de la lectura, por medio de la búsqueda de otros libros y otros autores, lo mismo que con los trabajos de composición. Se empieza a componer imitando; después viene por sí misma la originalidad.

A las composiciones en verso siguen, además del vocabulario, la interpretación y la reseña del autor y sus obras, un análisis literario e ideológico del trabajo y apreciaciones sobre la personalidad del poeta.

Como apéndice del libro va una lista de escritores salvadoreños clasificados por el género que cultivan. Se repiten algunos nombres porque el autor sobresale en varios géneros literarios".

GUIÓN LITERARIO. Dirección Gene-

ral de Publicaciones del Ministerio de Educación. Año XII. Nos. 133-134. Enero y Febrero de 1967. San Salvador, El Salvador, C. A.

Índice de este número: *Charlas sobre el sentido de la historia*, reseña bibliográfica por German Oscar Claros; *Fragmento de interpretación social del arte. Un nuevo método*. Matilde Elena López. *Centenario de Gavidia*. Comentarios del Exterior. OEA convoca al concurso poético "Rubén Darío". *Libros y Revistas* (recibidos). *Noticiero cultural. Brújula para el lector*.

GUIÓN LITERARIO. Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación. Año XII. Nos. 135-136. Marzo y abril de 1967. San Salvador, El Salvador, C. A.

Índice: *Planeamiento Integral de la Educación*, reseña bibliográfica por German Oscar Claros; *Noticiero cultural; Fallece Azorín; Obra de Menén Desleal es editada en Europa; En la ruta del Estado. José Salvador Guandique*, Primer Premio Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1963, por H. C. C. N. F. Tomado de "Mysterium", N° 79, Manizales, Colombia; *Gerardo Barrios ante la posteridad. J. D. Gámez*, por J. M. Aragón C. M. F. Tomado de "Mysterium" N° 79. Manizales, Colombia; *Libros y Revistas* (recibidos); *Brújula para el lector*.

GUIÓN LITERARIO. Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación, Año XII. No. 138. Junio de 1967. San Salvador, El Salvador, C. A.

Índice: *Una obra excepcional*, por Hugo Lindo; *La obra del doctor José Salvador Guandique: "Gavidia el amigo de Darío"*, por Juan Felipe Toruño; *Convocatoria y bases del Concurso "Leopoldo Panero 1967"*; *Noticiero Cultural; Libros y Revistas* (recibidos); *Brújula para el lector*.

